

LOS
TRASPLANTADOS

POR

ALBERTO BLEST GANA

TOMO PRIMERO

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

LOS
TRASPLANTADOS



A MI QUERIDA PRIMA LIZZIE BELAS

He aquí el libro, Lizzie, del que un día referí á usted, compendiado, el argumento. Reciba usted la dedicatoria que de él le hago, como un testimonio de mi afectuosa y duradera amistad.

ALBERTO BLEST GANA.

LOS

TRASPLANTADOS

I

Sobre la tersa y dura superficie del hielo artificial, en giros ondeantes, en cadencioso desliz, en rápidos empujes, los patinadores trazaban á porfía sus curvas caprichosas, con afán de incansable movimiento. De lo alto, en derredor, los focos eléctricos lanzaban, como dardos de fuego, sus luminosos rayos de claridad ofuscadora, claridad vibrante y trémula á manera de sonido que se prolonga palpitante en el espacio. Las parejas, en esa atmósfera de reverberación del « Palacio de Hielo », asidas de las manos, ó entrelazadas de la cintura, se balanceaban suavemente con inclinaciones de requiebro: ellos solícitos en su vigor varonil; ellas flexibles en su tentadora gracia de flores mecidas por la brisa. Todos, animados y alegres, en el arretrato de la juventud, cual si fueran en busca de la soñada región del amor inextinguible, esa Atlántide fantástica de la humana ilusión. Otros y otras, empujados por el vértigo de locomoción que quisiera tener de las aves el alado poder, atravesaban la pista circular con terrífica velocidad de celajes, desparramando á su paso los descuidados grupos de patinadores en reposo. Y por las orillas del contorno apoyándose en la valla que cierra el recinto helado

los tímidos aprendices, con trepidaciones de niños que principian á andar, perdiendo el equilibrio, luchaban á duras penas, con la ominosa aprensión de *medir á cada instante el suelo con sus cuerpos*.

Era todavía la hora de las familias y de la gente tranquila. La mundana cohorte de las hermosas de vida alegre no había llegado aún del Bosque. En la espaciosa sala circular se agitaba esa sociedad cosmopolita, que viene á reunirse en París, en este centro de mundanos placeres, como se junta, se infla y voltea sobre sí misma la espuma, ora límpida, ora turbia, en el remanso de algún río caudaloso. Todas las nacionalidades estaban ahí representadas con los rasgos característicos de la fisonomía de cada raza; pero *todas con el traje nivelador de la moda reinante*, la tirana igualitaria, que impone la ley de su capricho con la inflexible regularidad de los cambios de estación en el mundo físico. Esa turba de seres bien vestidos y acicalados con pretencioso esmero, se movía, se observaba, se lanzaba ojeadas y galanteos. Grupos animados de hombres y de mujeres jóvenes, con algunas mamás de cuando en cuando, representantes de una autoridad relajada ya por las disolventes costumbres de la moderna Babilonia, charlaban, bebían, fumaban y hacían ruido en torno de las mesitas colocadas de trecho en trecho en el espacio que sirve de paseo. Por sobre aquel torbellino de patinadores y de espectadores, la orquesta, colocada en la galería superior, dejaba caer sus retumbantes armonías, como *estallidos de voladores de luces*, al través de los ámbitos abrasados por el azulejo resplandor de la electricidad.

Con intensa mirada, Patricio Fuentealba seguía el revolotear de una pareja entre el torbellino del general movimiento. Su espíritu de enamorado, en esa observación ardiente, se engolfaba en descifrar los psicológicos enigmas á los que va á estrellarse el

corazón celoso, como tabla flotante en mar deshecho, contra las rocas de la orilla. « ¿Por qué se dejaba, *ella*, si su amor era cierto, estrechar así el flexible talle por ese príncipe arruinado, incansable perseguidor de exóticas herederas? ¿Por qué se retrataba en su rostro juvenil, en sus grandes ojos azules, en sus frescos labios de *carmin* genuino, en su frente-cita pulida y estrecha. que el rubio cabello con sus espesas ondas embellecía, esa exaltación de entusiasmo, que en el fugaz deslizarse, le daba un aire de *bacante en alguna* carrera de mitológica fiesta? » Un murmullo de indignada melancolía se alzaba entonces en el espíritu del joven, al soplo del rabioso descontento que sacude el alma de los que la suerte ha hecho pobres con ambiciones insensatas. « ¡Ser rico y elegante! tener coches y caballos. Hombrearse de igual á igual con esa familia de pretenciosos derrochadores, en la que hasta *entonces* aquella chica, Mercedes, su amor de los veinte años, había conservado el caudal precioso de su modestia nativa. Ser alguien para esos nobles de antigua ó moderna alcurnia que, *con sus medios* dudosos de vivir, dan lo que se llama el tono, en el conjunto de elegancias, de celebridades, de hombres de club y de mujeres de galanteo aristocrático, de que en gran parte se compone lo que en lenguaje de periódico se llama el « todo París! » Y de ese horno candente, donde sus ambiciones insaciadas se fundían las unas en las otras, como las colpas de metal se funden al *calor del fuego* sin tregua alimentado, su memoria, con sus caricias de recuerdos sentimentales, al recibir de paso una amorosa mirada de la chica, lo sacaba. En sueños, Patricio divisaba *entonces* su corta y laboriosa existencia, como nubes de vívido color, que van perdiendo su encendido tinte y disipándose en la melancolía del sol que se hunde en el ocaso. Las casas bajas de la estancia cerca de la capital; las infantiles

cacerías de avecillas en las vacaciones; la ansiedad de los exámenes al fin del año; la pubertad impetuosa y misteriosa; las rígidas faenas del campo dirigidas por su padre con tesón infatigable; las discretas insinuaciones maternas sobre los cortos medios para mantener, vestir y educar la numerosa prole. A los diez y ocho años una luz nueva. ¡La luz de la vida! ¡el amor triunfante! la revelación del objeto de la existencia con sólo algunas miradas y algunas frases de balbuciente turbación, cambiadas una tarde, en el jardín, con Mercedes, chiquilla entonces de trece años, esbelta y seductora ya, con su naciente gracia de líneas prometedoras y sus trenzas pesadas que llegaban opulentas al ruedo del vestido. Todo ese mundo de recuerdos, esos testigos de un pasado intangible ¡que ya nunca ha de volver! le contaban su porfiado tesón en sus estudios, hasta hacerse enviar á París para completarlos, según la paternal esperanza; para obtener, según él, el premio de sus desvelos y de su porfiada labor de mozo aplicado, acercándose á Mercedes, que al salir para Europa con su familia, le había dicho en un beso, tras de una puerta, á la oración, al despedirse : ¡nunca te olvidaré!

Al llegar á las miserias del presente, tras de esa involuntaria excursión al pasado, el joven se desgarraba el alma con los amargos reproches de su descontento estéril. Su espíritu giraba maltratado en la violenta espiral del dolor, que sube, se retuerce y se pierde en el vacío de lo imposible, para volver de nuevo como una llama de vívido tormento. En su robusta aspiración á una dicha irrealizable, la vida le parecía un tejido de sarcasmos. « ¿Qué hacía él en París, gastando en el ocio el tiempo, por no alejarse de ella, en vez de ir á recoger en su patria, con su trabajo, el fruto de los grandes sacrificios pecuniarios de sus padres por darle una carrera científica? ¿Qué hacía él en París, viéndola á hurtadillas, sin poder presentarse,

humilde ingeniero apenas recibido, en el suntuoso hotel de la familia Canalejas? ¡Ahí estaba él en el Palacio de Hielo sin querer oír el llamamiento de su familia, lejos del modesto hogar de los suyos, desertando su puesto en la labor común de los que han nacido para trabajar. Y todo por verla deslizarse, como en aquel instante, sobre el hielo, y describir, rindiendo el redondo y flexible talle al brazo de un fatuo inútil, las caprichosas curvas que trazan en el aire las golondrinas con alas desplegadas, en un éxtasis de embriaguez, al beber con delicia el tibio beso del sol de primavera! »

Mercedes y su compañero continuaban mientras tanto patinando con ardor, y cada vez que el giro de las rápidas evoluciones los acercaba á Fuentealba, la rubia y esbelta chica, como si olvidase que no estaba sola, hacía un esfuerzo para moderar la velocidad de la marcha, y enviaba al joven, cual si adivinase las sombrías reflexiones que lo atormentaban, una de esas largas miradas de amor, á las que saben dar las mujeres la indescriptible intensidad de un abandono sumiso y avasallador al mismo tiempo.

Al tornar de una de las vueltas, otra pareja, que llegaba en sentido contrario, se unió á la de Mercedes y el príncipe por medio de una diestra maniobra de retroceso. La nueva pareja arregló la velocidad de su carrera á la otra y así se deslizaron juntas, ora lanzándose sobre la derecha, ora sobre la izquierda, con impulsos idénticos que hacían flotar las faldas de las chicas y mostrar la flexibilidad de sus cinturas. Á mitad del recinto, la joven recién llegada se colocó al lado de Mercedes, de modo que sus compañeros quedaron á la extremidad de la volante fila, y ella pudo hablarle casi al oído :

— No estés coqueteando así con tu príncipe, si no quieres que el pobre Patricio, en una de estas vueltas, le salte al cuello.

Los pequeñitos ojos negros de los que el fulgor natural aumentaba, al parecer, el tamaño, tenían, en la que así hablaba, un brillo picaresco de malicia. Los labios un poco gruesos, de bermeja frescura, dejaban ver, tras de la sonrisa, los albos dientes bien plantados. Todo en ella respiraba esa fuerza de precocidad, tan general en la raza de Hispano-América, apenas atenuada por la educación y por la vida europeas. El rostro de una palidez sana con un ligero tinte moreno; el cabello negro y tupido como la vegetación de los países de sol ardiente; el aire de resuelta voluntad que animaba su fisonomía de personita enérgica, recibían como un complemento de expresión, de la arrogancia del busto bien dibujado en sus contornos y de la gracia de los movimientos, reveladora de las proporciones armónicas de todo el cuerpo.

— Yo no coqueteo con el príncipe ni con nadie, contestó sonriéndose Mercedes.

— ¿Por qué patinas tanto con él, entonces? Todos dicen que te está haciendo la corte.

— Patino con él porque es muy buen patinador y porque no puedo patinar con Patricio.

— Yo, en tu lugar, me reiría de la familia y patinaría con él. Mira, fijate, no hay ninguno aquí tan buen mozo como Patricio.

— Ya sé que es buen mozo; pero si hiciera como tú dices, mamá y mis hermanas no me dejarían volver más aquí: ¿no ves?

— ¡Oh! ¡tus hermanas! Allá están con sus galanes, pero sin perder movimiento tuyo. ¡No las puedo sufrir por pretenciosas! Estoy segura que están pavoneándose de orgullo porque todos ven que el príncipe no patina más que contigo y porque ellas están con hombres elegantes.

La muchacha, al hablar de las hermanas de Mercedes, había designado un grupo de varias personas sentadas á una de las mesas del contorno. Y luego añadió:

— Me voy con mi servio. No se nos vayan á enojar los compañeros de que estemos hablando como en secreto sin que puedan entendernos una palabra. Adiós, querida, hasta luego.

La exuberante muchacha se alejó con su compañero, deslizándose ambos sobre el hielo como flechas, mientras que Mercedes le contestaba.

Su compañero le pasó la mano y ambos se lanzaron de nuevo en los giros del agitado ejercicio.

— Esa pequeña, dijo el príncipe, tiene el aire decidido de un colegial,

— Es muy divertida.

Mercedes se contentó con esa respuesta que no contradecía ni corroboraba. Sus conversaciones con su compañero de patinar, impuesto por sus hermanas mayores, á las que acababa de aludir Rosaura, eran siempre lacónicas. Si hubiera querido hacerse comunicativa, habríá dicho que la chica era su amiga preferida, acaso por el contraste que existía entre el carácter de Rosaura Fuenteviva y el suyo propio : entre la serena decisión con que su amiga se servía de su voluntad como guía de sus acciones y la dulce timidez con que ella se dejaba imponer por la autoridad de sus padres. Pero el príncipe no insistió en desarrollar su observación y continuaron patinando, engolfados en multiplicar las dificultades de aquel arte.

Mientras tanto, en el grupo designado por Rosaura, se hablaba de Patricio, observándolo. Dos mujeres jóvenes, primorosamente vestidas, con trajes de los más afamados costureros de la calle de la Paix, con sombreros de las mejores modistas, con manguitos de *marte zibeline*, con guantes que les llegaban al coco; engalanadas con pendientes de zafiro y brillantes, con gruesas y costosas pulseras, con alfileres de brillantes para sujetar el sombrero, prendedorcillos caprichosos y lazos de cinta y de encajes : las mil fruslerías de exquisita finura que sirve de engaste á la fascina-

dora gracia de las elegantes parisienses, eran, en aquel grupo, que tres ó cuatro hombres completaban, las que más empeñosas perseguían las miradas del mozo, perdido en la contemplación de su destino, mientras miraba á Mercedes. Y entre ellas cambiaban sus observaciones :

— Mira, mira, Dolores, ahí está Patricio detrás del pilar.

— ¡Qué ridículo! ¡un muchacho que no tiene en qué caerse muerto!

— Mercedes tiene la culpa : ¿para qué *le hace ojos* todavía?

Los jóvenes que con ellas estaban protestaron de que las chicas se pusieran á hablar « en su *baragouin* español », decían riéndose.

— Hablábamos de lo bien que patina el príncipe con Mercedes : ¿no es cierto, Milagros?

— Y de que el conde podría presentarnos á la duquesa, que acaba de entrar, agregó ésta.

Milagros acompañaba su respuesta con una sonrisa de amabilidad suplicante, apoyando su manguito sobre el brazo del joven al que había dado el título de conde.

— Eso es, dijo otro de los jóvenes ; vamos donde la duquesa. Estará encantada de que le presenten tan lindas personas como ustedes.

— ¡Lisonjero! Usted merecería, Termal amigo, un premio por su gentileza, dijo Dolores al que acababa de hablar.

Gordito, de cara picaresca, finchado en su traje para disimular la alarmante protuberancia del abdomen, Termal, frisando en los cuarenta años, la edad en que el hombre no teme ser insolente con las mujeres, se atusó el bigote.

— Me contento con la promesa de un beso, cuando salgamos.

— ¡Insolente! contestó Dolores con provocadora sonrisa, dándole con el manguito en las narices.

Todos se rieron. Termal tenía privilegio de atrevimiento. Aunque no pertenecía á la nobleza, sus cuantiosos medios de fortuna, allegados por sus abuelos y por sus padres en el comercio de aceite, en Cette, le daban gran posición entre los mozos elegantes, sobre todo de los que viven resolviendo el problema de gastar lo que no tienen.

El conde Guy observó que la duquesa estaba con Varielle-Landry, y que era preferible llamarlo primeramente para hablarle de la presentación.

— ¿Y por qué? ¿qué, es su marido acaso?

La observación era de Dolores.

El conde y Termal se miraron, riéndose de la ignorancia de la chica.

— Es más que su marido, es su amigo, dijo Termal, con los ojos brillándole de alegría, contento de su propio desenfado.

— ¡Cómo! inocente, ¿qué, no sabías? exclamó Milagros, avergonzada de que su hermana ignorase un escándalo que « todo Paris » admitía como muy natural.

— Cierto, se me había olvidado.

Para hacerse perdonar su *falta de mundo*, Dolores dió una vuelta entera sobre un pie, á fin de que los jóvenes pudiesen admirar su pequeña persona y su graciosa desenvoltura.

El conde Guy hizo señas llamando á Varielle-Landry. El hombre que respondió á ese llamado parecía tener de treinta y ocho á cuarenta años. Flaco y de aristocrática figura, sonrió apenas al saludar á Milagritos y á Dolorcitas, más con la expresión cansada de sus grandes ojos azules, que con los labios.

— ¿Cómo dicen que es tan buen mozo? Parece de pergamino, observó Milagritos al oído de Dolores, mientras Varielle-Landry daba la mano á los hombres.

El rostro amarillento y enjuto de los que consagran á las veladas de juego los solaces que les deja

el amor, era lo que había arrancado esa observación á Milagritos al ver de cerca á Varielle-Landry, al que la constancia de la orgullosa duquesa de Vieille-Roche daba una aureola de hombre irresistible.

En pocas palabras, en un ligero aparte, el conde había explicado á Varielle-Landry el deseo de las dos mujercitas hispano-americanas.

Entre sus palabras resonó discretamente la insinuación de que las dos *pequeñas rastá* eran riquísimas.

— Y para dar en las ventas de caridad, ¿sabes tú? bolsa abierta, querido. Son capaces de cometer bajezas porque la duquesa las convide á sus bailes.

Varielle-Landry acarició, con su aire lánguido de hombre gastado, el perrito de la duquesa, que cargaba debajo del brazo.

— ¡ Tanto peor si le parece mal! Vamos, no más.

Guy convidó á las dos mujercitas á dar una vuelta. Los demás siguieron haciendo escolta. Apoyada á un pilar, no lejos de la mesa de la que se alejaban, la institutriz de Mercedes hacía su facción, esperando el beneplácito de su pupila.

— Mademoiselle, pronto volvemos, le dijo Dolores, no se mueva usted de ahí.

Mientras se dirigían hacia el punto donde se hallaba la duquesa, Dolores y Milagritos, para disimular su emoción, hablaban ruidosamente. En los grupos, al verlas pasar, las mujeres fruncían el ceño, afectando desdén. Los jóvenes que iban tras de las hermanas, alcanzaban á oír, entre cuchicheos :

— Son *rastaquouère*.

— Las dos muy bonitas, es preciso confesarlo, observaba un hombre.

— Sí, pero no *chics*, demasiado lujosas, replicaba una mujer.

Dolores y Milagros iban encantadas de ser así el objeto de la general atención.

La duquesa de Vieille-Roche, en el centro de un

grupo de cortesanos, parecía dominarlos á todos con su alta estatura. Sobre el cuello, envuelto por una boa de rica *zibeline*, su cabeza pequeña se alzaba con erguimientos de soberanía. Sus facciones, en las que, con signos apenas perceptibles, los años hacían presentir sus amenazas crueles, le daban con perfecta regularidad, el aspecto sereno y dominante de una mujer acostumbrada á la admiración en todas partes. Era la majestad olímpica que da la riqueza á las favorecidas de la hermosura. Su traje obscuro, sin pretensión, era el de la parisiense elegante que sale á la calle.

El conde Guy de Morins se acercó á ella seguido de Milagritos y Dolorcitas.

— Señora duquesa, permítame usted presentarle á estas señoras que arden en deseos de ofrecer á usted sus homenajes : la señora de Palomares, la señora de Cuadrilla.

Estos nombres españoles sonaron como notas estrambóticas, estropeados por la pronunciación francesa del conde : de *Polomarés*, de *Cuadrillá*.

Las jóvenes se inclinaron ante la gran dama, como si saludasen á una princesa real. Al mismo tiempo. Varielle-Landry, con una guiñada imperceptible de sus ojos soñolientos, indicaba á la duquesa que podía mostrarse amable.

— De *Cuadrillá*, de *Polomarés*, eso suena como luises de oro, murmuraba el gordo Termal al oído de la duquesa.

Ésta condescendió á responder con una amable sonrisa, pero sin inclinarse ni decir nada, á la rendida cortesía de las dos hermanas.

— Señora duquesa, dijo Milagros, mi hermana y yo somos grandes admiradoras de la hermosura de usted y ansiábamos serle presentadas para poder decirselo.

La gran dama inclinó esta vez la frente, dando las gracias así, por la lisonja á quema ropa :

— ¿Hace mucho tiempo que habitan ustedes en París?

— ¡Oh, sí, mucho! exclamó Dolores.

— Nos parece que hemos nacido en París, repuso Milagritos.

— Cualquiera lo diría, exclamó el gordo Termal con gran seriedad.

Hubo algunos momentos en que solamente habló Termal. Luego la duquesa hizo un saludo risueño á las *rastá* sin darles la mano, y se alejó seguida por Varielle-Landry y varios otros hombres. Solamente quedaron el conde y Termal con las dos hispano-americanas.

— ¿Qué *chic*, eh? les dijo Termal; pocas veces la he visto tan amable con personas que le presentan.

— Sí, muy amable, dijeron la de Cuadrilla y la de Palomares, con muy escasa convicción.

— No se olviden de ir á dejarle mañana sus *tarjetas*, advirtió el conde.

— ¡Oh! por supuesto, respondieron ellas.

Iban, mientras hablaban, en dirección á la mesa que habian dejado.

Mercedes y el príncipe seguían, agitados, patinando. Patricio, con porfiada obstinación, seguía también mirándolos. Junto al pilar, la institutriz, como un soldado en la fila, inmóvil, esperaba.

El joven, contemplándola, por momentos le tenía envidia. Esa mujer tenía la felicidad de vivir al lado de Mercedes, tomaba parte en su vida íntima, era tal vez la confidente de sus pensamientos. ¿Quién le explicaría á él, ignorante de las cosas de la vida, el misterio de ese corazón de mujercita, que se siente feliz con patinar, con bailar, con hacer de la moda y de sus complicados atavíos un culto, y que jura que ama, y ve sufrir al hombre amado sin que se turbe la serenidad de su rostro, sin sentir los impulsos locos de romper con todas las trabas sociales y correr á

quemarse en una dicha fugaz, pero completa, como se arrojan las mariposas sobre la llama?

El conde Guy iba de palique con Milagros, que se reía por no hallar qué responder á sus galanteos. Termal, más atrevido, aprovechando cada apretura de gente, oprimía con suavidad un brazo á Dolorcitas.

— No haga usted caso, es para protegerla.

Dolorcitas se sonreía, sin atreverse á reprenderlo. Las dos mujercitas, contentas con la idea de ser convidadas á la elegante casa de la de Vieille-Roche, encontraban que todo aquello era muy divertido y muy *chic*. De repente se detuvieron en su marcha. Pasaba delante de ellas una espléndida mujer flanqueada de dos jóvenes que hablaban el francés con pronunciado acento hispano-americano.

— Ahí va la mujer de porcelana, exclamó Milagritos.

— Está preciosa, observó Dolores.

Ni una ni otra, en su admiración de la hermosa *impura*, que por su alba tez llamaban ellas « la mujer de porcelana », se habían fijado en los dos jóvenes que la acompañaban.

— ¡Atención! ¡enemigos á la vista! dijo Termal.

— ¡Toma, son nuestros maridos! exclamó Milagritos riéndose.

— Muy *chic*, muy *chic*, dijo Dolorcitas riéndose también.

— *Extra chic, supra chic*, agregaron el conde Guy y el gordo Termal, insinuándose éste con un nuevo apretón al brazo de Dolorcitas.

Era, en realidad, una soberbia belleza, la mujer que los cuatro miraban. Célebre en los fastos de la galantería parisiense, Rose Trapotois, bautizada para la guerra galante con el aristocrático título de condesa de Montestruc, nombre de su aldea natal, era el más acabado modelo de esas hermosuras singulares salidas de algún obscuro villorrio ó de alguna cueva

de portero de la gran capital, que llegan un día, sin que nadie sepa cómo, á plantar su victorioso pendón en medio del « todo París » novedoso y derrochador. Sus cabellos, de un rubio ceniciento, natural ó teñido, coronaban, como una aureola dorada, su frente, pequeña cual la de la Venus de Milo. Las líneas de su alto y sinuoso cuerpo, bien diseñadas por su traje, recordaban la estudiada perfección de las estatuas más famosas, tenían la elegancia peculiar que distingue á las *falsas flacas*, cuando son bien formadas. Sobre su tez transparente, sobre el arrebol natural de sus mejillas, sobre el fulgor de sus ojos verdes, sobre la peligrosa voluptuosidad de sus rojos labios, los poetas gongorianos habrían podido hacer sin exageración las más aventuradas hipérbolas.

Los dos jóvenes que la seguían, Antonio Cuadrilla y Agustín Palomares, representaban con fidelidad el tipo medio de las generaciones modernas, en que gran parte de los hombres parecen no alcanzar á su completo desarrollo. Siendo niños, los habían traído á París sus padres, ansiosos también de venir á *gozar en Europa*. Con una educación sumaria, habían alcanzado sus diez y ocho años, lanzándose de ahí, apoyando el pie en la riqueza de que eran presuntos herederos, al piélago sembrado de arrecifes, que es la vida de la gran capital. Exagerados en el vestir, ufanos de sus coches y de sus libreas, casados con las dos chicas Canalejas para doblar sus rentas, poder rodar *mail-coach* y figurar en la *crema* de la elegancia, que la caprichosa fraseología del momento ha llamado la *alta goma*, expresión superlativa del buen tono. Ambos eran genuinos representantes de la transformación del hispano-americano, trasplantado joven á París, que raras veces puede desprenderse de su natural exótico y pasa su existencia esforzándose en asimilarse al europeo de alta clase social. Había entre ellos, sin embargo, á pesar de esa común

aspiración de escapar a lapodo moderno de *rastaquouères*, con que los franceses de París designaban á los hispano-americanos solamente, y hoy á todo extranjero de mal tono, una diferencia substancial. Agustín Palomares, el marido de Milagritos Canalejas, profesaba por convicción el culto de la nobleza y de la vida elegante. Antonio Cuadrilla, el esposo de Dolorcitas, era un *forzado* del *chic*. Para el primero, todo sacrificio era soportable con tal que le abriese las puertas del gran mundo parisiense. Para el segundo, imitar á su concuñado era arrastrar una cadena de galeote en la galera social. Agustín Palomares, para *darse tono*, se mostraba en todas partes donde pudiera hacerse ver en compañía de gente *chic*. Antonio Cuadrilla lo seguía, con la docilidad del perrito pequeño que va tras del grande. Uno y otro, por otra parte, recibían en esto la inspiración de sus consortes, para las que el tipo del marido hombre de mundo era aquél que deja en todo la más absoluta libertad á su mujer. Llenando esa misión de ser maridos independientes, sin preocupaciones plebeyas, entraban en aquella tarde al Palacio de Hielo, acompañantes de la Montestruc.

Milagritos y Dolorcitas los divisaban desde lejos, muy satisfechas de verlos con la *cocota* á la moda.

Termal, señalando á los dos mozos:

— Señoras, sus maridos están introduciendo contrabando. La hora de las semimundanas no ha llegado todavía.

Rosa de Montestruc paseaba, mientras tanto, una mirada triunfante en su derredor.

— Vamos á ver, mis amiguitos, ¿dónde está esa hermana portentosa de belleza? Yo debo haberla visto en el Bosque.

— Ahí viene, patinando con el principe Stephan, contestó Agustín.

Antonio Cuadrilla, que acababa de divisar á Dolores

y á Milagritos, le decía al mismo tiempo al oído:
— ¡Allá están nuestras caras esposas, hombre!
¿Qué haremos?

— ¡Qué hemos de hacer! Ellas tienen la culpa.
¿Para qué se quedan hasta la hora de las *cocotas*?
Tanto peor; aquí estoy, aquí me quedo, dijo Agustín.

— Como el mariscal Mac-Mahón en el sitio de Sebastopol, observó Camila Fleur, semimundana que se había acercado á saludar á Rosa.

Ésta fruncía el entrecejo al ver á Mercedes describir veloces curvas con el príncipe. La vista de la chica, adorable en la sencillez de su traje, diáfana y pura con el fresco tinte de sus mejillas sin afeitado, como envuelta en una atmósfera de candor immaculado, inspiró á Rosa una súbita y envidiosa nostalgia por la *inocencia perdida*. Le parecía que con ese solo encanto, la chica podía arrebatárle el corazón de su amante.

— Rosa, mi querida, tu príncipe te *suelta*, dijole la recién llegada, como confirmando esa punzante impresión de la Montestruc.

— Cuando yo se lo permita, hija mía, contestó ella altanera.

Mientras tanto, la de Cuadrilla y la de Palomares, viendo que las damas del Bosque empezaban á llenar el paseo circular, hacían apremiantes señas á Mercedes y decían á la institutriz:

— ¡Llévesela pronto, mademoiselle!

— ¡Ya debían haberse ido, por Dios! observaba Dolorcitas.

— ¿Qué dirá mamá si sabe que hemos dejado quedarse á Mercedes aquí hasta esta hora?

Se arrebatában la palabra al hablar así. Sentían un tardío escrúpulo de pudor al ver á la hermana soltera codeándose en el recinto de patinar con algunas *cocotas* que la rozaban intencionalmente al pasar, con maligno contento, haciendo flotar ondulosos los

encajes de sus enaguas y dejando tras ellas perfumado el espacio, como una *éstela* vaporosa.

La orquesta, al mismo tiempo, lanzaba al techo, en raudales de sonidos metálicos, las notas retumbantes de un vals húngaro, atronando la sala, apagando el ruido de las conversaciones. De un empuje imperceptible el príncipe y Mercedes llegaron donde se encontraban las de Palomares y de Cuadrilla. La despedida fué rápida. Dolores y Milagritos casi empujaban á la chica para que saliese con ellas.

— Te vamos á llevar en coche.

— No, no, por nada, yo quiero irme á pie como siempre.

Al expresar con tanta decisión su voluntad, Mercedes alargaba el cuello mirando con disimulo á lo lejos, como una paloma que interroga, medrosa, los contornos, por temor de alguna asechanza.

— Vamos, vamos, mademoiselle, agregó dirigiéndose, *sin más esperar, á la puerta de salida.*

Durante algunos momentos, la de Cuadrilla y la de Palomares se quedaron hablando con sus galanes y con el príncipe, cerca de la puerta. Patricio Fuentealba pasó luego al lado del grupo, sin evitarlo, altivo y provocador, contestando apenas al saludo poco amable de Milagritos y de Dolores.

— ¡Guapo muchacho! había dicho Rosa al verlo pasar junto á ella. Patricio oyó el cumplimiento y dirigió á la beldad, al pasar, la mirada vaga del que oye un sonido, buscando de dónde viene. Como el relámpago al rasgar la nube oscura, la posibilidad de encontrar un consuelo en otro amor vengativo, iluminó la confusa turbación de su espíritu; pero no se detuvo ante la hermosa mujer que había pronunciado esas palabras.

— Se va á juntar con Mercedes, seguro, dijo Milagritos á su hermana, al ver salir á Patricio.

— Mamá tiene la culpa. Si no le gusta, ¿por qué no

viene con ella, en vez de darnos el fastidio de andar cuidándola?

En ese momento pasaba Rosa de Montestruc. El príncipe se despidió apresurado de las jóvenes y fué á juntarse con ella. La de Palomares y la de Cuadrilla, sin preocuparse de ver dónde estaban sus maridos, salieron de la sala, seguidas por el conde de Guy y por el gordo Termal.

Agustín Palomares, muy orgulloso de ver á su esposa en tan noble compañía, se perdió, seguido de Antonio, mal resignado, en la concurrencia. Tenía Palomares la discreción filosófica que el buen tono social exige de los maridos. Iba contento de ver á su mujer en el libre ejercicio del galanteo, del *flirt*, según la expresión adoptada de los ingleses. Con tal que los galanes fuesen hombres elegantes y de gran posición social, su complaciente adoración de la grandeza, adormecía, en un contentamiento de plácida vanidad, su imaginación.

Fuera del Palacio de Hielo, Patricio apresuró el paso, tomando transversalmente por entre los árboles, lamentables entonces en su desnudez invernal. La obscuridad de la noche habia invadido ya los Campos Eliseos. Vacilante, la luz de los faroles de gas parecia tiritar con el frío intenso de aquella tarde de marzo. Un manto de nieblas empezaba á cubrir el espacio. Los transeuntes, escasos y apresurados, buscaban la reacción, haciendo resonar sus pasos con un ruido seco, sobre el asfalto de la avenida.

A poco andar el joven divisó la pareja que buscaba. La esbelta figura de Mercedes, al lado de mademoiselle, tomaba entre la brumosa sombra, á la incierta luz de los faroles, las líneas fantásticas de una aparición de sueño. La pareja avanzaba lentamente. Era claro que la chica queria hacerse alcanzar. El joven no tardó en encontrarse al lado de ella.

Discretamente, mademoiselle acortó el paso mien-

tras su pupila cambiaba con el joven las primeras frases de un encuentro, en apariencia, casual. Cuando pudieron hablar con libertad, la chica se inquietó por el aire sombrío de Patricio.

— ¿Por qué parecías tan enojado?

Desde la niñez se hablaban de tú.

Preguntar á un enamorado celoso la causa de su enfado, es acercar una luz á la mecha de una mina cargada de materias explosivas. El estallido es instantáneo. Patricio desahogó su amargura con la violencia del que se ha estado conteniendo por largo rato. « Su situación se hacia cada vez más insoponible. Todo se conjuraba contra él en esa larga lucha contra la terquedad de los padres de la joven. No le era posible hablar con ella sino á hurtadillas y gracias á la condescendencia de la institutriz que la acompañaba. « Sus días, dijo con voz de queja, sus noches eran un perpetuo tormento al pensar en la existencia de incesantes diversiones y fiestas en que ella vivía, rodeada á toda hora de hombres solícitos por conquistar su amor, ó, por lo menos, su mano. »

— Pero tú sabes que á ti no más te quiero, le interrumpió ella con voz de cariño, aplicando ese calmante sobre el alma dolorida del joven, como se da un juguete al niño que llora.

— ¡Eso no me basta! Tengo miedo constantemente de tu poca voluntad. ¿Y si ella te traiciona? ¿Y si no tienes fuerza para resistir á tus padres, tan empeñados en casarte?

— ¡Oh, casarme! Si no me dejan casarme contigo no me caso con nadie!

Su voz juvenil resonó plácida y alegre, en contraste con la agitada elocución del joven.

— ¿Me lo juras? preguntó él con ansiedad.

— Tú lo sabes muy bien; ¿por qué me pides que lo jure?

— Porque cada día me llega algún nuevo rumor

que viene á desesperarme. Hoy mismo me han dicho que va á pedirte ese mozo con el que estabas patinando.

— ¿El principe? ¡qué idea! Un joven que puede casarse en la primera nobleza de Francia, ¿cómo había de pensar en mi?

— Entonces, ¿por qué te dejas cortejar por él? Entonces, si él te pidiera para casarse, tú no rehusarías! ¡No ves! ¡Y te admiras de que te pida que jures, después que te he visto en sus brazos toda la tarde!

La irritación del joven se había exacerbado con las vagas respuestas de la chica. Su voz, por apagarla, temblaba de emoción, tomaba acento de profunda queja.

— ¡Oh, Patricio! « ¡en sus brazos! » ¡Cómo puedes decir semejante cosa! ¡Adiós! ¿Ya no quieres que patine con nadie, que no hable con nadie, que no vaya á ninguna parte? ¿Cómo puedo hacer eso? ¡Vaya! no seas celoso; ya sabes que no quiero á nadie sino á tí.

Con esto, la chica creía haber dicho la última palabra de lo persuasivo. Mientras tanto, esa lógica de mujercita frívola, para la que el amor era un pasatiempo, encantador sin duda, pero no el objeto principal de la existencia, exasperaba el ambicioso exclusivismo del joven, ese exclusivismo de dominio absoluto que martiriza al hombre en su pasión de amor.

— ¡Ah, me llamas celoso y no quieres jurar! exclamó sombrío.

Le venían tentaciones de romper violentamente la cadena que lo aprisionaba á los pies de la chica. « ¿Por qué ella únicamente y no otra? » pensaba, luchando por emanciparse de su pasión de niño, en la que había concentrado después toda la ambición de su vida. La imagen espléndida de Rosa de Montestruc atravesaba entonces de nuevo, como el relámpago que

rasga la nube oscura, su cerebro. « ¿Por qué ella únicamente y no otra », se repetía rabioso, fascinado con la presencia de la preciosa muchacha.

— Sí, sí, eres celoso, eres insufrible; ¡voy á acabar por aborrecerte! ¡Vaya, tonto, que no se contenta con que á él no más lo quieran! Dame la mano.

Sin esperar, en la obscuridad, se apoderaba de una de las manos de Patricio, hablándole con voz de niña mimada, con inflexiones de reproche amoroso, bañadas en la mágica seducción del ser débil que se somete, dominando. Instantáneamente la tempestad, en el pecho del joven, empezó á calmarse. El espontáneo movimiento de la chica, la suave presión de su mano pequeña, daban una fuerza magnética irresistible á los reproches con que su instinto femenino desviaba el curso de las ideas de su enamorado.

— Yo también he de llegar á aborrecerte si lo que dicen de ese príncipe es cierto y si tú no lo despides.

— Te juro que no hay nada, yo no sé nada.

En lugar de su mano, á cuya presión la del joven respondía ya reconciliado, Mercedes dejó ese juramento vago, de duración indefinida, como promesa para el porvenir.

Anduvieron todavía algunos pasos en silencio. Patricio fijaba su mirada profunda en esa forma delicada de mujer esbelta, que caminaba á su lado en el misterio de la semiobscuridad: enigma viviente, llevando en sus manos el destino, la existencia que él ponía á sus pies, sin inquietarse como él, en su calma de muchacha, de las amargas pruebas que todo desgraciado divisa en el porvenir.

— ¡Ya te quedaste mudo! le dijo ella volviendo á tomarle la mano con infantil confianza.

— ¿Qué quieres que te diga? Tú no puedes renunciar á lo que me atormenta, á ninguna de tus diversiones. ¿Por qué no haces un esfuerzo para venir á patinar mañana?

— ¡Ay, por Dios! ¡hablas como si yo fuera libre!
¿Qué más querría yo que verte todos los días?

Y agregó, pasándole su manguito sobre una mejilla:

— Aunque no lo mereces; ya sabes que nunca querré á nadie sino á ti.

Y lo apaciguaba con la presión cariñosa de su manecita de chiquilla, con el timbre juvenil de su voz, con la luz de sus grandes ojos azules, de los que un fulgor de pasión llegaba hasta él, en medio de los reflejos vacilantes de las luces de gas, agitadas por la helada brisa de la noche.

— ¿Pero estarás en la ventana? dijo él, aspirando con toda la fuerza de su alma la mirada de la chica, cual si se tratara de una larga separación.

— ¡Ah! por supuesto, como siempre.

— Tú sabes que ha llegado el correo y que tal vez me traiga el nombramiento.

— ¡Ay! ¡qué bueno sería! exclamó Mercedes con entusiasmo.

— Si no estuviéramos en la calle, te daría un beso por esa exclamación, prorrumpió el mozo con alegría.

— Guárdate tu beso para cuando nos casemos; me contento con recibirlo en pensamiento.

Había acercado, al decir esto, su carita fresca y rosada del rostro del joven, en un movimiento de reto infantil, como para hacerle sentir con esa picaresca provocación todo el peso de aquel aplazamiento indefinido. Patricio, en un movimiento tan rápido como irreflexivo, suprimió la distancia y besó con pasión á la chica sobre los labios.

— ¡Tonto! exclamó ella; ¿y si nos ve mademoiselle?

Por quitar su importancia al acto osado del joven, Mercedes dijo esto riéndose; pero en su voz la turbacioncilla inefable de la emoción vibraba acusadora.

— ¡Oh! ¡está muy lejos! se disculpó Patricio, también turbado.

La institutriz, en efecto, era una sombra vaga que avanzaba sin precipitarse.

— ¡Me voy, me voy! dijo Mercedes; estás muy atrevido.

Hizo señas á un coche que pasaba.

Patricio se había quedado en silencio. Ella, para ocultar su turbación, fingía interesarse en la maniobra del cochero, que hacía sonar su látigo sobre la gacha cabeza del caballo, para hacerlo acercarse á la vereda.

— Pero como te quiero tanto, dijo volviéndose al joven y tendiéndole risueña su mano, te perdono.

— ¡Eres adorable! ¿Serás siempre así? preguntó él con apasionado acento.

— ¡Siempre, siempre! ¡Nunca dejaré de quererte!
La institutriz llegaba en ese momento.

— Hasta mañana, hasta mañana, dijo Mercedes entrando al coche. Éste tomó en dirección del Arco de la Estrella, después que mademoiselle hubo dado las señas.

Cuando á favor de ciertas granjerías, debidas al poder gubernativo, se encontró don Graciano Canalejas en su país, en esa fecunda tierra de Hispano-América, dueño de más de un millón de pesos, por aquellos tiempos de cambio casi á la par y de interés al diez y al doce por ciento con buenas hipotecas, la comezón de venir á « gozar en Europa », según la expresión consagrada, espoleó sus cincuenta años de hombre conservado, ansioso de tomar su desquite en el juego de la vida.

Desde temprano se había puesto á resolver, con la inexperta serenidad de la juventud, el azaroso problema de casarse pobre, y como la bendición del cielo iba bajando á su hogar en la forma de un nuevo descendiente todos los años, sus trazas y su ingenio le permitieron hacer frente al aumento inevitable de su presupuesto, á medida que fueron llegándole : Pedro Esteban, Milagritos, Dolorcitas, Juan Gregorio, Mercedes, Benjamina y Nicolasito, sin contar con otros que el cierzo de las epidemias, en aquellas tierras de gran mortalidad de párvulos, le arrebatara á poco de nacer.

— ¿ Qué tal, Gracianito ? solía exclamar doña Quiteria, con un secreto orgullo de mujer fecunda,

cuando enumeraba su prole hablando con las amigas. Don Graciano Canalejas, en la lucha por la existencia, había combatido con las armas de una constitución robusta, á pesar de su enjuta estructura y de una tenacidad infatigable para perseguir la fortuna. Como solicitante no hubo repulsa que le impidiera tornar cien veces á la carga. A vuelta de años flacos y años gordos, como las vacas de la Escritura, sus servicios políticos le hicieron encontrar una mina en cierta concesión gubernativa, convertida á poco andar en una colosal explotación. En corto tiempo Canalejas pasó á ser una personalidad.

Abrióronle crédito los Bancos, como se abren los brazos y las puertas del hogar al pariente rico de regreso de lejanas tierras. La fortuna le dió las satisfacciones que ella guarda para los que saben conquistarla. Y hasta el voto popular, cortesano del vecino de oro, le ofreció un sillón de regidor en el cabildo de su localidad.

Fué entonces cuando le vino la comezón aquélla de ir á « gozar en Europa ». Las relaciones de los amigos legados de ese « gran mundo », abrieron á su imaginación inflamable, en charlas picarescas, los horizontes turbadores del paraíso de Mahoma. De donde dedujo don Graciano, cuando completó el millón de duros, que era preciso ir á educar los niños á Francia.

— Nuestro país tiene necesidad de ingenieros, decía con énfasis de hombre sesudo que se ocupa del progreso de la patria. Abogados tenemos de sobra; ingenieros, señor, es lo que necesitamos. Por eso me llevo á los niños á Europa. Juan Gregorio será ingeniero civil, y si Nicolásito sale aficionado á la química, lo haré ingeniero de minas.

Hijo amante, al par de padre solícito por el progreso intelectual de su prole, al transportar sus lares á París se llevó hasta su vieja madre y el ama que á él lo había criado. Solamente quedó en su tierra

Pedro Esteban, el mayor de sus hijos, encargado de administrar sus numerosas propiedades.

Porque en su ambición de goces y lujo, don Graciano se jactaba de no tener un « pelo de tonto » y de que había de hacer sonar los realejos para « figurar en París ».

Colocadas la chicas en el « Sacré-Cœur », enclaustrado Juan Gregorio en una pensión preparatoria, don Graciano y doña Quiteria, « Madame Canalejas, née Gordanera », como llegó á llamarse en las tarjetas, arrendaron un gran apartamento amueblado. Doña Regis, la anciana madre y la vieja Rufina, ocuparon ahí tres piezas escasas de aire y de luz con ventanas sobre el patio. La visita á los museos y á los monumentos no les ocupó largo tiempo. Don Graciano, poco curioso de las cosas del espíritu, veía las obras de arte por satisfacer solamente su conciencia de viajero. Su mujer, para disculpar su preferencia por las costureras y las modistas, resumía su juicio crítico sobre el museo del Louvre, haciendo observar que la mayor parte de los marcos de los cuadros eran viejos y algunos descascarados.

Pero uno y otro embistieron, con el ardor de los conquistadores en el nuevo mundo, sobre la complicada vida contemporánea en lo que tiene de más superficial y divertido. Pronto sintieron la necesidad de tener cada cual su coche separado. La alta elegancia no permite que el marido y la mujer anden juntos. El coche de doña Quiteria la llevaba desde las dos de la tarde á la calle de la Paix : eran Worth, Doucet, la Virot y otros grandes dispensadores de la moda en trajes y sombreros, los que la fascinaban con sus inventos, para ella portentosos. Era en esas casas donde iba á respirar la embriaguez de los trapos, la contagiosa fiebre de la emulación femenil. En las lujosas casas de costureros y de modistas, su imaginación, hasta entonces atrofiada en la modesta

vida de trajes hechos en la casa, despertaba á una existencia nueva, recibía las revelaciones de un lujo interno y externo, de refinamientos desconocidos en su tierra.

Hipnotizada por el aire ambiente, por el donaire de las ensayadoras, por el perfumado contacto del costurero al hacerle los magistrales *prendidos*, dejábase ella llevar de su entusiasmo hasta quedarse, después de sus ensayos, que llamaba *probaduras*, á presenciar los de las actrices y de las semimundanas, como un espectáculo instructivo y recreador al mismo tiempo.

— ¡Ay, hija! decía á alguna amiga, en la ópera, impresionada con las emociones del día; ¡si hubieras visto á Rosa Montestruc probarse un traje, esta tarde, donde Paquin! ¡Tenía un corsé de moaré rosado con verdaderas valencienes y una camisa de batista de las de á trescientos francos cada una, de donde Doucet, con verdadero punto de Alençon en el escote! ¡Para qué te digo más! Estaba preciosa.

Y se quedaba pensativa siguiendo esa visión de lujosas realidades, sin oír lo que se cantaba sobre el proscenio.

Don Graciano, por su parte, no había perdido tiempo en descubrir los recónditos arcanos de lo que es la vida parisiense para los extranjeros. En la tertulia hispano americana, que casi siempre existe en el « Gran Hotel », donde llegan á encallar y á distraer sus ocios los naufragos de las convulsiones políticas de Hispano-América, Canalejas halló luego amigos y comensales. Entre el gruñón descontento, que encuentra todo lo de París inferior á lo de la capital de su patria, pero que se abstiene de volver á ella, y el exagerado encomiador de la moderna Menfis, donde acuden á derrochar las economías paternas todos los hijos pródigos del mundo, este recién llegado á la gran feria de las vanidades cosmopolitas, fué

orientándose poco á poco para elegir su camino.

Pronto la extensa colonia hispano-americana, que constituye un elemento de entidad en el mundo parisiense, abrió su seno amigo á la exótica pareja trasplantada á orillas del Sena por el espíritu de ubicuidad que distingue á las sociedades modernas. Los esposos Canalejas hicieron alegremente su noviciado de vida parisiense en las comidas, en los bailes, en las recepciones del *rastaquerismo* más ó menos elegante. Doña Quiteria llevaba su contingente á las conversaciones y á la disimulada crítica de sus nuevas amigas con la magnificencia y variedad de sus trajes. Don Graciano se conquistaba las voluntades con su franqueza campechana, con la fácil largueza de su bolsillo, con el ostentoso lujo de su casa y de su tren y con su patriótico ardor para sostener la superioridad de todo lo hispano-americano sobre lo francés.

Pero era aquel tiempo, para entrambos, el período de la incubación europea. En los diarios, en las conversaciones, en los efluvios desvanecedores de la atmósfera, sentían la existencia de otra sociedad refinada y exclusiva, de la que la cotidiana crónica comenta los saraos, los casamientos, los entierros, las alegrías y los duelos. Empezaban á darse cuenta que de ese « todo París », los mismos nombres, los mismos títulos nobiliarios, agrupados como los de una clase superior, se citaban únicamente en la prensa diaria, dejando á los demás entre la turba de nulidades sin valor social, arbolillos de la selva que alzan vanamente sus copas, perdidas entre los grandes robles, buscando en vano el beso del sol, la consagración de la notoriedad.

Ya, por entonces, Milagritos y Dolorcitas, sacadas del colegio del « Sacré-Cœur », no por haber concluido sus estudios, volvían al hogar, sino porque, según la expresión de doña Quiteria, « ya no las podía sujetar en el colegio ». Por ese tiempo empezaron los

paseos de las chicas en landó. La madre, orgullosa de mostrar á sus hijas, persuadida de que ya habían aprendido bastante, proclamando, con su filosofía positiva, que, bonitas y ricas, no tenían necesidad de hacerse sabias para casarse, hizo de ellas las compañeras de sus diarias excursiones. Las chicas se iniciaron de ese modo por el pensamiento, en la edad de las santas ignorancias, á los transparentes misterios del Paris que se divierte. En casa de los afamados costureros, en las tiendas, en las joyerías, el insano vértigo del lujo les subía al cerebro con su desvanecimiento *morfino*. Un soplo ardiente de corrupción besaba esas almas vírgenes.

En el bosque, discutían con la mamá los trajes y los sombreros de las semimundanas, y veían á los mozos conocidos, fanáticos sectarios del *chic*, pasearse y hablar con las *impuras* en la más edificante familiaridad.

El vicio elegante les enviaba así por todas partes sus oleadas de fuego. Envuelta en velos transparentes, la charla de las recepciones les anticipaba la revelación de los pecadillos tolerados del adulterio de buen tono.

En los diarios, que nadie se curaba de substraer á sus ojos, los « hechos diversos », con su variada cosecha de crímenes *pasionales*, era el complemento de esa ciencia precoz de las fealdades de la vida. Y el hermanito Juan Gregorio, prófugo de la escuela preparatoria de la *caja*, que, en su galimatías franco-español, él declaraba *embestiante*, ponía lustre picaresco á esa educación de chicuelas mimadas, enseñándoles el *argot* de la juventud y cantándoles, con gestos adecuados, las más *tordientes* canciones de las *divetas* en boga. Plantas de invernáculo, sometidas á la cultura que la ciencia agronómica llama ahora *incentiva*, Dolores y Milagros debían producir tempranas flores de ambición y de positivismo, exageradas en su des-

arrollo como la atmósfera artificial que las alimentaba. Desde los diecisiete años, sus ensueños virginales, libres de todo impulso sentimental, sintetizaron en una gran riqueza las perfecciones que debía tener un marido. Don Graciano y doña Quiteria aplaudían.

De esa influencia del medio ambiente, Mercedes, la menor de las hermanas, se salvó por completo. Desde su nacimiento, el cariño de la abuela rodeó de especial solicitud la frágil existencia, prolongación de la suya, se le figuraba á la señora. Uno de esos afectos de la vejez, en los que la abnegación y la extrema condescendencia hacen las veces de la chichonera, para evitar á los niños cardenales y tolondrones, meció con su arrullo protector los primeros años de la chiquilla. Doña Regis veló sobre la delicada planta con el celoso cuidado con que algunas abuelas disputan á sus hijos el corazón de los nietos. La abuela representa para los niños un tribunal de apelación contra las severidades y correctivos paternos. Es el templo de la edad media que presta asilo inviolable á los perseguidos. La niña se acostumbró á ese refugio de amor, á la influencia suave de ese regazo de indulgencia, y creció casi siempre separada de sus hermanas mayores.

También las separaba la naturaleza, moral y físicamente. Mientras Dolores y Milagros, como lozanas y repetidas frutas medio tostadas por el sol meridional, recataban apenas el fuego de sus negros ojos con las espesas y crespas pestañas de sus párpados sombríos, en Mercedes lo blanco del cutis, los cabellos rubios, el suave mirar de los ojos azules, la elevada y fina estatura, marcaban una interrupción de raza, como si reprodujera en ella el tipo de algún antepasado desconocido. « Ésta es de algún *gringo* bebedor de cerveza », solía decir don Graciano en sus frecuentes momentos de buen humor. Y se reía con la confianza

del marido, seguro de que su mujer habría contentado por su intachable virtud la quisquillosa exigencia de César. Nada del petulante impulso de sus hermanas, anhelantes desde la niñez, con anticipada coquetería, por embarcarse en la nave de los placeres mundanos, guiaba las acciones de Mercedes. En su organización de pacíficas emociones, de contentamiento tranquilo, la abuelita había podido hacer fructificar la simiente de su vieja experiencia, como en un terreno feraz crece la mies sembrada con cuidado.

Por necesidad instintiva de apoyo y de consuelo, al encontrarse en la ruidosa y complicada existencia de París, la nieta y la abuelita habían estrechado su cariñosa unión, como se juntan y buscan las aves un abrigo, en algún punto resguardado contra los rigores del cierzo. Ambas, sobrecogidas de nostalgia, tendían por el pensamiento la vista hacia la lejana patria, hacia la vida fácil, hacia los afectos sinceros de aquel mundo, que tomaba á sus ojos la poesía melancólica de la distancia.

El tiempo desvanecido de la patria distante, era un segundo culto para la entristecida señora, en medio de sus devociones habituales. El recuerdo, con golpecitos discretos, llamaba á su memoria como un amigo esperado que trae noticias de los ausentes queridos. Con la unción medio supersticiosa que derrama en el alma de los viejos el persistente recuerdo de lo pasado, doña Regis disponía sobre los muebles de su cuarto los objetos que había traído de su país; se aferraba á sus hábitos lugareños, conservaba con pertinaz apego las modas, los trajes, el peinado de su tiempo. Desde la puerta de calle, al salir todos los días á oír misa en la más vecina iglesia, suscitaba por su aspecto, entre los transeuntes, la curiosidad con que se mira á los locos y á los maniáticos.

Aquella anciana de tez morena, vestida de negro, con un manto de igual color desde la cabeza hasta la

cintura, la mirada vaga, de persona que no quiere ver á los que la observan, les parecía uno de esos pobres seres que viven en el celoso aislamiento de la idea fija. Á veces algunos muchachos, con sonrisas contenidas, empujándose por jugarle alguna farsa, la seguían.

Ella regresaba sin verlos, perdida en los mirajes de su nostalgia. En el pálido sol de París, en la luz empañada con tanta frecuencia, en el aspecto friolento, buscaba el sol, la luz, la diáfana serenidad de los otoños de su tierra. No era un análisis comparativo lo que traía á su espíritu enfermo la noción de esa diferencia. Era el suspiro de su alma al volar á la distante región; era la vívida luz que de repente iluminaba las memorias de otros tiempos, con el desconsuelo roedor del enfermo que piensa en los días de salud cuando casi desespera de sanar. Pero de vuelta á su habitación, la vista de los objetos familiares traídos de la patria, la presencia de Mercedes, la compañía de la vieja criada, le daban la calma visionaria de una picadura con morfina. Con la nieta á su lado, con la vieja sentada familiarmente sobre la alfombra, vivía la existencia de *allá*, contaba la crónica de su juventud, como quien entra á coger flores en un jardín abandonado; recordaba á las amigas, describía las procesiones de su pueblo.

En ciertos días, cuando la familia comía fuera, Rufina preparaba en la chimenea de una de las piezas algún guiso nacional. Era entonces, entre las tres, una fiesta de reminiscencias. El vapor de la olla, como un incienso, les traía la devota ilusión de la patria, la trémula emoción del alma envuelta en lo pasado. Pero el violento olor de las legumbres y de las viandas en la cazuela inundaba también la gran escalera de la casa, cuando don Graciano, su mujer y las dos chicas bajaban acicalados y perfumados á buscar el coche, que los esperaba para conducirlos á

alguna comida. De consuno padres é hijas protestaban :

— ¡Jesús! ¡Ya está mi madre con sus guisos de la tierra! exclamaba, levantando los brazos al cielo, don Graciano.

— ¡Tienen razón en creernos salvajes! decía Milagritos pronunciando las *erres* á la francesa.

— Así, ¿cómo no nos han dellamar *rastaquouères*? añadía Dolorcitas con la misma pronunciación.

Y ambas se cubrían las narices con sus minúsculos pañuelos de batista bordada, circundados de finísimo encaje. De un bolsillo del coche, doña Quiteria sacaba un pomo de olorosa esencia, y las tres se perfumaban con tanta prolijidad como si se tratase de un desinfectante para evitar un contagio.

Los meses se sucedían, encendiendo más y más en aquella familia, trasplantada á París de otro clima físico y moral, la fiebre del *chic*, la imitación desatinada de las costumbres francesas — un desvanecimiento al soplo de la vanidad.

Poco á poco, en la arrastradora corriente de los goces fáciles, en la sucesión de sensaciones excitantes, el caballero se dejaba ir sobre la pendiente de las prodigalidades, se impacientaba con el freno de tener que llevar cuenta de los gastos. La fría elocuencia de los números le parecía enojosa. En un cajón del escritorio, como quien acalla reproches importunos, sumía con mano impaciente las cartas de Pedro Esteban, cuando le traían malas noticias de sus intereses.

Del apartamiento de alquiler, la familia había trasladado sus festivos lares á un hotel suntuoso, con patio al frente y jardín á la espalda. Este nuevo paso en la florida senda de la elegancia era debido á Dolores y á Milagros. Las muchachas habían declarado que jamás las considerarían como gente *chic* si seguían viviendo como transeuntes; « en *garnido* », decían

ellas, por amueblado. « Es preciso ponernos en nuestros muebles », agregaban, españolizando la expresión francesa. Todo en la nueva habitación, desde la puerta de entrada, proclamaba la prodigalidad con que los billetes de Banco salían del bolsillo del dueño de la casa. Un gendarme retirado era el portero. Con su bigote cortado como cepillo de ropa, cubierta la cabeza cana con gorra de dorada galoneadura, rígido en el largo paletó con botones de metal blanco y la cifra de don Graciano, el hombre se daba los aires de mayordomo de algún palacio nacional. Un lacayo, de librea, permanecía de constante facción en el vestíbulo. Los días martes, adoptados por doña Quiteria para sus recibos, los lacayos del vestíbulo eran dos. Un tercero lucía sus medias de seda y sus zapatos con hebilla sobre el descanso de la escalera. Un mayordomo, grave y acompasado, antiguo sirviente de casas aristocráticas, que miraba á esa familia de advenedizos con la sorna de la superioridad, recibía á las visitas en la antesala, las precedía hacia la gran sala de recibo y lanzaba en la puerta, con voz sonora, los nombres al espacio, horrorosamente estropeados cuando eran apellidos españoles.

Entre las cinco y las seis de la tarde, la recepción llegaba á su mayor brillo. Las Torrevieja, las Fuenteviva, las Terrazábal, las Cortijo, la flor y nata hispano-americana de París, algunas españolas, esposas é hijas de carlistas desterrados, algunas cubanas arruinadas por la baja de los azúcares, algunas portuguesas y brasileñas color de café tostado, se sucedían ahí á tomar el te de las cinco, *el five o'clock tea*. Todas venían á lucir sus vestidos, sus sombreros, sus capas, sus alhajas, objetos de fecunda y animada conversación. A veces, cuando las visitas no eran numerosas, la charla se hacía más íntima, bajaba de las altas regiones de los nuevos modelos, de la minuciosa crítica sobre la poca exactitud de las costureras

y sobre la judaica exageración de sus cuentas, á los detalles íntimos, al examen prolijo de lo que cada una de ellas tenía puesto. Algunas, deseosas de hacer admirar su lujo, se mostraban los encajes de las enaguas, el calado de las medias de seda, la nueva forma de calzado. Otras, curiosas, por ver lo que las amigas llevaban bajo el vestido, les levantaban las faldas, por sorpresa, so pretexto de examinar la calidad del fero. Todas se analizaban, se escudriñaban, se detallaban, se reconocían lo que era nuevo y lo que era transformado. Al retirarse de ese cenáculo de autoridades en la variable ciencia de la *toilette*, muchas sacaban indicaciones útiles: las señas de una costurera barata, de una pequeña « que arma mejor que Doucet », ó de una primorosa corsetera, que transformaba en cinturas de silfides los más abultados estómagos y hacía desaparecer, convertidas en líneas esculturales, la exagerada protuberancia de las caderas.

Pocos hombres se aventuraban en aquellos torneos de elegancia exótica. Algunos viejos barbas, obstinados en representar su papel de nulidades en la comedia humana; algunos solterones rehacios, solían deslizarse á la sala, como perros humildes que buscan un rincón, para dormirse al arrullo de las conversaciones. Los jóvenes, al entrar, hacían un rápido saludo á la dueña de casa y se escurrían apresurados, con la rapidez de la bola de billar que azota la baranda, hacia otra sala contigua, al *pequeño salón*, donde Milagritos y Dolorcitas celebraban sesión plena de galanteo con los mozos, y de agridulces rivalidades con las amiguitas. Ahí las conversaciones eran más animadas, más francas las risas. El pali que sin disfraz, el *flirt* importado de Inglaterra, mantenían en la juvenil asamblea el chisporroteo exitante de una copa de champaña. Los nuevos modales, con su desenvoltura varonil, con su familiaridad promiscua, hacían reinar

ahí el tono de moderna igualdad, el escepticismo irónico con que la juventud entra hoy día en la mundana liza, despreciando las pudorosas timideces de antaño. Los respetos convencionales eran relegados al depósito de los trastos inútiles con la irrisoria marca de « juego viejo »; es decir, antiguallas ridículas para las modernas generaciones.

La joven que había hablado á Mercedes Canalejas en el Palacio de Hielo, Rosaura Fuenteviva, era una de las más asiduas al recibo de doña Quiteria, cuando Milagritos y Dolorcitas estaban solteras todavía. Llegaba acompañada de una sirviente, que iba á hacer comentarios con las de la casa sobre sus patrones respectivos, y muy poco después de ella aparecía su galán, Demetrio Vasilipowich, un mozo rumano, ó servio, de esos de existencia problemática; comensales familiares de los círculos hispano-americanos, plantas exóticas aferradas al suelo de París, donde se mantienen y florecen sin tener las más veces recursos pecuniarios conocidos. Apenas Demetrio besaba la mano á la dueña de casa, muy pagada siempre de esta cortesía, en la que encontraba la ilusión de ser una gran dama, escurriase apresurado á la sala de la juventud, donde Rosaura y el joven se apartaban por los rincones, tras de los más altos biombo, como si tuvieran siempre un nuevo secreto que decirse.

Eran asiduos á las recepciones de la señora Canalejas los padres de Rosaura, don Pedro Fuenteviva y doña Nieves, su mujer. Llegaban puntualmente á la hora del te, acompañados de Herminia, su segunda hija, menos independiente que la hermana mayor. Don Pedro y su esposa, establecidos en París años hacía, se jactaban de tener muchas relaciones con gente europea. Su conversación favorita era los chascarritos de su país. Don Pedro se apresuraba á contarlos; pero doña Nieves, acostumbrada á quitarle la palabra, lo relegaba pronto al segundo plano

y concluía ella misma la historieta con detalles omitidos por su esposo.

Venían también los Terrazábal con sus hijas, la familia numerosa de los Altamura, los Torrevieja, decanos de la colonia hispano-americana, de la que solamente admitían á los muy ricos ó á los que contaban con parientes españoles de alta prosapia.

Poco á poco se había ido aumentando la concurrencia á aquellos recibos con algunas señoras de la sociedad cosmopolita de París. Venían también tres ó cuatro señoras francesas, atraídas ahí por la fama de las generosas donaciones de doña Quiteria en las ventas de caridad patrocinadas por damas de la aristocracia, y con la esperanza de encontrar maridos ricos para sus hijas, ó grandes herederas para sus hijos, en aquel mundo de pródigos y ostentosos extranjeros. Entre esos visitantes, que oían hablar en español sin entenderlo, ó estropear desapiadadamente el francés, doña Quiteria recibía con particular acatamiento á una viejecita arrugada y displicente, la condesa de Montignan, á quien la crónica de las recepciones hispano-americanas atribuía el papel de intermediaria para negociar matrimonios, mediante una discreta, pero generosa retribución. La condesa aceptaba el mejor asiento para su pequeña persona, tomaba concienzudamente dos tazas de té con gran refuerzo de bizcochos y de sandwiches, y sabía mantener á respetuosa distancia á todos los que no eran de su mundo, con su sonrisa agrisulce de aristocrática dignidad.

Las mismas escenas *del día* de doña Quiteria Canalejas se reproducían en casa de las Torrevieja, de las Fuenteviva, de las Terrazábal y de tantas otras. Las señoras hablaban, en cada una de esas reuniones, de las grandes costureras, de las novedades de las modas, de los cuentecitos más ó menos ofensivos de ajenas reputaciones, de las contrariedades y de la lucha con los sirvientes. Las jóvenes, durante ese tiempo,

se contaban sus amores, sus intriguillas y sus aventuras de los hermanos y de los amigos con las semimundanas más conocidas.

Benjamina y Nicolasito, los dos menores de la familia Canalejas, tomaban también una parte, aunque indirecta, en las recepciones de la mamá. Bien que entre los dos mediaban algunos años, el muchachito y la hermana eran inseparables. Rebeldes á la autoridad de la abuela y de los padres, emancipados de la potestad de mademoiselle, su institutriz, conversaban con los lacayos de las visitas, espiaban lo que ocurría en las piezas de recibo entreabiertas, ó se divertían poniendo frutas ó vegetales en los bolsillos de los paletós de los visitantes, dejados en el vestibulo.

Así corría para estos trasplantados, con su rapidez vertiginosa de torrente, la existencia. El raudal que los arrastraba iba tomando las proporciones de la catarata despeñada desde la altura. Era el mismo fragor, que no deja oír las voces, los mismos iris de engañosas luces reflejados en la nube de su espuma. El placer les batía sus alegres banderolas á lo largo de la ribera florida. El horizonte, donde podían amontonarse algunas nubes, se hallaba muy lejos, á inconmensurable distancia. Poco á poco, la transformación moral que el contagio del ejemplo opera en las ideas, en los gustos, en las costumbres, así como la influencia lenta, pero segura, del clima sobre los órganos del cuerpo, había hecho de los padres y de los hijos Canalejas un tipo híbrido de dos civilizaciones, del que tantas familias hispano-americanas trasplantadas á la Ciudad Luz, como la llaman sus escritores, presentan característicos ejemplos. Ni Canalejas ni su esposa comprendían ya cómo podía vivirse en aquellos pueblos de Hispano-América que, mirados á la distancia, al través del prisma de los encantos parisienses, les parecían cuerpos sin alma, con sus calles donde no se atropella la afanosa turba de los boulevares, sus sociedades reducidas al estrecho círculo

de unas pocas familias, sus diversiones escasas y sus rivalidades intransigentes. Se miraban el uno al otro con aire de compasiva inteligencia, cuando sus compatriotas recién llegados daban rienda al ardor de su patriotismo, comparando, con los de su tierra, las plazas, los teatros, los monumentos de París. Vapores de aspiración aristocrática les subían al cerebro y no vacilaban en añadir á su plebeyo nombre la partícula nobiliaria que los transformaba en *Monsieur et Madame de Canalejas*. Ya les parecía cursi ó, según la genial expresión chilena, *siutico*, aquello de hallarse limitados á cultivar únicamente relaciones sociales con los de su raza. Sin confesarlo, el que pudiera llamárseles *rastaquouères* los agobiaba como algún defecto vergonzoso. Era en ellos una rabiosa aspiración á sacudir su manto de extranjerismo, á contraer amistades con gente elegante europea. No encontraban que fuera caro enviar billetes de mil francos á cada colecta de alguna gran dama, con la esperanza de abrirse las puertas de sus salones, ó siquiera fuese de ser convidados á las fiestas de los advenedizos de la Bolsa que, con falsos ó comprados títulos de nobleza, con la osadía que no reconoce escrúpulos, acumulan ingentes riquezas, de las que el inocente público, al que acá llaman *Gogo*, es la mina inagotable. Tener á su mesa algún noble de aquellos que en la infernal zarabanda van arrojando los últimos jirones de su dignidad tras de los restos averiados de la heredada hacienda, les parecía una honra inestimable. Ellos también arrojaban poco á poco en la vorágine esos sentimientos de afectuosa confraternidad con que los que llegan de aquella tierra de América miran al principio á sus compatriotas. Habían aprendido de otros hispano-americanos afrancesados, medio admitidos en los círculos del cosmopolitismo elegante, el sistema de selección. Daban convites que creían de alto tono, á los que se abstendían de invitar

hispano-americanos, y convites de confianza para los paisanos, á los que se guardaban de hacer asistir á sus conocidos europeos. La idea de buscar un titulillo nobiliario, aunque fuera inventado por algún fabricante de abolengos, empezaba á sonreírles como una mala tentación — uno de esos antojos que se encienden al mismo tiempo en dos cerebros asimilados en la comunidad de las diarias preocupaciones, de las pequeñas cotidianas.

Dolores y Milagros habían sido los principales artifices de esa gradual metamorfosis. Sin adquirir mucha ciencia en el aristocrático colegio donde habían pasado de la niñez á la pubertad, el espíritu de imitación y de emulación, esa fuerza dominante del carácter femenino, había creado en ellas la segunda naturaleza, que debía casi extirpar la primera, como la savia del injerto modifica en el árbol ó en la planta, las propiedades primitivas del tronco que la alimenta. El espectáculo de las hijas de grandes familias francesas, acariciadas y consideradas por las monjas, aduladas é imitadas por las condiscípulas, encendió en esos corazoncitos meridionales el fuego latente de la ambición mujeril, la ambición de ser como las envidiadas y de humillar con su lujo y su grandeza á las envidiadoras.

La entrada de las dos chicas *al mundo* fué celebrada con un gran baile. Mitigando el rigor del sistema de selección pedido por las hijas, don Graciano consiguió que se convidara un número considerable de familias hispano-americanas. Los demás invitados pertenecían en gran parte al mundo cosmopolita que hace el ornamento de las mesas redondas de los hoteles de Niza y de las de tapete verde de Monte-Carlo. Los diarios hablaron de la fiesta. Los Torre vieja, los Fuente viva, los Altamura, citados entre la concurrencia, al lado de algunos nombres de banqueros judíos, y de algunos nobles extranjeros de pacotilla, hablaban

del sarao como de uno de los más brillantes de la estación. Los Terrazábal y otras familias excluidas por falta de distinción y de fortuna, quedaron furiosos. De todos modos, aquello era ya una victoria ganada, un primer paso hacia la notoriedad. « En toda guerra tiene que haber muertos y heridos », decía sentenciosamente don Graciano. Pronto, el lujo de los coches y de los trajes en el diario paseo á las Acacias, en los teatros, en algunos salones de extranjeros y en aquellos de la sociedad francesa que asiste por curiosidad á todas partes, como quien va á un espectáculo que no compromete á nada, llamó la atención del París curioso y novedoso, del *París que se divierte*, sobre la familia Canalejas. La fama, que jamás toca su trompeta en las notas medias, los hizo archimillonarios. Al estruendo acudió luego una bandada de pretendientes. En su misión evangélico-social de buscar herederas ricas para jóvenes ociosos y pobres, pero nobles, el cura de la parroquia hizo su visita con sonrisa catequizadora. No es de hoy ese intercambio económico, que trueca por los millones del advenedizo los escudos de armas, descascarados en el áspero roce de las necesidades materiales. El cura presentaba una lista en la que figuraban marqueses, condes, barones y algunos hijos menores de excelentes familias.

El señor y la señora de Canalejas llegaron á considerarse *lanzados*. El vaporcillo chispeante del amor propio los desvanecía en un sueño de grandeza. ¡Qué dirían en su tierra! El singular fenómeno de satisfacción vanidosa que sienten los ricos por el acatamiento rendido á su dinero, como si éste constituyese una verdadera superioridad moral, una virtud por la que puede tenerse orgullo, no dejó esta vez de producirse.

— ¡Y que nos vengan á contar que la nobleza desprecia á los extranjeros! Mañana, si queremos, casamos á nuestras hijas con marqueses ó condes de la mejor nobleza.

Don Graciano llegaba á esta conclusión, rodeado de la familia, contando la visita del párroco á Jenaro Gordanera, un solterón, hermano de doña Quiteria, enriquecido en su tierra con una tienda de efectos de contrabando.

— Sí, sí, condes y marqueses pelados como la cabra. ¡Qué gracia! replicaba el cuñado.

Al dar su opinión en esa forma brutal, Jenaro, hombre aprensivo y quejumbroso, acostumbrado, como *tío á herencia*, á las contemplaciones de toda la familia, tragaba una pastilla de clorato para combatir una bronquitis crónica que, según él, no lo dejaba.

— Pelados cuanto tú quieras, replicaba don Graciano, pero que nos abrierian las puertas de la más encopetada sociedad de París.

Se acariciaba con satisfacción la espesa barba negra, bien teñida, alisándola con sus manos flacas, que las semimundanas le habían hecho creer eran un signo de gran distinción.

— Y las Torrevieja y las Altamura no se darían tantos aires de protección con nosotros, secundaba doña Quiteria, abanicándose, siempre acalorada.

Jenaro alzaba los hombros con desprecio. En sus mejillas pálidas, los juanetes, dos puntos rosados, se encendían hasta la púrpura con cualquiera contradicción.

— ¡No estén hablando disparates! exclamaba, después de aclararse el pecho, como para levantarse un peso: ¿de qué les serviría entrar á ustedes á los salones de la aristocracia? Para que los mirasen como animales raros. ¿Y qué irían ustedes á aprender ahí? ¡A despreciar á sus compatriotas! ¿Saben mi opinión? Lo que ustedes deberían hacer es irse con sus hijas á casarlas en su país, con sus paisanos.

— ¡Ah, ah! eso no, por ejemplo, exclamaban á un tiempo Milagros y Dolores.

Habían estado calladas, dejándolos hablar « como

quien oye llover », decían, seguras de que su opinión debía prevalecer en todo caso.

— ¡Irnos de París! ¡qué disparate! replicaban don Graciano y su mujer; no se puede vivir en América, ¡hombre!

— ¡Es lo mejor, es lo mejor! decía tosiendo Gordanera.

Los dos puntos rosados se le encendían en las mejillas al replicar así, y volvía á aclararse el pecho, con angustia, como protestando de que se le contradijese.

— Y tú, ¿por qué no te vas, entonces? le preguntó Dolores.

— ¡Ah! ¿Yo? ¡Así pudiese! ¡Así me lo permitiera mi salud! ¡Ya verían ustedes!

Y como para afirmar la veracidad de su disculpa, se echaba á la boca una pastilla de *clorato* de potasa.

— Te vas á matar con tanta droga, le decía doña Quiteria.

Don Graciano, riéndose, exclamaba :

— No le hagan caso á este gruñón, muchachas. Muy contento que estaría con poder decir « mi sobrina la marquesa », mi sobrina la condesa ».

Jenaro protestaba, agitando la cajuela de las pastillas.

Pero su cuñado no se detenía ante esa pantomima de asmático :

— Vamos á ver, muchachas : ¿qué les parecen los candidatos?

— Todos son pobres de solemnidad, dijo Milagritos.

— Y podridos de deudas, agregó Dolorcitas.

— No, no; hay uno que tiene seis mil francos de renta y otro cinco. En los demás no hay nada apuntado, explicó el padre, recorriendo la lista *confidencial* dejada por el cura.

— Ridículo, exclamó doña Quiteria; mis hijas no están para pasar hambres.

Jenaro triunfaba con su tema :

— ¡A la tierra! ¡á la tierra! no hay más que irse á la tierra.

Y aclarándose el pecho, hacía sonar las pastillas : déjense de nobles; ¡á la tierra, á la tierra!

— Nosotras necesitamos maridos ricos, afirmó Dolorcitas sentenciosamente.

— Que nos puedan dar *mail-coach*, añadió Milagritos.

— ¿Qué es eso? preguntó doña Quiteria.

— *Four in hands*, mamá, le gritaron las muchachas.

— Sí, mucho que te entiendo, vociferó la señora enfadada.

— Esas grandes berlinas de cuatro caballos, hija, explicóle el marido, como la que tienen los Altamura.

— ¡Ah! ya sé, ya sé, exclamó triunfante doña Quiteria; esos carromatos en que los caballeros van afuera como criados y los criados adentro, como patrones.

— Justo, esos mismos, afirmó el marido.

— No hay matrimonio *chic* si no tiene *mail-coach*, dijo sentenciosamente Milagritos.

— Y tener *mail-coach*, añadió Dolores, quiere decir : tener además buen hotel, muchos sirvientes, palco en la ópera y en el Francés, cuarenta mil francos por lo menos para *toilettes*, y poder dar fiestas y comidas.

— ¡Lo que se llama vivir con *chic*! resumió Milagritos.

Las dos chicuelas se animaban con sus descripciones. Relampagueando, los ojos negros, fulgurantes de juvenil ardor, como estrellas en lóbrega noche, titilaban. Los albos dientes, tras de la sonrisa, parecían, ansiosos de morder á esa existencia de lujo y de placeres, á esa manzana del Paraíso, el ideal acariciado desde el colegio, fantaseado por ellas con los

vivos tintes de una aurora meridional, en el materialismo absorbente de la existencia parisiense.

Jenaro se levantaba de su asiento exasperado y arrojaba de la boca, al hablar, la pastilla que no había alcanzado á diluirse.

— ¿No ven? ¿qué les decía yo? ¡Eso les pasa por criar su familia en Europa! ¡Vayan á encontrarles maridos que les den todo eso!

Miraba á su cuñado y á su hermana con aire triunfante. Pero al sentir que se le había escapado la pastilla, se puso á toser: una tos de protesta, que acentuaba con ademanes de que « lo dejasen hablar; que no había concluido », mientras que los juanetes relucían rojizos, con un lustre de guindas mojadas.

¿Querían hijas *chiques* á la europea? ¡Ahí las tienen! exclamaba al fin. ¡Encuéntrenles maridos, pues! Si ustedes no se quitan la camisa por ellas, no sé cómo hagan.

— Tú, que eres rico, nos dotarás, díjole burlona Milagritos.

— O te casarás con una de las dos, repuso Doloritas con franca risotada.

Así concluían esos consejos de familia. Las dos chicas se sentaban sobre las rodillas del papá, le tiraban la barba y los bigotes, ó tomadas de la cintura se lanzaban en los giros acompasados de un *boston*, haciendo flotar sus faldas sobre las rodillas del tío Jenaro, al pasar.

— ¡Qué chiquillas tan locas! exclamaba doña Quiteria.

Discusiones análogas se reproducían en el almuerzo, delante de los criados. Don Graciano y doña Quiteria hablaban en español, las chicas en francés. De este modo, la servidumbre seguía perfectamente el hilo de la argumentación. Juan Gregorio terciaba en el debate con frecuencia, apoyando á sus hermanas.

— Eso es, chicuelas, tenéis razón. Maridos ricos.

¡No hay más que la *galleta*! La *galleta* es el nervio de la guerra, como decía Napoleón; y el nervio de la *rigolada*, como digo yo.

Don Graciano y su mujer se reían de la jerigonza de Juan Gregorio.

— ¿Qué es eso de « la *galleta*? » ¿qué quiere decir « la *rigolada*? » preguntaba la señora.

— La *galleta* es la plata, mamá, le gritaban conjuntamente las dos hermanas.

— Y la *rigolada* es la diversión, para la que hemos venido al mundo, decía Juan Gregorio.

Era, pues, un punto indiscutible: los maridos debían ser ricos. Del amor, ni los padres ni las hijas se cuidan.

« Después que se casen querrán á sus maridos », era para la señora un axioma, y para don Graciano un asunto de absoluta indiferencia. Ninguno más convencido que él de la necesidad de casar á las chicas con hombres acaudalados, de fortuna independiente y sólida. Únicamente por vanidad, para mostrar á Jenaro, y que éste lo contase en la colonia hispano-americana, hablaba de los candidatos de la nobleza, que el cura, ó la condesa de Montignan, venían con frecuencia á proponerles. Sabía que el tren de existencia á que poco á poco se había dejado arrastrar, era una especie de tonel de las Danaides, resumidero imposible de llenar, absorción continua de sus rentas.

Los enormes gastos de la familia, á las cuentas siempre crecientes de las costureras, de las modistas, de los zapateros, de las floristas, de los joyeros, de los mil industriales que, con la fantástica gula del vampiro, estrujan la fuerza vital de las más ingentes fortunas, se añadían para Canalejas las exigencias de una vida de halagos ilegítimos que, á manera de taldro movido por una fuerza irresistible, abrían ancha brecha en su fortuna. Algo como una base de arena más allá de los sólidos cimientos sobre que creía ha-

ber fundado el edificio de su riqueza, le parecía sentir, en sus escasas horas de meditación, generalmente á la llegada del correo de su tierra. Las cartas de Pedro Esteban hablaban con frecuencia enojosa de malas cosechas, de arrendatarios que no pagaban, de pestes en el ganado: todas las calamidades que el destino parece complacerse en amontonar sobre el que se ausenta, dejando á tercera mano el cuidado de sus bienes. De ese horizonte lejano empezaban á alzarse las negras nubes con que algún viento de desgracia podía entoldar el cielo de sus placeres.

Por entonces, en una tertulia danzante, dada en casa de los Altamura, aparecieron los pretendientes ideales, Agustín Palomares y Antonio Cuadrilla, dos hispano-americanos millonarios, apenas mayores de edad y en absoluta posesión de sus herencias. Los ojos de Dolores y de Milagros les lanzaron sus miradas de resplandor meridional. En el corazón de los mozos el efecto fué el de los cohetes incendiarios al caer en el polvorín del campo enemigo. Agustín Palomares bailó el cotillón con Milagritos, Antonio Cuadrilla fué el compañero de Dolorcitas. Nunca las chicas Canalejas habían estado más encantadoras, más vivas, más irresistiblemente coquetas y bulliciosas. Entre las dos parecían ocupar toda la sala de baile. Las demás muchachas, eclipsadas por el brillo, por la impertinente petulancia de las dos hermanas, hacían el efecto, en aquel firmamento de femeniles rivalidades, de las pálidas estrellas de la vía láctea, comparadas con el fulgurante esplendor de las constelaciones de primer orden. Milagritos y Dolorcitas bailaban más que todas las otras, regentaban en las figuras del cotillón, repetían á su antojo los *accesorios*, y se echaban en brazos de sus compañeros con un abandono estrecho y turbador. En los momentos en que cesaba la música, ambas encontraban todavía modo de hacerse el blanco de todas las miradas. Con infan-

til travesura corrían á besar al papá ó á la mamá, arrojando, al hacer sonar el beso, una mirada de dedicatoria al más guapo mozo que por allí estuviese. O bien, deteniéndose ambas en medio de la vasta pieza, mientras que las demás chicas se hallaban sentadas, juntábanse á decirse imaginarios secretos, con inclinaciones de cuerpo y ondulaciones de cintura, destinadas á poner en relieve la voluptuosa gracia de sus personitas, al par del primoroso armado de los trajes con que Worth les modelaba los contornos de su meridional hermosura. Al concluir la cena, servida, como es de rigor, en mesitas separadas, Milagritos llamaba « Cucho » á su galán, mientras que Antonio Cuadrilla se oía decir « Antuco » por la cariñosa voz de Dolorcitas.

El cortejo, desde esa noche, semejante al acelerado compás de los valeses *tziganos* que acompañaban las conversaciones, fué rápido y empeñoso. En esa atmósfera de fiesta, en esa reverberación de luces sobre las desnudeces permitidas al pudor femenino, los dos mozos, embriagados, se rindieron.

Y así, Milagritos y Dolorcitas tuvieron *mail-coach* cada una para ir á las carreras de Auteuil, de Longchamp, de Chantilly; para dominar la turba multa desde lo alto de los empinados pescantes, rodeadas de alegres parejas de mujeres y hombres jóvenes, al dirigirse, al son de la destemplada trompa, á los picnics estivales precursores del *gran premio*. Luego, por la vertiginosa pendiente, sobre la que gran parte de las mujeres jóvenes se dejan deslizar en alas de la rápida independencia que les da la bendición matrimonial, á la manera como se desprenden las avecillas del nido para lanzarse al anchuroso espacio de la libertad y de los antojos, las dos chicas Canalejas, sin eximirse de jugar con las espinosas flores del galanteo, se mantenían hasta entonces en el frágil equilibrio de los bailarines de cuerda. El *flirt*, le

palique amoroso en algún rincón apartado de una sala de baile, con cualquier hombre, aunque feo, con tal que fuese á la moda, les parecía un primor de elegancia indispensable al realce de la belleza.

Sin salvar los linderos de la fidelidad conyugal, estas dos esclavas del *chic* aprendieron pronto á practicar la elástica moral de la sociedad parisiense, en la que toda joven casada, deseosa de brillar entre las constelaciones de la moda, no debe recular, si quiere tener galanes protectores, ante ciertos favorcillos de menor cuantía á trueque de abrirse las puertas de los salones en boga.

Con esa fuerza de la belleza complaciente, las dos jóvenes consiguieron poner sus piececitos minúsculos de hispano-americanas en algunos hoteles de la *plutocracia* israelita, que es á la nobleza cristiana lo que el plaqué es á la plata : una composición con tantas capas de fino, que llega á tener todas las apariencias del metal verdadero. Desde este momento, encumbradas por la vanidad, las dos chicas creyeron poder ir dejando á sus compatriotas en la esfera subalterna del *rastaquerismo*, al emprender, á fuerza de adulaciones, de suscripciones, de presentaciones, la lucha por la elegancia, para conquistarse un puesto en la relumbrosa falange del *tout-Paris*. Fué la porfiada labor de la crisálida, que rompe su capullo para extender, al calor del sol, sus relucientes alas de mariposa y echarse á volar por los jardines.

Sus maridos, Agustín Palomares y Antonio Cuadrilla, en los primeros tiempos quisieron protestar. El instinto varonil de la propiedad les hacía pensar que ellos no se habían casado para divertir á los otros con sus mujeres. Pero las jóvenes supieron hacerlos entrar bien pronto « en vereda ». ¿Acaso se les figuraba haberse casado para tenerlas encerradas en la casa ? ¿Qué hombre *chic* habían visto ellos prendido á todas horas de la pretina de su mujer ? ¿ En

qué sociedad elegante andan los maridos fijándose sus mujeres hablan á solas con Fulanito, ó bailan muy seguido con Zutano? ¿Qué marido del gran mundo no se da por muy contento de ver que su esposa sea objeto de las atenciones, y aun del *flirt* del condesito A, del marquesito B, del duquesito D? ¿Se figuraban que ellas les permitirían conducirse como vulgares *rastá* y ser causa de que no quisiesen convidarlas en ninguna familia europea de « buen tono »? ¿No sabían ellas que el *chic* manda que los maridos pasen la noche jugando en el club, ó entre los bastidores de los teatros con las *estrellas* y las semi-mundanas, y que solamente lleguen á los bailes á la hora de la cena?

Cada una de esas interrogaciones sonaba entre los rosados labios de las dos mujercitas, como otras tantas infracciones cometidas por sus maridos contra el código del buen tono. Cucho y Antuco, naturalezas blandas, cerebros sin cultura, saturados de esa peculiar vanidad de los advenedizos de la riqueza, que sólo alcanza á expresarse en toda su extensión, componiendo del inglés la voz de *snobismo*, se sintieron anonadados ante ese estallido de indignación de sus monísimas consortes. Sumisos, prometieron que no reincidirían. Pero la sumisión en uno y otro era distinta, así como la contrición y la atracción para los teólogos. Antonio Cuadrilla se sometía á la obediencia por amor á su mujer. En el fondo de su pecho rugía una amarga protesta contra esa ley de la elegancia mundana que obliga al marido á descenderse de las ligerezas de su consorte, con tal que se mantenga en la esfera del buen tono. En su temor de los sarcásticos reproches de su Dolorcitas, de miedo á sus desdenes, el pobre mozo había llegado á soportar su martirio con semblante amable, como el gladiador antiguo que sabía encontrar una sonrisa al caer atravesado por la espada enemiga.

palá concuñado Agustín Palomares era el reverso de esa medalla de dos voluntades avasalladas por el poder femenino. Agustín se sometía contento á la ley de la elegancia, aceptaba los inconvenientes de su situación, con tal que su mujer llegase á ser contada entre las elegantes á la moda, pareciéndole que el prestigio que ésta ganara con recibir los galanteos de los hombres de alto tono, irradiaría sobre él como un reflejo de superioridad ante sus compatriotas. Ser hombre *chic* era la ley suprema á sus ojos. Todo marchó desde entonces en perfecta armonía en la familia Canalejas. Don Graciano continuaba sus correrías por el mundo que se divierte, que Juan Gregorio llamaba el mundo *intérlope*. Gastaba sin contar y echaba al fondo del escritorio las cartas de Juan Esteban, cuando eran portadoras de malas noticias financieras. Doña Quiteria, al propio tiempo, multiplicaba las órdenes de nuevos trajes, de nuevos sombreros, de nuevas docenas de ropa interior, de numerosos pares de calzado.

Se habían dicho « hasta luego », en su idilio de esperanzas, los dos enamorados, al despedirse. Hasta luego quería decir para ellos contar uno á uno el paso tardo de las horas, divisarse después en un instante veloz, á la distancia : él sobre el puente de alguno de los vaporcitos que suben y bajan por el Sena y ella de pie en una de las ventanas del suntuoso hotel, donde la familia Canalejas albergaba el tumulto de sus pasiones de trasplantados en la tórrida atmósfera de la capital francesa.

Habían encontrado, con el ingenio del amor que resuelve las dificultades, como evita los escollos el barquichuelo al bogar entre arrecifes, ese modo de divisarse, de hacerse un saludo matinal, un saludo deavecillas que cruzan los aires en direcciones distintas. Ya Patricio se había cansado de pasar por delante de la casa para divisar á Mercedes en una de las ventanas del tercer piso ocupado por doña Regis, la abuelita, mientras que en otras ventanas descubría con frecuencia la picaresca mirada de Milagritos, ó de Dolorcitas, que lo espiaban, ó la curiosa observación de Benjamina y de Níco, que siempre estaban presentes donde quiera que hubiese algo que escudriñar ó que observar.

— ¿Sabes? había dicho el mozo una tarde al volver del Palacio de Hielo, desde mañana voy á tomar uno de los vapores del Sena : bajaré hasta el Trocadero entre las ocho y las nueve y volveré entre las nueve y las diez poco más ó menos. Tú estarás en una de las ventanas de tu abuelita y podremos divisarnos y saludarnos.

Mercedes había aplaudido con alegría el ingenio de su enamorado. Ese plan de inocente y lejana visión, en la que tocaba á la fantasía tanta parte como á la realidad, puesto que apenas podrian divisarse, despertaba en su imaginación el apetito de lo novelesco, ese sabroso condimento de los amores contrariados.

— ¡Ay qué bueno! desde mañana te espero.

Así burlaban las crueldades del destino. Todas las mañanas, con sol ó con lluvia, Patricio, desde el puente del barco enviaba á la chica su saludo de amor, un beso formulado en un ademán vago, signo para ellos solos comprensible, que los pasajeros que lo veían tomaban sin duda como un indicio de alienación mental en el mancebo.

La desnudez de los árboles plantados al pie y á lo largo del tajamar, favorecía esas citas románticas lo suficiente para que los dos enamorados pudieran verse á la distancia. Lo demás lo hacía la ilusión. Sabían que sus almas volaban, en ese instante, la una hacia otra, en el perenne anhelo de la pasión contrariada. Era la supresión del espacio con la instantánea velocidad de dos corrientes eléctricas que se buscan. Y el momento pasaba; un nuevo recuerdo atesorado por la pueril avaricia del amor platónico.

El vaporcito seguía su curso de ómnibus flotante, ellos se perdían pronto de vista, y las dos almas, separadas de nuevo, tendían el afanoso vuelo hacia los mirajes de otras esperanzas.

Aquella mañana, Mercedes, desde temprano, seguía

con la vista todas las embarcaciones que subían y bajaban por el río. El sol, con su aliento de vida, había rasgado desde el alba el manto de nieblas otoñales, que tenían envuelta á la gran ciudad desde varios días y arrojado los jirones flotantes en derrota hacia Bercy, trazando una banda reluciente de azul y de oro tras del Monte Valerien. Pero Mercedes no admiraba el paisaje, ni el curso majestuoso del Sena, ni detenía su atención en los pescadores de la opuesta orilla, inmóviles, en esa expectativa porfiada de los peces que nunca tragan el anzuelo. Ella escudriñaba el horizonte, buscando la aparición, á la distancia, de los vaporcitos que bajan la corriente, dándose aires marinos de barcos importantes.

Patricio se había embarcado á la hora calculada para llegar frente á Mercedes entre las ocho y las nueve. Esta vez la emoción del navegante era doble. Al placer, siempre nuevo aunque siempre el mismo, de ver á lo lejos á la amada, de decirse, divi-sándola, que ahí, en aquel punto blanco, un corazón de mujer respondía con sus latidos al del suyo, una circunstancia especial, un hecho para él de altísima importancia, hacia esa mañana de su excursión un acontecimiento transcendental. Acababa de llegarle el nombramiento á que en pocas palabras él y Mercedes habían aludido en su última conversación, al despedirse en los Campos Eliseos.

La probabilidad de tener que separarse de Mercedes, de poner entre él y su amor la larga distancia que mediaba entre su país de Hispano-América y París, lo aterrorizaba. ¡Él no olvidaría nunca! ¿pero ella? Ante ese problema surgía en su memoria la exclamación de Hamlet: « Movable como las ondas ». Él ausente, ¿quién podría alentarla en su resistencia á los ambiciosos proyectos de don Graciano? La acción destructora del tiempo y de la distancia, los halagos de la vida elegante, la insistencia solícita de

os pretendientes, ¿no irían poco á poco borrando de su *frágil* corazón de mujer, con la lima lenta y segura de la costumbre, su imagen y su amor, como desgastan los acontecimientos diarios la viveza de los más grandes dolores? Al entrar en ese obscuro recinto de los *presentimientos celosos*, el alma del joven sentía un abrazo frígido, como al que coge el cuerpo al bajar á un sótano *húmedo y obscuro*.

Un compatriota, Cirilo Campaña, le sugirió una idea luminosa, cuando Fuentealba veía con terror aproximarse la época de la separación.

— Tú tienes un tío diputado al Congreso, le dijo; escríbele para que consiga te nombren aquí ayudante del ingeniero inspector de materiales para los ferrocarriles del Estado.

Patricio siguió el consejo y el nombramiento no se hizo esperar. Era el talismán salvador que mostraba como un trofeo de victoria á Mercedes en aquella feliz mañana.

El talismán le traía un sueldo de quinientos francos *mensuales*: una riqueza, para sus hábitos modestos de estudiante pobre.

La blanca figura de la ventana respondió con signos inequívocos de contento. El barco siguió deslizándose sobre la tranquila corriente, *remedando* la inexorable indiferencia del tiempo al dejar tras de sí los goces y los dolores humanos.

— ¡Mamita! ¡mamita! Patricio ha recibido el nombramiento, llegó diciendo Mercedes, con *alegría* al cuarto vecino del suyo, donde se encontraba la anciana.

La abuelita se quitó los anteojos con la lentitud del pulso que flaquea, dejó sobre sus faldas el libro en que leía la vida de algún santo y fijó sobre su nieta la mirada cariñosa con que los viejos parecen invocar la bendición del cielo en favor de los seres jóvenes que *aman*.

— Sí, lo ha recibido: me mostró el papel desde el

vapor, al pasar, afirmó la chica, creyendo ver una *duda interrogativa en la mirada de la señora.*

Era un dulce consorcio de almas el de aquellas dos *mujeres colocadas en las extremidades de la vida.* Ambas buscaban en una confianza sin límites el consuelo de pesares de tan distinta naturaleza en una y otra, como era de grande el número de años que las separaba. Herida de incurable nostalgia, la abuelita encontró un calmante á su tristeza en velar sobre el alma de la nieta de su predilección con la misma ternura con que había cuidado su salud desde la cuna. Además, llegada á Francia con la familia de su hijo, doña Regis puso todo su esmero en separar á la chica de la atmósfera moral en que la madre y las hermanas fueron rápidamente desvaneciéndose al contacto de la vida parisiense. En ese empeño la anciana no encontró dificultades. Doña Quiteria había cedido de buen grado la educación de Mercedes á su suegra, *para entregarse con entera libertad á su gusto por los trajes y por las modas,* que fué pronto en ella una *pasión absorbente.* Por lo que hace á Milagritos y Dolorcitas, celosas de la belleza rubia de Mercedes, envidiosas de su cutis blanco, de sus ojos azules, de todo lo que, en contraste con ellas, le daba un aspecto de distinción aristocrática, ambas estuvieron muy contentas de no aparecer en ninguna parte con tan temible rival.

Privada de la tierna solicitud de una madre y sintiendo en el roce de la vida de familia la sorda hostilidad de las hermanas, la chica había concentrado su cariño en la abuelita. La sencillez familiar con que la vieja señora le hablaba de las cosas elevadas del alma, mostrándole el costado serio de la existencia, tenía un efecto sedativo en el espíritu de la chica, después de las frívolas disertaciones de sus hermanas *sobre las tiránicas reglas de la elegancia y el predominio absoluto de la riqueza.*

La abuelita le hablaba de la patria lejana, de la felicidad de aquella existencia sin artificios, en el caluroso abrigo de los afectos *de familia*: un vasto espacio abierto á su imaginación, donde Mercedes hacía florecer el idilio de su amor, amenazado por la sorda conspiración contra Patricio, declarada en la familia, á medida que se infiltraba en ésta la idolatría de la grandeza.

En aquella intimidad de mutuo y profundo cariño, la anciana vivía de las alegrías de la chica, la seguía en su sueño de amor con ese interés *por los dramas* del corazón que los años no bastan para extinguir completamente en la mujer.

La nueva situación creada á Patricio Fuentealba por el empleo para el que acababa de anunciar su nombramiento, abría á Mercedes un horizonte de esperanzas. Este fué el tema de la conversación entre la abuela y la nieta. Mercedes atribuía al nuevo acontecimiento una importancia en la que *doña Regis* estaba distante de convenir.

La chica raciocinaba con la fácil confianza de la inexperiencia. « Hasta entonces la oposición de su familia á Patricio se había fundado en su *absoluta* falta de bienes de fortuna. Ahora que adquiría una posición en su carrera, á juicio de la joven equivalente á una promesa de bienestar para el porvenir, esa oposición debía cesar. »

Doña Regis, sin contradecirla abiertamente, mencionaba las dificultades que hacían poco verosímil esa solución. « Ella era una muchacha rica. Don Graciano hablaba con frecuencia de los pretendientes que *solicitaban* su mano. Aunque sin tener tal vez más fortuna que Patricio, eran en su mayor parte jóvenes de la nobleza, y esta sola circunstancia bastaba para que los padres, guiados por la influencia de las dos hijas casadas, prefiriesen á cualquiera de ellos. Desde que habíar llegado á Francia, observaba la anciana, n

reconocía á su hijo ni á su nuera. No hablaban ya sino de entrar en la gran sociedad, de emparentarse con nobles, ó por lo menos con la gente que los frecuentaba.

— No será mucho que estén pensando en casarte con algún duque ó algún príncipe, concluyó la señora levantando los hombros, descontenta.

Mercedes protestó con decisión :

— ¡Ah! eso no, mamita. Muchas veces he dicho delante de ellos que, si no me permiten casarme con Patricio, no me casaré con nadie.

La chica miraba á ese único punto. La llegada del nombramiento debía allanar las dificultades. Sus padres se dejarían convencer. Joven y enamorada, era optimista.

El feliz poseedor del nombramiento había continuado, mientras tanto, su viaje por el Sena. Después de desembarcar frente al Trocadero, subía la colina cubierta de jardines sobre la que se levanta en arco de círculo el palacio, dominando el río y el campo de Marte, como la corona en un inmenso escudo heráldico. Contento con la seguridad de no tener que alejarse de Mercedes, el joven dirigió desde ahí una mirada alegre sobre el inmenso panorama de París que se extiende á lo lejos, y aspiró en el aire puro de la mañana, en la dicha de amar y ser amado, un aliento de esperanza para el porvenir.

A poco de andar, en dirección de Passy, se detuvo delante de una casa de modesta apariencia, de esas que están revelando que aquella población es una antigua aldea invadida por el crecimiento de la capital. La casa tenía solamente dos pisos sobre el entresuelo. Una puerta de entrada estrecha, dos ventanas á cada lado, repetidas en los pisos superiores, se abrían sobre la calle. La pintura verde que cubría la puerta y las ventanas, acentuaba el aspecto de casa de aldea en aquella fachada de primitiva arquitectura.

Patricio entró al pasadizo y golpéo á la puerta de la izquierda. Una voz áspera de mujer le respondió de adentro.

— ¿El señor Campaña? preguntó el joven entreabriendo la puerta para hacerse oír.

La misma voz, envuelta en una oleada de olor á cebolla frita, respondió sin suavizarse:

— La puerta al frente; el señor está en el jardín. La portera condecoraba con el pomposo nombre de jardín, un patiecillo húmedo de siete metros de largo á lo más, sobre seis de ancho. La mitad del estrecho espacio estaba consagrada al servicio de la casa y separada por una reja de palo en decadencia lamentable, de la otra mitad. Allí alzaban sus ramas descarnadas algunas pobres plantas de esas que, como los mendigos de la calle, resisten entumecidas y raquíticas á todas las inclemencias del tiempo.

Un hombre joven, delgado, de mediana estatura, estaba ahí absorto, al parecer, en la contemplación de una de las plantas. Alzó la frente, volviéndose hacia el pasadizo al oír el ruido de pasos del que entraba.

— ¡Hela! matinal navegante, exclamó al ver adelantarse con alegre rostro á Patricio: ¿qué te trae por acá?

— ¡Una buena noticia!

— ¿Para mí?

— No, para mí.

— ¡Tanto mejor!

Estrechaba calurosamente la mano de Fuentealba, y repetía, con mirada cariñosa, en la que una llama de una bondad infinita brillaba, iluminándole el rostro:

— ¡Tanto mejor! ¡tanto mejor!

Su ancha frente hacía pensar, por su serenidad, en la tersa superficie de las aguas en calma. Sobre ella los abundantes cabellos castaños parecían reflejarse, dando sombra al pensamiento del hombre en quien la materia está dominada por la fuerza del espíritu. Le

boca sombreada por un fino bigote, y la barba entera, más clara que el cabello, no le quitaban el aire juvenil, que el consorcio armónico de la salud del alma y del cuerpo hace traslucirse en el rostro de los hombres que ignoran la esclavitud de las pasiones violentas.

Campaña había llegado á París con Patricio Fuentealba. Los unía una de esas amistades de colegio que más tarde llegan á condensarse en parentesco de almas. Fuentealba fué admitido poco tiempo después á la Escuela Central, de donde acababa de salir con su diploma de ingeniero civil. Campaña, durante el mismo tiempo, se dedicó á perfeccionar sus estudios médicos, con el ánimo de ir más tarde á ejercer la profesión en su país. La lectura de las obras de Augusto Comte le hizo abandonar ese propósito. Una vocación irresistible hacía los humanitarios principios del altruismo lo hizo lanzarse en la práctica militante del credo positivista. Sus medios de fortuna, aunque modestos, le bastaban para satisfacer esa fantasía.

— « ¡ Tanto mejor ! », había dicho al oír que se trataba de algún acontecimiento feliz para Fuentealba.

— ¡ Siempre buen amigo ! dijole Patricio, correspondiendo con calor á la cordial acogida que se le hacía.

Campaña se sonrió :

— Un sincero altruista como tú sabes ; el bien de nuestros semejantes es nuestro bien.

— ¡ Ilusión positivista ! Yo me contento con el bien de los amigos.

— ¡ Siempre rehacio á los grandes principios ! Algún día te he de convertir !

— No, no ; déjame con mi fe del carbonero.

Se sonreían amistosamente al hablar. Las miradas y las voces tenían el acento de una broma afectuosa, de alguna repetida discusión de camaradas acostum-

brados á tolerarse sus opiniones, y acaso atraídos el uno hacia el otro porque pueden discutir sin enfadarse.

— Guárdala, guárdala tu fe del carbonero. La tolerancia es nuestra fuerza, replicó Campaña con el movimiento de cabeza del que está seguro del porvenir, que cree en la infalible acción de sus teorías de sectario.

Luego en tono casi grave, como extendiendo la vista y la percepción del alma más allá, mucho más allá de los estrechos límites del jardincito :

— El Maestro lo ha dicho, en ese lenguaje sintético que nunca se medita bastante : « El positivismo disipa naturalmente el antagonismo mutuo de las diferentes religiones anteriores, formando su propio dominio del fondo común á que todas convergían instintivamente. » Tu fe del carbonero, añadió volviendo al tono familiar, como todas las otras creencias, habrá de fundirse en la gran religión de la humanidad y así cesarán todas las disputas.

— Mientras tanto bajemos á la tierra, exclamó Patricio golpeando familiarmente el hombro del positivista.

— Tienes razón; y á propósito de tierra, estamos aquí pisando sobre una muy húmeda; entremos.

Sobre el jardincillo daba una puerta de la segunda pieza de las dos opuestas á la habitación del portero. Campaña precedió á su amigo. Pasada la puerta se encontraron en el cuarto de dormir. El aire ascético de celda, que la sencillez del amueblado y la desnudez de las paredes daban á la estancia, se modificaba por el número de libros, de folletos y de periódicos diseminados por todas partes : sobre la mesa, sobre las sillas, sobre el entablado del piso, á más de los libros que llenaban un estante. Un busto en yeso de Augusto Comte, del *Maestro*, presidía ese desorden del que parecía desprenderse la revelación de una

vida de ardiente estudio, de apasionadas investigaciones; como las flores, los encajes, los perfumes en un tocador de mujer elegante, hablan del refinamiento de su existencia.

Campana no se detuvo en el dormitorio y pasó á la otra pieza. Era una salita con un amueblado de ocasión, de esos que en las piezas desmanteladas y sucias del Hotel de Ventas de la calle Drouot, parecen contar á los visitantes la triste historia de los vulgares y, á veces, desgarradores, desastres de la pobreza. Otro busto del Maestro, sobre una peana clavada en la pared, parecía pontificar en aquella estancia modesta.

— Á todo esto no me dices tu noticia.

— No es mi culpa. Ante la majestad del dogma positivista me parecía que mi egoísmo de enamorado iba á parecerse una herejía.

Sentado sobre la única poltrona de la pieza, Patricio encendía un cigarrillo. Con el sombrero echado hacia atrás y sobre la frente el cabello castaño claro, plantado en ángulo agudo, con las mejillas rosadas de vigorosa juventud, la risa franca con que acompañaba su broma, parecía una caricia. Al hablar pasaba á su amigo el pliego en que se hallaba transcrito el decreto del nombramiento :

— He venido á darte las gracias; á ti te debo el poder quedarme en París. ¡Figúrate mi alegría!

— ¡Ah! ¡bah! á mí no me debes nada, sino una simple indicación. ¡Háblame del sistema parlamentario! ¡Si tu tío no fuese diputado, habrías tenido que irte!

— Así es; habría tenido que irme y dejar á Mercedes, tal vez para siempre, reflexionó con tristeza.

Mas, pronto, la reacción de la alegría lo hizo exclamar, agitando el pliego en el aire :

— Pero este talismán me saca de esa pesadilla. ¡Viva el parlamentarismo y vivan las influencias políticas!

— Y ¿qué hay de la chica? ¿Qué rumores son esos que han llegado hasta aquí, de que la pretende nada menos que un príncipe de casa reinante?

Patricio se puso ligeramente pálido. Como suele un pintor con un solo brochazo cambiar de alegre en triste el rostro del retrato que pinta, la sola alusión en boca de otro, del objeto de sus preocupaciones y temores, borró del semblante del mozo el aire de contento con que había llegado.

— ¡Ah! ¿te han hablado de eso? dijo sombrío.

— Sí, creo que Juan Gregorio.

Fuentealba se quedó pensativo. Un soplo de tempestad del alma joven le enviaba á la frente la nube que turbó su serenidad, á los ojos el melancólico reflejo de un desconsuelo súbito, el enfermizo desaliento del que vive en una lucha sorda, desconfiando del triunfo.

— Es cierto entonces. ¿Y quién es ese príncipe? inquirió con solícito acento el positivista.

Patricio hizo un ademán de enfado.

— Uno de esos príncipes segundones que vienen á vivir de deudas, á los que París abre sus brazos de cortesana indolente, á los que el comercio abre crédito sin tasa, deslumbrado por el oropel de su blasón, á los que la sociedad perdona todos sus descarrios condecorados con el nombre de calaveradas elegantes. Es un tal príncipe Stephan de Røspingsbrück, hijo segundo de un soberano que rige algún Estado microscópico, allá por los confines del norte de Alemania, ó de Dinamarca, ó del Slesvig-Holstein, ¡no sé por dónde! ¡Qué sé yo!

Se había ido exaltando á medida que hablaba. « Sentía una irritación sorda contra sí mismo, por hablar así de un rival, dijo enrojeciéndose. Habría querido callarse; pero la idea de que los padres de Mercedés, ¡de su dulce Mercedes! pudiesen por ambición de títulos tomar á lo serio al real aventurero y

violentarla, lo exasperaba. » Más de una vez había detenido su espíritu, sin poder apartarlo, en la posibilidad, para él espantable, de perder á Mercedes. « El destino tiene crueldades de esa clase para los pobres », dijo, arrojando con despecho el cigarrillo que había dejado apagar. « ¡ Pues bien! su amor era tan profundo y tan noble al mismo tiempo, que tal vez en un caso como ese encontraría el amargo valor de renunciar á ella para siempre, ¡ con tal de saberla feliz! » Pero verla caer en brazos de esa especie de caballero de industria, aunque fuese de augusta estirpe, ¡ á mí qué me importa esa nobleza! era una tortura á la que no podría resistir su razón. »

— Pero, en fin, tú estás seguro de su amor; no debes forjarte esos fantasmas.

— ¡ Ah! sí. Perfectamente seguro; pero no lo estoy de su valor ni de su poder de resistencia á las órdenes de su padre ni á la presión obstinada de toda la familia.

Animándose más y más, el mancebo se había puesto de pie, accionaba con el ímpetu juvenil, al que no basta el valor de las palabras y quiere darles forma y vida por medio de ademanes reveladores de la fuerza del pensamiento.

— Y la pobrecita, repuso después de mirar al cielo por la ventana, cual si quisiera descifrar los oscuros arcanos de lo alto sobre su suerte futura, no tiene en toda la casa otro apoyo que el de doña Regis, ¡ la única persona de la familia que no ha perdido el seso con la grandeza y con el *chic!*

Una sonrisa sarcástica selló esa frase, que resonó entre los labios del enamorado como un reto de desprecio por la vanidad de los Canalejas. Con sus ojitos brillantes de luz, observadores y curiosos de las circunvoluciones con que el dolor humano estrecha el corazón, Campaña lo miraba. Para él, Patricio era en aquel instante más que el amigo cuyo pesar despierta

la tibia simpatía del que no sufre; era un miembro de la gran humanidad, de ese conjunto que encarna el Gran Ser, « un servidor de la Humanidad en plena vida objetiva, según la definición del Maestro », se decía el positivista, sintiendo que su altruismo le imponía el deber de consolarlo y ayudarlo.

— No te forjes fantasmas. Hay seres como tú de alma nerviosa, que son sus propios atormentadores, *self tormentors*, como dicen los ingleses. Es el egoísmo de pensar en sí propio, de hacer converger á la unidad personal todas las sensaciones y todos los accidentes posibles de la vida. La vieja herencia de las religiones caducas, que encierran al hombre, como la crisálida, en su capullo de impenetrables preocupaciones.

Decía esto como el doctor al formular un diagnóstico después de haber auscultado al paciente y contándole las pulsaciones de la arteria. Patricio lo miraba como quien oye divagar y no comprende. De pronto, por uno de esos vuelcos inopinados de la imaginación juvenil que hacen surgir una idea risueña ó picaresca en medio de la tristeza, sus labios dibujaron una sonrisa.

— Me vas á catequizar con el dogma positivista, dijo inclinándose hacia Montaña y golpeándole familiarmente un hombro.

— No, no; quiero sacarte de ese entorpecimiento monótono de los que creen que la queja es un remedio ó un alivio; quiero traerte al campo de la acción y de la lucha y mostrarte que nosotros los altruistas, que practicamos el dogma de hacer prevalecer lo que el Maestro llama « la sociabilidad sobre la personalidad », estamos siempre dispuestos á trabajar por el bien de nuestros hermanos.

— ¡Acción! ¡lucha! fácil es decirlo, exclamó Fuentealba; pero, ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedes tú hacer por mi, puesto que tu positivismo es tan fraternal y tan servicial?

El mozo se había puesto serio otra vez. En su imaginación, los obstáculos que lo separaban de Mercedes se levantaban insuperables, eran el áspero risco del egoísmo, de los intereses, de las ambiciones que agitaban á la familia de la chica; el acantilado alto y duro de la playa, contra el que habría de estrellarse y naufragar la frágil navecilla de sus derechos de hombre amado, pero pobre.

— ¡Cómo no! ¡Acción y lucha! repitió Campaña con los penetrantes ojitos afirmativos y resueltos. Ahí está tu arma, añadió mostrando el pliego del nombramiento sobre la mesa donde Patricio acababa de dejarlo; ahí está tu arma, sírvete de ella.

— ¿Cómo? No te comprendo.

El positivista tuvo un movimiento de persona que va á explicarse y será comprendida.

— Primeramente, entendámonos bien. ¿Tú estás resuelto á casarte con la muchacha?

Patricio contestó riéndose :

— ¡Toma! ¡qué pregunta! Vaya si lo estoy.

— Hasta ahora, me has dicho muchas veces, jamás te has atrevido á imaginarte que te podrían dar á Mercedes si la pidieses, porque no tenías nada que ofrecer, ni medios de fortuna, ni aun de subsistencia. Pero hoy tienes un empleo, entras en la carrera pública y eres titular de un diploma de ingeniero civil, dado por la Escuela Central de París, una de las primeras instituciones científicas en su género. Ese diploma representa una fortuna, ó el poder de adquirirla, en países nuevos, como los nuestros, ó, por lo menos, el bienestar y la seguridad en la vida. ¡Pues bien, haz valer ese empleo y ese diploma, y pide á la chica antes que la pida ese príncipe averiado!

— ¡Para que me den con la puerta en las narices! No me atrevo.

— ¡Pero yo me atrevo! exclamó Campaña con su

mirada afirmativa y resuelta; ¿quieres poner tu causa en mis manos?

— Ya lo creo, con el mayor gusto.

Campana explicó su plan. No se presentaría él directamente á los padres de Mercedes. Era menester interesar en favor de la petición á una persona de la familia, y esa persona era el hermano de doña Quiteria.

— Tú comprendes la importancia de esta elección. Es preciso que nuestro intermediario no esté contaminado con la enfermedad del *chic*, con la fatuidad ridícula del *européismo*. Jenaro Gordanera es nuestro hombre.

— ¿Ese avaro maniático? Será el primero en oponerse porque no soy rico.

— Ahí está tu equivocación. Jenaro es el único de la familia que puede hacerse el abogado de tu causa...

Patricio hizo un ademán de desaliento.

— Aguarda y óyeme con paciencia. Aunque es de los trasplantados de Hispano-América, puesto que hace muchos años que reside en Francia, Jenaro Gordanera, tal vez por espíritu de contradicción, se jacta con orgullo de ser *rastaquouère*. Será, si tú quieres, maniático y avaro, pero no es tonto. Tu calidad de compatriota es, á sus ojos, un título á su protección, con tal que para protegerte no tenga que gastar nada. Y como su fortuna y su estado de solterón que ya no ha de casarse, le dan una grande influencia entre los Canalejas, sus presuntos herederos, él es el mejor abogado que podrías tener, y de él vamos á valerlos como intermediario.

— Haz como te parezca. Tal vez tienes razón.

Incrédulo, Patricio no quería, sin embargo, contradecir á su protector, al verlo abrazar su causa con el impetu generoso del altruista sincero. Y luego, al confiarle así su causa, sentía la supersticiosa esperanza

del jugador cuando cree avasallar á la suerte desafiándola con alguna apuesta temeraria.

— De todas maneras, nada se pierde con ensayar, replicó Campaña, brillándole de entusiasmo los ojos, mientras se acariciaba la sedosa barba con un movimiento maquinal. Por supuesto que tú cuentas con el asentimiento de la chica. Ese tiene que ser el punto de partida y el punto de apoyo en nuestra empresa. ¿Estará la muchacha resuelta á no casarse con nadie sino contigo?

Fuentealba respondió á la pregunta y á la mirada de su amigo con un signo de cabeza negativo :

— Resuelta, sí ; pero ¿podrá hacer triunfar en todo caso su resolución? Yo no lo espero. Sin ser fatuo, creo que ella me quiere tanto como yo la quiero. Nuestro amor data de la niñez y ha crecido con nosotros. Sé que ella haría cualquier sacrificio por mí. Pero, con toda esa seguridad, no me atrevo á contar con su inquebrantable resistencia á la voluntad de su padre.

Después, como reflexionando en voz alta, se puso á analizar el carácter de la chica y la atmósfera moral en que vivía. « Sin faltarle valor, dijo, le falta la férrea cuerda de la voluntad, que entona el sistema nervioso desfalleciente y engendra la obstinación de las grandes resistencias ».

— Cuestión puramente animal, observó Campaña. Pero el amor, agregó, suele dar á las mujeres ese heroísmo. El heroísmo de la resistencia pasiva, la fiebre de los antiguos mártires.

Patricio volvía á sus dudas y buscaba cómo disculpar á Mercedes. « Aislada, en medio de una familia poseída por el vértigo de la grandeza ¿cómo podría resistir al torrente de tantas voluntades concertadas para domar su voluntad? » Mostraba al padre, á la madre, á las hermanas, desvanecidos por la ambición del brillo, conjurados para

destruir en el alma de la muchacha todo sentimiento de modestia. « Quieren inocularle el virus de su desprecio por cuanto no es europeo y *chic*, contaminarla con su adoración á los títulos nobiliarios, su horror á toda humildad, sea de situación, sea de fortuna. Imposible que ella pueda resistir á ese delirio de grandeza, á la presión abrumadora de tanta necedad intransigente. »

— ¡ Pero hay que luchar ! exclamaba animándose con su creciente indignación de hombre pobre ante la inexorable ley social de las desigualdades, de las preocupaciones, de las vanidades feroces.

— Después de todo, bien puede ser que eso del príncipe sea una invención, dijo Campaña para calmarlo.

Fuentealba volvió á mirar por la ventana, como buscando espacio á su agitación de espíritu.

— Ahora vamos á saberlo, dijo fijando atentamente la vista hacia afuera.

Tres coches se habían detenido á lo largo de la estrecha vereda. Del primero de ellos, que había quedado frente á la ventana donde se hallaba Patricio, bajó un mozo imberbe, casi un niño, envuelto en los pliegues de un ancho paletó forrado en piel de nutria. El sombrío color de la piel del cuello hacía resaltar la palidez del rostro del adolescente. De la portezuela del coche, una mujer joven y fresca todavía, bella, de esa belleza indefinible que dan á la *cocotte* parisiense el afeitado primoroso y los atavíos de refinada elegancia en que es maestra soberana, gritó :

— No te quedes mucho tiempo, ¿ eh ? Yo voy á fastidiarme aquí como una ostra.

— No tengas cuidado, no tengas cuidado, le respondió el jovencito mientras daba sonoros golpes á la puerta de calle.

Patricio, mientras tanto, había continuado su frase, que, á la vista de los coches, dejara sin concluir :

— Ahora vas á saberlo. Ahí tienes al joven Canalejas que sin duda viene á verte.

— ¿Juan Gregorio?

— Sí, el mismo.

La portera, á quien el mocito había dado un franco al preguntar por Campaña, le abrió la puerta con obsequioso respeto. El mozo saludó al entrar á la sala, doblando el brazo derecho en ángulo recto, con el codo alto, y levantando al mismo tiempo el sombrero, sin inclinarse.

— ¡Ilustres altruistas, un hermano en humanidad os saluda!

Soltó entonces una carcajada medio ronca, con voz de persona resfriada, y, poniéndose el sombrero hacia atrás, se dejó caer en la única silla de brazos.

— ¡Ah! ¡la buena farsa! ¡la buena farsa! amigos míos, exclamó levantando ambos pies y dejándolos caer pesadamente sobre el suelo. Figúrense ustedes que estuvimos anoche en el baile de la Ópera; que de ahí salimos á cenar donde Paillard; que dormimos sobre los sofás y sobre las mesas, y que ahora nos vamos á almorzar á Saint-Cloud. ¿Chic, eh? ¡Muy chic! ¡Supra chic!

Hablaba en francés, con ligero acento español, del que un hispano-americano nunca se desprende enteramente, á menos de haber llegado á Francia muy niño. Desde su silla tendió la mano á los jóvenes.

— ¿Qué tal? ¿Están ustedes bien? Yo igualmente.

Y después de estrechar á ambos la mano, sacó de una cigarrera de carey un gran cigarro, de una fosforera de oro, con una Venus esmaltada sobre la tapa, un fósforo, que agitó con descuido, dejándolo caer sin apagar sobre la alfombra, después de encender el cigarro.

— Muy bien, contestaron Campaña y Fuentealba, mientras que este último ponía el pie sobre la llama dtrabajo

Juan Gregorio se puso á toser al aspirar el humo.

— Juan, ¡cuidado con esa tos! le dijo Campaña en tono paternal, con una mirada de sincero interés.

— ¡Ah! ¡bah! la tos me conoce, somos buenos amigos.

— Mientras no se convierta en tisis y te lleve el diablo, le dijo Patricio riendo.

— ¿Tú sabes? ¡Corta y buena! esa es la fórmula del verdadero sabio sobre la vida. ¡Corta y buena! querido, yo no conozco otra cosa; ¡eso sí que es positivismo!

Una alegría casi ficticia brillaba en sus ojos, le iluminaba como con un reflejo de sombra las mejillas exangües, en las que las veladas y la disipación dibujaban la huella indefinida de un decaimiento prematuro.

— Pero, ¡caramba! exclamó dando un salto de su silla, ¡yo no he venido aquí á una consultación médica; ustedes son unos idiotas, mi palabra de honor! Yo vengo por un asunto serio.

— ¿Ah? interrogó Campaña con aire de incrédulo.

— Sí, sí, vengo á apelar á tus sentimientos de altruista sincero y de buen amigo.

— A tus órdenes, Juan; ¿qué necesitas?

— Necesito doscientos ó trescientos francos; más bien trescientos que doscientos; más bien cuatrocientos que trescientos, y así sucesivamente.

— No, no, habla con seriedad; ya sabes que no soy millonario, ni nada que se le acerque.

— Minimum, doscientos. ¿Con qué quieres que pague el almuerzo en Saint-Cloud?

— ¡Pero doscientos es una suma enorme para mí! exclamó el positivista.

Todo es relativo, querido; para mí esa suma no es nada. Papá me ha cortado los víveres, y aquí me ves mendigando. Si él supiese cumplir su deber de padre, no permitiría que su hijo quede en vergüenza delante

de sus amigos por doscientos francos; pero el caballero no cuenta para gastar con las *cocottes*, y escatima los fondos á su familia; ¿qué les parece?

— Que hace muy bien en lo segundo, dijo Patricio.

— ¡Cómo! ¿tú, que pretendes ser mi cuñado, estás ya contra mí? ¡tú también, *Bruto!*

Fuentealba se enrojeció.

— ¿Quién te ha dicho que pretendo ser tu cuñado?

— ¿Quién me lo ha dicho? ¡Qué sé yo! ¿Te figuras que no saben todos en casa que no renuncias á Mercedes?

Patricio se encogió de hombros. « ¡Qué me importa que lo sepan! », quería decir.

Campaña preguntó :

— ¿Es cierto que la pretende un príncipe?... ¿Cómo se llama?...

— De Roespingsbrück, dijo Patricio.

— ¡Ah! ¡bah! no tiene un centavo, exclamó Juan Gregorio lanzando el humo de su cigarro con gesto de desprecio; tan pobre como Job.

— En cambio tiene deudas, observó Fuentealba.

— Todo hombre *chic* tiene deudas, replicó sentenciosamente el mozo Canalejas; esa es una elegancia y no un defecto.

— No es un defecto cuando hay con qué pagar, observó Campaña.

— Ningún hombre *chic* paga sus deudas, dogmatizó Juan Gregorio.

Patricio y su amigo se echaron á reír.

— ¡Y con esa teoría vienes á pedirme prestados doscientos francos! exclamó Campaña.

— Lo que tú me prestes es de la clase de las deudas que se pagan : será una deuda de honor, como las deudas de juego ; deuda sagrada!

Tomó casi un tono solemne para decir esto. Su mirada y su acento no toleraban la duda sobre éstas

que para él eran verdades del evangelio social del mozo *chic*. Pero luego su fisonomía cambió de aspecto. De sus ojos cansados volvió á irradiar la luz dudosa de una alegría forzada, y sus mejillas pálidas se contrajeron con la sonrisa amarilla de una persona extenuada de cansancio, algo como la sonrisa de un soldado á quien van á hacer una operación y quiere mostrar que no tiene miedo.

— Por lo demás, añadió mirando á Campaña, si yo no pago, lo cobrarás de mi herencia cuando muera papá. Al paso que camina no creo que irá más lejos que yo.

No decía eso Juan Gregorio como un chiste. Hablaba seriamente. En su teoría de la vida, « corta y buena », la función del padre en la familia era la de proveer los fondos necesarios para los caprichos de los hijos. El mozo daba sus razones, que le parecían concluyentes. « Él no había pedido que lo echaran al mundo. Quien había cometido ese disparate debía sufrir las consecuencias. ¿Por qué habría él de ser responsable de que solamente le agradara divertirse? ¿Qué culpa tenía él de que le gustasen las mujeres, la bebida, el juego, y de que le pareciese insípido y aplastador el curso tranquilo de la vida, encerrado el paciente en los deberes que llaman morales, como dentro de una camisa de fuerza? La vida, evidentemente, se había hecho para gozar, puesto que la naturaleza ha dado al hombre tan irresistible tendencia hacia el placer. »

— Y para gozar, mis queridos amigos, concluyó con su sonrisa amarilla, es indispensable la *galleta*; ¡no hay más que la *galleta*! « Ser ó no ser », como dice Hamlet.

De afuera se oyeron en ese momento voces de hombres y de mujeres :

— ¡Ohé ! ¡ohé ! ¡Juanito ! ¡nos vamos, nos vamos!

Juan Gregorio se lanzó á la ventana, abriéndola sin pedir permiso al dueño de casa :

— ¡Allá voy, tropa de imbéciles! ¿Se les figura á ustedes que no tengo más que abrir la boca para que me ofrezcan billetes de Banco?

Voces femeniles y varoniles mezcladas, lanzaron al orador una granizada de los dichos corrientes, más ó menos chistosos, de la juventud parisiense que se divierte. Pero el joven Canalejas cerró la ventana sin cuidarse de ese vocerío discordante, y se volvió hacia sus dos interlocutores con su sonrisa forzada :

— ¡Qué imbéciles! ¿eh? Pero á todo esto, Campañita, tú te haces el sordo. ¿Me das los doscientos, ó no?

— Te voy á dar cien, es todo lo que tengo.

— Veamos los cien, para comenzar.

Al pasarle el billete de cien francos, Campaña volvió á su interrogatorio sobre el príncipe.

— A todo esto no me has contestado mi pregunta sobre el príncipe Røespingsbrück; ¿es cierto que pretende á Mercedes?

— Así dicen.

— ¿Y tu padre consentiría?

— Sin la menor duda. ¿Te parece poco? ¡Un príncipe de familia reinante! Mercedes sería alteza. ¡Chic!

Fuentealba, pálido, se mordía los labios. Sentía esa exasperación del enamorado que teme oír algo desfavorable sobre la mujer querida.

— ¿Y ella? preguntó Campaña.

— ¡Ah! ¡bah! ella no cuenta. La voluntad de papá es soberana. Por supuesto que si le preguntan á ella dirá que quiere casarse con Patricio.

Se había acercado á Fuentealba, y, golpeándole el hombro, añadió :

— ¡La tontera del amor! ¿No querrias tú prestarme cien francos?

— Todo mi haber son veinticinco; ¿los quieres?

— Poco es; pero, de todos modos, es algo.

Patricio había sacado su portamonedas, y cuando Juan Gregorio alargaba la mano para recibir el dinero, Campaña se interpuso.

— No, no, dijo; prefiero yo prestarte cincuenta más.

— Tanto mejor, dijo Juan; el altruismo ante todo.

Al recibir el billete de cincuenta francos, el joven Canalejas se lanzó á la ventana.

— ¡Ohé! ¡ohé! gritó abriéndola; vengan acá para presentarlos á nuestro Creso altruista.

La mujer que había quedado en el coche saltó al suelo la primera. De cada uno de los otros dos coches salió una pareja de un joven y una muchacha. Estas cinco personas se dirigieron á la casa, con grande algazara, y entraron en tropel á la salita de Campaña.

Juan Gregorio, sombrero en mano, procedió á la presentación, empezando por los hombres :

— El vizconde de Vieux-Pont, el barón de Boisrocheux.

Con el primer nombre designaba un mozalbete de baja estatura, como él, de veinte á veintiún años, ojorudo y raquítico, en el que la trasnochada aumentaba la cavidad de las mejillas y la prominencia aguda de los juanetes de la cara. El barón de Boisrocheux, nombrado el segundo, pertenecía, como sus dos compañeros, á ese tipo de degenerados precoces en los que los desarreglos tempranos de una existencia sin freno interrumpen el desarrollo natural del cuerpo.

Ambos saludaron con cierta altanería á Campaña y á su amigo.

Juan Gregorio prosiguió su presentación :

— Estas elegantes damas llevan los más altos nombres del blasón de la fantasía : la condesa de Marmende, la marquesa de Mortagne : saluden ustedes, señoras mías.

Al llegar á la otra, que era la que él habia dejado en el coche, infló la voz :

— La señora baronesa de Saint-Mondain, alias Pata Volante.

— ¡Eh! calle usted, el *rastá*, y sea más respetuoso, prorrumpió la semimundana.

Y dando una prueba, que justificaba su apodo de Pata Volante, lanzó un puntapié al sombrero que Juan Gregorio acababa de ponerse y lo echó á rodar por el suelo.

— ¡Bien dado! gritaron las otras dos con grandes risotadas, á las que hicieron coro los jóvenes, incluso el mozo Canalejas.

Volvió éste en seguida á tomar la palabra con acento de cómica seriedad, imitando á los histriones de las ferias :

— Ahora, señoras y caballeros, presento á ustedes á mis dos amigos : el señor Campana, ilustre positivista, llamado á ser gran sacerdote de su religión. Es lástima que á su celo altruista no una la afición á las mujeres, al sexo « afectivo » como lo llama el Maestro, del que ustedes, mis pollitas queridas, son aquí las encantadoras representantes. Ustedes son, añadió, el sexo afectivo y aflictivo, puesto que nos conducen á la peor de las aflicciones, que es la pobreza, sacándonos cuantos billetes de Banco llegan á nuestras manos.

La Saint-Mondain, alias Pata Volante, se había sentado y puéstose á fumar.

— ¡Eh, tú! conejo mal lamido, ¿qué hablas de billetes de Banco? Cuando sueles regalar uno de á cien, pides doscientos prestados al día siguiente.

— Pido para ser deudor, porque las mujeres miran con antipatía á sus acreedores.

Las otras intervinieron. Designando á Fuentealba :

— ¡Y tú no nos presentas á este guapo mozo? dijeron.

— Mi amigo Patricio Fuentealba, ingeniero, que lo será de primer orden, cuando tenga clientes que le den alguna.

— ¡Oh! ¡oh! exclamaron el vizconde y el barón; si eso de « orden » y « alguna » es un retruécano, lo declaramos detestable.

La Saint-Mondain dijo que Fuentealba era un hermoso muchacho.

— ¡Un verdadero hombre! y no como ustedes, mis pequeñitos amigos, que parecen hombres en miniatura.

— ¡Eh, querida! nosotros somos la flor del *chic*, exclamó Juan Gregorio.

— Señor Fuentealba, venga á verme á casa, dijo la Saint-Mondain; Juan lo llevará, ¿no es así, Juanito?

— ¡Vámonos, vámonos! exclamó Canalejas, antes que esta querida Pata Volante pierda el juicio.

— ¡Á Saint-Cloud, á Saint-Cloud! dijeron los otros.

Campana y Fuentealba tuvieron que hacer gran resistencia para no acceder á los ruegos de toda la banda, que quería arrastrarlos en su vorágine de locura.

La Saint-Mondain, á manera de despedida, dió á Patricio un ruidoso beso. Todos salieron aplaudiendo esa elocuente manifestación del inflamable desenfado de la compañera de Juanito.

Este salió el último, enviando á los que se quedaban su refrán favorito :

— ¡Adiós, queridos! ¡Corta y buena! ¿eh? Yo no conozco más que eso : ¡Corta y buena!

Al contacto del aire frío en el pasadizo de la entrada, la tos le cortó la palabra. Desde adentro, los dos amigos oyeron alejarse poco á poco el áspero martilleo del esfuerzo sobre los bronquios del mocito, y vieron correr alegres hacia los carruajes á las tres semimundanas seguidas de sus amiguitos, tres galeotes del placer, arrastrados sin entusiasmo á continuar la embriaguez de la cena de Paillard.

De tres pisos, sobre paredes de ladrillo rojo, listonadas de alto á bajo con bandas horizontales paralelas de ladrillo más obscuro, á manera de estilo bizantino, el *hotel* de la familia Canalejas levanta á orillas del Sena su fábrica rectangular. Una pared baja del mismo estilo de las del edificio, separa de la calle y del tajamar el patio y el jardín de que la casa está rodeada; de modo que el transeunte sólo alcanza á divisar las altas ventanas de los tres pisos y las anchas ramas verde oscuras de un viejo cedro del Líbano plantado en el jardín, exótico guardián de aquella morada ostentosa.

Canalejas vivía orgulloso de su hotel, al que daba la importancia de una ejecutoria de nobleza. « En Italia, decía estirando su alta estatura, lo llamarían palacio ». « ¿ Qué tenían de más que él, también decía, los Torrevieja, los Fuenteviva, los Altamura, los Terrazábal, como él trasplantados de Hispano-América, para mirar con desdén á sus compatriotas y darse aires europeos, hasta hablar mal, y con ridículo acento francés, el español? »

Su hotel lo ponía á la altura de los más presuntuosos tráfugas del americanismo. Don Graciano, antes que le hubiese picado la tarántula de asociarse

únicamente con europeos, los llamaba « *rastaqueros vergonzantes* ». « Porque, decía al charlar con sus amigos en el Gran Hotel, ellos piden á la sociedad europea en París la limosna de su amistad á fuerza de suscripciones y de humillaciones. »

Jenaro Gordanera, asistente diario á la sala de billar del hotel para no gastar encendiendo fuego en su habitación, nunca dejaba de contestar á su cuñado :

— No hay que decir de esta agua no beberé.

Don Graciano, casuista, mientras trataba la compra del hotel, protestaba de su americanismo, aseguraba que todo su deseo era regresar á su país cuando terminase la educación de sus hijos; pero convenía ya en que era bueno, para vivir en París, hacer algunas amistades entre la gente de tono.

— ¡ Eso dicen los malos americanos ! ¿ Qué necesidad hay para nosotros de vivir en Europa ? replicaba sardónico Gordanera, lamentando que el estado de su salud no le permitiese regresar á su querida patria.

Milagritos y Dolorcitas se habían hecho cargo de elegir el amueblado del hotel.

— Ustedes no saben lo que son muebles de estilo, habían dicho á sus padres.

Don Graciano, persuadido de la alta competencia de sus hijas, les había dado carta blanca.

— Entiéndanse ustedes con sus estilos, sus Renacimiento, sus Luis XIV y sus Luis XV; yo me encargo de las caballerizas, de los coches y de los caballos.

Doña Quiteria, más preocupada de sus trajes, de sus sombreros y de sus enaguas, había confesado su incompetencia ante las dos soberanas de la familia.

— Para mí todos los Luises son iguales, hijitas, había dicho; lo que yo no admito en mi dormitorio son esos muebles altos buenos para las iglesias, esos que ustedes llaman estilo *nacimiento*.

— Renacimiento, mamá; no diga *nacimiento*, exclamaban Milagritos y Dolorcitas escandalizadas.

— Bueno, pues, así será; ustedes sabrán más que yo, replicaba picada la señora.

Las dos jóvenes decidieron que no se compraría nada moderno para amueblar el hotel. Todo debía ser de *estilo* antiguo. Guiadas por un experto, recorrieron todas las tiendas de antigüedades, tan abundantes en algunos barrios de París, conocidas con el nombre genérico de tiendas de *bric-à-brac*. En ellas encontraban los despojos de naufragios de antiguos y modernos tiempos, los muebles viejos de distintas épocas, los cuadros *atribuidos* á grandes maestros, y el sinnúmero de otros objetos de arte, caprichos de artifices, infinitas monerías de ornato, que han pasado de mano en mano en el transcurso del tiempo, arrebatadas por los vaivenes de la fortuna, dispersadas al golpe del martillo en las subastas públicas: tantos objetos que podrían contar dolientes ó grotescas historias de los que los poseyeron, como en los cuentos orientales.

De intermediario para las compras, fuera del experto en materia de antigüedades, les había servido un mozo obscuro, agente subalterno de don Graciano, uno de esos naufragos de Hispano-América en el agitado píelago parisiense. Llamábase Ignacio Sagraves. Había llegado de su país á Europa algunos años antes que la familia Canalejas, encargado de una delicada misión. Su madre, viuda de un comerciante pobre, se había encontrado desde joven frente al arduo problema de hacer vivir, y, en lo posible, educar á dos hijas y un muchacho, sin poseer ningunos recursos pecuniarios. En esa escuela de la miseria, el niño Ignacio había bebido desde sus primeros años la hiel de las aspiraciones nunca satisfechas: el vulgar suplicio de Tántalo, á que están condenados los hijastros de la fortuna.

Pocos años después de la muerte de su marido, la joven viuda se había visto en la precisión de acoger en su pobre hogar á su padre, un inglés alcohólico, profesor de su idioma, despedido á causa de sus hábitos de intemperancia, por los pocos discipulos á quienes daba lecciones. Nadie creía al inglés, un mister William Smith cualquiera, cuando iluminado por sus excesivas libaciones, hablaba de parientes ricos, propietarios de campo en el fértil condado de Kent, el jardín de Inglaterra. Pero un día, cuando ya Ignacio, mayor que sus hermanas Zafira y Adela, acababa de cumplir veintiséis años, copiando escritos de *á usia* suplico en un estudio de abogado, y cuando la leyenda del inglés borracho se consideraba como un síntoma inequívoco del trastorno de su cerebro, una carta rogatoria, llegada por conducto de la Legación Británica, hizo cambiar inesperadamente la suerte de la familia. La rogatoria hacía saber á los Sagraves el fallecimiento de John Smith, dejando una suma de seis mil libras para cada una de las hermanas Zafira y Adela, y de mil para Ignacio.

La casa de los felices herederos se llenó de gente con la portentosa noticia. Los galanes de las chicas, animados hasta entonces de aviesas intenciones contra la virtud de las muchachas pobres, hablaron entonces de casamiento. Un mes transcurrió apenas, y las bendiciones de la Iglesia los transformaron en maridos. En vísperas de los dos enlaces, y por acuerdo común, el abogado de quien Ignacio había sido escribiente preparó poderes y exhortos en regla, para que el mozo, por sí y en representación de sus hermanas, fuese á percibir en Inglaterra la parte que á cada uno correspondía en el acervo del bien inspirado mister John Smith.

Para que en él tuviesen tal confianza, hasta encomendarle la delicada misión de venir á recoger lo que era entonces una cuantiosa herencia, en Europa, Igna-

cio Sagraves poseía las dotes negativas que sirven de fundamento á una buena reputación de hombre juicioso. No jugaba, no bebía, no enamoraba. Nunca se le había visto ceder á uno de esos impulsos de potro indómito, al que la ardorosa corriente de la sangre oven lanza, como en un vértigo, á algunos mozos, al aspirar los efluvios desvanecedores de las promesas del placer. Según la expresión de los otros escribientes, que compartían con él la copia de las elucubraciones forenses del Licenciado, su patrón, Ignacio había nacido en *caballo de paso*; con lo que querían decir que Sagraves haría su camino en la existencia sin saltos, sin deslices ni tropiezos, con la calma genial de los que piensan poco y sienten menos.

Pero todos los vaticinios de esos psicólogos con mangas de duradera, recibieron un violento desmentido á poco que el mozo Sagraves se hubo encontrado el pie firme sobre el asfalto de los boulevares de París. Su ser, adormecido en la atmósfera soporífica del hogar materno, linfatizado por la indigesta aridez de los escritos que maquinalmente copiaba, sintió la penetrante mordedura de las tentaciones como un golpe de galvanismo. Puesto en posesión de la herencia de sus hermanas y de la propia, después de un tiempo de residencia en Londres, Ignacio encontró en París ingeniosos pretextos para posponer de día en día su regreso á la patria. Todo en la alegre capital le pareció fantástico. El contagio de vida exuberante en la atmósfera cargada de ansias turbadoras del París que se divierte, lo envolvió con su abrazo impetuoso desde los primeros días. Sin el freno de la timidez lugareña en aquel mundo en el que á nadie tenía que dar cuenta de sus actos; sin el férreo dogal de la pobreza que hasta entonces lo había sujetado á una virtud forzada, Sagraves debía rendir fatalmente su virtuosa *continen-* nencia al funesto don del libre albedrío.

En Folies Bergère, en el Olympia, en tantos otros espectáculos que deben la mayor parte de su éxito á la escasez artística de los trajes femeniles, Ignacio vió abrirse á su ambición el mundo soñado de los amores sin trabas.

Por todas partes el reflejo de una vida de encanto lo estimulaba en su fiebre de ardientes curiosidades. En el paseo del bosque, el arrogante lujo de las semi-mundanas; en las tiendas de la calle de la Paix, los prodigios de las artes consagradas á engalanar á la mujer, le revelaban una existencia de refinamiento supremo, un mundo de voluptuoso misterio al que una llave de oro le franquearía la entrada.

Al cabo de pocos meses, las mil libras esterlinas de su herencia se habían fundido en el horno candente de sus antojos realizados.

El balance de su cuenta en el Banco, en que había depositado sus propios fondos, lo puso un día frente á la realidad implacable. Fué el primer momento de su vida en que sintió el hielo del espanto, una sensación glacial y aterradora como la que da el contacto de un cadáver.

El horizonte lejano del fin de los recursos pecuniarios, tan locamente arrojados al viento del capricho, estaba ahí con su brutal realidad de hecho positivo. Ignacio se mantuvo algunos días en las frugalidades del « Bouillon Duval ». Pero pronto, á vuelta del recogimiento de las promesas de enmienda, Sagraves, con mortales vacilaciones, ocurrió á los fondos de las hermanas, que había ya empezado á remesar por pequeñas cantidades para entretener la impaciencia de sus cuñados. Poco á poco, sin embargo, en esa conciencia de menesteroso atribulado, la tentación inmediata borró los escrúpulos, como borra de la pizarra el estudiante los números de un cálculo para empezar otro nuevo.

Sin recibir remesas en su tierra, los maridos de

Zalira y Adela se alarmaron. Uno de ellos se presentó un día á Ignacio de sorpresa, cuando se acababa de acostar, después de una velada en el garito, desastrosa para su bolsillo. El cuñado traía sus papeles en regla para exigir á su hermano político la inmediata entrega de los fondos pertenecientes á las dos herederas.

La escena fué tempestuosa, naturalmente. Ignacio tuvo que hacer confesión general y poner al importuno en posesión del escaso remanente. Compadecido, el cuñado ofreció á Ignacio pagarle el pasaje de regreso al país. Sagraves declinó la oferta, envolviéndose en un manto de sombría dignidad.

Era lo cierto que, en la revuelta saturnal de los últimos meses, Sagraves no había despilfarrado su fortuna, y parte de la ajena, sin adquirir la noción precisa de que en esta patria cosmopolita, la ciencia de vivir de trazas ha llegado en la práctica á un adelanto superlativo.

Á la luz de esa experiencia divisó un vasto horizonte de recursos cuando rehusó la proposición del cuñado. Con cierto estoicismo, que le parecía heroico, recordando su vida de plumario allá en la tierra lejana, los sacrificios de la pobreza, los días sin emociones, pensó: « Después de todo, ¡ahí está el Sena! »

Un idilio vulgar, sin más poesía que la chispa fugaz de la atracción juvenil, vino á decidir de su suerte. De su naufragio desastroso le había quedado alguna ropa blanca, con la que dió muy alta idea de su elegancia á la chica que la patrona de la lavandería *de fino* destacaba á sus mejores clientes en la distribución del lavado.

La muchacha, una de esas flores pálidas, que se crían en la sombra de las cavernas donde habitan los porteros de las antiguas casas parisienses, le apareció en una mañana de luz, con las guedejas rubias artis-

ticamente desgrednadas, aprisionado el gracioso cuerpo en un modesto vestido negro de lana, que hacía valer con su pobreza la finura del talle y la arrogancia del seno. Con su cesta de lucientes camisas, apoyada sobre la cadera y sostenida por la mano derecha, que el brazo estirado hacía llegar al borde opuesto, la lavanderilla, en cuyos ojos pardos brillaba la atrevida seguridad que nada teme, ó nada tiene que perder, hizo al joven el efecto de una luz encendida de repente en la opaca claridad de su estancia.

— Señor, es la ropa, dijo; ¿dónde la pongo?

Miraba al mismo tiempo en su derredor, buscando un mueble sobre el que fuera posible depositar el contenido de su cesta.

— Donde usted quiera, contestó Ignacio con una franca sonrisa, para mostrarle que era muy difícil encontrar en aquel cuartucho de soltero pobre una sola silla, ni mueble alguno donde hubieran podido colocarse las prendas lavadas.

— Sobre la cama, entonces, dijo la chica concluida su inspección, correspondiendo con su sonrisa á la del joven.

— Sobre la cama, si usted quiere, contestó él.

Poco práctico en la lengua del país, Sagrares hubiera querido ser galante y amenizar con un requiebro la escena, que se volvió silenciosa. La chica había colocado su cesta en la cabecera de la cama y empezó á disponer simétricamente la ropa en el espacio libre á los pies. Sus movimientos regulares y cadenciosos hacían pensar al joven en el suave balance de una hamaca. El talle delgado y flexible le parecía un himno plástico de invocación al amor.

— Usted tiene una cintura deliciosa, le dijo al fin, venciendo su doble timidez de galán novel y de hombre que habla en un idioma que poco conoce.

La lavanderilla no respondió. Parecía engolfada en la cuenta de las prendas dispuestas sobre la

cama. Pero un ligero tinte rosado se había extendido de las mejillas al cuello y á las orejas. Terminada la operación se volvió hacia el joven.

— Señor, aquí tiene la cuentecita, dijo con aire de muchacha que no entiende de bromas y quiere parecer recatada.

Ignacio cogió el papel y volvió á decir con una sonrisa tímida destinada á paliar el atrevimiento de las palabras :

— Usted tiene un talle delicioso, señorita, ¿ sabe usted ?

— Yo bien lo sé, contestó ella con ingenuidad; pero no he venido aquí para que usted me haga la corte.

Ignacio ensartó con dificultad algunas frases para disculparse. Intentó decir á la chica que debía estar acostumbrada á oír requiebros, pues sin duda cosechaba piropos y alabanzas por doquiera que pasase; que él era sincero al admirarla, pues le encontraba un no sé qué subyugador que le había hecho cantar ruiseñores en el alma, á él, que estaba triste; que en realidad tenía algo de magia ese poder femenino al que le es dado apoderarse de repente del corazón de un hombre, de tornar en poesía la prosa de la vida y de cambiar el son de las campanas, haciéndolas tocar aलयas cuando están doblando á muerto. Y todo con un ligero esfuerzo de la voluntad y con dejar que brille francamente el fuego abrasador que ha puesto el cielo, para eterna esclavitud del hombre, en la mirada de la mujer.

— Señorita, ¿ cómo se llama usted ? preguntó al fin.

— Odile.

— Pues bien, señorita Odile, siento que me estoy enamorando de usted como un loco.

La chica se había divertido con la jerigonza del galán. Encontró que ese pronunciado acento extran-

jero, sus gestos empeñosos para indicar con la acción lo que no alcanzaba á formular con la palabra, la franca risa de sus labios sensuales, cuyo rojo tinte realizaba la blancura de sus dientes firmes de mascarador vigoroso, daban un picante agudo al sabor chusco, á la par de ingenuo, de sus frases.

Insensiblemente se dejó tomar la mano, y sin protesta le oía repetir, pensativa :

— Es seguro, ¿no ve? seguro que me he enamorado de usted.

Como despertando de un sueño, sin embargo, Odile retiró su mano bruscamente, alarmada con la osadía del joven, y volvió á tomar su cesta.

— ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué de tonterías! Adiós, señor; es preciso que me vaya.

Y envió desde la puerta un beso al joven en la punta de los dedos.

— ¡Si seré tonta! se decía al bajar la escalera. ¡Buena soy para el amor! ¡Ah, sí! para no salir jamás de la pobreza y seguir aplanchando ropa toda la vida.

Con su visión lejana, el ideal de todas las de su edad y de su condición, de un coche, siquiera fuese de un caballo, erguía la voluntad contra la súbita emoción que acababa de asaltarla cerca del mozo.

Él, sin atreverse á seguirla, vuéltose tímido también :

— ¡Adiós! hasta la vista, señorita; hasta luego, díjole desde el descanso de la escalera, viéndola bajar apresurada, con su gracioso balancear de las faldas y el ondulante movimiento del busto, estrechamente aprisionado en el corpiño revelador.

Esa fué la primera escaramuza de la eterna batalla. Encuentro fortuito, atracción de dos juventudes que unen su pobreza en la instintiva persecución de un poco de dicha. Un sentimiento más sólido que el capricho, menos entusiasta que la pasión — la afición

material, cadena indestructible á la que van atados los tristes galeotes del amor, los echó en brazos el uno del otro. Pero Sagraves, despertado pronto del vulgar idilio, apremiado por las exigencias materiales del vivir, tuvo que lanzarse, como el cazador furtivo, á ese campo enmarañado de las dudosas operaciones, de las especulaciones clandestinas, que hacen deslizarse al hombre sobre los bordes del código criminal, á manera del que marcha á orillas de un precipicio. Desde entonces la fingida compra de alhajas y de mercaderías para colocarlas en el Monte de Piedad y vender á bajo precio los recibos; el diestro manejo de las cartas marcadas en los garitos con algún compinche tan necesitado como él; el corretaje de objetos de arte como agente de las tiendas de antigüedades; el alquiler de su nombre para prospectos de industriales tramposos, para empréstitos usurarios en representación de especuladores sospechosos; las mil industrias sin nombre, en las que tantos menesterosos buscan una subsistencia precaria al través del laberinto de la vida parisiense, no tuvieron secretos para Ignacio.

El tiempo, entre tanto, había corrido. En el hogar desmantelado y frío, dos criaturas, dos chicuelas, habían visto la luz del día, fruto de reconciliaciones pasajeras en la exasperada y perenne rencilla de la miseria.

Sagraves había bautizado á la primera con el nombre de Zafira, á la segunda con el de Adela, los nombres de sus hermanas. Buscaba en su alma, cubierta ya con el orín de la vergüenza, un recuerdo del hogar lejano, como trata de evocar un amante la imagen de su amor perdido, aspirando con ansia melancólica algunas reliquias de los días felices.

En la carrera de los expedientes y de la miseria, el tiempo, á la manera del servicio militar en campaña, ó en las guarniciones insalubres, cuenta el doble. En cinco años Ignacio creía haber vivido diez. La tosca

mano de la miseria le había marchitado y envejecido el rostro. La pesada carga de las zozobras y de la humillación habían dado á su cuerpo el encogimiento inquieto del perro famélico amenazado de un palo, ó de un puntapié, cuando adelanta el hocico en busca de alimento. Con su barba rala, con un raído sobretodo de cuello y vueltas de cuero de carnero, imitación de astracán, con sus pantalones descoloridos, en los que las rodilleras habían acertado el largo de las piernas, Sagraves hubiera podido tomarse fácilmente por un miembro pobre de la industriosa familia israelita.

El ser moral había sufrido también, en los cinco años, el desgaste destructor del ser físico. Sus ilusiones y sus esperanzas de América; el virginal pudor de la honradez primitiva; la desconfianza tímida de la pobreza; la orgullosa dignidad de la raza hispano-americana; sus modestas virtudes de mozo sencillo y honrado, arrastradas por la turbia corriente de la vida de la gran ciudad, habían ido á perderse, como las hojas amarillentas de otoño que caen sobre el torrente, en el obscuro lodazal de los desfallecimientos de conciencia.

Fué entonces cuando llegó con su familia, ansioso de placeres, á gozar en *Europa*, como él decía, don Graciano Canalejas. Europa era para él París. La moderna Menfis, donde los hijos pródigos de todo el universo vienen á dejar, prendida en las zarzas de la disipación, la blanca túnica tejida en el hogar paterno, tenía para ese trasplantado de Hispano-América el atractivo turbador de los misterios de Eleusis. No tardó Ignacio en advertir esa tendencia en su acaudalado compatriota.

Puesto en relación con él por Jenaro Gordanera, á quien había servido de corredor para colocar á interés usurario algunos fondos, Ignacio empezó por ofrecerle cuadros y antigüedades de todo género. Cinco años de la hoscosa escuela de la necesidad,

habían enseñado al mozo la insinuante persuasiva del chalán de curiosidades. Oyéndolo, don Graciano se persuadió de que para tener muebles era necesario tenerlos de *estilo*, aunque estuviese raído el género del forro.

— Es lo que se llevan diciendo mis hijas, había exclamado.

— Eso quiere decir que las señoras sus hijas tienen el buen gusto europeo, fué la réplica de Ignacio.

— Lo que es á mí, más me gustaría un buen amueblado flamante tapizado con rica seda, confesó Canalejas.

Pero debía seguirse el gusto de Milagritos y de Dolorcitas, árbitros supremos en la mudable ley del *chic*. Súgraves fué puesto á disposición de ellas, y desde ese día empezó la científica exploración al través del intrincado laberinto del *bric-à-brac*, en busca de muebles, de adornos, de cuadros, de *bibelots*, que fueron poco á poco á dar lustre y elegancia suprema al espacioso hotel de la familia Canalejas.

VI

El tiempo había transcurrido sin traer ninguna modificación en la existencia de la familia. Los frecuentes bailes, los paseos, las comidas de ceremonia, los teatros y las cenas á la salida, constituían sus más importantes ocupaciones. La ansiosa vehemencia de relacionarse con la gente de gran tono, de poder llegar hasta los salones de la vieja aristocracia, no se calmaba en las dos hermanas casadas. Tenían por la grandeza la insaciable codicia de oro que llevó hacia la tierra de que ellas eran oriundas á los conquistadores de América. Don Graciano y su mujer se enorgullecían de cada nueva amistad en la nobleza que alcanzaban Milagros y Dolores, se sentían crecer en la propia consideración, figurándose que esas dos hijas iban á ser personalidades de nota en el « todo Paris » dorado y *chic*.

También Mercedes había continuado sus paseos al Palacio de Hielo, para encontrarse después, acompañada de la institutriz, con Patricio Fuentealba, jurarle fidelidad en su amor y calmar sus celosos impulsos cada vez que la veía patinar con el príncipe de Roespingsbrück.

— Si no te pareciese bien, no patinarías tanto con él.

— Si no patinase con él, mis hermanas obligarian á mamá á no dejarme venir, y así no podría verte.

Mientras tanto, el invierno había pasado lentamente, con la marcha tardía de los inviernos de estos climas, y al fin París, como esos príncipes de las piezas fantásticas, que se transforman, por la virtud de un talismán, de ancianos entumecidos en brillantes manebos, aparecía radiante con las galas primaverales de la verdura y de las flores.

Los domingos, después de misa, toda la familia se reunía á la hora del almuerzo en casa de don Graciano. Con frecuencia había también otros convidados que Milagritos ó Dolorcitas indicaban, por parecerles monótona la sociedad de los padres y de los hermanos. Las dos jóvenes, en compañía de sus maridos, llegaban elegantemente vestidas, cada una en su carruaje, rozagantes de juventud y de frescura.

Los convidados de aquel domingo eran los esposos Fuenteviva, con sus hijas Herminia y Rosaura, á quienes Milagritos iba á llevar, en la tarde, al Gran Premio de Longchamp. Los hombres invitados eran el conde Guy de Morins y el gordo Jacques Termal, comensales de casi todos los domingos. Milagritos y su hermana tenían una condescendiente amistad por las muchachas Fuenteviva. Eran, como ellas, de espíritu y de gustos enteramente modernos: *del último barco*, según la expresión consagrada para designar una persona libre de preocupaciones, practicante de las ideas más avanzadas en punto á moral social. Además, como ellas también, las dos chicas Fuenteviva llevaban su afrancesamiento al grado de encontrar generalmente incultos á sus compatriotas de Hispano-América.

Aunque sin separación aparente, la mesa estaba dividida en dos bandos. El de la juventud, en que se hablaba francés; el de la gente seria, en que dominaba el español. Naturalmente, lo festivo y picaresco

de las conversaciones estaba del lado juvenil. Salpicada con los dichos de Termal, con las historias de la crónica mundana que refería Guy de Morins, la conversación había tenido el tono de chanza ligera, que es de estilo en el mundo elegante de París para echar por tierra las reputaciones ajenas. Milagritos y Dolorcitas admiraban el *chic* de los dos jóvenes para inmolárlas á las más elegantes de las bellezas del día. Herminia y Rosaura Fuenteviva agregaban á las víctimas inmoladas algunas jóvenes solteras de sus amigas.

Del sabor de esas conversaciones no participaban los del otro bando de la mesa. La voz predominante de este lado era la de los esposos Fuenteviva. Al contrario de sus hijas, don Eduardo y doña Nieves, no obstante su larga residencia en Francia, donde habían venido para educar á la familia y donde se habían quedado después de educarla, conservaban los gustos de la tierra, vivían de sus recuerdos, y encontraban que todo era mejor *por allá*.

Al decir de los Canalejas, los esposos Fuenteviva se hacían insoportables con sus historias lugareñas: él contando chascarritos, que estimaba muy salados, sobre las numerosas revoluciones que había presenciado en su país, y ella quitándole de continuo la palabra para terminar el cuento, so pretexto de rectificar las deficiencias de memoria de su esposo.

En aquella mañana, sobre el rumor discreto de las conversaciones de los jóvenes, don Eduardo explicaba que las convulsiones políticas de su país eran la causa de la permanencia en Francia de tantas familias acaudaladas de muchas de las naciones de Hispano-América.

— Vean ustedes lo que nos pasó á nosotros y nos obligó á venirnos á Francia. En la revolución del año 80...

— No, hijo, fué en la del 82. Acuérdate que Pe-

drito tenía apenas dos años, interrumpió doña Nieves.

— ¡Qué Pedrito! Si no había nacido todavía, contradijo azorado don Eduardo.

— Entonces fué en la revolución del 81, dedujo la señora.

— En fin, poco importa, repuso el marido deseoso de continuar su narración: pues señor, en una de esas revoluciones...

— ¡Ah! estoy segura que fué en la del 82, volvió á interrumpir doña Nieves; la prueba es que Herminita, que es un año menor que Pedrito, empezaba á tener sus primeros dientes.

— Será en la del 82, si tú quieres. Pues, señor, el jefe de la revolución triunfante, que era el general Negreros, me mandó llamar á palacio el mismo día que entró con sus tropas á la capital. Yo, que era partidario de la revolución, estaba contentísimo con el triunfo de los nuestros. « Por lo menos el general va á ofrecerme el puesto de ministro de Hacienda, le dije á ésta al salir de casa... »

— Y figúrense ustedes, exclamó doña Nieves, así aludida, que fué para imponerle un cupo de veinte mil pesos.

— ¡Cómo! ¿un cupo á usted, que era de los amigos? exclamó con admiración Jenaro Gordanera.

— Precisamente. El general me dijo que el primer deber de un buen partidario era contribuir á los gastos. Los del Gobierno habían dejado el Tesoro completamente escueto.

— Como siempre, observó Gordanera.

— Por supuesto que en esas condiciones no admitió usted la cartera de Hacienda, díjole Canalejas.

— ¡Qué cartera! ¿Acaso me la ofreció? dijo encogiéndose de hombros Fuenteviva; ¡nada! veinte mil duros que tuve que entregar.

— Pero á los seis meses, el general Cartavieja, el presidente derrocado, se rehizo, recordó doña Nieves.

— ¿Y le devolvió á usted los veinte mil? preguntó Jenaro Gordanera, para quien las cuestiones de dinero eran las más interesantes.

— El general mandó llamar á *éste*, contestó por su marido doña Nieves, el mismo día que derrotó al general Negreros.

— Y me hizo pagar treinta mil duros por haber dado dinero á los revolucionarios.

— ¡Eso es, palo porque quieres y palo porque no quieres! dijo Gordanera; así es como se va la plata en algunas de nuestras tierras.

— Así, afirmó don Eduardo.

— Y lo mismo, poco más ó menos, nos pasó en la revolución del 85, recordó doña Nieves.

— Mucho más salado, rectificó Fuenteviva; el general Pietradura, cuando estalló la revolución encabezada por el general Amargos, me puso veinticinco mil de contribución, y Amargos me afirmó cuarenta mil.

— Por eso nos vínimos á vivir en Francia, dijo doña Nieves.

Don Eduardo se había entusiasmado con los recuerdos de la patria.

— Otra vez, quiso principiar...

Pero Canalejas, en un francés detestable, hizo que la conversación fuese general en toda la mesa y habló de sus coches, de sus caballos, de sus enormes gastos, creyendo persuadir con esto á sus huéspedes europeos que estaban sentados á la mesa de un verdadero gran señor.

Jacques Termal, en un tono indefinible de seriedad, hizo el elogio de los caballos de don Graciano :

— El príncipe Gansa me decía una tarde, viendo el carruaje de usted : « Creo que ese señor de Canalejas tiene los más bonitos caballos de Paris. »

— Y el príncipe es conecedor, observó lleno de orgullo el dueño de casa.

Su mujer aprovechaba algunas pausas de la conversación para dar muestra de sus progresos en la lengua de Voltaire, con frases que tenían de francés lo que alcanza á endulzarse un vaso de agua en una pil-dorita homeopática : « Tú *se*, decía á Milagritos, *ye me probé* ahier una *robe* chez Worth. » Á veces daba una orden al mayordomo que dirigía el servicio de los lacayos : « Pierre, pasé la *carafa* con de *l'eau*. »

Juan Gregorio se burlaba del francés de su madre, diciéndole del lado opuesto de la mesa :

— Mamá, tú serías una excelente profesora de *rastá*.

Milagros y Dolores se avergonzaban de oír hablar tan mal francés á los autores de sus días; levantaban la voz para que nadie los oyera, y, desesperadas, hacían señas á Juan Gregorio, á fin de que no llamase la atención de los convidados sobre la ensalada lingüística de los dueños de casa. Los niños menores de la familia, Benjamina y Nicolasito, se asomaban á las puertas, mientras tanto, para ver lo que pasaba en el comedor. De cuando en cuando se oía el ruido de las feroces palmadas que daban á los criados, cuando éstos salían ó entraban con algún nuevo guiso. Esas travesuras eran tradicionales en la familia.

— Los niños hacen de las suyas, se decían entre ellas las hermanas mayores.

— Raras veces almuerza aquí la señorita *Mercedés*, observó Termal.

— Ella acompaña á grande mamá, contestó Milagritos.

— Para cultivar la cocina nacional, añadió Juan Gregorio.

Hay gustos para todo. ¡Qué guisos los de la tierra! Con sólo el olor que se reparte por las escaleras, me siento mareado.

— Nadie debe renegar de su país, dijo Gordanera.

con las mejillas iluminadas; no te estés haciendo el europeo.

— Yo no discuto con un tío de quien debo ser heredero, replicó en tono de chanza el joven Canalejas.

Jenaro murmuró algo entre dientes, y el diálogo terminó ahí.

Concluido el almuerzo, los convidados se dispersaron. Por las ventanas abiertas de una sala contigua al comedor podían oirse las voces de Milagritos y Dolorcitas, mezcladas con las de los hombres. Los dos jóvenes habían despedido á sus esposos para que fuesen á vigilar la preparación de los *mails* que debían llevarlos á las carreras de Longchamp. Agustín Palomares, el marido de Milagritos, siempre muy preocupado de su traje, de sus botines de charol con cuero amarillo, de su amplia corbata de abultados pliegues, sobre la que ostentaba una gran perla como prendedor, había salido contento, juzgando que era muy *chic* aquello de dejar á su mujer de palique con el elegante conde de Morins, miembro del Jockey Club. Pero Antonio Cuadrilla, enamorado sinceramente de la suya, lo había seguido por debilidad de carácter, con la triste resignación del niño que abandona su juguete y le obligan á irse á acostar.

Al ver al gordo Termal, siempre solícito cerca de Dolorcitas, Antuco hubiera querido tener la energía de protestar del *chic* y de llevarse á su mujer.

— Vamos, Antuco, ¡qué diablos! le había dicho Agustín; ¿quieres hacer el papel de celoso para que te llamen *rastaquouère*?

Pero Antuco, en sus adentros, pensaba con despecho: « Él no se había casado para que otro enamore á su mujer; mejor era ser llamado *rastaquouère*, que marido ridículo. » La protesta de George Dandín, que había oído resonar sobre el proscenio del teatro Francés, le hería la memoria: « Mis hijos serán gentileshombres, pero yo seré cornudo. »

A la salida de los dos jóvenes, la alegría estalló con más franqueza en la estancia. Juan Gregorio se puso de pie en el centro :

— Hijos míos, ahora vamos a divertirnos, exclamó con la voz velada de un vendedor ambulante de diarios.

Todos aplaudieron esta invitación a la alegría. Él, excitado por esa aprobación, poniendo sus manos a ambos lados de la boca, como quien llama gente a la distancia :

— ¡Ohé, ohé, por aquí la boda y adelante la música!

Milagritos se sentó al piano y preluvió la canción *Volviendo de la revista*, que un cantor popular de *café-concierto*, algunos años antes, había elevado a la categoría de una manifestación política. Juan Gregorio entonó ese canto que llegó a llamarse el himno *boulangista*, imitando, con gran contentamiento de sus oyentes, las entonaciones y la marcha de Paulus, el cantor afamado. Los demás hacían coro, repitiendo el refrán, como es de usanza a veces en esos espectáculos al aire libre.

Al ruido del canto, Benjamina y Nicolasio, siempre en busca de alguna travesura, habían acudido. Sus voces infantiles, forzadas hasta las agudas notas del chillido, aumentaban la algazara. Colocados a derecha e izquierda de Juan Gregorio, remedaban, en forma grotesca, sus movimientos, dando con esto grande animación a la escena.

El contagio del entusiasmo sopló entonces a todos esos jóvenes la comezón de lo pícaro, la licenciosa fantasía de las alusiones mal veladas, que son la pimienta de las canciones de *café-concierto*. Parodiando a la singular cantatriz a la que el capricho parisiense convirtió durante algunos años en constelación artística de primera magnitud, Dolorcitas, de pie, al lado del piano, tomó la *erática* actitud de Yvette

Guilbert: los brazos caídos á lo largo del cuerpo, el busto rígido, la cabeza inclinada apenas, como buscando el oído del espectador, y anunció :

— El *Fiacre*.

Y tomando una modesta actitud de persona tímida, logró remedar la voz de la popular cantora, detallando con malicioso descaro las más atrevidas alusiones de la canción.

A los cantos siguieron otros pasatiempos, que Juan Gregorio inventaba con sus recuerdos de las ferias suburbanas. Pruebas de fuerza y de equilibrio, explicaciones de lo que podría presenciar el público si entraba al teatro imaginario, que el mozo señalaba con gran refuerzo de voces y de retruécanos, con los gestos descompasados de los histriones que imitaba.

— No se dirá que no he aprovechado en mis estudios, terminó al hacer su reverencia al público.

Pero, al fin, quiso que los demás contribuyesen también con algún contingente al pasatiempo.

— Vamos, muchachas, ustedes deben contribuir también á la *rigolada*, dijo en castellano á sus hermanas.

— A la diversión quieres decir, le corrigió Jenaro Gordanera con una pastilla Géraudel en la boca.

— El español no tiene voz tan expresiva como la *rigolade*, repitió el muchacho con su acento de erres guturales.

— ¡Abajo el español! lengua de *rastás*; aquí no se habla sino en francés, ordenaron Milagritos y Dolorcitas.

Benjamina y Nicolasito imitaron á sus hermanas mayores.

— ¡Abajo el español! gritaron, haciendo cabriolas á lo largo de la pieza.

Juan Gregorio propuso entonces que se bailase un *cancán*.

Termal se sentó al piano y preludió, haciendo tem-

blar el instrumento con sus manos gordas y redondas, las desaforadas cuadrillas de *La Gran Duquesa*, de Offenbach.

— Afuera los chiquillos, dijo entre toses Jenaro, á quien parecía impropio que presenciasen ese baile los chicuelos.

Nicolasito y Benjamina se resistían á salir. « ¿Por qué no habían de ver bailar? ¡Como si no hubiesen visto el *cancán* en el baile Wagram, donde habían ido un domingo con la camarera de mamá! » En prueba de lo irrecusable de este aserto, el chico y la muchacha, al son de la música, se lanzaron en un « *adelante dos* » descabellado. Felizmente la inocencia de los chiquillos resaltaba en sus cabriolas, que más parecían ejercicios de acróbatas que danza alguna conocida. Todos aplaudían, menos Jenaro. Con los juanetes del rostro encendidos como grana, trataba de dominar la algazara general.

— Fuera los chiquillos, fuera los chiquillos, vociferaba.

Los demás se reían. Juan Gregorio excitaba á sus hermanitos á resistir y á dar una nueva muestra de lo que habían aprendido en el baile Wagram. Pero Gordanera triunfó al fin y salió de la pieza, sacando tras de él á los chicuelos.

Juan Gregorio propuso entonces nuevos pasatiempos. Durante algunos momentos todos se divertieron en esforzarse por tocar con la punta del pie el sombrero de Jenaro Gordanera, colgado por Juan Gregorio de la araña de luces pendiente del techo. Milagritos y Dolorcitas mostraron en este ejercicio una agilidad sorprendente. El sombrero volaba en todas direcciones al empuje de los pequeñitos pies, lanzados como proyectiles fuera del torbellino de las enaguas. Mas pronto las muchachas se cansaron de ese ejercicio y observaron que debían ir á vestirse para las carreras.

Mientras se preparaban para salir se oyó la gran campana del portero. Con un número de toques reglamentarios anunciaba « visita para el señor ». Las dos jóvenes se asomaron á la ventana. Un hombre atravesaba el patio.

— ¿Qué anda haciendo á estas horas Ignacio Sa-graves por aquí? dijo Dolores.

— Viene donde papá: tú sabes que es su agente confidencial.

Cambiaron una sonrisita de inteligencia, con un ademán de indulgente filosofía de parte de Milagritos.

Pero luego se alejaron de la ventana. Los jóvenes, sombrero en mano, las esperaban. Atravesaron el vestíbulo en grupo bullicioso y festivo. Los *coupés* de las muchachas esperaban en el patio.

— Entonces, hasta luego, en Longchamp, dijeron despidiéndose.

En el tercer piso de la casa, la escena de familia era diferente. El ruido del piano y de los cantos subía como un rumor lejano donde Mercedes y la abuelita acababan de almorzar también. Doña Regis y su nieta preferida solamente asistían al almuerzo de la familia los domingos que no había convidados. En la quietud apacible de la estancia, rodeadas de los objetos traídos por la señora de la patria lejana, viendo moverse en torno de ellas á la vieja sirvienta de su país, doña Regis se hacía la ilusión de encontrarse en su tierra. Pero los ecos de la algazara de abajo cortaban el vuelo á ese vago sentimiento de tiempos mejores. No eran las armonías de las iglesias de su pueblo, eran los ecos de la vida frívola en la degeneración de su raza, la voz de la impiedad de sus descendientes, que subía á mofarse de su larga tradición de piedad y de temor del cielo. « Para eso habían venido á Paris, para eso la habían sacado á ella de su vida oscura y tranquila, á presenciar la educación de sus nietos en este gran mundo. »

Era el desconsuelo amargo que sentía su esterilidad. La indignación imprimía á su cabeza un movimiento de vana protesta. Apagados por la edad, sus ojos ponian por testigo de su desolación á la imagen de una virgen, de esas que el arte quiteño enviaba en los tiempos de su juventud á todos los países de la América española.

Mercedes trató de calmarla. Sabía que sus cariños, que el acento de su voz, eran para la abuelita los tibios rayos del sol matinal que disipan las tristezas de la noche.

— No se esté atormentando con esas cosas. Se divierten porque están alegres, porque son felices, dijo, ahogando el suspiro que le arrancaba la involuntaria comparación de esa felicidad con las melancolías de su amor contrariado. Pero no crea que hacen nada malo, abuelita, agregó acariciando las manos de la anciana, alisándole el blanco cabello sobre la frente.

— ¡Sí! Tan alegres y tan felices, que llegan á olvidarse de que nosotras existimos.

— Lo hacen de atolondradas; pero yo estoy segura que á usted la quieren mucho.

La señora hizo un gesto de incredulidad.

— ¡Ah! sí, tanto como tu padre, que hay días en que no encuentra tiempo para venir á saludarme.

— ¡Papá pasa tan poco tiempo en casa!

— Una casa que parece posada: gente que entra y sale el día entero. Ruido de caballos y de coches hasta las cuatro y las cinco de la mañana. ¡Dios nos asista! ¡Yo no sé dónde van á parar con esta vida!

Doña Regis salía de su habitual reserva de víctima resignada á las penalidades de su destierro. La obra lenta de los desengaños de familia, la hez más acibarada que guarda para los viejos, tan á menudo, el fondo de la copa de la vida, había ido acumulando en el alma de la anciana su cenagosa borra. « ¿Por qué le había deparado el Señor ese castigo? En su país,

su hijo era un hijo amante, respetuoso. Enseñaba á sus hijos el respeto á sus mayores. París había cambiado todo eso. El hijo era un huésped indiferente. El padre no se cuidaba ni de la educación á los suyos. Sabía que andaban vestidos con lujo, que tenían carruajes elegantes, que gozaban de todos los placeres de la gran ciudad. ¡ Eso bastaba, y eso era lo que él llamaba dar á la familia la educación europea! »

La señora expresaba esas ideas en su lenguaje lugareño, en que el español ha tomado á veces tan pintorescas transformaciones. Esas quejas salían de lo hondo del pecho, de donde la fermentación continua de los largos días de nostalgia las hacía subir ahora á sus labios.

— Ya ves lo que ha hecho de tus hermanas, agregó. Las dos mayores entran aquí, los raros días que vienen, inquietas por irse, sin saber qué decirme, hablándome muchas veces en francés, á mí que no entiendo y que estoy ya vieja para aprender. Juan Gregorio, que era un niño bonito y robusto cuando nos vinimos, ¿ qué parece ahora? Gato apestado. De seguro que no hará huesos viejos. Como ve que no le entiendo en francés, me habla en una jerigonza de castellano, como sus hermanas mayores. ¿ Para qué decir nada de los dos pequeños? Se crían como animalitos sueltos, entre los sirvientes, haciendo cuanta travesura les pasa por la cabeza.

Mercedes buscaba atenuaciones, disculpaba como podía á las dos hermanas casadas, aseguraba que Benjamina y Nicolásito no eran malos, que solamente necesitaban ser puestos en colegio, ya que nadie podía velar sobre ellos en la casa.

— Así será, dijo la anciana, escéptica en este punto. ¡ Ojalá no salgan como los mayores! Sus padres sabrán lo que hacen. Felizmente me quedas tú, y, si consintiesen en dejarme llevarte, inmediatamente me volvería á nuestra tierra.

La chica cogió la expresión al paso. También en su cabecita una idea única excluía todas las otras.

— ¡Quién sabe si eso no es tan imposible como á usted le parece!

La señora miró á Mercedes con curiosidad.

La chica se apresuró á decir :

— Si usted me ayuda.

— ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Qué valgo yo en esta casa?

Mercedes iba á contestar. Oyóse entonces, al lado de afuera de la estancia, un ruido de voces infantiles al mismo tiempo que la puerta se abría estrepitosamente. Con risas que hacían resonar sus notas cristalinas, atronando los ecos sonoros de la escalera, entraron, como bombas, Benjamina y Nicolasito, persiguiéndose. Sacados á duras penas por el tío Jenaro, después de la proeza danzante en que habían lucido sus recuerdos del baile Wagram, los chicuelos, subiendo y bajando de un piso á otro, entrando á los cuartos, donde se arrojaban á la cabeza cuanto podían haber á la mano, llegaban corriendo desatinados á interrumpir con su chacota, aquel diálogo íntimo de la abuelita con la nieta.

— ¡Niños! ¡sosiégúense! les gritó azorada ña Rufina, acudiendo al oír las risotadas de los chicuelos en la pieza.

Sin atender á la imperiosa voz de la sirviente, Benjamina se había refugiado tras de la abuelita, y maniobraba para escapar á las embestidas del niño. Excitados así por sus propios desmanes, entre gritos y saltos se desafiaban.

— ¡Á que te atrapo!

— ¡Á que no!

Ante tan loca alegría, la abuelita llegaba á sonreírse. « Al fin y al cabo, esos dos demonios eran sus nietos, y si los educasen cristianamente, lejos de los

malos ejemplos, no pretenderían más tarde imitar á Juan Gregorio y á las hermanas casadas. »

Mercedes, entre tanto, conjuraba á los chiquillos que se estuviesen quiétopos, y la vieja sirvienta, fuera de quicio, al ver cómo Benjamina, por sacar lances al muchacho, remecía á la señora, tomó violentamente de la cintura á la chica y la arrancó de la silla. Rápido, el niño se lanzó sobre Benjamina; pero sólo alcanzó á coger por detrás las faldas de la criada, arrastrándola con empuje tal en su carrera, que criada y chicos rodaron por el suelo. Con este desenlace imprevisto ya fué posible á doña Regis calmar la turbulencia de sus nietos.

— Vaya, siéntense ahí, les voy á dar dulces.

Con esta promesa los dos se estuvieron quedos. Mientras comían se pusieron habladores.

— Abuelita, dijo Benjamina mostrando á Mercedes, ¿sabe que *ésta* va á ser princesa?

— ¿De dónde sacas eso? preguntó la señora.

— Nico lo ha oído, Nico lo ha oído.

Mercedes se puso pálida. Por más que creyese que las palabras de su hermanita no pasaban de ser una chanza infantil, sintióse el corazón oprimido como si oyese un presagio de desgracia.

— ¿Dónde lo ha oído? interrogó la señora.

— No digas, tonta! Si dices, no vuelvo nunca á contarte nada.

Con la boca llena, pero de ninguna manera intimidado, Nicolasito dirigia esta amenaza á su hermana. Benjamina le hizo un dengue de desprecio.

— Sí, pues; por tus buenos ojos te voy á guardar el secreto y dejar que Mercedes no sepa nada.

Nicolasito se volvió entonces hacia Mercedes.

— Benjamina se apresura á hablar para que le des á ella los cincuenta céntimos.

— ¿Qué significa eso de los cincuenta céntimos? preguntó doña Regis.

— ¿Ustedes no saben? Cuando Milagritos ó Dolorcitas quieren saber algo de lo que pasa aquí, nos pagan diez centavos para que escuchemos escondidos.

— Sus hermanas les piden eso por reirse de ustedes; no lo vuelvan á hacer, les dijo la abuelita en tono afectuoso; cuando necesiten plata, vengan á pedirme á mí.

— Abuelita, yo vendré todos los días, dijo Nicolasito.

— Y yo principio desde ahora; deme un franco para los caballitos de los Campos Eliseos, dijo Benjamina.

Nico tendió también la mano. La anciana les dió una moneda á cada uno.

— No vuelvan jamás á andar escuchando lo que hablen sus padres ni nadie, les dijo.

— Pero, al fin, ¿qué es lo que saben? ¿Por qué vienen á decir eso? preguntó Mercedes inquieta.

Nicolasito iba á contestar, pero Benjamina le puso una mano sobre la boca.

— Papá y mamá han dicho que Milagros está segura de que el príncipe va á pedir á Mercedes, dijo con aires de importancia.

— Que se lo ha dicho Guy de Morins, agregó el chiquillo.

— No estén creyendo esas tonterías, les dijo Mercedes; los niños no entienden lo que oyen.

— ¡Para lo que me importa! dijo el niño con desprecio.

— Si tú no quieres, yo seré princesa entonces, exclamó la chiquilla, saltando, en celebración de su feliz idea.

— Vamos, vamos á los Campos Eliseos, gritó Nicolasito.

— Eso es, á los caballitos, apoyó Benjamina.

Salieron tan estrepitosamente como habian entrado.

Doña Regis y Mercedes se quedaron un momento en silencio, siguiendo con el pensamiento el ruidoso despeñarse de los chicos al saltar de tres y cuatro escalones á un tiempo. Cuando estuvieron seguras de que no volverían á subir, la chica se apresuró á reanudar la conversación interrumpida.

— Me preguntaba, abuelita, ¿en qué puede ayudarme? Lo que los niños acaban de contar, y que sin duda lo han oído como dicen, me da el valor que casi me faltaba para contarle lo que pasa y explicarle cómo puede ser usted tal vez mi salvadora.

La anciana miraba con nueva sorpresa á su nieta. Mercedes había asumido un tono grave, un aire de persona cuyas palabras no son sino el indicio vago de hondas preocupaciones.

— ¿Se acuerda que hace algún tiempo le conté que Patricio había recibido un nombramiento con sueldo del Gobierno? Apenas pudimos hablar, él me dijo que su amigo Campaña lo animaba para que me pidiese á papá, puesto que ya tiene un empleo.

La señora se quedó en silencio, sin que Mercedes pudiese encontrar ninguna vislumbre de aprobación en su mirada.

— ¿Le parece, abuelita, que papá no consentiría?

— ¡Mi hijo ha cambiado tanto! ¡se ha puesto tan ambicioso! Ya ves que él y tu madre no hablan sino de gente de título y de todo lo que oyen á tus hermanas.

« Ella también estimaba difícil obtener el consentimiento de su padre, confesó Mercedes con tristeza. Aunque Patricio se mostraba impaciente desde que se hallaba en posesión de un empleo que le abría un porvenir en su carrera, ella lo había persuadido de que era más prudente esperar un momento oportuno para hacer la petición á su padre. »

— Tienes razón, es mejor esperar, dijo la anciana.

Prefería el aplazamiento de lucha contra la resistencia segura de su hijo.

— Pero ahora no es posible esperar, exclamó Mercedes con vehemencia. ¿No oyó lo que dijeron los niños? Mientras más pienso en eso, más temo que sea cierto. Mis hermanas me hablan constantemente de la brillante posición que yo tendría si el príncipe quisiese casarse conmigo. Lo que ha oído Nicolasito me convence ahora de que están fraguando algo en ese sentido y acabarán por persuadir á papá.

— ¡Oh! tu padre hará lo que ellas digan.

— Por eso me parece que Patricio no debe esperar más tiempo. Si el príncipe me pide y papá consiente, como usted cree y como creo yo también, la petición de Patricio llegaría tarde.

La señora reconoció el peligro. No se debía esperar. Á ninguna de las dos, entre tanto, le ocurría la idea de rebelarse contra la probable negativa de don Graciano.

La ciega obediencia á la voluntad de los padres, principio inconcuso de la antigua educación española, había sido enseñada á la nieta por la abuela, desde la infancia. Pero hasta entonces, ningún caso en que estuviesen comprometidos los grandes intereses del corazón, había hecho sentir á la chica la terrible fuerza de esa ley moral. Ahora, en presencia de la espantable posibilidad, ambas enmudecieron durante algunos instantes. La evolución de la idea, partiendo del mismo punto, creaba para las dos el problema ante el cual una y otra se habían detenido. Pero la chica estaba demasiado afectada para quedarse mucho rato silenciosa. Timidamente, temblando de oír la sentencia de la resignación de boca de la anciana, alzó la voz.

— ¿Y si papá rechaza la petición de Patricio?

— Todavía no hemos llegado á eso. ¿Para qué anticipar lo más desgraciado?

Mercedes dió á esas palabras el alcance de una previsión funesta.

— No me abandone, por Dios, abuelita, exclamó arrojándose en brazos de la anciana.

— ¡Nunca! ¡cómo había de abandonarte!

Aquel movimiento de ser débil en busca de una protección que cree poderosa, conmovió profundamente á la señora.

— Pero, ¿qué puedo hacer por ti? añadió acariciándola.

— Persuadir á papá de que yo no puedo casarme con un hombre á quien no quiero y hablarle en favor de Patricio.

— ¡Hablarle! ¿Y cuándo? Tu padre no ha mencionado jamás delante de mí que ese príncipe te pretenda.

Mercedes explicó su idea. « Si su abuelita le prometía hablar cuando llegase el momento, ella trataría de ver pronto á Patricio para avisarle que no debía esperar más tiempo en dar un paso decisivo.

Patricio y su amigo Campaña irían á rogar á Jenaro Gordanera que sirviese de intermediario cerca de don Graciano. Ella pensaba que no podían encontrar mejor abogado para tan delicada causa. Gordanera avisaría á Mercedes cuando viniese á desempeñar su embajada, y entonces sería el instante propicio para que la abuelita hiciese valer su autoridad y su influencia en la decisión paternal. El éxito, buscado por estos medios, le parecía más que verosímil. La juventud, tan rica de esperanzas, hacía brillar en su imaginación, á medida que hablaba, los reflejos de una posibilidad casi segura.

Mientras ellas decidían así no dejarse sorprender por las maquinaciones de que los chicos les acababan de revelar la existencia, Canalejas dejaba sus huéspedes en el cuarto de fumar para abrir, en su escritorio, la correspondencia de su país, llegada en la

misma mañana. Desde hacía algún tiempo, las cartas de Pedro Esteban, su hijo mayor, encargado de la administración de sus bienes, hacían en el ánimo de Canalejas algo como el papel del esclavo romano, que debía recordar al jefe victorioso, en su marcha triunfal, lo deleznable de las grandezas humanas. El floreciente estado de los negocios al tiempo del viaje de Canalejas á Europa, se resentía ahora del mal-estar crónico de los negocios de Hispano-América, motivado por causas extraordinarias como la baja del precio de la plata y por los excesivos gastos de gobiernos y de particulares.

La correspondencia de Pedro Esteban revelaba ese estado enfermizo de la fortuna pública y privada. La carta que don Graciano había dejado sobre la mesa de escribir, y que abrió con el temblorcillo del temor, le decía :

« Usted me pide que aumente cuanto pueda el valor de las remesas. Dios me es testigo de que no he ahorrado esfuerzo para corresponder á su deseo. Desgraciadamente, todo parece conjurarse en nuestro pobre país para aumentar la pobreza general, con la completa paralización de los negocios. Nada se vende, nada se exporta, todo baja de precio de día en día.

» En presencia de tan alarmante situación, sin dejar de ser un hijo respetuoso, permitame usted que le haga presente la necesidad de una seria economía en los gastos de la familia.

» Cuando usted salió de aquí, todos sus bienes estaban libres de gravamen, y usted se mantuvo en los límites de su renta durante los primeros años de su permanencia en Europa. Pero de tres años á esta parte, para satisfacer sus reiteradas demandas de dinero, ha sido preciso contraer deudas considerables, hipotecar todos sus bienes raíces y gravar la renta primitiva con el pago de intereses, no solamente sobre las deudas contraídas, sino sobre el aumento de

esa deuda, por causa de los intereses penales de los dividendos en mora.

» Por ese camino corre usted á una ruina inevitable y próxima. En mi humilde juicio, es urgente liquidar la situación, concentrar toda la deuda en una sola mano, en un Banco, por ejemplo, á fin de evitar los intereses penales, y que usted reduzca sus gastos á la mitad de su entrada hasta la extinción de la deuda.

» Es indispensable que usted conozca la situación con todos sus peligros. Confieso que no puedo considerarla sin espanto. Usted me hará la justicia de reconocer que jamás he hecho alusión, hasta ahora en nuestra correspondencia, á mi persona. Tengo la satisfacción de haber trabajado con empeño infatigable para que la familia pueda gozar de la vida de ese gran mundo en que ustedes viven, y nunca he pretendido reclamar para mí una parte de esa envidiable existencia. Pero siento que las fuerzas para seguir cumpliendo con la misión que usted me ha dejado me faltarian, si viese que mi sacrificio es estéril y que el fruto de mis esfuerzos no bastase para evitar un desastre irreparable. »

Ante aquel eco desesperado de ultramar, don Graciano, por primera vez, divisaba el abismo. No era la voz del hijo sacrificado á la frivolidad de la familia lo que lo conmovía. Esa queja lejana de un corazón templado en la rara abnegación del amor filial, resonaba importuna á sus oídos, en medio del clamoreo de sus placeres amenazados, de su vanidad alarmada, de su fastuosa incuria, que tendría que refrenar.

Al refractario impulso de su sangre de criollo, Canalejas, como una bestia domada por el dolor, se estremecía de coraje. « Reducir los gastos á la mitad », decía Pedro Esteban. Las humillantes consecuencias de esa economía coligaban todos sus instintos en una rebelión formidable. « ¡ Era muy fácil hablar de economías desde allá! », decía, con una sorda irrita-

ción contra el hijo que le pintaba así la realidad.

Eso equivalía á pedirle que abandonase la alta posición social que se había conquistado en la primera capital del universo, para confundirse con la obscura colonia de hispano-americanos, que viven sin tener coche, ni lacayos, ni abono en la Ópera, y que *nadie mira*. ¿Qué dirían las encopetadas familias de acaudalados hispano-americanos, los grandes trasplantados, los Torreveja, los Altamira, los Terrazábal, con su desdén por los modestos, que solamente se humillan ante los nobles y la gente *chic* europea? » En el confuso desorden de sus ideas, Canalejas llegaba á figurarse que su desaparición de la escena parisiense sería una mengua para el buen nombre de su patria.

En esa disposición de espíritu lo encontró Ignacio Sagraves. El gran lacayo del vestibulo había abierto la puerta de la antesala al menesteroso comisionista; el lacayo de la antesala, finchado en su librea, bien dibujada la tosca pantorrilla con la media de seda, oprimidos sus pies de patán en los lucientes zapatos con hebilla, lo había despojado de su paletó raído de cuello de piel de perro mal teñida, una lamentable imitación de *astracán*, y abiértole la puerta del escritorio. Sagraves se había deslizado dentro de la pieza con la silenciosa humildad de un perro enfermo. Había visto al lacayo, importante y despreciativo, doblar su triste paletó, haciendo ver el pobre forro de franela, remendado en varias partes por Odile. Él habría preferido, á pesar de la elevada temperatura que reinaba en el interior de la casa, conservar ese abrigo sobre el cuerpo para que no se viese á la luz indiscreta su *jaquette* pelada en los codos, con los faldones doblados en la extremidad hacia fuera, en forma de cola de pato, su chaleco demasiado corto y su corbata *plastron* oprobiosamente desflecada. Pero no se había atrevido á substraherse al brusco ataque del imponente

mayordomo, *del maestro de altar*, como traducía literalmente doña Quiteria.

Don Graciano lo vió adelantarse con su actitud humilde de solicitante, llevando en la mano su sombrero, *pelado en los bordes, de copa alta y anchas alas extendidas*.

— ¿Qué hay, don Ignacio? ¿Encontró la plata? le preguntó sin ofrecerle asiento.

— Cien mil francos, ¿usted sabe, señor? no es fácil encontrar quien los preste así no más.

— ¿Cómo así no más, cuando no fijo el interés y doy la garantía de mi hotel?

— Sí, es verdad, con esas condiciones parece fácil; pero... vea usted, no es tan fácil.

— Vaya, don Ignacio, usted quiere hacer valer el servicio. ¿Hay ó no quien preste la suma? Yo no puedo esperar, y si usted no la encuentra tendré que valerme de algún otro que sea más ducho, ¿me entiende? ¡Ah, lo que es esperar, yo no puedo! ¡Sepáselo, amigo!

En vez de la remesa que debía mandarle, Pedro Esteban le enviaba consejos de economía. Entre tanto, ahí estaban esperando las cuentas de las costureras, de las zapateras, de las sombrereras de su mujer; las cuentas del florista, del vendedor de forrajes para los caballos, del carnicero, del panadero, de todos los proveedores, sin contar con las deudas de plazo vencido de Juan Gregorio. El sinnúmero de gastos que forman el lujo, de los que el pago se aplaza de mes en mes, de año en año, como se pospone la enmienda después de la confesión.

Su declaración había sido enfática, lo que él llamaba « hablar golpeando », algo que no admitía réplica. En la silla de brazos, una especie de silla cural, delante del escritorio, la barba larga bien teñida, una barba de sacerdote egipcio, en abanico, que le alababan las *impuras* para arrancarle costosos presen-

tes, tuvo, mientras hablaba, ondulaciones violentas que dieron extraña fuerza á lo ineludible de su necesidad de encontrar los cien mil francos.

— Yo no digo que no he encontrado; yo digo que es difícil encontrar, don Graciano; pero he encontrado, ¡cómo no! he encontrado.

— Algún usurero judío que querrá estrujarme.

— ¡Ah! no. ¡Un usurero! Eso no es difícil encontrar; no, no es un usurero; yo he querido encontrar la plata en términos razonables.

Esta perspectiva puso de buen humor á Canalejas. « ¿Qué venía Pedro Esteban á hablar de economías, cuando él estaba seguro que no habría de faltarle dinero? Atendería después á las quejas de Pedro Esteban. » Era el peligro lejano, del que se encomienda la solución al destino, á la casualidad providencial. Lo importante era la brutal exigencia del momento.

— Entonces, ¿quién presta?

Contento, se había puesto de pie y acercádose familiar á Ignacio.

— Se va á extrañar usted, dijo el joven, con una sonrisa pálida de menesteroso mal alimentado, que quería hacerse simpático al rico.

— Diga no más : ¿quién presta?

— ¡La Montestruc!

— ¡La Montestruc! ¿Rosa?

— Ella : ¿qué le parece?

— No me extraña. Estos diablos de *cocottas* son capaces de todo.

— Principió por decirme que no tenía dinero, que el príncipe de Rœspingsbrück le debe más de cincuenta mil francos...

— ¿Siempre está con ella? interrumpió Canalejas.

— Siempre; ella lo quiere, á lo que dice.

— ¡Oh! repuso sentenciosamente don Graciano; un príncipe, y de familia reinante, ¡esa sí que es suerte! Todas las mujeres se vuelven locas por ellos.

Sagraves no quería dejar desviarse la conversación. Con un movimiento de brazos desconsolado quiso decir que harto conocía las injustas desigualdades del destino.

— Yo le he prestado servicios á la Montestruc, haciéndole pagar sumas que ella creía perdidas. Por eso fué que me dirigí á ella. La picara, que es una buena chica en suma, insistió en que no tiene dinero disponible; pero cuando supo que era para usted, cambió de tono. « El señor de Canalejas es un buen muchacho, exclamó; si, ha sido siempre generoso con todas mis amigas. Por él voy á hacer un sacrificio; dígaselo así. » Pronto estuvimos de acuerdo: doce por ciento, seis meses plazo, hipoteca del hotel. Mañana estará el dinero pronto. Usted no tendrá más que ir donde el procurador de la condesa á firmar el documento y la escritura de hipoteca.

Sagraves se había guardado bien de mencionar la exclamación de la Montestruc al oír el nombre de Canalejas: « Es un viejo enamorado. »

Canalejas, lisonjeado con el elogio de una mujer hermosa, y contento de poder allanar las dificultades pecuniarias que lo cercaban, se había puesto afable y campechano. Su cutis apergaminado de gran sacerdote del tiempo de los Faraones, se plegó en mil arrugas al sonreirse.

— Se ha portado usted como un Napoleón, y tendré muy presente este servicio, dijo pasando un cigarro á Sagraves.

Ignacio aceptó el cigarro y la comparación con una pálida sonrisa de hambriento. Los dos hombres se pusieron á fumar y á tomar coñac de una licorera que sacó don Graciano.

— Este tiene veinte años y yo guardo la llave, dijo al llenar dos copitas.

La conversación rodó por un momento sobre la cita con el procurador de la Montestruc para las formali-

dades del préstamo. Luego, agotado ese tema, bruscamente don Graciano se fué á la puerta de la pieza, se asomó hacia afuera y volvió cerca de Sagraves con aires de precaución y de sigilo, bajando la voz al tono confidencial :

— Y... ¿qué noticias?

Ignacio no tuvo necesidad de otra indicación para saber el significado de la pregunta. Contestó también en voz baja, con reticencias de cosa consabida, de algo que Canalejas debía comprender á media palabra. Así, hablando quedo, susurrando preguntas y réplicas, la conversación tomó un sello de misterio grave, de debate obscuro y por instantes suspensivo, sobre una base de subentendidos que ninguno de los dos interlocutores ilustraba con alguna palabra reveladora. Pronto parecieron de acuerdo, repitieron uno y otro sus conclusiones, Ignacio siempre con sus maneras de humilde solícito de agradar, de hombre necesitado que se resigna á las humillaciones de la miseria, mientras que don Graciano sacaba ya el reloj y hablaba el lenguaje breve del que considera la materia terminada y quiere disponer de su tiempo.

— Yo tengo que irme á las carreras, dijo. Con que hasta mañana donde el procurador, á las dos en punto, hora militar, amigo. En negocios yo soy exacto como un cronómetro.

Sagraves tuvo en la vista el reflejo angustioso del solicitante que se decide al fin á pedir :

— ¿No puede hacerme el favor de adelantarme algo sobre mi *comisioncita*?

Don Graciano frunció el entrecejo. Ignacio repuso humilde :

— Tengo á mis chiquillas casi desnudas y sin comer en todo el día. Odile y yo, ¿qué hacerle? podemos aguantar, pero las criaturas no, y piden pan.

Canalejas vió el cuadro de miseria. Varias veces, alguna necesidad premiosa de buscar dinero, ó las

complicaciones de su vida galante, lo habían hecho trepar al albergue de aquel comisionista sin comisiones. Allá, en un sexto piso, en Montmartre, una miserable boardilla, desnuda como celda de trapista, sin el adorno compensador del aseo. Una mujer joven, cuyos ojos habían sido hermosos, cuyo talle había sido delgado y flexible, cuyo seno había tenido arrogancias de lozano atrevimiento, todo ya borrado y decaído, con el lamentable abatimiento de los anonadados por las borrascas de la vida. Dos chicuelas, Zafira y Adela, los nombres que traían á Sagraves el recuerdo del patrio hogar, de la existencia honrada en lejanos días. Eran dos criaturas risueñas y frágiles como las plantas que había visto crecer en algún basurero de su tierra.

— Aquí tiene cincuenta francos, amigo.

Al poner el billete en la mano descarnada del mozo, sintió el calorcito generoso, la satisfacción apiadada de aliviar una miseria. Sagraves se deshizo en protestas de gratitud. « Tendría para hacer vivir un mes á los suyos. »

En el patio, los briosos caballos enganchados á la victoria, inmóviles, disciplinados, adelantaban los cascos relucientes, estirando las corvas, alineados con precisión matemática. El cochero, con el pescuezo erguido en el alto cuello, rígido sobre el pescante, les refrenaba los bríos con vocablos clásicos, en inglés. Don Graciano apareció sobre la plataforma bajo la marquesa de cristal. El cochero pronunció el inevitable *pull up*, y el carruaje llegó á pararse, con estremecimientos ardorosos de las bestias, delante del patrón.

— A Longchamp, ordenó don Graciano con el pronunciado acento español, que suprime el sonido de las nasales : á *Lonchan*.

VII

De Paris, como inmensa represa que ha roto su pretil, una corriente confusa de seres humanos, canalizada en las distintas vías que conducen al Bosque de Boulogne, arrastraba, con violencias de torrente, por todas las avenidas, por todos los caminos, por todos los senderos, sus masas agitadas, hasta vaciarlas en la extensa y risueña planicie que abraza el campo de carreras de Longchamp. Desde temprano, la ruidosa agitación de un día de gran fiesta había hecho resonar su movimiento en los barrios vecinos del Arco de la Estrella. Los carruajes circulaban en mayor número, rodaban con mayor rapidez que en los días ordinarios. Los cocheros del servicio público tenían flores en el ojal de la levita, hacían resonar el aire con el chasquido de sus látigos, abandonaban la perezosa actitud en que parecen estar siempre demostrando su desprecio soberano por la persona que conducen.

Desde el Arco de la Estrella hasta la puerta Dauphine, desde la entrada al Bosque por el camino de la derecha que lleva á las Acacias y por todo á lo largo del paseo de ese nombre, la turba de curiosos, apoderada de las sillas, acumulada en dobles, en triples filas, vistosa con sus trajes de gala, insensible á los

rayos del primer sol de verano, insaciable en su contemplación del espectáculo que había venido á buscar para su solaz del domingo, se complacía tranquila con la digna compostura de la muchedumbre parisiense, que ve desfilar ante sus ojos la corriente apresurada de los favoritos de la fortuna.

Desde antes de las doce ya habían empezado á pasar por la avenida del Bosque los *fiacres*, las carreteras, las *tapiceras* de bancas transversales como plataformas ambulantes. Todos esos vehículos de inelegancia democrática, todos esos rodantes viejos y decadentes, los unos recién pintados y remozados los otros, se precipitaban con el impulso de la excitación contagiosa de su movimiento, por la ancha carretera, cual si las esperanzas, las ambiciones, las combinaciones del cargamento de criaturas humanas que arrastraban, les sirvieran de motor en esa desbandada anhelante hacia las dañinas emociones de las carreras. Esas eran las tempranas oleadas de la inundación, que se precipitan turbias, con sobresaltos y tumbos de corriente por lecho pedregoso, impelidas por el peso de su propio volumen, disputándose el paso, en un delirio de llegar á la hondonada que ha de poner término á su carrera bullidora.

El ancho río moderaba poco á poco su curso, sin embargo, clarificaba enteramente sus ondas, las hacía brillar al sol con los reflejos prestigiosos del lujo. Los carruajes particulares, los coches de amo, llenaban ahora la avenida. La marcha, acompasada, lucía el cadencioso trote de los corceles, el barniz reluciente de las cajas, el immaculado charol de los arneses, el bruñido metal de las hebillas y de los pasadores. Cargados de mujeres idealizadas por la elegancia de los trajes, de hombres acicalados, atusados, vestidos de claro, con los anteojos colgados en bandolera, los laudós abiertos, los *vis-à-vis*, las *calèches*, las victorias, los factones, avanzaban en masas compac-

tas, en la armonía triunfal de los colores, en la expansiva satisfacción de las fisonomías, como si entonarían, en acción, un himno de contento á la soberanía de la riqueza sobre la tierra.

Tres ó cuatro notas agudas y desentonadas de trompeta de *mail* pidiendo paso franco, sonaron á la entrada de la avenida del Bosque al principiar lo que llaman el Club de los Arruinados. Pero el llamamiento no produjo efecto. Nadie abrió calle para dejar pasar el pesado vehículo, ni nadie habría podido hacerlo por falta de espacio. Sobre el encumbrado pescante, con las riendas en las manos enguantadas á la inglesa, Cucho Palomares, en la actitud de Neptuno refrenando el ardor de sus hipogrifos, dirigía. A su derecha, Dolorcitas Cuadrilla ocupaba el puesto de honor. En la mañana misma el cochero de Antuco había declarado que una de las parejas del *mail* no podría salir; de modo que Dolorcitas y su marido habían aceptado la invitación para el *mail* de los Palomares. Los demás convidados eran: el marqués de Varielle-Landry, que con mirada lánguida acariciaba el perrito de la duquesa de Vieille-Roche, bajo su brazo; las dos muchachas Herminia y Rosaura Fuenteviva, Guy de Morins, Jacques Termal y Demetrio Vasilipowich, el declarado galán de Rosaura Fuenteviva. Estos convidados habían elegido sus lugares, según sus gustos. Los trajes claros de las damas, sus sombreros de paja, cada uno de moda inédita, adornados de grandes plumas y de flores; los ternos de los hombres, de colores discretos, en los que un conocedor habría reconocido el corte de algún afamado sastre de Londres, daban á la comitiva un aspecto de fiesta y de refinada elegancia.

Al entrar de la plaza de la Estrella á la avenida del Bosque, Palomares tuvo que detener sus cuatro caballos. La masa de carruajes que lentamente se movía hacia la puerta Dauphine era de tal modo com-

pacta, que habría sido temerario intentar abrirse paso por medio de ella.

Poco seguros de la pericia del conductor, los convidados se adhirieron á la idea del sargento de policía que cuidaba del orden en aquel puesto, de tomar la avenida de la Grande-Armée.

— Vamos, Palomares, dijo Jacques Termal, sigamos ese consejo; la sensatez habla siempre por la boca de los representantes de la fuerza pública.

Cucho Palomares encaminó hacia esa vía sus impacientes corceles. Al tomar la carretera, el trompeta anunció la entrada haciendo sonar, para que se apartasen los carruajes que obstruían el paso, algunas notas estridentes del largo instrumento.

Otras notas de igual metálica destemplanza, como cercana repercusión del eco, respondieron á aquéllas, haciendo volverse hacia atrás á toda la comitiva, para ver de dónde partía esa respuesta.

— ¡Otro *mail*! exclamaron.

Á trote largo avanzaba hacia ellos, repitiendo la agria combinación de las notas de su clarín, otro coche como el de Palomares, coronado como éste de vistosa comitiva. Como el *mail* de atrás apuraba su marcha, la distancia entre los dos vehículos se acortó con gran rapidez.

— ¡Es mi *mail*! exclamó Antuco Cuadrilla estupefacto.

— ¡Qué estás hablando! ¡Cómo puede ser! dijo atónita Dolorcitas.

Cada cual empezó entonces á emitir una opinión sobre tan inesperado fenómeno.

Antuco, á pesar de las contrarias opiniones, insistía.

— Ustedes verán, ustedes verán.

Habría deseado equivocarse, pero la realidad avanzaba á trote largo. Á poco, los dos *mails* se encontraron, rodando paralelamente. El de Agustín Palomares por la calle de la izquierda de la triple avenida.

El otro, por la vía central. La duda no fué entonces posible. Los de uno y otro carruaje se observaban con la curiosidad de navegantes que se encuentran en alta mar. Una explosión de observaciones y de risas partió de los que Agustín conducía. No sólo reconocieron el carruaje de Antuco Cuadrilla, sino que vieron que Juan Gregorio Canalejas ocupaba el pescante con la baronesa de Saint-Mondain, alias *Mimi Patte-en-l'air*, á su derecha. Seguían el pequeño Vieux-Pont, flanquido de Adela Rapu, llamada condesa de Marmende; tras de ellos, Boisrocheux con María Cauchois, pretendida marquesa de Beauvillage. Otra pareja ocupaba los elevados asientos de atrás. Juan Gregorio recomendó á los de su comitiva:

— No hay que mostrar que los reconocemos.

— Eso no impide mirarlos, dijeron las semimundanas fijando descaradamente la vista en las damas del otro carruaje.

Y partió entonces, de entre ellas, un fuego de observaciones críticas sobre las grandes damas.

— La *toilette* de tus hermanas es demasiado vistosa, dijo Mimi á Juan Gregorio.

— Muy *bulliciosa*, agregó Adela Rapu.

— No vale la pena de vestirse donde Worth para disfrazarse de muñecas, exclamó María Cauchois.

— ¡Y las chicas Fuenteviva que van vestidas como si fuesen casadas! observó Mimi.

— ¡Bah! es como si lo fuesen, respondió una voz.

— En cambio la madre se ha vestido como chiquilla.

— ¡Dicen que es tan traviesa! ¡Oh, las mujeres honradas! ¡son peores que nosotras!

Ni Juan Gregorio ni sus compañeros se atrevían á refrenar esa descarga de críticas y sarcasmos.

— Vamos, no sean malas lenguas; ya se sabe que ustedes son las reinas de la elegancia, se aventuró apenas á decir Boisrocheux, deseoso de hacer cesar la

granizada de saetas que llovía sobre las hermanas y las amigas de Juan Gregorio.

Todas éstas, entre tanto, desde el otro *mail* cambiaban sus observaciones sobre los trajes y los sombreros de las semimundanas, las examinaban y analizaban cual si fueran seres rodeados de un prestigio especial, las miraban curiosas, como las mujeres de la buena sociedad observan y aun admiran á las del mundo medio.

Según Milagritos, el vestido de Mimi debía ser de donde Doucet, y el sombrero de Virot. El traje de Adela Rapu era indudablemente de casa de Laferrrière, por opinión unánime de las observadoras. Pero no había tal unidad de pareceres con respecto al de María Cauchois. Las de Palomares y de Cuadrilla aseguraban que su vestido era de Paquin, mientras que las otras lo atribuían á Rouff.

— ¡Oh, no! Ninguna *cocota* elegante se viste donde Rouff, declaró sentenciosamente Milagritos.

— Yo he visto ahí á la Montestruc, arguyó Rosaura Fuenteviva; ¿no es cierto, Herminia?

— Cierto, apoyó la hermana, sin ocurrirle que el tema de la discusión no era de lo más propio para ellas.

— La Montestruc se está poniendo económica porque el príncipe está á la cuarta, observó Dolorcitas.

Herminia y Rosaura se sonrieron maliciosamente, diciéndose al oído:

— ¡Como si no tuviese más que al príncipe!

— Sí fuese así ya estaría en la miseria.

Las otras no las oían, siguiendo su análisis de las *cocotas*, en el que habían tomado parte los hombres.

— Si fuésemos á preguntar á esas señoras dónde se visten, dijo Guy de Morins riéndose.

— Yo podré decir dónde se desvisten, dijo Termal al oído de Dolorcitas.

— Cállese usted, no sea deslenguado, le reprochó

la de Cuadrilla, dándole con su parasol en el sombrero.

— El hecho es que creo que he dicho una *inconvenia*, contestó Termal golpeándose el pecho.

Arsenio Varielle-Landry, estrechando el perrito de la duquesa, tuvo una sonrisa perezosa, que apenas hizo brillar sus ojos apagados.

— Eso es, señora, castíguelo usted; está demasiado grande para hacer de *niño terrible*, murmuró.

En ese tono siguió la conversación de una y otra parte. Los dos mails, entre tanto, al ruido de las cadenas y el trote de los caballos, continuaban su rápida marcha hacia el Bosque.

Sobre el techo, á manera de canastos de flores, mecían sus cargamentos de mujeres vaporosas, perdidas entre gasas y encajes. En el interior, libres del aire, del sol y del polvo, los lacayos, finchados en sus levitas del sastre Sutton, los muslos apretados en los blancos pantalones de ante, relucientes las botas de charol á *l'écuyère*, iban riéndose de los patrones que los conducían como si ellos fueran los amos; hacían sus apuestas y se regalaban con historietas escandalosas sobre la gente del gran mundo.

Cuando los mails entraban al campo de carreras, la muchedumbre llenaba la vasta extensión con ondulaciones de mar que va poniéndose en calma. Del lado de la pista los carruajes se alineaban á lo largo de la valla en varias filas. Sobre el techo de los mails, sobre el pescante de los distintos coches, los hombres, anteojos en mano, exploraban el campo. Las mujeres, en su eterna lucha de conquistas, de galanteos, de rivalidades, en ese anhelo ingénito de mortificar y de avasallar á los hombres, charlaban, coqueteaban, criticaban, hacían valer su gracia y su elegancia, esperando que la campana anunciase una carrera. La muchedumbre se movía en el extenso campo en circunvoluciones de remolino en un remanso de río, apiñándose

en derredor de las oficinas de las *apuestas mutuas* como cardumen de abejas en la colmena.

En torno, y á lo lejos, el paisaje era por todas partes un concierto de verdura. De la otra orilla del Sena, las colinas de Suresnes, de Saint-Cloud y de Sèvres, se alzaban risueñas, engalanando la fiesta con su pintoresca variedad de bosquecillos, de jardines, de casas de recreo asomadas por entre la espesura del follaje. La tupida floresta del lado de París trazaba un fresco lindero al cuadro inmenso y mutable en el que se movía con caprichos de *caleidoscopio*, bajo los rayos del sol, la bigarrada turba con sus trajes vistosos, sus sombreros de todas formas, su variedad multicolor de claros quitasoles.

En el recinto del *pesage*, la compacta muchedumbre de mujeres sentadas en las graderías de las tribunas del centro, daba la idea de una exhibición fantástica de tipos femeniles, expuesta ahí para satisfacer todos los gustos, realizar todas las fantasías de los espectadores. Y en el espacio libre, entre las tribunas y la pista de carreras, una apretura de otra turba de concurrentes de ambos sexos, ora circulando en corrientes de elegancia, ora sentada en grupos alegres, formaba una especie de salón inmenso al aire libre.

Era por todas partes, en la mujeril concurrencia, una orgía desenfrenada de trajes caprichosos, una justa de suprema elegancia, un alarde de invenciones artísticas realzadoras de la forma, delineadoras de los contornos; un torbellino perfumado de telas frágiles, de tejidos transparentes, de gasas vaporosas; una profusión de encajes, de bordados, de plumas, de flores verdaderas ó artificiales: las invenciones infinitas de la industria y de la moda en plena pompa de frescura, en la mezcla indefinible del arte y del capricho.

Este espectáculo de ostentación y de fiesta no conmovía, sin embargo, á Patricio Fuentealba. Su inquietud de enamorado lo había hecho llegar á Long-

champ con anticipación. Aunque persuadido de que Mercedes y su madre no estarían ahí antes de las dos y media ó tres, él se encontraba desde temprano en su puesto de observación, tras de un árbol, frente á la entrada.

Así había visto desfilar, en parejas, en grupos pequeños al principio, en difícil corriente después, en torrente que se esparce por el llano más tarde, ese mundo de gente ansiosa de ver y de mostrarse, quemado por el sol, iluminado por la expectativa de las emociones del día. Al principio la inspección había sido fácil. Ninguna mujer pasaba sin que la viera distintamente. Algunas, las que eran jóvenes y esbeltas, vistas desde lejos, le daban ese vuelco del corazón con que se ve acercarse á la mujer amada, esa duda inquieta de los sentidos que principia por acoger toda idea de dicha como irrealizable. Pero á medida que la corriente aumentaba, la atención intensa, solicitada por una serie rápida de rostros femeniles, se fué convirtiendo para el joven en una fatigosa enervación. Por momentos sentía el cansancio de una larga marcha, la tensión cerebral de alguna idea mortificante que no se puede apartar. Á veces no sabia si era su vista ó el sol que se nublaban.

« Iré vestida de blanco y llevaré un sombrero color crema, adornado con lilas blancas y lazos azules », le había dicho Mercedes, en una breve entrevista, dos días antes. El mozo le había contestado : « Estarás encantadora, te distinguiré entre mil. » Y en aquel momento pensaba en ese diálogo. Estaba persuadido que su mala suerte, para convencerlo de jactancia, había hecho que á la mayor parte de las mujeres que entraban se les hubiese antojado vestirse de blanco, ó, por lo menos, de colores muy claros. El traje con que vió pasar muy cerca de él á Rosa Montestruc, deslumbrante de belleza, era blanco. Á su lado iba el príncipe Stephan, apretado en un *terno* claro, con el

lente clavado al ojo, conversando con ella. « Irá persuadiéndole que le preste plata para apostar », pensó Patricio. Luego pasaron las Torrevieja, la madre y la hija, vestidas igualmente de claro. Pasaron junto á él los Altamura, antiguos trasplantados que poco se mezclaban con los hispano-americanos.

Desesperado de no poder mirar en todas direcciones, Patricio llegaba á pensar con desaliento : « ¡ Ya habrán pasado ! » Otras veces, con el corazón oprimido : « ¡ Ya no vendrán ! »

Llegaron, sin embargo, con mademoiselle y algunos mozos : un rumano, un griego, un español, elegantes de la sociedad cosmopolita de París, que, no alcanzando hasta los salones de la nobleza, hacen el papel de personajes importantes entre los trasplantados de Hispano-América y otros aclimatados extranjeros. Doña Quiteria estrenaba una *toilette* estupenda. La combinación de sus colores recordaba los más vivos tintes de las aves tropicales. Mercedes á su lado, con su diáfana belleza de rubia, vestida modestamente de blanco, se adelantaba en una aureola de pureza, ignorante de la gracia de su esbeltez, advirtiendo apenas las miradas, oyendo apenas los murmullos de admiración que la seguían. Su vista inquieta no tardó en descubrir á Patricio. Él la había divisado también en medio de ese movimiento de ola humana que avanzaba sobre la alfombra de césped, dirigiéndose hacia las tribunas. La chica pudo sonreír, con la alegría de una satisfacción esperada, al lejano saludo de su enamorado, sin que los que iban con ella, muy preocupados de ver la gente á su alrededor, notasen ese encuentro de dos miradas, esa nota de júbilo lanzada al aire como el trino de dos avecillas que se remontan juntas al azul del cielo.

Entre tanto, la campana anunciaba la segunda carrera. Guiadas por su corte de jóvenes, doña Quiteria

su hija y la institutriz, fueron á sentarse frente á la tribuna del Jockey. Ahí, como en un trono, más alta por su estatura que las que se sentaban á uno y otro lado de ella sobre la primera banca, la hermosa duquesa de Vieille-Roche alzaba con aire regio su aristocrática frente de Juno bajo las ondas abundosas de su cabello, al que la tintura de Lantheric había dado el color rojizo del de las mujeres pintadas por el Tiziano. Sobre las gradas de la pequeña escalera que sube á la tribuna, el marqués Arsenio Varielle-Landry, que se había apresurado á dejar el *mail* de Agustín para traer el perrito á la duquesa, conversaba con la gran dama, paseando de cuando en cuando sus ojos de hombre debilitado sobre las otras mujeres colocadas como satélites á los lados y en las bancas á la espalda de su amiga. Otros elegantes del Jockey se agrupaban también en la escalera, formando así un centro aristocrático que atraía las curiosas miradas de la concurrencia.

Á la llegada de doña Quiteria y su hija, la duquesa arrojó sobre el vistoso traje de la de Canalejas la mirada aplastadora de la parisiense sobre lo que le parece un crimen de lesa elegancia.

— ¡Dios mio, qué loro! murmuró casi al oído de Varielle-Landry. Éste se inclinó, acariciando el perrito. La sonrisa con que creyó necesario celebrar el chiste de la duquesa, marcó sobre sus mejillas pálidas y en derredor de sus ojos apagados, las arrugas precoces que no tardarían en aparecer permanentes.

— La chica es deliciosa, repuso la duquesa.

— Esa es la que le dan al príncipe Stephan, observó Varielle-Landry.

— ¡Ah! ¿La hermana de las pequeñas *rastá*, amigas de usted?

— Sí, la hermana.

— ¿Gran dote?

Varielle-Landry contestó con la característica expresión parisiense :

— ¡Oh! ¡la fuerte suma!

Ya la duquesa miraba á otra parte. Le parecía de sobra el tiempo de atención que había consagrado á doña Quiteria y á Mercedes.

Éstas encontraron á los esposos Fuenteviva que les habían guardado sillas, precaución inestimable en aquella muchedumbre que las tomaba por asalto. Formaban círculo con algunos compatriotas recién llegados, hablaban en voz alta y hacían observaciones comparativas con lo de su tierra.

— Sí, confesaba uno de ellos, mucha elegancia, pero muy pocas mujeres bonitas. Las francesas no tienen más que la gracia y los bonitos trajes.

— Eso es muy cierto, apoyaba otro; no es como en nuestra tierra, donde en todas partes se encuentran mujeres bonitas.

Doña Quiteria y doña Nieves se abanicaban por no contradecirles. Ya, para ellas, nada de lo que no fuese europeo podía tener ningún género de superioridad, sobre lo francés principalmente.

A este propósito, don Eduardo Fuenteviva encontró que venía muy oportunamente una historieta que había pasado en su país.

— Pues señor, esto me hace recordar una visita á palacio, cuando era presidente el general Cobija...

Pero doña Nieves se apresuró á interrumpirle :

— Ya sé, les vas á contar lo de la mujer del ministro francés.

— Bueno, pues, si tú lo sabes, cuéntalo tú.

Mas á la sazón sonó la campana anunciando una de esas carreras preliminares que el público del *pe-sage* ve pasar sin gran interés en la expectación de la del Gran Premio. Esto bastó, sin embargo, para que los oyentes de Fuenteviva lo dejaran contar su chascarrito en el vacío.

Mientras tanto, del lado de la pista, compuesto en su gran mayoría de comerciantes de poca cuenta y de gentuza menor, la animación de las apuestas y la emoción que la carrera despertaba eran grandés. Los de los *mails* y otros carruajes, no teniendo la distracción de observar las bellezas y las elegancias del lado de las tribunas, se interesaban también, como los de á pie, en seguir los colores favoritos que en ese instante se disputaban el terreno. En el *mail* de Agustín Palomares, mientras los hombres seguían con el antejo las peripecias de la lucha, Milagritos y Dolorcitas, preocupadas sobre todo de hacer admirar sus trajes, sus sombreros, sus quitasoles, hablaban alto, se reían estrepitosamente, se deleitaban con el néctar de vanidad al ver el efecto que producían en torno de ellas. Agustín, de pie sobre su asiento del pescante, tomaba actitudes de conecedor, mezclaba términos del vocabulario británico del *turf* en cada frase, y alzaba la voz cada vez que dirigía la palabra á de Morins, llamándolo « querido conde » para que oyesen los de los carruajes vecinos. Termal se tomaba libertades familiares con Dolorcitas apretándole el talle á hurtadillas, cada vez que Antonio Cuadrilla dejaba de observar á su mujer. Las chicas Fuenteviva, risueñas y picarescas, trataban de atraerse, con mil monadas y coqueterías, las atenciones de los jóvenes, y terciaban con desplante en las conversaciones arriesgadas con que éstos mantenían la alegría de rigor en aquel paseo.

La carrera duró unos cuantos minutos solamente. En el pilar de las señales que marca la meta, aparecieron los números de los caballos vencedores. El público, semejante á una tropa en columna á la que mandan romper filas, se dispersó en todas direcciones. Los favorecidos por la suerte corrían presurosos en busca de sus ganancias á las oficinas de las *apuestas mutuas*.

También corría, pero no con el semblante de un jugador afortunado, Ignacio Sagraves. Viéronlo adelantarse Milagritos y Dolorcitas, con su raído aspecto de menesteroso, detenerse un momento frente á ellas, indeciso, hacerles en seguida un saludo tímido de hombre pobre y alejarse agachando la cabeza, en un movimiento de humilde, acostumbrado á la encorvadura que imprime la miseria. De los cincuenta francos que acababa de recibir de Canalejas, cuarenta habían caído ya al abismo de las *apuestas mutuas*, á la tarasca insaciable, al resumidero colosal donde el rico y el pobre van á confundir sus apuestas en la democrática igualdad del gran vicio elegante de las modernas generaciones. Bien sabía él, bien alto le había gritado la conciencia, al salir del hotel del tajamar Debilly, que esos cincuenta francos debían servirle para el arriendo atrasado de su boardilla, para dar un poco de carne fresca á su compañera y á sus dos chiquillas, que vegetaban comiendo los sobrantes de algunas cocinas de los pisos inferiores; que esa plata debía emplearse en cubrir la desnudez de la pobre Odile y los pobres cuerpecitos enflaquecidos de Zafira y Adela, « los dulces nombres » que le pulsaban, en un rincón sentimental de su alma, la música de los recuerdos lejanos. Pero en su triste cerebro desconcertado, el huracán rugiente de la tentación, con su fuerza ciega de antojos insanos, le rasgó la voluntad en jirones flotantes, como un trapo roto á los embates del viento. La sed abrasadora de las ganancias, la alucinación alcohólica de los caprichos de la suerte, le habían ofuscado la razón. Pero cuando su riqueza quedó reducida á diez francos, Ignacio, á medio despertar de su sueño de ganancias fantásticas, creyó haber encontrado una combinación salvadora. Había visto, al pasar, el *mail* de Agustín con su brillante comitiva. « ¿Qué les costaría, pensó, á la señora de Palomares, á la señora de Cuadrilla, prestarle unos

cincuenta francos á cuenta de comisiones sobre compras de muebles y objetos de arte antiguos que podrían encargarle? Guardaría los diez francos que le quedaban como una reserva para dar de comer á los suyos ese día y con los cincuenta que le prestasen, esa buena acción lo haría ganar cien, quinientos, ¿por qué no mil francos? »

Por eso había corrido hacia el *mail*. Por eso lo habían visto Milagros y Dolores detenerse vacilante y volver después la espalda, agachado con el lamentable encorvamiento de la miseria. El espectáculo que ofrecía el *mail* le había infundido una timidez invencible. Ir á mendigar un préstamo, casi una limosna, á esa reunión de mujeres deslumbradoras por su elegancia, de hombres altaneros y burlones, que ignoraban las angustias de la pobreza, le pareció una humillación superior á su hábito de la vergüenza. Confusamente, como una lejana luz de incendio, la protesta de los desheredados del destino ardió en su pecho. La imprecación de ira contra las desigualdades de la suerte, la que levanta las utopías del comunismo, que ha cargado más tarde las bombas de los anarquistas, hizo resonar en su pecho la enconada letanía de la incurable miseria. Pero aquello fué como el suspiro de los que trabajan en las minas, allá en lo hondo y lo obscuro, envidiando el aire y la luz de los que reciben los rayos del sol. « ¡A qué lamentarse! ¡A qué aspirar á lo imposible! » La campana que anunciaba otra carrera cambió el curso de sus ideas y lo hizo acelerar la marcha hacia las *apuestas mutuas*, las únicas en que la ley permite arruinarse á los jugadores de las carreras.

VIII

Del otro lado de la pista, la concurrencia había ido aumentando mientras tanto. Por momentos, la circulación se hacía más y más difícil. Apenas quedaba una banda estrecha de terreno entre la valla que cierra la línea de la carrera y el vasto espacio que ocupa la gente sentada en sillas delante de las tribunas. Doña Quiteria, abanicándose furiosamente, se quejaba del calor y de que no podía ver las *toilettes* de las que caminaban por aquel estrecho pasadizo. Algunos jóvenes rodeaban á Mercedes, que recibía sus homenajes distraída. Los ojos de la chica, como si explorasen los contornos, fingiendo una atención concentrada en los infinitos trajes femeniles sobre los que su madre le llamaba la atención, habían encontrado ya los ojos de Patricio y le enviaban la caricia de su sonrisa juvenil, como una ofrenda de su hermosura á la pasión profunda que brillaba en la vista del mancebo. Ambos se habían aislado así de la inmensa muchedumbre. « Nadie ni nada los podía separar mientras pudiesen verse. Nadie les podía arrebatár su tesoro de amor, su bien supremo impalpable como el pensamiento. Ellos vivían de sus tristezas de hoy y de sus expectativas de mañana. » Todo eso parecían decirse en su muda contemplación, con la fe de la juventud en tiempos mejores, con la robusta creen-

cia de esa edad de los lejanos horizontes, de los dilatados espacios que dan vasto campo á la esperanza.

En ese momento llegaron en bandada los del *mail* de Agustín Palomares. Habían querido ver correr el Gran Premio desde el *pesage*. Milagritos, con Guy de Morins, presidía la comitiva. Seguía tras de ellos Dolorcitas con el gordo Termal. Agustín, mirando en torno suyo para ver el efecto de su *completo* gris y de sus botines de charol con *encapillado* amarillo, llamaba en voz alta á de Morins y á Termal para mostrar familiaridad con dos hombres *chics*. Cerraba la comitiva Antuco Cuadrilla, rabiando en sus adentros de que no le dejasen ir solo con su mujer. La conversación de los que llegaban con los del grupo de doña Quiteria, de Mercedes y de las Fuenteviva se hizo pronto bulliciosa. La gente de las inmediaciones empezó á mirarlos con curiosidad burlona. Hablaban de apuestas *colocadas* y *no colocadas*, de los méritos del favorito, y contaban rasgos biográficos de los jockeys. Las de Palomares y de Cuadrilla pedían que les diesen un buen *tuyau* para ganar, se movían de un punto á otro; se decían secretos, tomando actitudes que les parecían adecuadas para lucir sus trajes y atraer las miradas de los vecinos. Agustín no creía, sin embargo, que todo aquello fuese bastante para mostrarse como gente del más alto tono, para ser *corpu-chics*, como él decía. Trabajado por esa idea, dijo discretamente algunas palabras á su mujer y á su cuñada, haciéndoles ver que perdían el tiempo si no procuraban obtener un saludo de la duquesa de Vieille-Roche. Con mañosa estrategia las llevó frente al punto donde la hermosa duquesa, como una soberana rodeada de sus damas de honor, se dejaba examinar por los profanos, por la *turba multa* de señoras, de *cocotas* y de hombres, que circulaba trabajosamente delante de la tribuna.

Agustín abrió paso á las chicas hasta la escalerita

donde Arsenio Varielle-Landry y otros miembros del Jockey conversaban con las elegantes, dispuestas en anfiteatro á la contemplación del público. La duquesa hablaba á Varielle-Landry mientras que el joven, con el perrito bajo uno de los brazos, contestaba con su sonrisa de arrugas precoces y paseaba al mismo tiempo sus ojos apagados sobre las damas, que lo encontraban sumamente interesante. Milagros y Dolores, mientras tanto, maniobraban con insistencia para hacerse ver por la duquesa, al propio tiempo que Agustín buscaba empeñoso la visual de Varielle-Landry cada vez que éste volvía su rostro pálido, de aristocrática finura, hacia donde él se encontraba. Mas la duquesa y su amigo predilecto afectaban no verlos, seguían con la vista, por sobre ellos, el movimiento de la marea humana, ó los miraban á veces con una mirada vacía, una mirada sin luz que no quiere ver, para en seguida, cuando las dos hermanas y Cucho iniciaban un saludo, tornar á la contemplación del público con frialdad soberana, terriblemente desconcertadora. Milagritos, encendida de despecho, notaba que las damas amigas de la duquesa, tan encopetadas y desdenosas como ella, las miraban también sin verlas, cuchicheando, disimulando sus sonrisas con la impertinencia mil veces más ofensiva que un desaire directo y franco. En el ardor de su enojo, Milagritos, despechada, pedía á su marido que fuese á tirarle la cola al perrito, dormido en brazos de Varielle-Landry. « La duquesa y su amigo tendrán así que vernos y saludarnos », decía con una sonrisa forzada. Pero Agustín no se atrevió á usar de esa estratagema. Dolorcitas, menos tenaz, opinó que era mejor retirarse. Agustín se consoló de su chasco al ver que el príncipe Stephan se habia acercado á Mercedes y á doña Quiteria.

— Fuimos á saludar á la duquesa, dijo al estrechar la mano al príncipe.

— Es tan amable y estaba tan bonita, agregó Milagritos mientras Stephan le besaba galantemente la mano.

Luego, furiosa, inclinándose hacia doña Quiteria :

— Estaba pintaba como el maldito y con ese flacu-chento de su amante, que parece siempre trasnochado.

El príncipe, Guy de Morins, Termal, hablaron de las carreras. Stephan, con aire de elegante indiferencia, que impresionó á Cucho y á las dos jóvenes casadas, habló de algunos miles de francos que habia perdido ya.

— Vuestra altezá, le dijo Cucho, se resarcirá en la del Gran Premio.

— ¿Usted tiene algún *tuyau*? le preguntó el príncipe.

— Sí, alteza, tengo uno, contestó Palomares lleno de orgullo, ufano de que lo vieran hablar así en tono familiar con un príncipe de familia reinante.

Acercándose al ilustre calavera, con aire confidencial :

Aconsejo á vuestra alteza que apueste á « Little Duck », que fué segundo en el Derby.

— ¡Ah! ¿Usted cree que es bueno?

— ¡Oh, alteza! Tengo este *tuyau* de uno de los jockeys.

— Pues bien, iremos á medias, dijo Stephan con aire protector ; ponga usted cinco mil francos á « Little Duck » y otros cinco á « Perseverancia ».

Agustín, medio desconcertado, no se atrevió á negarse.

— Usted adelantará por mí; después nos arreglaremos, añadió Stephan golpeándole familiarmente e hombro.

Sin esperar la respuesta de Cucho, se acercó entonces á conversar con Mercedes.

Palomares, entre contento y mohino, se alejó arras-

trando consigo á Cuadrilla, so pretexto de que no era *chic* que estuviera ahí de guardián de su mujer. Para consolarse del petardo que le daba el príncipe, contaba con aires de familiar elegancia á todos los conocidos que hallaba al paso, que su alteza acababa de darle un *tuyau* infalible y que iban á apostar á medias. « *Chic, ¿eh?* », decía al terminar, persuadido de que aquel incidente le colocaba entre los primeros de lo que la fórmula periodística llama « lo de encima del canasto ».

Mientras le hablaba el príncipe, Mercedes cambiaba con Patricio miradas de desolación. « ¿Qué culpa tenía ella, procuraba decirle con los ojos, de que ese fatuo viniese á importunarla con sus galanteos? ¿Qué te importa, insoportable celoso, que me diga requiebros, si yo no los escucho, ni menos los aliento? » Pero el joven no parecía comprenderle y había creído que su dignidad le aconsejaba volver la espalda, puesto que el respeto á la reputación de Mercedes no le permitía ceder al impulso de su indignación hasta ir á mover querrela á su rival.

En ese instante se oyó el sonido de la campana de prevención, anunciando que iba á correrse el Gran Premio. Un movimiento de olas agitadas se produjo entonces en aquel piélago humano. Había llegado el gran momento. Los hombres corrían hacia las oficinas de las apuestas. Las mujeres, olvidadas por unos minutos de sus trajes y de los de las otras, se ponían á pensar en la carrera, pedían indicaciones, soñaban en el collar de perlas que *podrían comprar con sólo un antojo de la suerte*. Se hablaba más alto, se preparaban las sillas para trepar sobre ellas y poder seguir la carrera en sus excitantes peripecias. Otro movimiento de interés se produjo también cuando los caballos, montados por sus flacos jinetes, empezaron á salir del *paddock*. Cada cual reconocía los colores del *jockey* al que había confiado su suerte. Se examinaba

el andar, la contextura de las bestias á las que iba á imponerse un esfuerzo de celeridad que causaría la alegría de unos pocos, la miseria de muchos, la trágica desesperación de algunos.

Mercedes aprovechó ese momento de preocupación general para realizar el propósito con que había ido á las carreras.

— Mamá, yo voy á dar una vuelta por las tribunas con mademoiselle, dijo á la señora que discutía con doña Nieves sobre el caballo al que debía apostarse.

Antes que doña Quiteria hubiese podido contestarle, la chica hizo una seña á la institutriz, y ambas, perdiéndose en la apretura, desaparecieron.

Don Eduardo procuró en ese momento contar la historieta sobre la mujer del ministro francés en su país; pero no encontraba oyentes.

Doña Quiteria quiso recomendar á sus hijas casadas que fuese alguna de ellas con Mercedes. Milagritos y Dolorcitas, sin saber cuándo, se habían desvanecido, sumergidas en el revuelto mar de mujeres y de hombres, electrizados todos con la proximidad de la esperada carrera.

Patricio, durante aquel tiempo, permanecía en su actitud de enamorado sentido. « No habría de mirar, para hacer ver á Mercedes que ya debía haber enviado á paseo á ese vástago de la familia reinante de Roespingsbrück. « Un principado microscópico, pensaba con democrático desprecio; unos Estados que apenas tienen tanta población como una provincia de mi país. » Lo sacó de su sarcástica meditación un golpecito suave, una especie de llamamiento infantil, á la espalda.

— ¡Tú! ¿Cómo has podido venir? exclamó ante el risueño rostro de Mercedes, que le hacía al mismo tiempo una graciosa mueca de reproche.

— No merecias que hubiese venido, malvado rabioso, contestó ella.

Las vibraciones de franca alegría en esa voz fresca de muchacha contenta, disiparon instantáneamente la tristeza del rostro de Patricio.

Luego agregó ella, sin esperar que hablase el joven :

— Ligerito, ligerito, vámonos de aquí; tengo muchas cosas que decirte, y si mis hermanas me ven, es seguro que vendrán á interponerse entre nosotros.

Familiarmente pasó su brazo bajo del de Fuentealba, con una dulce presión de inocente franqueza, una especie de camaradería de infancia. En la aglomeración confusa de gente nadie podía ver ese movimiento. Así caminaron, mudos de felicidad, por algunos instantes, avanzando con trabajosa lentitud, seguidos de mademoiselle.

— No dirás que no soy atrevida y que no me expongo por ti, celoso; por ti, á quien únicamente quiero.

Decía esto al oído del joven, siempre oprimiéndole dulcemente el brazo, haciéndole oír su voz como un murmullo de ensueño, electrizándolo al hacerle sentir en la oreja su aliento perfumado y fresco de chiquilla.

Entonces le contó lo que pasaba y el cambio que las ya evidentes pretensiones del príncipe tenían que traer á la situación. « Ahora no era posible dudar: el príncipe iba á pedirla, tal vez muy pronto. Era menester no seguir esperando más y arriesgarse. Al día siguiente, á más tardar, debía el tío Jenaro presentarse, hacer la petición en nombre de Patricio y defender su causa con calor. »

— ¿Y si tu padre se niega, como lo temo? preguntó él.

La chica se encogió de hombros. Véase que, para ella, la ciega sumisión á la voluntad paternal era un dogma religioso, una creencia de la niñez, que no se habría atrevido á someter al libre examen.

— Si se niega, ¿qué puedo hacer yo? Hazte cargo. Todos en casa estarán contra mí. ¡Qué trabajo, Señor!

Era una resignación infantil; la facilidad con que la planta tierna cede al soplo del viento. El joven separó su brazo del de Mercedes y la miró con dolorosa sorpresa; pero ella, antes que él hubiese pronunciado una sola palabra, volvió á enlazar su brazo con el de Patricio.

— ¡Vaya, ya te vas á enojar! Yo no puedo obligar á papá y mamá á que me obedezcan. Te quiero á ti y á nadie más; eso se los diré muy claro. Al fin y al cabo tendrán que ceder, ¿no te parece? Mi abuelita dice siempre: «Con perseverancia todo se consigue. La gota de agua, dice ella, acaba por horadar la piedra.»

Su palabra era animada, con acento de súplica que aspira á convencer: ardid femenino, para evitar que Patricio tradujese en reproches la mirada de triste sorpresa.

Oprimiéndole suavemente el brazo, como un llamamiento á la ternura de su enamorado, la muchacha repuso:

— Tengamos paciencia, contentémonos con nuestro amor y esperemos. ¿Me quieres, di, tanto como yo?

Él la miraba subyugado, y la tempestad de desesperación que levantaba en su pecho la idea de no poder infundir la energía de la resistencia á ese ser delicado y frágil, al que el destino le había hecho confiar todas las aspiraciones, toda la dicha de su vida, se disipaba en él como se resuelve en lluvia fina, al soplo de una brisa calmante, la amenaza de la tormenta.

— Más que tú, mucho más que tú, le contestó, porque yo sólo vivo por ti, porque no tengo otro pensamiento que tú.

— ¡Así me gusta! Así debes hablarme siempre.

— Sí; pero cuando veo que no eres capaz de luchar

por nuestra felicidad común, querría arrancarme mi amor del pecho, dejarte libre, huir no sé dónde y no volverte á ver más en toda mi vida.

— ¡Oh, Patricio! ¡no hables así! Me da tanta pena, que soy capaz de ponerme á llorar aquí mismo, delante de todo el mundo! Y me da pena, sobre todo, la idea de que tú seas desgraciado por mí y que yo no pueda prometerte que desobedeceré á papá. A ver, ¿qué puedo hacer si papá no consiente? Dime tú.

El mozo fijó en los ojos de la chica su mirada de energía y de pasión, la mirada del pensamiento que no admite obstáculos.

— Salir de tu casa y huir conmigo; así no podrán oponerse á que nos casemos.

Mercedes se puso pálida y miró al joven con espanto.

— ¡Arrancarme de casa! ¡Dar un escándalo que mataría de vergüenza á mi abuelita!...

Se calló, pálida y aterrada, como si sus ojos divisasen por primera vez el obscuro presagio de los dolores de la existencia.

— ¡No, no! Patricio, mi adorado, ¡eso no! Sufrir por ti, cuanto quieras; ¡pero deshonrarme!... ¡prefero morir!

Bajo el sol radiante de junio, ante la frondosa pompa del Bosque y de las colinas que forman á Longchamp una corona de verdura, en medio de la turba elegante y alegre, aquellos dos seres jóvenes, detenidos en su vuelo de amor ante el viejo obstáculo de la resistencia paterna, sintieron que aquel aire de fiesta de la naturaleza y de las gentes era como una música importuna mofándose de la miseria de su suerte.

— Tranquilízate; nunca te pediré sacrificio que no sea espontáneo, dijo Patricio con mal disimulada amargura.

— Sin eso no creería en la sinceridad de tu amor.

Y, después de todo, agregó, casi con esa alegría de los niños que pueden sonreír á una esperanza antes de enjugar las lágrimas de alguna pena, nos estamos desesperando sin razón, antes de saber lo que contestará papá. ¿Por qué no ha de consentir? Yo haré que mi abuelita se lo pida, que le ruegue hasta que lo convenza.

Patricio formuló entonces la pregunta que desde el principio le quemaba los labios, la que habría querido callar por no parecer celoso :

— ¿Y si te pide el príncipe?

— O tú, ó nadie. Le diré á mi abuelita que me lleve á nuestro país; ella no habla de otra cosa. ¡Y allá me seguirías tú!

— ¡Es locura pensar en eso; tu padre no lo permitirá jamás! No, no; pensemos en la realidad: ¿qué harás si tu padre pretende casarte con el príncipe?

Pero ella no quería examinar de frente esa emergencia. Prefería cerrar los ojos, figurándose evitar el peligro con no mirarlo.

— No creo que el príncipe me pida. ¿Cómo ha de hacer eso, si sabe que no lo quiero?

— Pero, en fin, ¿si te pide?... ¡Ah! tú no te figuras lo que esa idea me atormenta.

— Te juro que no seré de nadie si no me dejan casarme contigo; ¡te lo juro por la salvación de mi alma!

En su respuesta puso una exaltación de la que no parecía capaz, el tono de una de esas resignaciones sombrías de los seres débiles que tienen el valor del sacrificio, faltándoles la energía para la lucha.

Continuaban andando trabajosamente, perdidos en la grande apretura, luchando á veces con la corriente contraria, á veces dejándose arrastrar por ella. La voz de mademoiselle, que caminaba tras de ellos, los sacó de su intensa preocupación :

— Señorita Mercedes, allá vienen sus hermanas.

Mademoiselle tenía encargo de vigilar, y anunciaba así el peligro.

La despedida fué rápida. Algunas palabras de adiós, algunas recomendaciones de parte de la chica sobre la misión que debía desempeñar, « lo más pronto posible », su tío Jenaro. Luego, conmovida, ante la idea poco ha tan lejana entre ellos, de ver próximo el momento en que iba á decidirse el destino de entrambos, Mercedes terminó :

— Mañana, temprano, iré con mi abuelita á Notre-Dame des Victoires á rogar á Dios por que haga con sentir á papá.

Su fe candorosa é intacta brillaba en los grandes ojos azules con un reflejo de juvenil esperanza.

Milagros y Dolores venían, en efecto, en dirección al punto de donde Mercedes se alejó apresurada con mademoiselle. Aquéllas pasaron junto á Patricio escoltadas por Guy de Morins y Jacques Termal. Las dos jóvenes hablaban alto, haciéndose notar, persuadidas de que todos admiraban su belleza y sus trajes. Patricio siguió detrás, á pocos pasos de ellas, en busca del puesto de observación desde el cual había estado cambiando miradas con Mercedes.

Había andado muy poco todavía, cuando oyó la voz de Juan Gregorio llamándolo de atrás. Al voltear la cabeza, vió á dos pasos de él al joven Canalejas, que hacía esfuerzos por reunirsele.

— Felizmente que eres alto, le dijo, y alcancé á verte á pesar de esta terrible apretura. ¿ Y sabes para qué te busco? Para presentarte á la Montestruc, que quiere conocerte á toda costa. Mira, mira, aquí viene; no hagas el casto José, que no te ha de comer, añadió sujetando á Patricio, al notarle ademán de alejarse, diciéndole :

— Bueno, bueno, otro día; ahora no puedo esperar.

Rosa se divisaba, á corta distancia, escoltada por

dos mocitos imberbes, inflados de orgullo al mostrarse como galanes de una de las semimundanas más en boga.

Mientras hendían la muchedumbre, Juan Gregorio repuso :

— ¿Sabes? Le he jugado á Cuadrilla la buena farsa de tomarle su *mail*, dando veinte francos á su cochero. Hemos venido con Pont-Vieux y Boisrocheux, trayendo á nuestras amigas más *chic*; pero yo me les escabullí de la pista para venir á buscar algún buen *tuyau*.

Se reía de haber *largado* á sus amigos, que se estarían inquietando por su ausencia. Al fin llegó Rosa donde ellos estaban, y Juan Gregorio hizo la presentación :

— La señora de Montestruc; como ves, la más bonita mujer de Paris.

— Patricio Fuentealba, el hombre más feliz del mundo, puesto que usted, señora, desea conocerlo.

Patricio se inclinó ligeramente, sin apoyar el cumplimiento de Juan Gregorio á la muchacha.

— Tal vez el señor de Fuentealba no da tanto precio como usted á la presentación, dijo Rosa, fijando sobre Patricio sus ojos atrevidos, acostumbrados á triunfar.

— ¡Ah, señora! Juan tiene razón; me siento muy lisonjeado de que me ofrezca usted la ocasión de conocerla.

Juan Gregorio se despidió de ellos y, al alejarse :

— Ya está roto el hielo, ¿eh? ¡Un hielo de junio, derretido de antemano! Me voy antes que empiecen ustedes á decirse ternuras.

Los otros galanes, despedidos por una altanera mirada de la Montestruc, discretamente se habían alejado algunos pasos.

— Yo lo he visto á usted muchas veces, en el Palacio de Hielo, este invierno. ¿Por qué no se ha hecho

presentar á mi? dijo Rosa sin apartar sus ojos de los del joven. Le hablaba así, envolviéndolo con la luz de su mirada, como tomando posesión de él.

Atacado tan de frente, Patricio acudió á una disculpa trivial, que ella tomó por una galantería:

— ¡Oh! ¡Está usted siempre tan rodeada de admiradores!...

— No es la cantidad, sino la calidad lo que halaga á una mujer en sus admiradores.

— Pues bien, replicó sonriéndose Patricio, yo no sé si tengo la calidad, y eso me pone tímido.

Rosa dió una franca carcajada.

— ¡Cómo! Con esos ojos, con esa figura, ¿usted es tímido? Vamos, vamos, ¿quiere usted que le diga por qué, á pesar de que usted ha visto que yo lo miraba con interés, no ha querido conocerme?

— Simplemente por timidez; se lo aseguro.

— No es eso; es porque usted está enamorado.

La sola idea de que la mundana quisiese aludir á Mercedes, hizo enrojecer al joven.

— Usted se equivoca, dijo secamente, sin ocultar su fastidio.

Ella tuvo una sonrisa indulgente al ver la confusión del joven.

— Vaya, no se enfade usted. Soy una buena chica; no he querido fastidiarlo; únicamente manifestarle que, á pesar de hallarme siempre tan rodeada de admiradores como usted dice, he tenido tiempo, donde he visto á usted, para fijarme en lo que hace.

El mozo pronunció algunas vagas palabras de disculpa: « No estaba de ninguna manera ofendido; se sentía sumamente lisonjeado con que ella hubiese tenido tiempo para fijarse en él. » Mientras hablaba, la serenidad le había vuelto. El tono de su voz dió un acento verídico á las últimas palabras. Parecía que, realmente, del fondo del pecho, un sentimiento de vanidad, al contemplar la hermosura de la que le ha-

blaba ese lenguaje, le hiciese subir al cerebro la voluptuosa emoción de impresionar así á mujer tan bella.

La Montestruc quiso disipar por completo la nubecilla que había hecho sentir el frío de su sombra en aquella primera conversación, y tendió su mano al joven con un ademán de alegre camaradería:

— Vamos, veo que usted me perdona, ¿no es verdad?

Luego, con un ligero, muy ligero acento de emoción:

— Yo hice mal; sé muy bien que no tengo ningún derecho de ir á escudriñar el corazón de usted.

Y á un ademán de Patricio, indicando que no había para qué volver á hablar de eso, agregó:

— Venga usted á verme; seremos buenos amigos. ¿Hasta luego?

— Hasta luego, repitió el joven maquinalmente, ansioso de volver á su puesto de observación, frente á Mercedes.

En ese momento la campana anunciaba la salida del *paddock*. La gente se agolpaba para ver el desfile de los grandes personajes del momento. Uno por uno, lentamente, los flacos corceles, montados por sus flacos jinetes, fueron entrando y empezaron, sobre la verde alfombra del césped, sus ensayos preliminares. La muchedumbre los analizaba y seguía ansiosa sus movimientos. Millares de supersticiones les confiaban sus esperanzas, deducían felices pronósticos de la contextura de cada bestia, de las caras afeitadas y enjutas de los *jockeys*, de los vistosos y complicados colores de sus trajes. Poco á poco, un silencio solemne, una especie de calma precursora de tempestad, iba reinando en el inmenso campo. Las olas humanas, agitadas poco antes en busca de puntos de mira favorables, con ondulaciones graduales, se calmaban. Habían empezado las falsas partidas que hacen latir con

su vibración eléctrica, como un solo corazón, el corazón de la turba. Al fin, tras de algunos minutos de expectativa ansiosa, la bandera roja del *starter* se bajó violentamente, y la bandada de corredores, haciendo reflejar, á la claridad ofuscadora del sol, el concierto multicolor de las chaquetas y de las gorras, se lanzó, con refrenados bríos al principio, en el torbellino de la carrera.

La exclamación de reposo, el ¡ah! que pone término á las largas ansiedades, salió entonces del pecho de todos. Al fin el gran momento principiaba, las dudas iban á tener un desenlace, la misteriosa esfinge de la suerte iba á revelar su enigma. Un murmullo sordo como un ruido lejano, principió entonces á levantarse de aquel mar de criaturas hipnotizadas por el interés, excitadas por las peripecias que en el largo circuito de la carrera iban produciéndose. Los corredores, á semejanza de algún bajo relieve antiguo, se deslizaban veloces y silenciosos ante la turba atónita, devoraban el espacio con la rapidez creciente de la lucha, desaparecían por momentos tras de un matorral, bajaban, como en un vuelo de golondrinas, alguna suave pendiente; transmataban, como sombras de fantasma goria, las eminencias, apenas sensibles, del terreno.

Los ojos, los anteojos, la atención intensa, la esperanza inquieta de los apostadores, seguían el rápido avanzar de los corceles, sobre los que empezaba á agitarse con *crescendo* furioso el látigo de los jinetes. Y en medio de esa fiebre humana que agitaba en aquel instante el pecho de millares de espectadores, Mercedes y Patricio, aislados en su paraíso de amor, reanudaban con el pensamiento y la vista el diálogo interrumpido, se perdían en el éter de su dicha impalpable, poblaban el mundo de sus ideales fantasías. Paulatinamente, al mismo tiempo, en la inmensa masa humana que los rodeaba, el murmullo y la agitación habían ido aumentando, haciéndose por momentos

más potente, revolviéndose en sus ondas sonoras, como el fragor del trueno que se acerca. Pero ellos no oían las innumerables voces que proclamaban, cada cual con anhelo violento, el nombre de algún caballo, como si pudieran alentarle en su carrera. No veían el batir de los pañuelos, el girar al aire de los quitasoles, de los sombreros, á medida que el grupo ecuestre de lidiadores llegaba vertiginoso. Sólo bajaron á la realidad cuando el último estallido de la general excitación atronó los espacios, y cuando vieron al mismo tiempo un confuso tropel de caballos deslizarse como sombras veloces delante de ellos, con sus jinetes multicolores, moviendo grotescamente los brazos, agitando el cuerpo, las piernas, las riendas, en un delirio insensato por obtener de sus monturas el supremo esfuerzo, el empuje decisivo hacia la meta.

El pilar de las señales apuntó el nombre del vencedor. Triunfaba el caballo francés « Vercingétorix », hijo, nieto y biznieto de padres ingleses, montado por Carter, el más afamado de los jockeys de Gran Bretaña. La turba proclamaba con frenesí la gran victoria nacional, hacía subir hasta los cielos el nombre del campeón triunfante, sacudía con entusiasmas manifestaciones de admiración al escuálido jinete, y en una oleada de loca exaltación, conducía, casi arrastrándolos, al hombre y á su montura hasta el *paddock*, hiriendo los aires con los gritos repetidos de su entusiasmo formidable.

El mundo elegante empezó desde ese momento á retirarse del *pesage*. Del lado de la pista, los grandes carruajes, sin esperar la carrera final, fueron también abandonando el campo. El *mail* de Juan Gregorio no seguía ese ejemplo, sin embargo. La alegre comitiva había declarado que era menester concluir con las provisiones llevadas. Se bebió á la victoria del caballo francés, á la salud del gran Carter, á las grandes cualidades de la raza caballar perfeccionada por la crianza

francesa. Vieux-Pont y Boisrocheux rivalizaban de verbosidad y de buen humor con Adela Rapu, Maria Cauchois y Mimi Patte-en-l'Air. Juan Gregorio, con la voz gradualmente más ronca, aventuraba sus hiperboles hasta comparar el mérito de las yeguas de carrera con las *cocotas*, que respectivamente aventajaban á los productos similares de la orgullosa Albión. Vieux-Pont y de Boisrocheux, reforzando las observaciones del joven Canalejas, declaraba con elegante aplomo y cierto airecillo de vanagloria, que en Inglaterra no existe la gran *cocota*, que atrae hacia París toda la nobleza y la riqueza de ambos mundos.

En medio del aplauso general con que las damas recibieron esta galantería, Juan Gregorio vió pasar no lejos de ellos á Sagraves, con su aire mohino, apresurándose hacia la salida.

— ¡Hola, Ignacio! ven acá, le gritó haciéndole señas para llamar su atención.

Sagraves se acercó con timidez. Traía en la conciencia la congoja de los débiles que han reincidido en su vicio favorito. Como acto maquinal de contrición, agobiado de remordimientos, aplicábase mil calificativos denigrantes en castigo de su falta de energía para resistir á la tentación de las apuestas. « ¡Cómo había podido ser tan bruto, tan estúpido, para creer en *tubos*, en revelaciones misteriosas sobre el mal estado de tal ó cual caballo! ¡Los cincuenta francos de Canalejas, tragados por la tarasca insaciable de las apuestas mutuas! ¡Bien hecho, por animal! » Pero con el desesperado monólogo no alcanzaba á borrar de su mente la deplorable desolación de hambre, que allá, en el sexto piso donde vivían los suyos, debía haber reinado todo el día entre los tres pobres seres que su desamparo de trasplantado iba arrastrando al hoyo obscuro de la muerte, á la manera como los condenados del juicio final de

Miguel Ángel van rodando entrelazados al abismo sin fin, en una vorágine de pánico.

Juan Gregorio leyó en el rostro descompuesto de Sagraves su trágico desconsuelo.

— ¿No te ha quedado nada? le preguntó.

— ¡Nada! dijo Ignacio con indecible tristeza.

Juan le golpeó el hombro alegremente.

— Sí, sí, te queda un apetito formidable; lo veo por las ojeadas que estás dando á los fiambres.

Con una pálida sonrisa, Ignacio reconoció la verdad de la observación.

— ¡Apuesto á que hoy no has almorzado! Ven acá, siéntate.

— Prefiero que me des algo para llevar á casa. Temo que Odile y las chiquillas no hayan tenido qué comer esta mañana.

El tono de profunda confusión de esa confidencia, hecha en voz baja, separado del alegre grupo en que se festejaba el triunfo del caballo francés, conmovió á Juan Gregorio.

— Lleva cuanto quieras, le dijo pasándole carne fría, jamón y una botella de vino.

Él mismo envolvió las provisiones en una servilleta.

— Esto es para la familia, repuso; ahora, aquí tienes para ti.

— No, no, yo no necesito nada, dijo Sagraves; mil gracias, Juan, mil gracias; hasta la vista.

No se atrevía á pasar la mano al elegante; tenía prisa de irse humillado, contento al mismo tiempo con su lio de provisiones, destinadas á llevar la alegría á Odile y á las dos chicuelas.

— Aguárdate, no te vayas, te llevaré en carruaje. ¿Cómo piensas irte á pie hasta Montmartre, al fin del mundo?

Ignacio vió que tendria que esperar largo rato si aceptaba la oferta. Estaba impaciente por llegar

donde los suyos. Despertado de su delirio de jugador por la fría realidad de la pérdida total de sus cincuenta francos, los escrúpulos del arrepentimiento de haber olvidado el hambre de sus chicuelas, lo espoleaban. Tenía sed de sacrificio. Hacer á pie el largo camino que lo separaba de su casa, le parecía una primera prueba de su enmienda.

— Te agradezco mucho ; pero es mejor que me vaya de una vez. Adiós, volvió á decir, hasta la vista.

Se alejó con el paso firme y cadencioso de un hombre resuelto á llegar al fin de su jornada. « Iba á rescatar su falta sufriendo la fatiga y el hambre. No comería hasta no haber visto saciarse á las tres víctimas de su pasión por las carreras. » Eran sus transacciones de conciencia con su antigua fe cristiana. Las luchas de la miseria no habían extirpado de su pecho los marchitos rastros de sus creencias : aún estaban ahí, como quedan en un sembrado las raíces de las plantas cercenadas por la hoz del segador. Su estoico propósito de mortificación corporal le dió alientos en la marcha hasta llegar á Montmartre, hacia las siete.

En la plácida tarde de junio, la luz crepuscular prestaba la majestad de su calma al perdido rincón de casas desmanteladas y sucias donde habitaba. El sol, al alejarse, había dejado en la atmósfera la serena quietud de un fin de viaje en que el cuerpo y el alma olvidan las fatigas de la jornada. Sagraves, á medida que avanzaba, sentía la influencia de esa languidez de la tarde moribunda. La angustia que le oprimía al pensar en las tres pobres criaturas abandonadas, se tornaba ahora en esperanza de paz al contacto sedativo del aire tibio, de la azulada placidez del cielo, del aspecto de sosiego de los habitantes, sentados delante de sus puertas, conversando, como en alguna aldea, en el reposo dominical. Al torcer una esquina, el rincón de la calle donde se hallaba situada su habitación, presentó á sus ojos el

mismo cuadro de quietud que había empezado á calmarle el alma. Sin buscarlo, el contraste de la afanosa agitación que acababa de dejar en Longchamp, con la humilde calma que ahora penetraba como en un santuario de perdón, hería su espíritu adolorido, lo reconciliaba con la pobreza, le mostraba una existencia de labor paciente, de resignación porfiada en el deber. La ambición insana que en el campo de carreras le quemaba el alma con sus llamaradas de fantasías insensatas, tornábase ahora en reverente súplica al destino, en sumiso rendimiento á las injusticias de la suerte. La paz de aquel rincón de barrio pobre bajaba á su corazón al ver que no encontraría la catástrofe de miseria que temblaba de haber causado á los suyos con su abandono. Descansar tranquilamente delante de su puerta, como algunos obreros que veía, rodeados de la familia, en la resignación paciente de la pobreza inevitable, llegaba á parecerle una felicidad.

Pronto, un sonido de música vino á herir sus oídos. Allá en el fondo de la calle, frente á su casa, divisaba un grupo de personas del cual esa música parecía salir, trayéndole en sus notas como una oleada de recuerdos de infancia, una emanación balsámica de su modesta dicha de otros tiempos. Era el sonido de una zampoña con la que hacía bailar á los chicuelos de la calle uno de esos cabreros que recorren ciertos barrios de París con su hato de cinco ó seis cabras, vendiendo leche para los enfermos. Apoyado á la pared, el rústico sacaba del primitivo instrumento su pastoril trinado de notas agudas, una evocación de la fresca atmósfera de los campos. Al son de la sencilla tocata, las chiquillas de Sagraves, Zafira y Adela, revueltas con las chivas, agitaban sus cuerpecitos raquícos, mal cubiertos por andrajosos vestidos, en una danza de compás indescriptible. Los vecinos se habían juntado en derredor de ese grupo

de inocente fiesta. Las dos criaturas, en medio del acompasado giro de las cabras, saltaban afanadas, con la infantil expresión de infinito contento que hace lucir como un rayo de sol en el rostro de los niños que juegan. Los circunstantes, embelesados al contagio de esa dicha tan pura, aplaudían.

Al divisar á Ignacio, las chiquillas redoblaron por un momento sus caprichosas piruetas, contentas de mostrar á su padre lo que ellas imaginaban gran portento danzante. Pero luego, cansadas y débiles, extenuadas con aquel esfuerzo, ambas se abalanzaron sobre él.

— Papá, papá, tengo hambre, dijeron al mismo tiempo, aferrándose, en busca de protección, á sus manos.

El eco de las vocecitas apagadas y quejosas, confundido con la pastoril sinfonía de la zampoña, fué á resonar en nota de remordimiento y de dolor en el alma del padre. Alzándolas en sus brazos, buscó inflexiones alegres en su acento para decirles :

— ¿Tienen hambre, mis queriditas? Vamos á comer ; aquí les traigo buenas cosas que han de gustarles.

Seguidos de Odile, ahora, en banda bulliciosa, con el súbito contento de la expectativa de alimento, empezaron la ascensión de los seis pisos de la casa. En los ámbitos de la escalera, cruzados por todos los vientos, como trinar de pajarillos resonaba la voz de las chicuelas. La esperanza de saciar el hambre las había puesto locuaces. El padre sentía como un rocío de ternura bañarle el corazón, la lluvia apretada y fina que refresca la atmósfera. La alegría de las dos criaturas, el consuelo único de su árida y angustiosa existencia de trasplantado pobre, le hacía encontrar casi buena la vida, le daba ansias de virtud, de trabajo honrado y regular, como en sus años de amañense de escribanía, ansias de sacar su alma del charco de la miseria, que salpicaba sobre ella las duras exigencias del vivir ¡cada día!

Desde el siguiente al de las carreras del Gran Premio, Mercedes se sintió en esa opresión de malestar que semeja á la angustiosa sensación de los que tienen miedo á las tempestades y ven encapotarse el cielo. La inquietud de lo desconocido la desazonaba. Patricio empezaría temprano las diligencias concertadas con su amigo Campaña para conseguir que Jenaro Gordanera se encargase de la difícil misión de obtener el consentimiento de don Graciano. Por algunas frases mal veladas de sus hermanas, por otras enigmáticas de Juan Gregorio, y hasta por lo que contaban Níco y Benjamina, de las conversaciones de la familia, sabía que el príncipe Stephan se mostraba cada día más inclinado á solicitar oficialmente su mano. De esta temible emergencia había hablado Mercedes con su abuelita desde su llegada del Gran Premio. La anciana se alarmaba de esa posibilidad tanto como su nieta. Ver á la muchacha casada con un europeo, era para ella, no solamente perderla, sino renunciar durante el resto de sus días á la esperanza de volver á la patria. En su aflicción, la vieja y la joven volvieron instintivamente el pensamiento hacia el mismo refugio. La fe religiosa, la fe ingenua y profunda, ciegamente sumisa, que guarda todavía el alma de la mujer hispano-americana

cana, con la pureza de una flor de invernáculo, á la que el aire libre no ha empañado todavía la frescura ni arrebatado el perfume.

Mercedes, discretamente vestida de un traje obscuro, ajustado á la moda del día para hacer resaltar la gracia de su talle esbelto y flexible; doña Regis, alta y rígida, con su basquiña negra y su velo espeso á manera de manto, llegaban ese día, antes de las diez, á Saint-Pierre de Chaillot y encendían, cada una, una gran vela, reverentemente, á los pies de la Virgen de Lourdes. Y la fe, la gran fuerza moral que transforma los deseos en promesas del cielo, empezó entonces á encender en el cerebro de las dos devotas las lucecitas de la esperanza, vagas primero, fijas y radiantes á medida que iba encendiendo un lego sobre el altar mayor los cirios, en torno de la Virgen, como una aureola de alegría. En las llamas subía la plegaria de Mercedes : un himno de amor á la Consoladora de todos los sufrimientos, himno de amor celeste y de amor mundano, más mundano que celeste, la mezcla de confianza y de timidez con que la juventud creyente va á colocar sus tribulaciones de amor á los pies de la imagen milagrosa. Y subía también al mismo tiempo la plegaria de la anciana, en espiral ardiente, á semejanza de la llama de las fogatas que en su tierra encienden los campesinos, en la tarde, para despejar la sombra de la noche que se acerca. Envuelta en las palabras de sus oraciones, maquinalmente repetidas, se elevaba en la intensa llama de su fe su sueño nostálgico de atmósfera natal, visión risueña de la patria, de sus vastos horizontes, de sus luminosos paisajes. Eran las escenas familiares de otros tiempos, todo iluminado por la penetrante luz de los recuerdos, como se doran los bordes de las nubes heridas por los rayos del sol, al pasar delante de su disco encendido, arrebatadas por el viento.

Así oyeron la misa. Así asociaron á su culto las mundanas preocupaciones que las dominaban. Así unieron sus preces á la plegaria universal de los creyentes, en esa imploración de los favores del cielo para sus fantasías, para sus negocios, para sus ambiciones, para sus amores, sus odios, sus venganzas, que exhalan cada día los corazones humanos. Cuando el sacerdote, al retirarse del altar, envió su bendición á esa grey impaciente de volver al afanoso agitarse de la vida después de implorar de Dios todo lo que necesitaba, á manera de solicitud de pobre pidiendo una limosna á algún ricacho poderoso, doña Regis y Mercedes salieron del templo menos temerosas del porvenir, confiando en que la santa de Lourdes sabría arreglarlo todo con Dios, para que las amenazas de la situación que atravesaban se disipasen.

En la casa, á esas horas, Benjamina y Nicolás jugaban en el jardín, extendiendo sus carreras hasta el patio, donde los palafreneros lavaban con grandes baldes de agua los coches y almohazaban los caballos. Poco antes que la anciana y la chica pasaran la gran puerta de entrada, el niño y su hermanita, persiguiéndose en desatentada carrera, habían volcado intencionadamente dos de los baldes que uno de los mozos de caballeriza iba á lanzar sobre la caja del gran landó de familia. El hombre, airado con la malignidad de los chicuelos, les envió uno de esos reniegos de establo en que se arroja el nombre de Dios, con su calificativo de sagrado, como un formidable proyectil para pulverizar al que lo recibe.

La llegada de doña Regis y de Mercedes vino felizmente á poner término á aquella escena. Benjamina y Nicolásito, como si nada hubiese pasado, corrieron hacia Mercedes.

— ¿Adivina quién está ahí con papá y mamá? preguntaron á la hermana, hablando al mismo tiempo. Mercedes siguió á la abuelita, sin detenerse por la

adivinanza con que los chicos las recibían. Ellos, no obstante, continuaron repitiendo la enigmática pregunta.

— ¿Quién? digan ustedes, les contestó Mercedes en el vestíbulo.

— ¿Cuánto me das? preguntó Benjamina.

— ¿Y á mi, cuánto me das, si te digo? añadió Nicolásito.

Doña Regis había continuado al través del vestíbulo y subía la escalera. Mercedes, aunque sospechando la verdad del enigma que le proponían sus hermanitos, no se atrevía á decir el nombre que tenía en los labios.

— Á ver, pues; ¿cuánto nos das? repitieron los chicuelos.

— No te doy nada, porque sé quién es: es mi tío Jenaro.

— ¡Qué gracia! tú sabrías que iba á venir, exclamó Nicolásito desconcertado.

— Pero, ¿á que no sabes con quién ha venido? interrogó Benjamina.

La joven tuvo un sobresalto. Le ocurría la idea de que Patricio en persona hubiese acompañado á Gordanera.

— No, ¿con quién? preguntó temerosa.

— Con un caballero que no conocemos. Lo presentó á papá: « el señor Campaña », dijo Benjamina.

Nico no pareció contento de que su compañera entrase así en la vía de las revelaciones, sin pedir una gratificación.

— ¿Y quieres saber lo que se pusieron á hablar? dijo con aire de misterio.

Mercedes, turbada, no se atrevió á interrogarlos. Entre la malicia de los niños, que habrían de abultar lo que pudiesen saber, y su corazón que le daba vuelcos en el seno, la lucha era muy desigual. « Sin duda que el tío Jenaro había venido, acompañado por Cam-

pañá, á desempeñar la embajada de Patricio. Pero, ¿qué habría pasado en realidad? » Figurábasele que los chicos iban á hablarle del enfado de su padre, á revelarles tal vez alguna negativa que ella no quería conocer. Prefería, en su timidez, quedarse al abrigo semiconsolador, semitranquilizador de la duda. Ella, la engañadora duda, le ofrecía al menos la posibilidad de esperar todavía que llegara á realizarse el milagro con tanto fervor pedido á la Virgen.

Viendo su vacilación, Benjamina y Níco se habían puesto á saltar delante de ella, repitiéndole con su alegría bulliciosa de chiquillos mal criados :

— Si quieres saber, paga cincuenta céntimos; paga cincuenta céntimos, y sabrás.

— Déjenme, déjenme, no quiero saber.

Separando de sí á los chicuelos, que la acosaban y aturdián con sus gritos, la muchacha se dirigió á la escalera por donde acababa de subir su abuelita.

— ¡Ah! ¡mezquina, mezquina! no quieres saber por no pagar; mezquina, no sabrás entonces lo que te interesa.

Entre los dos le enviaban ese reto con acento burlón, despechados por el mal éxito, mientras que Mercedes, con la agilidad de la juventud, y por huir más pronto de aquellos gritos, trepaba la escalera suprimiendo un peldaño á cada paso ascendente.

La voz de Níco, más chillona que la de su hermana, hizo llegar á los oídos de la fugitiva, cuando alcanzaba al primer tramo de la escalera :

— Estaban hablando de ti, y no te lo diremos, ¡mezquina!

El chiquillo mentía, enfadado por el mal éxito de la tentativa, para arrancar algunos cuartos á la hermana grande. Es verdad que él y Benjamina habían seguido tras del tío Jenaro y de Campaña hasta el escritorio de don Graciano. Pero Gordanera conocía demasiado á sus sobrinitos para no observarlos. No

se le escapó que los dos se deslizaron muy despacio tras de un biombo, de donde él se apresuró á sacarlos.

— ¡Fuera, chiquillos! ¡fuera de aquí! había exclamado, empujándolos hasta cerrar tras de ellos la puerta de la pieza.

Mas no había alcanzado esa victoria sin dificultad. Benjamina y Níco habían resistido enérgicamente, aferrándose al marco de la puerta, dando grandes voces para invocar el auxilio paterno, al ver que don Graciano celebraba en sus barbas, con iluminados ojos de contento, la travesura de sus dos últimos vástagos.

— ¡Son unos demonios! dijo á Campaña con ese sentimiento de orgullo, muy común en los padres por la turbulencia de sus hijos pequeños.

Pero al mozo positivista lo que más le divertía en aquella escena de niños mimados á la usanza hispano-americana, era el doble lenguaje en que se disputaban al par de la lucha física, los combatientes. Jenaro Gordanera hablaba en buen español, mientras que los chicos le replicaban en francés, única lengua que sus padres, para que no pareciesen *vastaquouères*, les habían permitido aprender.

Restablecida la calma, Jenaro, antes de sentarse, echó una ojeada al espejo para ver la alteración operada en su semblante por los esfuerzos que acababa de hacer.

— ¡No ve! exclamó lleno de aprensión; ¡es capaz que esto me cueste una enfermedad!

Buscaba al mismo tiempo su caja de pastillas tónicas, murmurando contra la mala crianza de los muchachos.

— ¡Hombre! ya estás con tus aprensiones, exclamó don Graciano para tranquilizarlo.

Volvióse hacia Campaña y agregó, valiéndose de una comparación parisiense :

— Míreme usted ese hombre : siempre quejándose de enfermo, y es tan sólido como el *Puente Nuevo*.

— Bueno, bueno; no hablemos de salud; yo sé que no haré los huesos viejos, dijo Gordanera, buscando el sillón más cómodo de la pieza. Hablemos del objeto de nuestra visita, repuso sentándose con aire solemne.

— ¡Ah! ¿no es una simple visita de amigos, entonces? preguntó con aire jovial el dueño de casa, acariciándose la bien teñida barba y haciendo relucir el brillante de un anillo en la mano.

— Visita de amigos, por supuesto, ante todo, dijo *Campaña*, con sus ojos brillantes de filósofo contento de la vida.

— Amigos y embajadores, agregó Jenaro meneando con cierta importancia la cabeza.

— ¡Hombre! ¡embajadores, nada menos! Y, ¿cuál es el objeto de la embajada?

— Se trata de tu hija Mercedes, contestó Gordanera.

— ¿Ah?...

— Estamos encargados de pedirte su mano de parte de un mozo excelente, que ofrece todas las garantías apetecibles y que tiene, además, la gran cualidad, para este caso, de ser nuestro compatriota.

Durante el exordio, el orador miraba á su colega de embajada, más bien con aire de buscar en su semblante una admiración aprobativa, que con el de solicitar su aprobación.

Canalejas se quedó callado, peinándose la barba con un pequeñito peine de fino carey sacado del bolsillo.

Gordanera, sin turbarse por ese silencio, continuó desarrollando las ventajas de la nacionalidad, uno de los grandes títulos de su representado, sin nombrarlo todavía. « Cuidado con hablarle á él de estos europeos que no buscan muchachas hispano-americanas sino

por su dote. Él era de opinión, y todo hispano-americano sensato que se respetase debía pensar como él, que el admitir como yernos jóvenes de la nobleza europea, es una prueba de desprecio á su raza y hasta á su propia familia. »

Don Graciano se atusaba la barba y Campaña aprobaba con el gesto, buscando con sus ojitos brillantes é investigadores la impresión que las disertaciones patrióticas producían en Canalejas.

Gordanera, después de sentar esas teorías, concretaba : « La candidatura que él proponía no era tampoco la de uno de esos mozos hispano-americanos que todo lo sacrifican por vivir en París, y que, una vez casados con muchacha rica, empiezan á hacer de las suyas y á gastar el dinero del suegro con las *cocotas*, ó en el juego del Club, por parecer *chics*, imitando á los europeos. El amigo en cuyo nombre venía á solicitar la mano de Merceditas, se iría con ella á su tierra á ejercer ahí su profesión y á darle hijos á su patria. Bien lo necesitan aquellas naciones — de inmenso porvenir, — observaba con aires de estadista, que ahora languidecen por falta de brazos. »

Pero, como empezara la voz á fatigársele, echó mano al bolsillo en busca de la caja de pastillas, esperando que su cuñado diese algún indicio de la acogida que reservaba á su petición. Canalejas se había sentado pensativo. Ganar tiempo, no entrar en discusión con el cuñado solterón y rico, *un tío á herencia*, como se le designaba en la familia cuando se hablaba de Jenaro, era por el momento la táctica que la prudencia le aconsejaba. Pero una vez que tuvo su pastilla en la boca, Gordanera le envió, como una estocada directa, esta pregunta :

— Bueno, pues, amigo; ¿qué dices tú á todo esto? ¿Aquí me dejas hablar, hablar hasta debilitarme, y nada contestas! ¿Cómo nos entendemos?

Usaba así con toda la familia de su genial imperti-

nencia de valetudinario, acostumbrado á dominar, á semejanza de los niños enfermos, tiranos de la casa.

— ¡Qué puedo decirte! ¡Si todavía no sé á nombre de quién estás hablando!

— No ha de ser de mí, por supuesto, ni del señor Campaña, que está aquí oyéndonos.

— ¿Y por qué no podría ser del señor Campaña? exclamó Canalejas, recurriendo á la broma para que su irascible cuñado no se enfadase.

Gordanera contestó entre rezongón y risueño :

— Los positivistas no se casan ; trabajan para casar á los otros.

Campaña quiso seguir la chanza. Una discusión entre risas le parecía más fácil de solucionarse que adoptando el tono enfático con que había hablado Gordanera.

— ¡Cómo no, señor don Jenaro! Sí, se casan. Nada menos que nuestro gran maestro, Augusto Comte, fué casado dos veces.

Le bailaban los ojitos escudriñadores, bañados en su sonrisa benévola, paseando la mirada de Canalejas á Jenaro, alternativamente.

— ¡Y así le fué por casarse! exclamó Gordanera eclándose una nueva pastilla á la boca ; ¡ la primera mujer se la jugó á su gusto!

Pareciéndole muy gracioso y profundo á un tiempo lo que acababa de decir, se reía de su cuchufleta sobre la desgracia doméstica del fundador del positivismo, meneando la cabeza de arriba abajo, en una insistente afirmación de ídolo chinesco, como si quisiese decir con la mimica que « eso les pasaba á los hombres por casarse ».

— Así le fué, así le fué, volvía á decir con su filo sofía burlona de solterón convencido, al abrigo de los grandes afectos de la existencia.

Campaña no siguió la chanza. Don Graciano, por

suavizar la situación y darse aires de persona versada en la historia, observó :

— Eso le ha pasado á muchos grandes hombres.

— Bien puede ser; pero ahora no se trata de las travesuras de las mujeres, replicó Jenaro, sino de un asunto serio. A ver; responde, pues: ¿estás ó no dispuesto á dar tu hija Mercedes en matrimonio á nuestro compatriota Patricio Fuentealba?

— ¡Ah! se trata de Fuentealba.

— Un excelente partido para tu hija.

— Un mozo trabajador y juicioso, interpuso Campaña.

Por más que Canalejas se había impuesto como un acto de alta conveniencia no contradecir á su cuñado ni pronunciarse abiertamente contra el candidato propuesto, fuele imposible reprimir una exclamación de hombre acaudalado positivo.

— ¡Pero no tiene un centavo partido por la mitad!

Los juanetes del rostro de Gordanera se encendieron al calor de la indignación; casi eran dos puntos luminosos.

— Eso quiere decir que te estamos proponiendo una cosa absurda; que nos hemos encargado, el señor Campaña y yo, de una misión ridícula, ¿no es esto?

Lejos de formalizarse, Canalejas se acercó á su cuñado. Golpeándole un hombro con aire de paternal benevolencia :

— ¡Hombre! ¿Cómo puedes figurarte semejante cosa? Pero yo soy padre y tengo que mirar por la felicidad de mi hija.

— La fortuna no es la felicidad. ¡Si la chica lo quiere!... replicó Jenaro.

— Con amor no se manda á la plaza, Jenarito, arguyó Canalejas, sentándose afectuosamente al lado de Gordanera.

Campaña intervino :

— Pero, señor, Patricio tiene ahora una posición,

ocupa un buen empleo y, como es inteligente y trabajador, nunca le faltará con qué mandar á la plaza, como usted dice.

— Para uno, tal vez; para dos, me parece difícil. Mi hija está acostumbrada á vivir bien, y, como sus hermanas son ricas, una unión con un hombre que no tiene fortuna la colocaría en una posición humillante para ella y...

— Y para ustedes, concluyó Gordanera con su movimiento de cabeza afirmativo de ídolo chinesco.

Campana estaba escandalizado. La teoría social de don Graciano, era, en su concepto, una herejía contra la humanidad, contra el Gran Ser, objeto y conjunto de todas las abnegaciones, ante el que todos debían deponer su egoísmo y sus preocupaciones mezquinas. Con su calma risueña de altruista, engolfado en ese sueño de fraternidad universal que no se arredra ante los errores:

— ¿Me permite, señor, una observación?

— La que quiera, amigo, la que quiera, contestó Canalejas, haciendo lucir con las dos manos el ancho abanico de su barba renegrida.

— El gran problema humano consiste, dijo el mozo, en subordinar el egoísmo al altruismo; es decir, en querer el bien de los otros, aunque sea contra el nuestro. Es muy general entre los padres, como lo ha observado nuestro gran maestro, añadió con cierto tonito de modestia dogmática, considerar á los hijos como una simple posesión personal, objeto de dominación y á veces de lucro, olvidando así el absoluto desinterés ordenado por la naturaleza y por la moral positivista.

— ¿Y qué tiene que ver todo eso y lo que piense el gran maestro, como usted dice, con el caso que nos ocupa? exclamó Canalejas, tentado de tomar el discurso del positivista como una farsa.

— Tiene que ver, dijo Campana imperturbable y sin

que perdiesen sus ojitos escudriñadores su benévola expresión de placidez, que, en el caso que nos ocupa, mi humilde opinión es que lo primero es la felicidad de la joven y que, si ella prefiere casarse con el hombre de su elección, aunque no sea rico, y no con otro, aunque este otro tenga gran fortuna, yo, padre, me desprendería de cualquier otra consideración y haría feliz á la chica.

— Justo, justo, apoyó Gordanera, golpeando sobre la caja de pastillas.

Jenaro no admitía la excusa de su cuñado. « Él había oído decir que un príncipe pretendía á Mercedes. Algún príncipe arruinado, sin duda, de esos de á cuarto el ciento, que deben hasta la ropa y el calzado que tienen puestos, y se figuran hacer gran honor á los *rastaquouères*, tanto con solicitar la mano de sus hijas, como con alargar la mano para agarrar el dote y sacar el vientre de mal año. Él aseguraba, y nadie podría contradecirlo, que cada cual debe casarse con los de su raza, sobre todo entre los hispano-americanos; todos deben volverse á su país, allá donde los estiman y donde pueden gastar su dinero con provecho de la patria común. »

Gordanera se había acalorado con su propia elocuencia. Cada vez que veía algún ademán de Canalejas para decir algo, alzaba más el tono y repetía sus afirmaciones de cabeza al compás de cada frase. Luego pasó, como si lo contradijesen, al tono agresivo.

— Y el primero que debía volverse eres tú, dijo á don Graciano. ¿Qué haces aquí, gastando tu plata... y tu salud? añadió entre dientes, con cierta reticencia, queriendo aludir á la vida un tanto airada en que su cuñado, según le habían dicho, corría á rienda suelta. Allá, en tu tierra, serías por lo menos senador, hombre útil á la patria...

— Pero tú, Jenarito, exclamó Canalejas afectando tomar todo esto á la broma y golpeando á Jenaro so-

bre una rodilla, tú, que eres rico y libre, ¿por qué te quedas aquí?

— ¡Ah! ¡Yo! Así tuviera salud. Ya lo ves, vivo á fuerza de tónicos.

Y se echaba á la boca dos pastillas en vez de una.

— Si, si, exclamó Canalejas, lo del médico aquél : « Hagan lo que digo y no lo que hago. »

— Tú sacas la cuestión de su terreno, repuso Gordanera perdiendo la paciencia. Contesta categóricamente : ¿qué respuesta llevaremos á Patricio?

Canalejas se asiló en las moratorias. « El asunto era demasiado serio para pronunciarse así, *de cálamó corriente*. Era menester darle tiempo para pensar, para consultar con su mujer y con sus hijas. Tenia que hablar con su madre y oír también á Mercedes. Al fin y al cabo él no sabia si la chica quería á Patricio...

— ¡Vaya si lo quiere! Está de acuerdo con él para el paso que damos en este momento, exclamó Jenaro.

Un criado de lujosa librea azul, de calzón corto y media de seda, se presentó entonces á la puerta de la pieza y anunció que el almuerzo estaba servido. Campaña se excusó de aceptar la invitación que por cortesía le hizo Canalejas. Cuando se dirigía al comedor con Jenaro, don Graciano recomendó á su cuñado no hablar nada en la mesa de lo que habian estado tratando, hasta que se hubiesen ido los sirvientes.

Al entrar encontraron ya sentadas á la mesa á las señoras. No obstante sus aspiraciones á la elegancia y al refinamiento de las costumbres europeas, Canalejas no habia podido conseguir que su familia, en los días ordinarios, se reuniese en una sala para ir todos juntos al comedor. Cada uno iba llegando según su capricho, y aun empezando á comer antes que estuviesen ahí los otros. Aquello tomaba un aspecto de casa de huéspedes. Doña Quiteria era casi siempre una de las últimas. Entregada á los mil detalles del tocador, donde solamente el arreglo simétrico de los

crespos postizos de la frente le tomaba media hora por lo menos, siempre entraba atrasada. Esta vez, la señora llegó vestida como una muñeca de lujo, con una vistosa bata de colores, cubierto el rostro por una capa de polvos de arroz que acentuaban traidoramente las arruguillas con que el tiempo iba marcando sus huellas. Doña Regis, con su aureola de cabellos blancos, su rostro aceitunado de pura meridional y sus lánguidos ojos de mirar nostálgico, hacía singular contraste con la juventud artificial de su nuera. Al lado de la abuela se colocaba Mercedes. La preocupación del espíritu no alcanzaba á empañarle la diáfana frescura de su rosado color de rubia. La chica espiaba con ojos inquietos la entrada de su padre. En una de las extremidades de la mesa, Benjamina y Nicolasito se hartaban de aceitunas, de sardinas, de todos los comestibles que los franceses han agrupado bajo el nombre de *hors-d'œuvre*. Por vía de pasatiempo, tiraban con disimulo, al sirviente más inmediato, los huesos de las aceitunas.

La conversación fué al principio trabajosa é intermitente. Todos, menos doña Quiteria, parecían preocupados. Había momentos en que cesaban las voces y reinaba entre los circunstantes uno de esos silencios suspensivos de personas que en los países de volcanes, creen sentir el ruido sordo de un temblor y aguardan inquietas el estremecimiento. Jenaro podía á duras penas dominar su deseo de abrir la discusión sobre el objeto de su embajada. « ¿Qué importaba la presencia de los criados, que no entendían español? » A veces se aclaraba el pecho, como para hablar, y dirigía una mirada á Mercedes. La chica hacía esfuerzos para mostrarse absolutamente tranquila, buscando en el rostro de su tío alguna luz sobre el enigma que sentía latente y amenazador sobre su suerte. Era la ansiedad del reo cuando vuelven los jurados de la deliberación, trayendo el veredicto.

Nicolasito y Benjamina no perdían ocasión de lanzar, cuando nadie los miraba, alguna pelotilla de miga de pan sobre los criados, y se celebraban mutuamente esta gracia con risas sofocadas.

A mitad del almuerzo entró Juan Gregorio. El elegante *terno* de mañana que vestía; la amplia corbata, entre cuyos pliegues la perla del prendedor parecía una gota de rocío entre las hojas de una rosa; el cuello de puntas vueltas de almidonada blancura, no alcanzaban á disimular el aspecto de decadencia precoz de los mozos que empiezan á descontar la vida demasiado temprano. Juan Gregorio se sentó al lado de su tío, al que golpeó con familiaridad un hombro.

— Tío, tiene usted un semblante soberbio.

Jenaro hizo un gesto agrio al cumplimiento. Siempre quejumbroso, quería que todo el que le hablase se compadeciese de sus males, tomase interés en ellos como cosa de alta importancia y no pareciese tratarlos de aprensiones.

— Sí, ¡semblante soberbio! Todos los que me encuentran por la calle, me dicen que estoy más flaco cada día.

Miraba en derredor suyo, tomando así por testigos á cuantos se sentaban á la mesa, de que su sobrino le faltaba al respeto, y añadió refunfuñando:

— Amigo, no se venga á reír de mí.

Juan Gregorio protestó de su buena intención con el ademán; pero la tos, la porfiada tos, que nunca acababa de curarse, le impidió hablar.

— Lo que es á ti, repuso Gordanera con vengativa satisfacción, no puede decirse que estás mejor de la tos. Con esa carraspera no harás huesos viejos.

Juan se echó á reír con su risa pálida de mozo fatigado al principio de la jornada.

— ¡Qué importa! Usted sabe la divisa de todo joven *chic*: « ¡Corta y buena! » Después de mí, el fin del mundo, como dijo no sé qué rey de Francia.

La abuelita miraba con compasión á su nieto y alzaba los ojos al cielo. « Eso era lo que ganaba su hijo por venir á educar la familia á Europa. ¡Cuánto mejor estarían en su tierra! »

Doña Quiteria hablaba de modas; no se quería fijar en el semblante de Juan Gregorio. Vagamente sospechaba que la existencia del niño no era ejemplar; que se recogía generalmente á las tres ó las cuatro de la mañana. Pero Juan Gregorio sabía persuadirla de que todos los mozos *chic* de su edad hacen lo mismo; que él no había de ponerse en ridículo entre los elegantes de su *circulo*, de su club. Sus argumentos concluían con ejemplos *ad hóminem*.

— Mamá, ¿ cree usted que el vizconde de Vieux-Pont, que el barón de Boisrocheux, que alguno sólo de los de mi *banda* hacen otra cosa? Déjese de antiguallas. « Es preciso que la juventud se pase. » Esa es la sabiduría de las naciones.

Doña Quiteria quedaba tanto más convencida, cuanto que Juan Gregorio le hablaba casi siempre en francés y ella no podía comprenderle muchas palabras.

Canalejas había mirado á Juan Gregorio con expresión de visible contrariedad. El muchacho era para su padre un remordimiento sordo, un reproche vivo del desgreno de su propia existencia. Pero no tenía tiempo para ocuparse de él. No le era ya posible recoger las riendas flotantes de la paterna autoridad, abandonadas en la vorágine de una existencia de trasplantado rico, que viene « á gozar en Europa ». Y otro sentimiento extraño surgió también de la complicación de alma, en la que las nuevas aspiraciones, las exigencias nuevas de su vida de placeres, como un barniz dorado, cubrían la sencillez primitiva de su respeto á los deberes de la vida, heredado de las austeras costumbres de sus mayores. Era una vaga irritación contra el hijo que, sin

haber llegado á la madurez de la virilidad, sin esperar á la constitución íntegra del capital de salud que requiere una vida desarreglada, se había lanzado á la destructora lid para darle á él y á su mujer los cuidados de que, en su sentir egoísta, debían estar ya libres. Él, por lo que hace á sí mismo, con el desenfado de una conciencia complaciente, se absolvía. « Que él se divirtiese, era otra cosa. Para eso había trabajado en su juventud, para eso se había impuesto las torturas de las privaciones en los tiempos de estrechez. » Y luego, su espíritu se rebullía, con la satisfacción voluptuosa del que descansa de una larga marcha en un baño tibio, al pensar en el lujo que había dado á su familia, en la posición que iban conquistándose en el mundo elegante, gracias á la largueza del tren de casa en que vivían. Contribuciones generosas á las sociedades de beneficencia; billetes de concierto de artistas pobres patrocinados por alguna gran dama de esas que, según la expresión de Jenaro Gordanera, hacen la caridad con el bolsillo ajeno; boletos de lotería para las obras de todo género, con tal que fuesen organizadas por la aristocracia, á todo, gracias á él, contribuía la familia; en todas las listas figuraba con alguna gruesa suma el nombre de Canalejas. » Y aquello era un amplio justificativo á sus ojos de no haber sabido refrenar á Juan Gregorio, de no cuidarse para nada de la educación de Benjamina y de Nicolasito, que crecían como dos cabritillos indómitos en la enmarañada selva parisiense, sin que nadie los apartase de las malezas y de las plantas venenosas, los librase del contagio con los sirvientes, cada vez que mademoiselle, encargada de la educación de los dos chicuelos, salía á paseo con Mercedes.

Mientras tanto, Juan Gregorio había empezado por beber, sobre dos huevos frescos, un vaso lleno de buen Burdeos, para sacudir la languidez de la trasnochada.

Fastidiado con el silencio que había seguido á su última frase, y sintiendo que caían sobre él, como un reproche, las miradas de su padre y de su tío, exclamó con acento burlón :

— Veo que el hogar doméstico no está animado de una alegría loca; todos aquí tienen un semblante acontecido : ¿qué es lo que hay?

— Nada, nada. se apresuró á decir don Graciano. Nicolásito, desde la extremidad de la mesa, gritó :

— Mira, Goyo, yo no tengo semblante acontecido.

— Ni yo tampoco, dijo Benjamina.

— Pero papá y Jenaro están graves como sepultureros, replicó Juan Gregorio.

Y en seguida, dirigiéndose á doña Quiteria :

— Mamá, ¿no crees tú que *hay anguila bajo roca*?

La señora, queriendo disimular que no había entendido á su hijo la expresión familiar francesa :

— Yo no sé, pues, hijo; ellos sabrán, respondió arreglándose los crespos de la frente.

Mercedes, con esas insinuaciones de su hermano, que indicaban de parte de éste alguna sospecha de lo que pasaba, se ponía pálida y sonrojada alternativamente. Doña Regis, impasible en su melancolía de desterrada, pedía mentalmente al cielo que el silencio de su hijo y las veladas alusiones de Gordanera no fuesen presagio de un resultado adverso á la felicidad de su nieta predilecta.

Sin volver á ocuparse de los demás, Juan Gregorio se puso á leer *El Figaro*, que uno de los lacayos tenía encargo de traerle durante el almuerzo. En ese momento, los criados acababan de terminar su servicio y se retiraban. La conversación había vuelto á languidecer. Las voces de Benjamina y de Nicolásito al salir ruidosamente del comedor, se alejaban hacia el jardín. Doña Regis y Mercedes, al mismo tiempo que doña Quiteria, se levantaban de sus sillas, cuando Juan Gregorio las detuvo.

— Oigan ustedes, oigan esta noticia :

« Un corresponsal del Gran Ducado de Roespingsbrück, escribe con fecha de ayer á la *Gaceta de Colonia* : « Se tienen alarmantes noticias de la salud del » príncipe Juan, el heredero del Gran Ducado. La » delicada constitución de su alteza ha sido siempre » motivo de viva inquietud para la familia reinante. » Los médicos que asisten al príncipe mantienen una » reserva que aumenta los temores de los fieles » súbditos del anciano príncipe Karl, cuya gran popularidad es una prueba de la sabiduría con que » rige los destinos de sus Estados. »

Juan Gregorio agregó tras de la lectura :

— De modo que si el príncipe Juan dobla el Cabo, tendremos á nuestro amigo Stephan de heredero de la corona. Muy *chic* para nosotros, que somos sus amigos.

— Cierto, dijo don Graciano sintiéndose engrandecer á sus propios ojos, con la posibilidad de que un príncipe heredero solicitase la mano de Mercedes.

Jenaro arrojó sobre ese entusiasmo de advenedizos el balde de agua de esta reflexión :

— Buena noticia para sus acreedores, sobre todo, porque así el príncipe podrá salir de trampas y pagar sus deudas.

— Tú puedes estar seguro, replicó Canalejas, que su alteza encontrará en París quien le preste lo que quiera.

— Si el principado no está en bancarrota, insistió Gordanera con su afirmación de ídolo chinesco, meneando la cabeza.

— ¡Oh, tío! Tú dices eso porque eres republicano, arguyó Juan Gregorio con sorna.

— Y ustedes deben serlo también, replicó agríamente el tío. Todos somos *rastaquouères*, hijo mío; no vengamos ahora á hacernos monárquicos por parecer europeos.

— Yo soy republicano en mi país, pero no en Francia. Los franceses no han nacido para estar en república, objetó con aire importante don Graciano.

Doña Regís y Mercedes habían salido de la pieza sin esperar el resultado de la discusión.

— ¡Sí, sí! ya sé, replicó Jenaro prolongando sus afirmaciones de cabeza; tú eres como los hijos de algunos ingleses de los que van á nuestra tierra: son católicos por allá y protestantes cuando están en Londres.

Canalejas quiso explicarse. Á fuerza de leer los diarios había formado, sobre las materias corrientes, un caudal de verdades triviales que le parecían profundas novedades. Alegó para Francia la fuerza de las tradiciones, el prestigio nunca aniquilado de la nobleza, el viejo respeto á la autoridad...

— ¡Y la despoblación! exclamó en tono burlesco Juan Gregorio, siempre leyendo *El Figaro*, y fumando un enorme habano que le aumentaba la tos.

— ¡Niño! ¿qué estás diciendo? prorrumpió doña Quiteria, imaginando que Juan Gregorio decía alguna de sus usuales barbaridades.

— Digo, mamá, que las razas que no son prolíficas no pueden ser aptas para la república; lea usted á Montesquieu, y verá...

— Ahora no se trata de eso, interrumpió Gordanera. Ahora que estamos solos cuéntale, Graciano, á mi hermana, lo que Campaña y yo hemos venido á pedirte.

— ¡Oh! después, después; hay tiempo para eso, murmuró el jefe de la familia, descoso de evitar materia tan importante en presencia de Juan Gregorio.

— Papá, no te hagas el discreto, dijo el mozo; yo sé muy bien de lo que se trata; puedes desabotonarte sin miedo.

En ese momento se abría la gran puerta de calle; la campana del portero anunciaba visita. Un elegante

cupé, entrando al patio, venia á pararse, zapateando los briosos caballos, bajo el techo de vidrios, delante de la puerta del gran vestíbulo. Milagritos bajó del coche apresurada, levantando el ruedo del vestido para no enredarse y poder mostrar á los lacayos su piecicito de hispano-americana, deliciosamente calzado.

— ¿Dónde están papá y mamá? preguntó atravesando á paso ligero, con un susurro de ropaje, el vestíbulo, y dejando tras de sí una atmósfera perfumada, una estela de aparición femenil, como una caricia de coquetería.

— El señor y la señora se encuentran todavía en el comedor.

El mayordomo se había adelantado solícito hacia Milagritos é inclinó ligeramente hacia el suelo el abanico de sus grandes patillas á la española al dar esta contestación.

Un lacayo abrió al mismo tiempo una puerta, por la que la joven penetró, como una flecha, al comedor.

Los exagerados abrazos, los ruidosos besos con que la impulsiva muchacha se abalanzó sobre doña Quitéria y después sobre su padre, hubieran podido hacer pensar que, en vez de haberlos visto el día anterior, se encontraba por primera vez con ellos después de larga separación.

— Buenos días, Jenaro; buenos días, Goyo, dijo después con grandes aspavientos, moviéndose en todas direcciones para hacer admirar la elegancia de su traje.

Jenaro contestó echándose á la boca una pastilla tónica, mientras que Juan Gregorio, sin abandonar su lectura, saludaba á su hermana con dos dedos de la mano izquierda, puesta perpendicularmente al lado de la oreja.

— Buenos días, mujercita, buenos días.

— ¿Y Dolores, no ha venido todavía? preguntó la joven.

Con la respuesta negativa de su madre, Milagritos se manifestó muy extrañada. Le había *telefonado temprano*, porque debían ir á probarse los vestidos con que debían asistir al baile de la duquesa de Vieille-Roche. El vestido de ella sería espléndido. Guy de Morins le había asegurado que lo más encoquetado de la aristocracia se encontraría esa noche en casa de la duquesa. Se decía que el príncipe de Gales, de paso para Cannes, honraría el baile con su presencia. Milagritos hablaba de la fiesta con entusiasta excitación, orgullosa de haber conseguido que invitasen, no sólo á ella y á Dolorcitas, sino también á sus padres y á Mercedes.

— Todo esto se lo debemos á Guy, mamá; es preciso que lo conviden ustedes á comer pronto con gente *chic*.

— Convidemos á los Torre vieja y á los Fuenteviva, dijo don Graciano.

— ¡No, papá! déjate de compatriotas. No, no; gente *chic* europea y nada más. De otro modo, jamás dejarán de llamarnos *rastá*.

— Pero, hija, los Torre vieja y los Fuenteviva tienen muy buena posición. En tiempo del Imperio los convidaban á Fontainebleau.

— Ellos lo dicen, yo no lo creo, objetó Milagritos.

Jenaro se refregaba la cara de impaciencia para no estallar.

— En todo caso, continuó Milagritos, si ustedes los convidan, ellos vendrán á hacerle la corte á Guy de Morins para conseguir que los haga convidar donde la duquesa, y yo quiero que seamos nosotros los únicos hispano-americanos convidados.

Luego se volvió con precipitación hacia su madre.

— Es preciso que Mercedes vaya elegantísima para hacer decidirse al príncipe. ¿Ustedes han visto lo

que publica hoy *El Figaro* sobre su hermano mayor? Si éste se muere, *Stephan* pasará á ser el heredero de la corona. ¡Figúrate si se casase con Mercedes! Todos entraríamos á la gran aristocracia europea con nuestra hermana de princesa heredera.

— Y todos cantaríamos, dijo Juan Gregorio, agitando su diario al compás de la conocida música de *Offenbach* :

Voilà le sabre, le sabre de mon père!

— Cantarian ustedes en la cocina, dijo *Gordanera* sarcástico; porque lo que es á los salones, á ninguno de ustedes los dejarían asomar las narices.

— ¿Por qué? ¡Siendo Mercedes princesa! exclamó *Canalejas*.

— Porque los *rastaquouères* están buenos para sacarles plata, pero no para recibirlos en las fiestas de gente de gran tono, contestó *Jenaro* provocativo.

— Eso lo veríamos, replicó con énfasis *Canalejas* acariciándose con importancia la barba; eso lo veríamos, mi amigo.

Jenaro repuso impaciente :

— Pero ahora no se trata de eso, y buen tonto serías tú si dices la mano de tu hija á ese príncipe *pelagatos*.

De un salto, desprendiéndose de la silla en que se había sentado, *Milagritos* se dejó caer sobre las rodillas de su tío.

— Ya estás tú con tu tirria contra la nobleza; ¡y si te dijese alguien que no eres de buena familia, te pondrías furioso! ¡Ven á decirme ahora que no te gustaría ser tío de una princesa de *Rœspingsbrück*!

— Ni de *respingo*, ni de ninguna otra parte, dijo *Jenaro* sin rechazar los cariños zalameros con que *Milagritos* había acompañado sus palabras.

Dolores entró á la sazón. Impresionada por la noticia de *El Figaro* sobre el heredero de la corona de

Roespingsbrück, apenas se dió tiempo para saludar de prisa :

— ¿ Han visto la noticia? ¡ Ah! ¡ si Mercedes fuese á ser princesa heredera!

Juan Gregorio volvió á entonar con su voz ronca :

Voici le sabre, le sabre de mon père!

— Pero falta que el principe se decida á pedirla, dijo doña Quiteria con la voz trémula de emoción.

— No te dé cuidado; si le ofrecen un buen dote, él no querrá otra cosa. ¡ Un mozo que no tiene en qué caerse muerto! exclamó Gordanera.

— Sí; pero tiene su título, objetó Milagritos.

— Y eso representa un gran capital, observó Dolorcitas.

— ¡ Un gran capital de deudas! no digo lo contrario, vociferó con aire triunfante Jenaro.

Milagritos y Dolorcitas protestaron, cayendo sobre el tío, con el que, desde chiquillas, estaban acostumbradas á tomarse todo género de libertades.

— ¡ Cállate, comunista!

— ¡ Anarquista!

— Díganle más bien *canallista*, interpuso Juan Gregorio.

Jenaro se defendía á medias, halagado con que las dos muchachas lo trataran como si fuese de la edad de ellas.

El orden se restableció, sin embargo. Gordanera volvió á recordar la misión de que estaba encargado.

— Hablemos seriamente, dijo. Aquí estamos en familia, y es preciso que yo pueda llevar una contestación definitiva á Patricio.

Al oír el nombre de Fuentealba, las dos jóvenes exclamaron con curiosidad :

— ¡ Ah! ¿ De qué se trata?

— Graciano dice que quiere consultarse con todos ustedes. Aquí están, pues; vamos á ver...

Canalejas explicó á sus hijas y á su mujer la petición de Patricio.

— ¡Ah! ¡Qué disparate! prorrumpieron á un tiempo las dos hermanas.

— ¡Ya ves! dijo Canalejas con acento convencido, como si la exclamación de sus hijas fuese una razón incontestable.

— Y tú, ¿qué piensas? preguntó Gordanera á doña Quiteria.

— Yo no sé, pues, lo que digan éstos.

La señora señalaba á su marido y á sus hijas. Ella sabía que la opinión de las dos jóvenes era la ley de la casa.

Jenaro se levantó, con exaltación, de su silla.

— Pues yo digo que ustedes han perdido el juicio, prorrumpió alzando los brazos en señal de desolación.

Milagritos y Dolorcitas se echaron á reír. Don Graciano y su esposa oyeron impasibles el reproche. Estaban acostumbrados á tratar sus genialidades con la indulgencia de herederos presuntos que no quieren indisponerse con el pariente rico. Juan Gregorio, indiferente á la discusión, seguía leyendo el diario y entonando su estribillo de *La Gran Duquesa de Gerolstein*.

— Si, han perdido el juicio, repitió Gordanera.

— Tú no puedes hablar, porque no conoces la sociedad de París.

— ¡La sociedad! ¿Qué sociedad? ¡Hay tantas sociedades!

— La sociedad *chic*, se entiende, contestó Milagritos.

— La que se llama *Todo Paris*, agregó Dolorcitas.

— La que da el tono, dijeron ambas.

— La que está en todas las *primeras* de los teatros, agregó aquella de las hermanas.

— La que da grandes fiestas, que publican los periódicos.

— La que recibe á los principes de las familias reinantes de Europa cuando pasan por París.

Gordanera, al que las dos muchachas habían lanzado estas designaciones como un fuego de ñila, se detuvo delante de ellas, y creyó anonadarlas réplícan­doles en tono sarcástico :

— ¡Sí, sí! ¡La que no recibe á las pequeñas *rastá* sino cuando se han pagado con su dinero alguno de sus hijos lleno de deudas!

— Los nobles hacen muy bien en buscar extranje­ras ricas, y éstas muy bien en buscar nobles, dijo Canalejas; así hay compensación.

— Déjate, Jenaro, de ideas estrechas; de esas ideas de nuestra tierra, donde la gente se ha de casar por amor.

— ¡Á lo tonto! dijo Juan Gregorio, y agregó, des­perezándose con un largo bostezo :

— El amor es una antigualla, el *juego viejo* de las pasiones imaginarias : lo que hay de positivo en la vida es el dinero y la jarana con gente amable del otro sexo.

Como el mozo hablaba siempre en francés, su ma­dre, sin comprender lo que había dicho, se sonrió por parecer que había entendido. Canalejas fingió lo con­trario mientras encendía un cigarro. Las dos mu­chachas se burlaron del hermano.

— Querido Juanito, te han sacado del colegio de­masiado pronto; debían volverte á poner de interno.

Juan Gregorio salió de la pieza entonando, entre bostezos, la canción de *Carmen*, de Bizet.

L'amour est enfant de Bohême.

Jenaro volvió á su tema :

— En fin, ustedes pensarán como quieran. Entretanto, aquí estamos en presencia de un hecho: su príncipe de ustedes, ese presunto heredero de una corona microscópica, no ha pedido la mano de Mercedes, mientras que yo vengo á pedirla á nombre de Patricio Fuentealba. ¿Qué responden ustedes? Esa es la cuestión.

— Que es un disparate creer que Mercedes, una muchacha rica y bonita, pueda casarse con un mozo pobre y sin posición, contestó Milagritos antes que hablase su padre.

Éste quería contemporizar, no pronunciarse antes de conocer qué actitud tomaría el príncipe y darse tiempo para estudiar su situación de fortuna, obscura y embrollada á la sazón. Sobre todo, no quería descontentar á Jenaro.

— Ya te lo dije, Jenaro, repuso en tono amistoso; voy á pensarlo: es materia delicada para decidirla así no más.

— Bueno, bien está; esperaremos, dijo Gordanera medio amostazado.

Canalejas agregó para calmarlo:

— Te diré, francamente, que el hecho de ser tú el interesado por ese mozo Fuentealba, es de gran peso para mí.

— Gracias, contestó secamente Jenaro Gordanera.

— ¡Dios de Dios! exclamó Milagritos al oír la respuesta contemporizadora de su padre.

Y dando una vuelta rápida para hacer volar la cola de su vestido en graciosa ondulación, se dirigió á su padre y á su hermana:

— ¡Eh! ¿qué dicen ustedes? ¿Cómo les suena al oído, *madama* Fuentealba? ¿Les parece bastante *rastá*?

Doña Quiteria levantó una mirada al cielo sin decir nada, no queriendo ofender á su hermano. Pero Dolorcitas estalló escandalizada:

— ¡Cómo, papá! ¿Tú consentirías en eso? ¡Y dejarías pasar la oportunidad que se nos presenta de emparentarnos con una familia reinante de Europa!

Milagritos, hablando al mismo tiempo que su hermana :

— Como si no tuviéramos bastante con oírnos anunciar en los salones : Madama *Palomarés*, vociferó Dolorcitas arrebatando la palabra é imitando la voz con que los lacayos anuncian, en muchas grandes reuniones del mundo parisiense, los nombres de las personas que van entrando á la sala de recibo.

Milagritos, en el mismo tono de su hermana, vociferó también :

— Madama *Cuadrillá*...

Aquello les parecía de un ridículo consumado. Haber conseguido por su elegancia, su juventud y su gracia; por sus grandes esfuerzos pecuniarios en favor de todas las obras patrocinadas por la nobleza, entreabrir algunas puertas de salones *chic*, ser admitidas por algunas damas á la moda, para caer en pleno *rastacuerismo*, dejando que Mercedes pasase á llamarse madama Fuentealba, pobre, sin coche siquiera, ¡la última de las monstruosidades!

— Papá, no te reconozco. ¿Cómo puedes vacilar entre los dos? dijo Milagritos con el tono de quien se confunde ante una aberración descomunal.

— Un hombre *chic* como tú, con la posición que tienes en París, ¿preferirías un *rastaquouère* á un príncipe? fué el grito de su hermana, haciendo eco.

Canalejas, confundido, llegó á decir :

— Pero, hijas mías, cualquiera diría, al oír á ustedes, que el príncipe ha hecho ya su demanda oficial.

— Si no la ha hecho, yo sé que la hará.

— Nosotras estamos seguras de ello.

Ambas tomaban su deseo por la realidad, sin tener noción precisa de las intenciones del príncipe. Lo urgente, según las dos jóvenes, era impedir que su

padre fuese á contraer algún compromiso con Jenaro, el pariente soltero y rico, el sujeto *hereditable*.

Gordanera, entretanto, irritado con la intervención de sus sobrinas, les lanzó como un anatema :

— ¡ Linda cosa! Ahora se avergüenzan ustedes del nombre de sus maridos; mejor es que se pongan en las tarjetas : « Madama de la *Palomarière*. » « Madama de la *Cuadrillarière*. » Así las tomarán por francesas.

Las dos chicas no se dignaron contestar.

— ¡ Ay! exclamó Milagritos, ¡ y á mí que me están esperando para ensayar donde Paquin!

— Y á mí donde Doucet, dijo Dolorcitas.

— ¡ Cierto! Yo tengo que ir donde Worth, agregó levantándose de su silla doña Quiteria.

Las tres se dirigieron apresuradas á la puerta. Pero antes de llegar á ella, las dos chicas tornaron bulliciosas hacia don Graciano.

— Adiós, papá, dame un beso y no te vayas á comprometer.

— Adiós, papá, á mí también un beso, y cuidado con ser *rastá*.

Volviéndose en seguida hacia Jenaro, ambas exclamaron, riéndose :

— ¡ Adiós, viejo *rastá*!

— ¡ Cuándo dejarás de ser cursi!

El príncipe Stephan se había recostado sobre un ancho sofá cubierto de seda color de rosa. Arriba, sobre el cielo de la pieza, sus ojos seguían distraídos la ronda de pastoras juguetonas, lanzadas por el pincel de Clairin en una vaporosa atmósfera de ensueño, haciendo volar al aire sus cendales traicioneros, por que se vieran, sin la audacia de la completa desnudez, las suaves sinuosidades de su rosada estructura. *En torno de la estancia, la vista del mozo, bajando del techo, se paseaba como inventariando el valor de la riqueza acumulada ahí en un hacinamiento de muebles modernos, sin otro estilo que el del capricho de cada artifice. Mesitas primorosas de frágil escultura, cubiertas de artísticos y menudos objetos de porcelana, de oro cincelado, de bruñida plata, de marfil esculpido como diáfano encaje. Poltronas de variadas formas y de distintos tamaños; dorados estantes de vidriera, cargados de antiguas porcelanas; tapices de colores vagos, de disparatados dibujos orientales. Todo lo observaba Stephan con interés creciente. Luego sus ojos, fatigados de ese laberinto de la flamante industria del día, recorrían las paredes, en las que algunas telas de pintores contemporáneos parecían avivar su curiosidad escudriñadora. Allá, un paisaje vaporoso*

de Corot, con su danza de ninfas perdidas en la niebla crepuscular; una floresta de Rousseau, trémula de frescura bajo la suave caricia de los albores matinales; un piquete de coraceros de Meissonier, con relucientes cascos y banderolas flotantes. Acá, cerca de él, otras telas de maestros vivos, en las que se leían las firmas prestigiosas de Carolus Durán, de Benjamin Constant, de Roybet. Y en el centro de la pared principal, un admirable retrato de Rosa de Montestruc, la reina de aquel nido de amores, al salir del baño, para la que el pincel de Bonnat había suavizado sus severidades maestras de realismo y dádole una intensa expresión de vida, idealizando al mismo tiempo la voluptuosidad arrogante del modelo.

Stephan se quedó contemplando el retrato. La mujer que acababa de salir de la pieza después de una disputa de amantes, se le figuraba vista así, en imagen, una especie de fórmula social, un símbolo de la fuerza brutal del destino, en el que se concentraban las ardientes agitaciones de la existencia. Era como un ídolo cruel al que los hombres venían á ofrecer, con ansias mortales, su cerebro encendido, su corazón avasallado por la eterna maldición de las pasiones indomables.

« Eso, las cartas ó la botella », pensó, con un ímpetu de rebeldía contra la inexorable fatalidad. « Ó las tres al mismo tiempo », añadió su espíritu de calavera inveterado. Pero la minuciosa contemplación de las riquezas que lo rodeaban, bien pronto arrojó de su pensamiento esa bocanada de filosofía sentimental. El hombre positivo, aguijoneado por la necesidad de dinero, calculó mentalmente. « ¡No menos de cuatrocientos mil francos en esta sola pieza! ¡Bonita suma, que me sacaría de grandes apuros! »

« ¿ Con cuánto había contribuido él á ese lujo que lo agobiaba ahora con el escozor de la codicia? » El príncipe creyó indigno de su noble alcurnia el calcu-

larlo. Pero sintió en la conciencia la vaga angustia de un remordimiento al seguir, sin quererlo, el vuelo de sus ideas, que pasaron ante su percepción moral con la rapidez de las aves en busca de su nido, y fueron á posarse allá donde el viejo castillo de Roespingsbrück levanta, entre las brumas, sus viejos torreones, sus derruidas almenas.

Entre los pequeños Estados que llegaron á formar, allá por el siglo XII, los pueblos idólatras bajados de las regiones del Oder, del Vistula y del Niémen, á orillas del mar Báltico, el principado de Roespingsbrück fué el más pequeño y el más pobre. No cedían, sin embargo, en altivez y en nobleza, los principes y los gentileshombres de Roespingsbrück á ninguno de sus vecinos, ni habian hecho tremolar con menos gloria que aquéllos sus pendones, en las encarnizadas guerras sostenidas contra la Polonia. Descendiente de esa antigua raza era el principe Stephan, que sin el noble campo de ambiciones gloriosas en que se distinguieron sus antepasados, habia venido á gastar en la saturnal parisiense el vigor de sus años juveniles y á derrochar en poco tiempo su escaso patrimonio.

De frente, con cinismo genial y con la estoica indiferencia del cirujano al mirar el paciente al que acaba de cercenar alguna parte del cuerpo, Stephan miró su obra. Sus prodigalidades de gran señor habian reducido el modesto tren de la paternal residencia á un régimen de economías vecino de la extrema pobreza. Entre él y la hermosa princesa Thyra, su hermana única, el corazón de la princesa viuda, su madre, le habia reservado la mejor parte de su ternura. En el orgulloso criterio de la noble dama, el hijo del principe reinante y el heredero posible de la corona, debía sostener el lustre de su nombre aun á costa del sacrificio de la hermana. Así, lo que pudo ser el dote de la rubia princesa, vino á caer también, tras del patrimonio de Stephan, en el abismo que la

jerga parisiense caracteriza con el nombre de « alta boda ».

Engolfado en su meditación, pasando del cómputo de las riquezas que lo rodeaba á la contemplación entristecida del hogar patrio, donde veía vagar por las grandes y desiertas salas la melancólica sombra de la bella Thyra, Stephan no advirtió que á la extremidad de la estancia se apartaba suavemente la pesada cortina de una puerta y aparecía en ese marco de terciopelo y de oro la figura arrogante que acababa de estar contemplando en el retrato. Envuelta en una bata de seda rosada, que revelaba en sus ajustados pliegues la fina elegancia de su esbelto porte, Rosa se deslizó sobre la espesa alfombra, con ese paso de misterioso encanto con que se adelantan, diríase sin andar, algunas mujeres, y fué á recostarse, con un diario en la mano, sobre un sofá distante del que el príncipe ocupaba.

— Mi palabra de honor, Rosa querida, le dijo el mozo divisándola; cualquiera diría que has llorado.

— ¡No, no he llorado! ¿Por qué querría vuestra alteza que llorase?

Los ojos de la hermosa mundana desmentían su respuesta. El brillo de la mirada se traslucía con reflejos felinos al través de las tupidas pestañas.

— No sé... me parecía; como te fuiste de aquí enojada...

— Vuestra alteza dirá que no tuve razón tal vez.

— Vamos, vamos, menos ceremonial, menos altezas y más prueba de buen carácter. Ven á darme un beso.

Rosa corrió hacia el joven.

— ¿Entonces, verdaderamente me amas? fué su exclamación al arrodillarse al pie del sofá y juntar su fresca mejilla á la de Stephan.

— Te lo he dicho mil veces: sí, sí, te amo de veras.

— Y si me amas, perverso, ¿por qué me dijiste hace poco que quieres casarte?

Stephan apartó su rostro del de la muchacha, incorporándose sobre el sofá.

— ¡Ah, querida mía! entendámonos. Yo dije que debo, no que quiero casarme. Hay gran diferencia, ¿no ves?

— Que debas ó que quieras, lo que hay de verdad es que es una crueldad de tu parte querer abandonarme así, y eso prueba que realmente no me amas, dijo la joven poniéndose de pie.

El príncipe abandonó su posición indolente del sofá y se puso también de pie. Con su alta estatura dominaba de media cabeza á Rosa, alta también. Fijando sus ojos, de intenso azul, en los de su querida:

— ¿Y qué quieres que haga? vamos á ver.

Ella, como desalentada, se dejó caer sobre una poltrona.

— Yo no sé: ¿qué quieres que te diga?

— ¿Quién paga mis deudas entonces?

— ¡Tus deudas, tus deudas! Tú exageras. ¿Cómo vas á hacerme creer que un hombre como tú, un verdadero príncipe, no tiene quien le preste dinero!

— ¿Cómo? Vas á saberlo, mi querida. ¿Oyes la campanilla de la puerta?

— Sí: ¿qué hay con eso?

— Pues debe ser Sagraves que llega. Le he dado cita aquí para conocer el resultado de sus diligencias. Tú sabes que ese hombre es el mejor y el más discreto de mis agentes.

— ¿Ah? el pequeño Sagraves. ¿Y te figuras que pueda encontrar plata ese pobre muchacho? ¡Un infeliz que suda la miseria por todos los poros!

En ese instante entró la camarera, después de golpear discretamente á la puerta.

— Está ahí el señor Sagraves, que dice venir de orden de su alteza.

— Que espere, dijo el príncipe.

Empezó entonces á pasearse á lo largo de la sala. Rosa lo miraba con despecho. Ese hombre esbelto, con el aspecto altivo de las razas acostumbradas al mando, con su robustez lozana de los que parecen formados para resistir á todo el desenfreno de la juventud, le hacía recordar, en sus movimientos impacientes, los leones del domador Bidel, que había visto en la feria de Neuilly, buscando exasperados una salida entre los barrotes férreos de la jaula. « Y ese hombre quería escaparse á su dominación, arrancarle la aureola de prestigio que le daba en el mundo brillante de la *alta boda* ser la preferida de un príncipe cuya casa era ya secular antes de las Cruzadas, como él tantas veces se lo había dicho al reírse de los improvisados nobles, de los *barones de la finanza* que la cortejaban á porfía. »

Habíanse quedado ambos silenciosos. Él, estrechado por la inexorable tiranía de la necesidad. Ella, inquieta, enconada ante la idea de perder al hombre que miraba como una joya de su prestigio de cortesana, que halagaba su vanidad, con su hermosura de Hércules, con su soberbio desenfado de gran señor, para quien el crédito es un tributo debido por los patanes á los que llevan sangre azul en sus venas.

El joven rompió el silencio, volviendo á su argumento con porfía :

— Pues bien; y si no me caso, ¿quién paga mis deudas? Un príncipe de mi raza no puede dejarse ejecutar como un cualquiera.

— Pídele al príncipe reinante. Al fin y al cabo él es soberano : que aumente las contribuciones, dijo la mundana exaltada, como si hubiese encontrado una idea luminosa.

— ¡ Mi padre ! Si le pidiese algo, me mandaría una soga para ahorcarme.

Rosa detuvo al joven en su paseo y le echó los brazos al cuello.

— Pues entonces, mi adorado, le dijo con aire de resignación, si no tienes otro recurso, cástate; pero con alguna bien fea, de la que no puedas enamorarte. ¿Por qué vas á escoger esa chica de Canalejas, que es lindísima? ¡Ah, no! No con esa. En poco tiempo estarías loco por ella, y yo no quiero perderte.

— ¡Qué disparate! ¿Se te figura que yo me enamoro, como un colegial, de la primera mujer á que me acerque? No hay otra, ni hay tiempo para buscar otra.

— ¡Cómo! ¿En la colonia *rastá* no hay otra? ¿Y las Torrevieja? ¿Y las Altamura? ¿Y las Fuenteviva? Entre esas hay varias, y ya jamonas, todas ricas.

— ¡Oh! ¡Ricas! Es decir, que viven con lujo; pero no les dan dote. Los viejos ofrecen rentas. Eso no es mi negocio.

— Y la chica Canalejas, ¿cuánto tiene?

— Me dicen que dos millones.

— ¿Dos millones? Monseñor, eso no es el Perú para vuestra alteza.

— Más vale eso que ser ejecutado por deudas.

— ¿Y de dónde saca para dar dos millones á cada una de sus hijas ese mono teñido de Canalejas? ¿Tú no sabes que anda pidiendo plata prestada y que descuenta todas las letras que le llegan de su tierra?

— ¿Quién te ha dicho eso?

— Yo lo sé. Pregúntale á Sagraves, que conoce á todos los usureros de París.

— ¡Bah! ¡Qué me importa! Yo no me habría de casar sin recibir primeramente la dote en especies sonantes y *saltantes*, como dicen aquí.

— ¿Quién te ha dicho de los dos millones?

— Me lo asegura de Morins, que lo sabe por la pequeña de Palomares.

Rosa tuvo un súbito estallido de cólera al oír el nombre de Milagritos.

— ¡Ah! Ésa, y su hermana la de Cuadrilla, son dos intrigantes, exclamó levantando la voz. Son ellas las que te han metido en la cabeza, por sus amantes, por de Morins y por el gordo Termal, esa idea de casarte con la linda Mercedes. ¡Oh! ¡Las dos diablillas! Me gustaría que reventasen. No sueñan sino con emparentarse con un príncipe de casa reinante, y son bien capaces de hacer que se sangre ese viejo tuno del padre Canalejas, hasta quedar en la miseria, por tener una hija princesa. ¡Ah! ¡ah! Esas cotorras intrusas, siempre tras de los nobles, no valen más que nosotras. Son *cocotas* con infulas de grandes damas. ¡Podían contentarse con ser ricas y bonitas, y dejar en paz á la gente!

Continuó hablando con un tono de acre desprecio, pasando en revista á todas las colonias de los trasplantados y de sus amigas europeas, nombrando á hombres y mujeres con la familiaridad con que las de su clase hablan de la gente de la buena sociedad. Al zurriagazo de su filípica, las reputaciones caían tronchadas como la rubia mies al filo de la hoz del segador. Las casadas, las viudas, las divorciadas, las solteras, la pléyade de hermosuras del *todo Paris*, pasadas á la criba de su rivalidad de semimundana, salían maltrechas y lastimadas. Aquello era una hecatombe de honras, un desfile de maridos engañados, una procesión de semivirgenes, á las que la acerada tijera de la *cocotta* celosa rasgaba, con su tosco atrevimiento de hija del pueblo, sus velos de castidad y de inocencia.

Stephan la dejó desahogar su irritación, pensando que la maledicencia sarcástica de la Montestruc no era, al fin y al cabo, sino el eco de las conversaciones de alcoba en las que él, y sus amigos los elegantes de la *alta boda*, hacían rodar sobre el mantel de las cenas, con sus amigas del mundo que se divierte, las flaque-

zas ó las resistencias de las damas de alto tono.

Pero Rosa, al ver el ceño de disgusto que juntaba las cejas del príncipe, se calmó y volvió á echarle los brazos al cuello.

— Pero no es cierto; ¿tú no vas á casarte, di?

Stephan repitió el argumento que le parecía irrefutable:

— ¿Y quién paga mis deudas entonces?

— Puede ser que Sagraves te traiga buenas noticias.

— ¡Ah! Sagraves; es verdad que está ahí; lo había olvidado; hazlo llamar.

A poco, Ignacio entró en la pieza. Su aire de perro tímido, su mirada suplicante de hombre que vive de trazas, que todo lo espera del favor de los demás, lo hacían semejar al pordiosero que se hubiese introducido, por medio de alguna supercheria, á la sala de recibo de la cortesana.

Pero el príncipe no vió los pantalones cortos, encogidos en las rodillas, ni lo raído de su paletó, ni el lamentable lustre grasoso del sombrero, que hizo gemir en su interior á Rosa, de compasión.

— Y bien, ¿qué noticias? preguntó Stephan.

El rostro de Sagraves se contrajo dolorosamente.

— Alteza, no he podido conseguir nada; ninguno de los acreedores consiente en renovar los pagarés.

— ¡No ves, no ves! ¿Qué te decía? exclamó el príncipe, volviéndose hacia Rosa.

— ¡Los pícaros judíos! Son inconcebibles, añadió.

— Palabra de honor, contestó ella.

Stephan, á quien la negativa anunciada por Sagraves no tomaba de nuevo, con aire de quien sabe no inmutarse por las contrariedades, encendió un cigarro.

— Hay uno de los documentos que vence luego; ¿en cuántos días? preguntó, sentándose tranquilamente.

— Uno de los que están en poder del viejo Jacob, dentro de seis días.

Y al dar su respuesta, hubiérase creído, por el abatimiento de su voz y lo desencajado de las facciones, que era Ignacio el verdadero deudor, acosado por lo cercano del vencimiento.

— ¿Y los demás á qué plazo?

— Los demás, del viejo Jacob, vencen dentro de un mes.

— ¿Y los de Lazare?

— El más próximo, dentro de quince días.

— ¿Y ni Jacob, ni Lazare, ni ninguno de los otros acreedores ha admitido mi propuesta?

— ¡Oh! ninguno, suspiró Ignacio.

— Señor Sagraves, yo le creía á usted más hábil. No sólo esperaba la renovación del pagaré que vence dentro de seis días, sino que confiaba en que hubiese usted conseguido un nuevo préstamo.

Sagraves se encogió como para hacerse más chico, más humilde, ante aquel gran señor que lo miraba desde la altura de su gran título de príncipe.

— Está bien, puede usted retirarse, le dijo Stephan con voz seca.

En lugar de salir, Ignacio se quedó inmóvil, de pie, lustrando el grasoso sombrero con el brazo para darse una actitud. Luego, timidamente, con voz que pide perdón por lo que va á decir:

— Su alteza me dispensará; pero el viejo Jacob me encargó especialmente decir á su alteza, que si dentro de seis días no ha recibido el valor del pagaré con sus intereses, no dejará pasar una hora sin pedir la ejecución y embargo contra su alteza.

Stephan no pudo reprimir un movimiento de impaciencia.

— ¿Ah? ¿eso ha dicho? Veremos.

Hubo en la voz gran desprecio; pero su rostro enérgico había palidecido, y la repetición nerviosa con que golpeaba sobre el brazo de la poltrona en que se habia sentado, estaba lejos de armonizarse con lo

altanero de la exclamación. Como Sagraves permanecía inmóvil, cual si esperase nuevas órdenes, el príncipe, sin mirarlo, siguiendo con la vista el humo de su cigarro, añadió :

— Está bien, no hay nada que contestar; puede usted retirarse.

Ni una alusión á recompensar las diligencias en que debía haber empleado días enteros el pobre diablo.

La Montestruc miró al infeliz con lástima. Ella, en su aldea, allá en su niñez, había visto la torva faz de la miseria. Ella comprendía la infinita tristeza, la humillación lamentable que estaban revelando la ropa mal remendada, los botines con grietas y el sombrero, el accitoso sombrero, con la cinta rojiza, que Ignacio pasaba de una mano á otra á medida que en su abyecta confusión descansaba el peso de su cuerpo, ora sobre un pie, ora sobre el otro, para no desfallecer de hambre y de abatimiento.

Rosa se acercó por un movimiento rápido á Stephan.

— Dale, á lo menos, unos veinte francos á ese infeliz.

— ¡Ah! se me olvidaba, señor Sagraves, dijo llamándolo y sacando un luis del bolsillo. Aquí tiene usted por su molestia. Espero que otra vez será más feliz.

Ignacio se inclinó profundamente. El príncipe dió vuelta la espalda. Al mismo tiempo Rosa se acercó á Sagraves, que abría la puerta :

— No se vaya usted; dígame á Aglaé que lo haga esperar en el cuarto de costura.

El príncipe, cerca de una ventana, miraba á la calle preocupado. La Montestruc apoyó cariñosamente sus manos sobre los atléticos hombros del joven.

— Tú crees, querido, que ese judío atroz tendrá valor para embargarte los muebles, ¡á ti! ¡un gran

señor! No se atreverá jamás; perdería toda su clientela.

— ¡Bah! esa clase de clientela no se pierde. Los necesitados no pueden tener escrúpulos; son una muchedumbre que no espera, que pasa por todo con tal de tener dinero y hacer frente á la necesidad del momento. Tan cierto como que estoy aquí, hará decretar el embargo.

— Pues bien, déjate embargar. ¿Qué tiene eso? Á mí me han embargado mis muebles muchas veces.

Stephan se apartó de los cariños con que Rosa acompañaba su exhortación á la conformidad.

— No es lo mismo, mi bella, le dijo con altanería.

Rosa se arrojó sobre él, le rodeó el cuello con sus brazos, de los que el mozo sintió los torneados contornos al contacto del fresco cutis: un efluvio de juventud y de vida.

— ¡Ah! ahí está el orgulloso insoportable, exclamó. Yo soy bien necia, monstruo, de quererte. Veamos, ¿qué se puede hacer?

— Nada: ¿qué se puede hacer? nada, dijo Stephan con aparente calma.

Y se puso en alta voz á examinar los peligros de su situación. El embargo era la deshonra, un toque de alarma que haría reunirse á todos sus acreedores y lanzarse sobre él como una jauría de podencos tras del jabali herido. Todos querrian morder y llevarse entre los dientes un jirón sangriento de la piel de la víctima. Era menester á toda costa evitar el embargo.

— Está muy bien; ¿pero cómo?

Él mismo se hacía la pregunta y la dejaba sin respuesta. Pero llegaba á esta conclusión:

— ¿Tú ves? no hay otro medio de salvación que el casamiento. De Morins y Termal me aseguran que no tengo más que pedir á la chica para ser aceptado. La idea de tener un príncipe auténtico, y de familia

reinante, ofusca á esa familia de *rastás*. Todos son capaces de contribuir á acrecentar el dote. Esos dos imbéciles de Palomares y de Cuadrilla los primeros. Hay también, me dice Termal, un tío, un viejo *rastá* maniático, solterón y rico, que sin duda por emparentarse con un príncipe, y con la esperanza de pescar un título de nobleza, alfojará los cordones de la bolsa, que mantiene muy apretados. La expectativa de un casamiento semejante apaciguará en el acto á todos mis acreedores; y, aun después de pagarlos, yo quedaré rico. El viejo tiene gran fortuna, y el tío maniático es una esperanza muy valiosa.

— Entonces cástate, si no se puede hacer otra cosa; cástate, dijo Rosa con un ademán de impaciencia.

Luego añadió como al descuido :

— ¿Y ella te ama, la pequeña *rastá*?

Stephan se encogió de hombros.

— Entre gentes de mi clase, eso no se pregunta cuando se trata de casamiento. ¿Hay mutua conveniencia? Eso basta. Se habla de amor con las mujeres de los otros, ó con las lindas semimundanas como tú; pero con las muchachas casaderas, jamás; basta conocer el dote y la voluntad de los padres.

— Eres adorable, exclamó ella riéndose á carcajadas de la teoría del príncipe.

Y después, encendiendo un cigarrillo al del habano que fumaba Stephan :

— ¡Oh! ¡las pobres grandes damas! ¡Estoy segura que la mayor parte de ellas nos envidian!

— Ó por lo menos, si no las envidian, las imitan. Ustedes constituyen una entidad social que no existe en ningún otro país, un factor mundano con el que hay que contar.

— Tú lo has dicho, querido, exclamó Rosa lanzando al techo el humo de su cigarrillo, persuadida de su importancia social.

— Pero todo esto no me avanza de un paso ni me

saca de dificultades, observó el príncipe poniéndose serio.

— Tienes seis días para conquistar á tu pequeña *rastú*, y hacer que el viejo teñido de su padre, con su barba color tinta de China, caiga en tus brazos. Para un vencedor como tú, seis días es tiempo de sobra.

— Si; pero hay una dificultad.

— ¿Mi consentimiento?

— No, no, una dificultad seria. ¡El dinero, mi querida! ¡siempre el dinero!

— Puesto que el anuncio de tu casamiento es un capital de esperanzas que va á calmar á los acreedores...

— No digo lo contrario; pero yo no puedo ir á pedir la chica sin contar previamente con una suma para dar la mitad á cuenta á ese perro viejo de Jacob, á fin de taparle la boca y emplear el resto en el anillo de esponsales y algún otro regalo, si alcanza.

— Para el anillo, cualquier joyero te lo venderá á crédito.

— ¡Ninguno! les debo á todos los del mundo elegante.

— Entonces, ¿cómo hacer? Si yo le pidiese prestado al barón, ¿eh? ¡Es una buena idea!

Stephan se alzó de la silla indignado, ó por lo menos pareciéndolo.

Sentía que era preciso manifestar la indignación del amante á quien se da motivo para sospechar una traición.

— ¿Estás loca? No te comprendo. ¿Qué es eso del barón? ¿Quién es ese barón?

— ¡Toma! un amigo generoso que tal vez no me negaría si le pidiese.

— No sé por quién me tomas, palabra de honor, replicó Stephan, haciendo valer, con garbo de gran señor, su alta estatura.

Bruscamente se acercó á una puerta y apretó el botón de una campanilla eléctrica.

— Mi sombrero, dijo á la criada que apareció al instante, la misma que había introducido á Ignacio Sagraves.

Rosa corrió hacia él cuando lo vió encasquetarse con aire impaciente el sombrero y le echó los brazos al cuello.

— ¿Qué es eso? ¿Dónde vas? ¿Qué mosca te pica?

Él, sin declamación, con el acento de quien toma sus resoluciones en perfecta calma:

— Yo no admito dinero de tus amigos, y como eres mujer, no te corrijo por tu atrevimiento como merecerías.

— ¡Qué tonto! Sí, soy mujer y mujer que te ama y busca los medios de sacarte de la dificultad en que te encuentras.

— Ofreciéndome pedir prestado para mí á un hombre que es tal vez tu amante.

— ¡Vamos! ¡ahora tengo otro amante! ¡Vaya con la invención!

Amontonó protesta sobre protesta; ofreció pruebas evidentes de que el barón era un amigo desinteresado, un adorador platónico dispuesto siempre á servirla, un amigo que no se atrevía á besarle la punta de los dedos.

Había conseguido hacer sentarse á Stephan sobre el sofá, imponerle la dulce presión de su cariñosa violencia de mujer que quiere ser obedecida. Pero el mozo dejaba vagar sobre su frente una sombra de dignidad mal tranquilizada, el jirón de nube oscuro que deja en el horizonte al retirarse la tempestad. Rosa pretendía calmarlo.

Stephan seguía callado. Como el defensor de una plaza, no quería rendirse á la primera ni á la segunda intimación. Bien que decidido á capitular, prolongaba

la resistencia sin hacerse la menor ilusión sobre las pruebas de fidelidad que le presentaba la hermosa. Lo que él no podía apartar de su pensamiento era lo ajustado del dilema en que la absoluta necesidad de dinero lo tenía encerrado. Sin una suma inmediata, que no se atrevía á pedir á ningún amigo, y que jamás conseguiría ya de ningún usurero, la ruina de su proyecto matrimonial era segura. Esa persuasión no se apartaba de su mente, era el punto fijo que le atraía el pensamiento mientras hablaba la muchacha. Pero Stephan era simplista, tomando la palabra, no en el sentido castellano, sino en la acepción que le da el moderno lenguaje francés. Su espíritu no se engolfaba en complicadas combinaciones para solucionar los problemas de la vida. El impetu de su naturaleza lo inclinaba á cortar los nudos en vez de buscar cómo desatarlos. En la dificultad que lo cercaba, la voz de Rosa, con sus protestas de amor y desinterés, le pareció tenderle el remo de salvamento en aquel amenazante naufragio de sus esperanzas. Las reflexiones que lo ocupaban no hacía mucho, á presencia de las riquezas acumuladas por la semimundana en la sala misma en que se hallaban, volvieron á su espíritu, despejando las nubes que encapotaban su porvenir. Dos ó tres obras de arte, de las que ahí se ostentaban, podrían bastar, vendidas ó empeñadas, para producir la suma indispensable. Pero era necesario tratar de que la oferta viniese de la joven, antes de decidirse á formular él una petición de préstamo.

Entre tanto, ella también, la aldeana refinada al contacto de la disolución elegante, tenía su propósito al detener así al príncipe Stephan. Ese propósito dirigía los esfuerzos de su arte femenino, arte de verdadera intuición más bien que de experiencia ó de cálculo. Ese hombre, que había venido con aires de protectora benevolencia á pedirle su libertad, invocando la necesidad apremiante de regularizar su situa-

ción por medio de un casamiento, dependía ahora de ella. Ella podía echar sobre el abismo de esa ruina el puente dorado de algunos miles de francos, pero *impondría sus condiciones*. Permitiría, por no perder enteramente al príncipe y no hacer el papel de mujer abandonada, que Stephan se casara. Mas sin romper con ella, lo que aumentaría su prestigio á los ojos de las otras en una proporción tanto más lisonjera á su amor propio, y *tanto más realizadora del valor de sus atractivos*, cuanto sería mayor la belleza de la novia que el príncipe eligiera.

— Querido, le dijo buscando el acento más acariiciador de su voz, te voy á pedir un servicio y vas á prometerme que me lo harás para probarme que *no estás sentido conmigo*.

— ¿De qué se trata?

— De que me permitas darte una prueba de mi amor, haciendo por ti un gran sacrificio.

— ¿Un sacrificio? ¿Cuál?

— El de contribuir yo misma á que puedas casarte.

— Hace un momento te pusiste furiosa porque te hablé de mi proyecto matrimonial.

— Hace un momento, sí; pero he reflexionado.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

— ¿Ahora mismo? ¿Así, mientras hablabas?

— Eso es, al mismo tiempo que te hablaba.

Stephan se echó á reir.

— Pero tu *consentimiento es una broma*, mi muy querida, puesto que sabes que hay un obstáculo insuperable á mi proyecto: la falta de unos cincuenta mil francos.

— Precisamente eso es lo que yo quiero ofrecerte: poner á tu disposición los medios de salvar ese obstáculo.

La nube de la inquieta duda se rasgaba á los ojos

del joven. Un pedazo de cielo azul lucía al fin, sereno y límpido, presagio de segura bonanza. Acostumbrado á las impresiones violentas en su existencia borrascosa, supo, sin embargo, disimular su alegría.

— ¡Tú! ¡tú, le dijo, me prestarás esos cincuenta mil francos! Estás chanceándote, ¿no es verdad?

— No, yo no te prestaría; no tengo esa suma. ¡Cáspita! *no soy tan rica, pero te haría prestar.*

— Veamos, eso parece más verosímil; ¿qué entiendes por hacerme prestar? inquirió ya con interés.

— Es decir, que mandaríamos á Sagraves donde uno de tus acreedores, al que debas menos que á los demás, y Sagraves le pediría que te prestase la suma con mi fianza.

— ¿Y la aceptaría? ¿Crees tú que la aceptaría?

— ¡Toma! no aceptaría mi palabra, ciertamente; pero aceptaría algunas de mis alhajas, ó más bien, mira : *dos ó tres de mis cuadros como prenda; eso equivale á dinero al contado.*

Stephan declaró la idea luminosa.

— ¡Ven, déjame abrazarte! dijo sin ocultar ya su alegría. ¡Eres un tesoro!

Ella, hablándole al oído, como una de esas confidencias á que las mujeres dan mayor precio :

— Pero tú no me abandonarás, ¿no es verdad? ¿Todo tu amor será para mí como antes, como ahora? Di, querido, ¿me amarás siempre, no es así?

— ¡Jamás he pensado en dejarte! exclamó el mozo con acento de sinceridad; casarse no es enclaustrar-se; ¿quién habla de separarnos?

El pacto quedó así sellado. Rosa llamaría á Sagraves, y estaba segura de que el negocio iría, según su expresión, *como sobre ruedas.*

— Solamente, añadió, como tú subes, habrá que pagar caro : quince ó veinte por ciento.

El príncipe asumió su filosofía de gran señor aven-

turero, para quien las deudas no alcanzan á ser un cargo de conciencia.

— ¡Bah, qué importa! Es mi última deuda; después, todo se pagará.

Lo único que exigía era que no se le hiciera esperar el dinero.

— Tú comprendes, dijo, que antes de solicitar la mano de la pequeña *rastá*, debo tener por lo menos veinticinco mil francos en mi cajón y haber tapado con lo demás el hocico á ese perro judío del viejo Jacob.

Con esa explicación se despidió para volver más tarde á buscar á Rosa. Irían á comer donde Paillard, y después al teatro.

Apenas oyó sonar la puerta á la salida del príncipe, la muchacha hizo llamar á Ignacio Sagraves. El trasplantado se presentó con la misma humildad de menesteroso: una segunda naturaleza, creada en él por la miseria. Rosa lo sacó al momento de su timidez, con la familiaridad de su educación primitiva.

— Siéntese, mi pequeño Sagraves, tenemos que hablar de negocios.

Ignacio se inclinó, al tomar asiento, con una mirada de aquiescencia.

— Estoy á sus órdenes, señora.

— Se trata de un préstamo de cincuenta mil francos al príncipe.

Abrió tamaños ojos el mozo.

— ¡Ah! ¿Usted conoce alguien que esté dispuesto á prestarle?

— Yo, yo, donde usted me ve.

Sagraves se quedó mirándola con asombro.

— ¡Ah, señora! Es bien arriesgado; ya ha visto usted que nadie ha querido consentir en hacer ese préstamo.

— Sí, así es; ya lo veo.

— Si yo me permito hacer esta observación á la

señora, es porque los primeros cincuenta mil no están reembolsados todavía.

— ¡Á quién se lo dice usted! Ya lo sé.

— Mi interés estaría en no hacer observación ninguna para ganar mi pequeña propina; pero la señora es tan buena conmigo...

— Que sabiendo que he hecho una primera tontería, desea usted evitarme que haga una segunda.

Ignacio se inclinó en señal de asentimiento.

— Es verdad, fué una tontería ese primer préstamo. ¡Qué quiere usted, mi pequeño Sagraves! las mujeres somos así. Yo me figuraba estar enamorada del príncipe y creía que su familia pagaría. Tener un príncipe auténtico por amigo es muy *chic*.

Al ver que Ignacio se quedaba callado, como diciéndole: « Y, entonces, ¿cómo quiere prestarle ahora? » la muchacha se anticipó á explicarle:

— Usted va á ver mi razonamiento. Desde que usted no ha podido encontrarle dinero, y puesto que la familia no ha de sacarlo de apuros, no hay otro medio de recobrar mi dinero, sino prestarle yo ahora para que se case con una muchacha rica y tenga con qué pagar.

— ¿Y hallará esa heredera, señora? preguntó Sagraves incrédulo.

— Sí, sí; ya la ha encontrado. Sin nombrarla, es la Canalejitas, la señorita Mercedes.

— Si usted lo cree posible, señora, estoy á sus órdenes, dijo el joven con un gesto parecido al que traga algún remedio de mal gusto.

— Mi combinación es ésta: el príncipe cree que voy á empeñar dos ó tres de mis mejores cuadros para conseguir la suma del viejo Jacob, ó de otro usurero. Usted será el intermediario de la supuesta negociación. Stephan firmará el documento al judío y se creará su deudor.

— ¿Y á qué plazo?

— Al más corto posible, para que el documento sea ejecutivo antes del día de la boda.

Sagraves se encogió de hombros en señal de resignación escéptica.

— Así, el mismo día del casamiento, al llegar de la iglesia, el viejo Jacob esperará al príncipe en la puerta de su suegro y no lo dejará salir al viaje nupcial sin que haya pagado.

Sagraves se quedó pensativo. La sombra de la duda persistía en su frente calva, en sus facciones desfiguradas por la flacura. Temerosa de contagiarse con esa duda, la muchacha, con aire risueño, exclamó triunfante :

— ¡ Bien ideado ! ¿ eh ?

— No digo que no, señora ; pero yo me permitiría hacer una indicación.

— Diga, no tenga miedo.

— ¿ No sería bueno hacer decir á Jacob que, á pesar de la garantía, él no entregue la suma sino el día de la publicación del aviso del casamiento en la *mairie* ?

— No es posible. El príncipe no puede aventurarse á pedir la mano de la niña antes de tener con qué pagar algunas deudas *chillonas* y cancelar el documento vencido del judío Jacob.

Esta razón no convenció á Sagraves. Sabía que Stephan era capaz de burlar cualquier compromiso.

— ¿ Y si no se casa, señora, después de recibir el dinero ? preguntó con voz respetuosa.

— Ah, mi pequeño Sagraves, como se ve que usted no conoce á estos *vividores* del gran mundo. El príncipe ha llegado á no tener otro recurso que el casamiento. Nadie le presta, y él no puede vivir sin su lujo. Si la Canalejitas tiene un buen dote, no *hará ni una ni dos*, la pedirá en seguida.

— ¿ Y usted cree que se la den ?

— Está seguro que sí. Después de todo, si no es

esa, será alguna otra. Alguna americana del Norte por ejemplo. Esas hijas de la libre América se vuelven locas por los títulos.

Sagraves no creyó que debía insistir.

— ¿Entonces, dijo, usted quiere que yo vaya ahora mismo donde Jacob?

— Ahora mismo, para que pueda usted avisarme que él está de acuerdo, antes que vuelva el príncipe esta tarde. Usted sabe lo ejecutivo que es; llegará impaciente por recibir una buena noticia.

— Me voy al instante, dijo Ignacio saludando humildemente.

Rosa lo llamó cuando torcía el picaporte de la puerta.

— Usted sabe, mi pequeño Sagraves, discreto como un pescado.

— ¡Ah, señora! pierda usted cuidado; secreto profesional.

Llegó á sonreirse, con la idea de ganar algunos francos, al usar esa frase, convertida ahora casi en estribillo en la vida judicial y en la política.

XI

Una sombra de temerosa incertidumbre obscurecía, entretanto, la existencia de Mercedes y la de Patricio. La primera impresión al conocer la respuesta suspensiva de Canalejas, fué de que, no siendo una redonda negativa, ella les permitía divisar un punto luminoso en el porvenir. Aunque separados, la posibilidad de asilarse á una esperanza unió sus corazones al través del espacio, en la vibración de una alegría de amor, con la dulzura de esperar, esa especie de convalecencia de los desconsolados.

Patricio buscó entonces algún medio de comunicar con la joven. Bajo la influencia de las dos hermanas casadas, la vigilancia ejercida sobre Mercedes había redoblado de severidad. Las citas del Palacio de Hielo cesaron forzosamente con la clausura de ese gran centro de galantería para el grande y el medio mundo de París. En las mañanas, apenas si era dado á Fuentealba cambiar con Mercedes la ansiosa mirada de los amantes perseguidos, cuando iba y volvía del templo con la abuelita. En el día, doña Quiteria llevaba en carruaje á la chica en vez de dejarla salir sola con mademoiselle, como antes acontecía generalmente. Mademoiselle misma, temerosa de ser vigilada y de perder una colocación lucrativa y agradable,

evitaba encontrarse con el joven cuando éste la esperaba cerca de la casa, á las horas en que salía con Benjamina y Nicolásito. Era aquello una red invisible, que había ido extendiéndose poco á poco, una valla misteriosa que encontraba por todas partes el joven en sus tentativas para acercarse á su amada.

Al recibir la contestación de Canalejas, figuróse Patricio que el celoso extrañamiento suavizaría su rigor y que Mercedes encontraría algún modo de comunicar con él. Pero eso fué la ilusión de pocos días. Las horas habían pasado, con su mortificante duración, sin traerle una sola palabra, una sola noticia de la chica. El mozo empezaba á sentirse como el que tras largo insomnio, espera angustiado la luz del día que no llega, algún rayo de luz que disipe la impaciencia febril de las tinieblas. Había acudido á Campaña, que contestó no saber nada de Canalejas ni de ninguno de su familia. Había acudido á Gordanera, y encontrándolo con tercianas, incapaz de pensar en otra cosa que en su salud, tomando sulfato de quinina en grandes dosis, y declarando, con los juanetes de las mejillas convertidos en cerezas lucientes, que no volvería á poner los pies en casa de su cuñado, ni le tocaría el asunto de Fuentealba, aunque lo viese, hasta que Canalejas viniera en persona á darle una contestación definitiva. Jenaro había puesto término á la entrevista con su consejo favorito, que él se guardaba de seguir :

— De todos modos, amigo, piense mejor en volver á su tierra. Si le dan la chica, váyase con ella; si no se la dan, márchese solo y cátese allá. En nuestros países necesitamos población, hombres que la aumenten y que trabajen. ; Yo no comprendo esta manía de todos nuestros paisanos de querer siempre vivir en Europa!

Y, tosiendo, despedía con la mano á Fuentealba, con su sonrisa amarilla de hombre bilioso, descon-

tento de que el joven viniese á importunarle con su majadería de casamiento, « como si él tuviese salud y ánimo para estar pensando en las tonterías de los otros ».

De casa de Gordanera volvió Patricio á buscar á Campaña. Necesitaba evitar la soledad, descargarse del peso de la incertidumbre y calmar su espíritu agitado con proyectos de violenta impaciencia. « El positivista era hombre de consejo, siempre dispuesto á servir en su voluntaria misión de altruismo. Él le indicaría tal vez algo práctico para tener noticias de Mercedes y poder comunicar con ella ».

— Llamemos á Juan Gregorio; por él, acaso, llegaremos á saber algo. Voy á escribirle, convidándole á almorzar para mañana, dijo Campaña.

— Si tiene necesidad de que le prestes plata, vendrá, observó Patricio, aprobando la proposición de su amigo.

Al día siguiente, desde las doce, esperaban al joven Canalejas, que había aceptado el convite por medio de un *pequeño azul*. Pero Juan Gregorio llegó después de la una y media.

— ¡Convidar á las doce! ¡En qué país viven ustedes, mis amigos! exclamó al entrar con su voz apagada de laringitis crónica.

Vestido con exageración de las últimas modas, acicalado y perfumado, se dejó caer sobre una poltrona, y apoyó la cabeza al respaldo; puso el pie derecho sobre el muslo izquierdo, acariciando el reluciente zapato de charol, que dejaba ver una fina media de seda. En esa actitud continuó sus quejas de chanza sobre la temprana hora en que Campaña lo había hecho levantarse, con su convite, á almorzar á las doce.

— Tú te figuras que Passy está en el otro hemisferio, y me tomas por un *antípoda* para hacerme levantar al amanecer, confundiendo las horas, decía des-perezándose.

La criada de Campaña, una vieja normanda, que servía de cocinera y de ama de llaves, anunció que el almuerzo estaba en la mesa.

— Pero, vamos á ver, ¿á qué hora te levantas tú todos los días? preguntó Patricio al joven Canalejas cuando desplegaron las servilletas.

— En primer lugar, yo no me levanto todos los días, respondió sentenciosamente Juan Gregorio.

— ¡Bah! ¿te quedas en cama?

— Me quedo en cama en el día, y me levanto en la noche para ir á cenar.

Al hablar atacaba las ostras con un apetito juvenil.

— No me levanto en el día cuando me siento molido, añadió paladeando una copa de vino blanco.

— Château anónimo, ¿eh? preguntó á Campaña mostrándole la botella.

— ¿Lo encuentras malo?

— No será, en todo caso, un rival temible del *Château Yquem*.

— El lujo en que vives te pone muy exigente, le dijo Fuentealba.

— ¡Háblame de lujo! Mi lujo es la miseria dorada. El padre Canalejas me tiene á la cuarta. Si no fuera por el crédito, esta mina que hace vivir á tantos en París, no me quedaría sino el Sena, ó asesinar al tío Jenaro.

Juan Gregorio acabó la última frase con una alegre risotada, bebiendo después una copa llena.

— Tu tío está enfermo, ¿no lo sabías? díjole Campaña.

— Si es de gravedad, dará prueba de querer cumplir con su deber, dijo Juan Gregorio.

Y agregó en seguida, respondiendo á la mirada interrogativa que veía brillar en los ojos de sus dos amigos:

— Porque es el deber de todo tío rico saberse morir

á tiempo para sacar de apuros á sus sobrinos.

— Si les deja lo que tiene, observó Patricio.

— Toda herencia es un problema de psicología, dijo Campaña; no te descuides con la de Gordanera.

— ¡No faltaba más! exclamó airado Juan Gregorio.

Y como tranquilizándose :

— No tiene más parientes cercanos y queridos que nosotros; ¿á quién quieren ustedes que deje de herederos?

— Suponte que por seguir su tema de que todo hispano-americano que esté por acá debe volverse á su tierra, ponga por condición á la herencia, que ustedes deben regresar á su país para poder recibirla; ¿qué harían ustedes?

— Lo que haríamos es muy sencillo : papá se iría con los chiquillos y me enviaría de allá lo que me corresponda. Y entonces, ¡rompa la música! yo bailaré aquí un *adelante dos* de lo lindo con Mimi Pata Volante y algunas otras de sus congéneres.

Animábase con la idea de la herencia posible. Sus mejillas pálidas de chico disipado, se cubrían del carmin de una alegría infantil, mientras entonaba, marcando el compás con el cuchillo y el tenedor, alguna canción en boga de café concierto.

— Sí, hijos míos, ¡corta y buena! ¡tal debe ser la vida! ¡Esa es mi divisa!

Llenó él mismo su copa, y repuso, después de apurarla :

— ¡Ah! ¡ustedes no comprenden eso, ustedes son *juego viejo!* Patricio marcha detrás del deber como esos beatos que van alumbrando en las procesiones de nuestra tierra. Tú, Campaña, vas perdido en el laberinto de tus teorías altruistas, con la singular manía de hacer bien á la humanidad, á esa vieja incorregible, á la que nadie ha de curar de sus vicios, hijos del pecado original, engrosados como bola de

nieve, al rodar de generación en generación hasta nosotros.

Y siguió así hablando en su tono burlón de escepticismo *chic*, con el aire irónico de quien no admite que haya nada de serio en la existencia. « Campaña y Fuentealba eran pobres ilusos. Según él, sacrificaban los goces reales del mundo á la tranquilidad monótona y egoísta de los que van, como los carneros, unos en pos de otros, por la senda estrecha y espinosa de lo que llaman virtud ». Se reía de ellos con su experiencia imaginaria de viejo artificial, que ha recibido la ciencia infusa de la vida entre los camaradas de los *bars*, donde se absorben las bebidas de fuego norteamericanas.

Los otros lo dejaron desarrollar así sus teorías de colegial *cimarrón*, sus jactancias y baladronadas de mozo inútil, hasta que la evolución del pensamiento lo hubo traído á su punto de partida, á su fórmula favorita de « corta y buena », en la que Juan Gregorio sintetizaba lo que á su juicio debía ser el credo de la humanidad.

— Y ahora, chico, díjole Patricio, vamos hablando de cosas serias.

— En tal caso, á ustedes les toca hablar; yo les cedo la palabra.

El almuerzo, en ese momento, había terminado. La vieja normanda entraba al comedor trayendo el café. Juan Gregorio la detuvo con el ademán :

— ¡Aquí no, madama Pattard! exclamó escandalizado; para tomar el café después del almuerzo debe cambiarse de pieza, sobre todo cuando las sillas del comedor son como éstas, madama Pattard, que parecen fabricadas para dar una idea de los potros de tormento que usaba la Inquisición.

En la pequeña sala, Juan Gregorio se recostó sobre el sofá como si llegara de una larga marcha, sacó de su cigarrera un menso habano y se puso á sorber

su coñac y á fumar con recogimiento de profundo sibaritismo.

— Vamos, pues, á hablar de cosas serias, repitió Patricio.

— Quieres decir de cosas fastidiosas; todo lo serio es aplastador, interrumpió Juan Gregorio, tomando un aire de resignación.

Campaña se interpuso. Era visible que Patricio, en asunto que lo afectaba tan íntimamente, iba á dar un tono solemne á la conversación.

— Tienes razón, chico, le dijo con la alegría simpática de sus ojitos penetrantes; te queremos hablar de un asunto fastidioso para Patricio.

— Te veo venir, Campaña, hijo mío; se trata de la petición matrimonial.

— Justo, exclamó Fuentealba inquieto.

Juan Gregorio soltó una corta carcajada que hizo palidecer á Patricio.

— Dispénsame, querido, dijo incorporándose en el sofá; para mí, el hombre que quiere casarse, y sobre todo casarse por amor, es un fenómeno curioso. Por interés... pase, si la talega del dote es pesada; ¡pero por amor, querido, cuando el único amor verdadero es el amor libre! ¡Palabra de honor, ustedes me pasan!

Se dejaba caer sobre el sofá, con las manos alzadas hacia el techo, haciéndolo testigo de la aberración de aquellos dos hombres jóvenes que hablaban seriamente de matrimonio.

— Eso está muy bien, contestó Campaña; pero aquí no hablamos de lo que tú prefieres, sino de lo que interesa á Patricio.

Juan Gregorio preguntó con aire de sinceridad, pero sonriéndose:

— ¿No te parece que cuando uno no tiene nada agradable que decir á lo que van á preguntarle, es mejor tomar las cosas á la broma?

Los jóvenes se miraron perplejos. La brusca franqueza del muchacho, convertía en dura certidumbre la duda en la que Patricio hallaba una vaga esperanza.

— Este loco, dijo Campaña, sabe ser sensato cuando quiere.

Patricio no se contentó con el desahucio en globo de las palabras del jovencito.

— Pero, vamos á ver, le dijo palpitante bajo el silencio moral de la angustia que le oprimía el corazón; ¿qué es lo que tienes que decir de desagradable?

Juan replicó con otra pregunta:

— Y tú, ¿qué es lo que quieres saber?

— ¡Quiero saber, exclamó, si tu padre consiente ó no en darme la mano de Mercedes!

— ¡Ah, mi pobre amigo! me haces el efecto de un hombre primitivo. ¡Cómo! Vives aquí en este centro de civilización, ves el lujo que gasta mi familia, sabes que no aspira sino á *desrastacuerarse* y me preguntas si mi padre está dispuesto á darte la mano de mademoiselle de Canalejas! Palabra de honor, te encuentro inaudito. Querido, ¡permíteme caer en éxtasis delante de tu inocencia!

— Entonces es una negativa resuelta, intervino Campaña.

— Me parece, contestó Juan Gregorio.

— Pero, ¿por qué tu padre no lo dice entonces? preguntó Fuentealba, trémulo de despecho y desconsuelo.

— Ese silencio es un *desaire* para tu tío Gordanera, que fué á hablar á tu padre á nombre de Patricio, observó el positivista.

— Pero sería mayor *desaire* aún contestarle con un no redondo de una vez, replicó Juan Gregorio.

Incorporóse sobre el sofá, para que lo oyeran mejor.

— Ustedes, añadió con su sonrisa irónica, me hacen el efecto de vivir en un estado de inocencia incur-

ble: el estado de gracia en que se supone vivieron algunos bienaventurados. De otro modo habrían comprendido la situación sin necesidad de convidarme á almorzar (y de darme á beber *château anónimo*, en lugar de un buen champaña, sea dicho entre paréntesis), para someterme á este amistoso interrogatorio. Vamos á ver, siganme ustedes en este raciocinio: ustedes confían el papel de principal parlamentario al tío Jenaro porque le suponen la influencia que debe tener un hombre rico y achacoso sobre los que se creen llamados á heredarlo; se le da por los presuntos herederos una contestación dilatoria; entre tanto se pone en secuestro á la chica para que no pueda tener la menor comunicación con el pretendiente; transcurren los días y los días sin la menor respuesta al parlamentario rico y achacoso; y á pesar de tan claros antecedentes, ¡me convidan ustedes para sonsacarme qué es lo que pasa! Pero, mis queridos amigos, ¡lo que pasa salta á los ojos! No se quiere ofender al pariente rico y achacoso (es preciso no perder de vista esas dos cualidades, de las que la segunda dobla el valor á la primera), y en lugar de darle con la puerta en las narices, se gana tiempo, se le previene que *por ser él* se llega á vacilar, en vez de mandarlo á paseo con su pelagatos de pretendiente, y se deja á éste que tasque el freno hasta que se resigne á su suerte.

Después de esta arenga se dejó caer otra vez sobre el sofá, extenuado por aquel largo esfuerzo, y terminó, á manera de conclusión sacada de su raciocinio:

— Patricio, amigo, debes renunciar á esa locura.

— ¡Jamás! exclamó Fuentealba, paseándose agitado en torno de la pequeña sala.

— ¡Qué diablos! es preciso ser filósofo, replicó Juan Gregorio, doliéndose casi de la penosa turbación que reflejaba el rostro del joven. En el caso tuyo, esa filosofía es muy fácil, porque siendo buen mozo, en

todas partes encontrarás mujeres bonitas deseosas de consolarte.

Patricio, con un violento encogimiento de hombros pareció exclamar :

— ¡Eh! ¡qué me importan las otras mujeres!

Pero Juan Gregorio era sincero en su consejo y le parecía incomprendible aquello de que un hombre pudiera desdeñar otras conquistas por estar enamorado.

— Y ahora pienso, exclamó persiguiendo su idea; tú conoces á Rosa de Montestruc. ¿La conoces tú, Campaña? Una mujer espléndida, por la que se han arruinado tres príncipes y un banquero; pues bien, la Montestruc tiene un *béguin* por tí, Patricio. En tu lugar yo me consolara con ella.

— ¿Qué es eso de un *béguin*? preguntó riéndose Campaña.

— En el mundo galante, contestó Juan Gregorio, es una pasión desinteresada de una mujer por un hombre.

— ¿Y cómo sabes tú que la Montestruc tiene, como tú dices, un *béguin* por Patricio?

— Me lo ha dicho ella misma. Rosa no tiene secretos para mí.

Pronunció esa contestación con aire de importancia, creyendo que ella debía darle gran prestigio en el concepto de sus dos amigos.

Campaña, con ironía :

— ¡Confidente de una gran cocota! ¡Para un mozo *chic* no deja de ser!

— ¡Ya lo creo! Y si ella tuviera un *béguin* por mí, ¡yo no sería tonto como Patricio!

Luego, dirigiéndose á éste :

— Déjate de amores platónicos, hombre; eso es muy viejo juego, y renuncia á *mademoiselle de Canalejas*.

Fuentealba se detuvo, mirándolo entre risueño y serio :

— ¿Te han dado encargo de hacerme renunciar á Mercedes?

— De ninguna manera; es mi opinión personal. Por lo que sé de la opinión de la gente de mi casa, todos están contra ti.

— ¿Quiénes, todos?

— Mis padres, mis hermanas, mis cuñados.

— Doña Regis no está contra mí, estoy seguro, replicó Fuentealba con gran convicción.

— Mi abuelita no cuenta. ¿Quién va á hacerle caso á la vieja?

— Pero Mercedes cuenta, me parece, y yo la he pedido con su autorización.

— Mademoiselle de Canalejas tampoco cuenta; es menor de edad, y tiene que obedecer á sus padres.

— Pero, en fin, preguntó Patricio impaciente, ¿en qué se funda la negativa de tu padre? ¿Qué tiene que reprocharme?

Juan Gregorio contestó con una exclamación:

— ¡Se te reprochan tres cosas, querido, como en el juego de prendas de la berlina! ¿Por qué está Patricio en la berlina? Por *rastá*, por pobre y por plebeyo.

— ¡Pero todos ustedes son tan *rastá* como yo! ¡Tus dos cuñados son plebeyos y *archirrastás*!

— Pero tienen la nobleza del dinero, que quita el otro defecto dirimente, replicó Juan Gregorio. Ya ves que á nosotros nos convidan á muchos salones de los más elegantes, porque papá Canalejas tiene *la galleta*.

— Los convidan para sacarles plata.

— ¿Y cómo no convidan á los tenderos ricos, ó los industriales ricos? arguyó el mozo en tono triunfante. Porque el código social francés permite á la gente de tono, y aun á la nobleza francesa, recibir á los extranjeros ricos y hasta aliarse, por casamiento, con ellos, sin averiguar quiénes son; pero no les permite emzclarse ni contraer alianzas de familia con los ten-

deros ó industriales franceses, porque eso es *encanallarse*.

— Así ustedes, repuso Patricio, con ponerse *de Canalejas*, en vez de quedarse lo que son, *Canalejas pelado*, pueden pasar aquí por nobles; ¿quién ha de ir á averiguar en nuestro país lo que son ustedes?

— En fin, hijo mío, sea como fuere, las objeciones son esas y nadie hará cambiar á papá *Canalejas*, dijo Juan Gregorio.

— Que daría, sin embargo, su hija al príncipe de *Rœspinsgbrük*, aunque éste no tenga en qué caerse muerto! exclamó *Campaña*.

Juan Gregorio se incorporó sobre el sofá para contestar:

— Sí, tiene sus acreedores, que son capaces de prestarle más dinero para que pueda casarse y pagarles con el dote de la mujer: el crédito es un gran capital.

— Sobre todo para los trampistas, exclamó Patricio.

— Además, repuso con calor Juan Gregorio, el príncipe tiene grandes probabilidades de suceder á su hermano en el trono.

— Matándolo: dicen que es bien capaz de hacerlo, replicó sarcástico *Fuentealba*. Y para hacer creer en París que las probabilidades de heredar el trono están en su favor, tu príncipe se lleva haciendo publicar en los diarios noticias deplorables sobre la salud de su hermano el príncipe heredero.

Fuentealba lanzó esa frase á Juan Gregorio, brillándole los ojos de desprecio por el ardid de su rival.

— ¡Eh, eh! no es mal inventado, exclamó Juan Gregorio riendo, y agregó dogmáticamente:

— En la lucha por la vida es una bobada el andarse con demasiados escrúpulos en la elección de las armas.

Campaña se reía. Su benevolencia de hombre que

perdona las debilidades y las aberraciones humanas, lo hacía divertirse con las teorías de Juan, mientras que Fuentealba se indignaba con el cinismo del mozo.

— ¿Es también la opinión de tu padre? preguntó á Juan Gregorio.

— ¡Ya lo creo! Papá es hombre práctico y está, como dicen, *en el movimiento*.

— Es decir, ¿que le daría su hija al príncipe si éste la pidiese?

— ¡Por supuesto! ¿Te parece poco entrar en la familia de un príncipe que puede llegar á ser soberano?

— Pero dicen que está archiarruinado, exclamó Campaña.

— El Estado le pagaría sus deudas, respondió Juan Gregorio con tranquila confianza.

— El Estado sería tu padre, observó Campaña.

Juan Gregorio replicó burlón :

— Toda la familia aprobaría tan honrosa colocación de fondos, porque sería una inversión á plazo, ¿no ven ustedes? Al príncipe no podrá faltarle con qué pagar después. ¡ Un soberano !

Exacerbado con la cachaza de Juan Gregorio, Fuentealba no pudo reprimirse.

— Felizmente que Mercedes no consentirá en una infamia como esa, exclamó sombrío.

El mozo Canalejas le contestó risueño con un dicho francés :

— Eh, querido, *quien viva verá*; no te digo más que eso. Yo no metería mi mano al fuego por la constancia de ninguna mujer.

Sin imaginarlo, el hermano de Mercedes despertó con esas palabras el temor constante que pesaba sobre el ánimo de Fuentealba. No dudaba de la fidelidad de la chica, sino de su falta de energía ante la volun-

tad de sus padres. Campaña leyó la penosa impresión en el rostro de su amigo.

— Todo eso está bien, Juanillo, dijo; ya sabemos que tú eres un escéptico; pero no llegará el caso, me parece, de poner á prueba la constancia de tu hermana.

— ¿Ah? ¿Por qué?

— Porque si el príncipe cree realmente que tiene probabilidades de sentarse en el trono, no la pedirá, sino que buscará alguna princesa rica.

Sonriéndose con aire de malicia, Juan Gregorio se volvió hacia Patricio:

— ¿Qué te parece el altruista? No estaría malo para juez sumariante. ¡Mira qué modo tiene de sonsacarme si sé algo sobre las intenciones del príncipe!

— No era ese mi propósito, replicó Campaña; pero ya que lo interpretas de ese modo, te preguntaré francamente lo que sabes sobre esto. Hace ya tanto tiempo que se corre que el príncipe quiere casarse con tu hermana, sin que la haya pedido, que yo creo realmente lo que te decía.

— Es cierto, hasta ahora no la ha pedido; pero ahora la va á pedir, replicó Juan Gregorio.

Patricio se demudó visiblemente.

— ¿Lo sabes de un modo seguro? preguntó con ansiedad.

— Perfectamente seguro; es Guy de Morins, el más íntimo amigo del príncipe, que lo ha dicho á mi hermana Milagros.

Campaña y Fuentealba se miraron con alarma. La crónica mundana, en sus rumores impalpables, les había llevado el de la tierna intimidad que parecía reinar entre la de Palomares y el conde Guy.

— Vaya, les diré más, repuso el jovencito, ufano de hallarse tan al corriente de las intenciones del príncipe; de Morins ha asegurado á Milagritos que mañana, en el baile de la duquesa de Vieille-Roche,

el príncipe anunciará su intención á Mercedes, y que la petición oficial será hecha al día siguiente.

— ¡Pues bien, que la pida! exclamó Patricio con fiebrosa agitación; yo insisto en asegurar que Mercedes no permitirá que dispongan de ella sin su consentimiento.

— Ya ves que soy franco, querido, dijo Juan Gregorio levantándose y tomando su sombrero. Por eso te decía que renunciases á esa locura. Consuélate con la hermosa Montestruc. Tiene por ti un famoso *béguin*; soy yo quien te lo digo.

Fuentealba volvió á protestar. « Jamás renunciaría á su amor. Ya habian pasado los tiempos en que la voluntad tiránica de un padre podía consumir la eterna desgracia de una hija. Mercedes resistiría. Ella no estaba contaminada con esa *locura de grandezas* que habia trastornado el sentido á sus padres y á sus hermanas. »

Aquí Juan Gregorio lo interrumpió exclamando:

— ¡Pues se pasa de buena! O más bien, me parece que te forjas ilusiones más que quiméricas, querido mío. Las muchachas se figuran que el amor lo suple todo mientras que nada les hace falta. Pero, ¿cómo te imaginas que una chica criada en el lujo, que sólo se pone trajes de Worth, de Doucet, de Paquin, que no sabe ni vestirse, ni peinarse, á quien viene á arreglarle las manos todas las mañanas la *manicura* y á escobillarle las uñas con polvos rosados para que parezcan de pálido coral; cómo puedes creer, Patricio querido, que esa criatura podría ser feliz con la más que modesta posición que podría darle un empleadillo de á mil francos al mes?

— Mercedes no es ambiciosa ni vana como sus hermanitas, objetó Fuentealba; ella no quiere grandezas; ¿por qué no la dejan libre en su elección?

— ¡No es ambiciosa! Es decir, que cree no serlo, y lo piensa de buena fe, porque está enamorada de ti.

¡Vaya, me parece que soy franco y hago todas las concesiones posibles! exclamó Juan Gregorio, animado con la discusión, paseándose por la estancia con las manos en los bolsillos y aproximándose con frecuencia á sorber un traguito de *chartreuse*, deteniéndose frente á Patricio.

— ¡No es ambiciosa! Y bien, ¿qué hay con eso? Querido, no es ambiciosa; pero es la pequeña trasplantada, la mujercita artificial que sólo conoce el lujo de la familia y no sabe lo que cuesta ese lujo. Pues yo te voy á decir una cosa, que va á pasarte de seguro, y es esto: que yo te hallo más que valiente; te encuentro temerario en tu pretensión de sacar á una muchacha como esa de su lujo, de sus ocios dispendiosos, para ofrecerle lo que tú llamas una posición modesta y que yo llamaría la miseria negra. ¿Piensas tú que esa chica podría jamás creerse feliz con vestiditos de diario hechos por alguna detestable costurerilla, y con uno ó dos de *gala*, para visitas, hechos en el Bon Marché ó en el Printemps? ¡La infeliz se consideraría deshonrada y no se atrevería á ver á ninguna de sus amigas! ¡Pero, hijo mío, esa chica te arrojaría todas las mañanas, con el pensamiento, una buena maldición, porque no eras capaz de ganar lo suficiente para darle todo lo que ha estado acostumbrada á ponerse!

Decía todo esto con su tono burlón de chicuelo parisiense, mezclando el francés y el español indistintamente, tomando la palabra que le parecía más adecuada, siempre con la misma facilidad, con el vivo colorido de la imaginación meridional, el aplomo enfático del mozo trasplantado, que no alcanzó á recibirse de bachiller en letras, pero que ya lo sabe todo y no se arredra de dictaminar *ex cátedra* sobre cualquier materia.

Patricio, contrariado é impaciente con la verbosidad del mocito, al que su intimo parentesco con Mercedes salvaba sólo de alguna dura respuesta, oía si-

lencioso. Campaña, por el contrario, fijaba en Juan sus ojitos penetrantes de observador. Interesábase en esa disertación social, reflejo del modo de ser de la gente de su raza establecida en París, eco de las ideas, de las preocupaciones, de las aspiraciones de esa sociedad de trasplantados, formada en el corazón de la gran capital, uno de sus elementos característicos ahora, por su lujo, sus fiestas, sus pretensiones. Aquello, para el joven positivista, era un curioso fenómeno psicológico: la transformación del alma hispano-americana al calor reverberante del horno parisiense.

— ¡Hombre, Juanito! exclamó; ¿de dónde te sale tanta experiencia?

— De lo que oigo, de lo que palpo, de lo que siento y veo sentir, querido. Ustedes, con los años que tienen más que yo, son unos ignorantes en esta materia. Ustedes son de los hispano-americanos que vienen á estudiar, á observar, á gozar y aprender en Europa; son de los que vienen y se van á su tierra muy contentos, pensando en aquellos goces de la familia, que nada iguala según dicen, sin sospechar que llevan inoculado el *microbio* de la vuelta. Pero, en fin, regresan á la patria sin haber alcanzado muchas veces á conocer, no digo á profundizar, nuestro mundo de trasplantados, venido de todos los países de Hispano-América, radicado aquí, sin saber por qué muchas veces; un mundo que poco á poco se va contaminando con el ejemplo de los que encuentra transformados ya por una larga residencia, trabajado por la pretenciosa manía de figurar en París y de parecer europeos.

Hizo una pausa para encender un segundo habano y repetir el traguito de chartreuse, que le daba, decía, «una *supervida*» en su organismo precozmente debilitado. Después prosiguió sin cuidarse de la actitud sombría de Fuentealba, alentado por la benévola sonrisa de Campaña.

— Nosotros, los Torrevieja, los Fuenteviva, los Altamura, los Terrazábal, aunque de distintas secciones de la América latina, somos esa gente: los verdaderos trasplantados, los que aspiramos al *chic*, á frecuentar la sociedad europea, los que no consideramos de tono á nuestros paisanos si no son ricos, los que reivindicamos títulos de España cuando podemos, ó los compramos ó inventamos si fueron patanes nuestros abuelos. ¡Y es en esa atmósfera de vanidad, en esa atmósfera de adoración de la grandeza que se figura Patricio que ha crecido la planta rara: ¡una muchacha modesta, que se contentaría con una posición subalterna con tal que tenga por marco el amor! ¡Eh, querido! ¡ese marco se desgastaría, se descascararía con el frotamiento diario de las contrariedades! ¡No tener coche como la Fulanita, llegar en algún infame *fiacre* el día de la señora Tal, no tener vestidos como aquella amiga ni sombreros como aquella otra! ¡Pero eso sería la abominación de las abominaciones, la desolación de las desolaciones! ¡Ah, y la idea de tener que irse á la tierra con el marido pobre, mientras que todas las amiguitas elegantes se quedan gozando en París! Mira, chico, piénsalo bien. Papá Canalejas te hace un famoso servicio al cerrarte las puertas de su casa. No hay más que consolarse con la bella Rosa y que ruede la bola. La vida corta y buena; yo no conozco más que eso.

Sacó precipitadamente el reloj y se abalanzó sobre el sombrero.

— ¡Ah, diantre! exclamó; ¡y Mimi Pata Volante que me está esperando! ¡Adiós, adiós!

Pero al llegar á la puerta se detuvo.

— ¡Y se me iba á olvidar! Campaña, querido chico, ¿tienes por ahí doscientos francos?

El positivista sacó dos billetes del cajón secreto de su escritorio y los pasó á Juan Gregorio con amistosa prisa.

— Aunque no quieras ser nuestro aliado, le dijo.

— No, no; en eso estoy con papá Canalejas. Necesitamos entrar en la nobleza, y que nadie nos llame *rastaquouères*. Estos pícaros, añadió golpeando sobre los dos billetes, cárgalos á la cuenta.

— No tenemos necesidad de ti, le replicó Campaña; tenemos por aliado á tu tío Jenaro.

— ¡Ah! no lo dudo. Ése, con tal que no le pidan plata, siempre está dispuesto á servir á los amigos con sus consejos. Y eso cuando no está enfermo, lo que le pasa todos los días.

Hizo una especie de saludo militar, y salió riéndose y tosiendo al mismo tiempo.

— ¡Adiós, queridos! tomen la vida como yo: ¡corta y buena! Después de mí, ¡el fin del mundo!

XII

— Ese loco calumnia á su hermana, dijo Patricio viendo alejarse á Juan Gregorio. Mercedes no ha sido criada por la casquivana de su madre. Su abuelita la ha substraído al contacto y al ejemplo de las dos mayores, modelos acabados de la ligereza inconsciente, de ra superficialidad pretenciosa que puede hacer germinar en un cerebro de muchacha hispano-americana trasplantada á Paris, una educación sin criterio.

Y Fuentealba continuó así, nervioso, delante de Campaña, que callaba. Era como si reflexionase en alta voz. Un soliloquio de su espíritu, la forma hablada de su idea dominante, la tiranía del pensamiento sobre el que las contrariedades del amor ejercen su exclusivo y doloroso dominio. «No era en tales defectos, engendrados ó permitidos por la voluntad de los padres, las más veces, donde existía para él el peligro. En punto á sentimientos, en punto á elevación de espíritu, en punto á nobleza de alma, él sabia que el corazón de su Mercedes era superior á todas esas debilidades. La chica, como ser moral, tenia para él la pureza de las ligeras mariposas que apenas rozan la tierra y sólo se posan sobre las flores, conservando siempre inmaculado el terciopelo de sus alas. Ningún impulso de vanidad, ninguna pequeñez de emulación

podía albergarse en su rubia cabeza ni turbar la diáfana virginidad de sus sensaciones. Pero esa misma serenidad moral, esa exquisita armonía de todo su ser, la privaban de las facultades vibrantes de la pasión. Sabía sufrir tranquilamente. Era incapaz de un acto de rebelión contra la tiranía que hoy los separaba. Se sometía sin resistencia á la voluntad de sus padres, sin darse cuenta de que el amor crea también deberes recíprocos, ante los cuales debe ceder la ley de esa voluntad si es injusta. El peligro estaba ahí, repetía el mozo, en esa conformidad pasiva de muchacha tímida, sometida al conjunto de voluntades adversas de toda su familia. Si no fuese así, ¿por qué no hallaba medio de enviarle una palabra de consuelo, algunas líneas alentadoras arrojadas á hurtadillas, quién sabe cómo, de alguna manera que no podría faltarle? »

Campana, para calmarlo, ensayó disculpar á la chica. Vigilada por todas esas voluntades adversas de que hablaba Patricio, ella vivía sin duda en un perfecto estado de secuestro. Las explicaciones de Juan Gregorio lo demostraban bien claro. Mercedes era más digna de lástima que él. Libre de sus acciones, Patricio podía engañar con la actividad del trabajo, el punzante desconsuelo de la separación sin esperanza, mientras que la pobre chica era un ser pasivo, « producto de nuestra educación católica », dijo dogmáticamente el positivista; esa educación que tiende á suprimir toda independencia en la muchacha soltera, como hace el horticultor con las ramas de los árboles jóvenes, sujetándolas á desarrollarse á su antojo, atadas á un enrejado, en vez de dejarlas crecer según el impulso de su naturaleza.

Patricio lo interrumpió. Volvía sobre su idea, con la irritación de los enamorados, siempre dispuestos á dudar de la mujer que aman, cuando no les dan pruebas constantes de amor, aunque sea á riesgo de per-

derse... « ¡Ah! ¡Él no le pedía lo imposible! Ella sabía muy bien que con dos palabras, diciéndole que sabría resistir á sus padres, que le sería fiel á toda costa, lo sacaría de la horrible tortura de la duda en que debía suponerlo.

» El silencio de la joven le bastaba para acusarla de excesiva timidez. Ella no podía ignorar que las intenciones atribuidas al príncipe habrían de llegar á oídos de él. Y en ese caso, ¿cómo no se figuraba la cruel inquietud que debía destrozarle el corazón ante la idea de que ella no supiese resistir á la autoridad de su padre? »

— Y entre tanto, ya lo ves, concluyó con la exaltación que su propio razonamiento había encendido en su espíritu; ¡nada, ni una sola palabra! ¡Por no comprometerse prefiere sacrificarme!

Con su tendencia filosófica de positivista, Campaña miraba el caso de su amigo como uno de aquellos en que el razonamiento puede hacer oír la voz de la justicia, apagar el hervor de la pasión como cesa el vapor del líquido que hierve al recibir una corriente de agua helada.

— Vamos, no seas injusto. ¡Pobre chica! La estás juzgando con tu egoísmo en vez de oír únicamente á tu razón.

Fuentealba no pareció hacerse cargo del reproche. Espíritu práctico, seguía rectamente su idea de poner término á la situación de dudas que le creaba el largo silencio de Canalejas.

— Basta de vacilaciones, dijo con aire resuelto. Es preciso arriesgar el todo por el todo. Debemos exigir una contestación categórica. El hecho sólo de hacernos esperar su respuesta, como lo hace, es una ofensa que no podemos tolerar. No andemos con rodeos, presentémonos hoy mismo á casa de don Graciano, y así lo obligaremos á pronunciarse.

— Permíteme no estar de acuerdo contigo, por lo que hace á la forma del paso que quieres dar.

— ¿Tienes dificultad de acompañarme? Iré yo solo.

Y después de un instante, sin dejar responder á su amigo, añadió con el acento de una resolución inquebrantable :

— Esto no debe prolongarse por más tiempo.

Campaña explicó, en respuesta, el sentido de su observación. No debía procederse con violencia.

Nada que pareciese un acto de intimidación podia conducir á un buen resultado. Una discusión personal, aun suponiendo que don Graciano consintiese en discutir sus indisputables derechos de padre, sería ocasionada á deplorables incidentes, á expresiones descompuestas que no pueden recogerse, á recriminaciones de aquellas en que sale lastimada igualmente la dignidad del ofensor como la del ofendido.

Fuentealba no parecía convencerse.

— Eso que tú llamas sus indisputables derechos de padre no los reconozco, arguyó. Mercedes me ama, yo soy honrado y trabajador, tengo una profesión que equivale á un capital y que me asegura el porvenir en cuanto á medios de subsistencia. ¿Dónde están, en qué pueden fundarse esos derechos de padre para negarme su hija?

— Sobre eso, querido amigo, es inútil discutir. Esos derechos están reconocidos por la ley; la chica es menor de edad.

Y al ver que Patricio arrojaba con violencia sobre la mesa, á manera de indignada protesta, el diario que Juan Gregorio había dejado, Campaña siguió diciendo :

— Miremos la cuestión por un lado práctico. No debemos proceder como tú deseas, porque nos lo impide una consideración de conveniencia y de urbanidad. Yo soy de parecer que el paso de que ahora

tratamos debe darse en la misma forma que el primero. No podemos hacer la ofensa á Jenaro Gordanera de dispensarnos de su concurso; es menester que yo me presente con él á Canalejas y no contigo.

Patricio hizo el ademán de una persona que se somete á la necesidad á duras penas.

— Como te parezca, dijo, con tal que sea pronto.

— Ahora mismo, si quieres.

Media hora después, Gordanera, al verlos entrar, les lanzó la mirada del gotoso que tiene un pie hinchado y se figura que todo el que llega va á pisárselo.

— Hoy es inútil, les dijo cuando Campaña le hubo explicado el objeto de la visita; mi cuñado sale de aquí, y todo el tiempo no ha hablado sino del baile, al que va á asistir esta noche, con su familia, en casa de la duquesa de Vieille-Roche.

Parecióle que había dicho una frase demasiado larga, y apeló á la caja de pastillas pectorales.

— ¡Caramba! esta maldita carraspera no me deja, repuso sofocando la tos que sentía venirle.

Hallaba que los dos mozos eran unos egoístas. En vez de preguntarle por su salud, venían con su majadería del casamiento.

— Ya ven ustedes: no tengo un día bueno, añadió sintiendo la necesidad de que lo compadecieran.

Sin sospechar ese singular prurito de parecer enfermo, Fuentealba creyó hacerse agradable, asegurándole que le encontraba muy buen semblante.

— Así será, pues, amigo; estaré yo mintiendo, replicó él, amostazado.

— Se puede tener buen semblante y estar enfermo, dijo Campaña conciliador.

— ¡No ve, pues, amigo! dijo triunfante Gordanera mirando á Fuentealba.

— Yo creo, al contrario, que usted ha enflaquecido desde la última vez que lo vi, agregó Campaña.

Estas palabras completaron el triunfo del valetudinario por un momento.

— ¿Qué le decía yo, amigo Fuentealba?

Mas, luego, una sombra de penosa preocupación le cubrió el semblante. Campaña y Patricio no existieron para él. Con la vista en un punto invisible, divisaba á lo lejos adelantarse una sensación de miedo, la vaga convicción de algún mal que él, en el fondo de su pensamiento, no consideraba hasta entonces sino como una simple aprensión.

— ¿Conque le parece que he enflaquecido? preguntó con una mirada de disgusto, casi de encono, á Campaña.

Este se quedó perplejo. ¿Cómo contentar á aquel maniático? Con frases vagas procuró desvanecer el desfavorable efecto de su observación.

— No, no; no esté buscando disculpas; yo sé que estoy muy flaco, exclamó. Yo sé muy bien que estoy enfermo.

Levantaba las manos, al decir esto, como el que anuncia una calamidad pública, alguna epidemia que la ciencia no acierta á detener en su marcha invasora. Para él no podía haber otro asunto interesante de conversación. Pareció que oía un despropósito cuando Patricio dijo interrumpiéndolo:

— Dígame, don Jenaro, ¿todavía no contesta su cuñado?

— ¿Sobre qué?

— Sobre mi petición de la mano de su hija.

Con la prisa del que quiere apartar una pregunta importuna:

— No, no; nada, dijo Jenaro.

Volviéndose hacia Campaña, resumió sus explicaciones sobre las causas de su enflaquecimiento.

— Es esta última bronquitis la que me ha puesto así, dijo como si nada lo hubiese interrumpido. ¿Y saben ustedes cómo me vino? Estaba comiendo en

casa de mi hermana. Y en esto, ¿no se les antoja á los malditos muchachos abrir la puerta que da sobre el jardín, sin que yo lo sintiera? De repente me vino un estornudo, y otro, y otro. ¡Y dicen que soy aprensivo! Lo cierto es que desde ese momento me sentí la carraspera en la garganta, y aquí me tienen ustedes quince días encerrado.

Aquello de haber descubierto la causa de la última bronquitis lo consolaba sin embargo. « ¡Ah! él sabía muy bien que no podía resfriarse así no más, y era muy raro que no llegase á saber la causa. En eso no había médico que supiese más que él. Era como en los remedios. Él había llegado á saber lo que le convenia, mejor que todos esos charlatanes, que sólo parecen recetar para que ganen los boticarios. »

— No, no; yo no gasto en doctores, exclamó con orgullo. Á mí no me gusta botar la plata. Eso sí, nunca me falta la quinina. Miren ustedes, aquí ando trayendo en todos los bolsillos.

Y mostraba diversas cajas con papelillos.

— ¡Todo esto es sulfato de quinina! ¡Y que vengan los médicos á decirme que pueden curarme mejor que yo!

Fuentealba, mientras tanto, llegaba al último grado de impaciencia. Muchas veces había intentado variar el curso de ese flujo de palabras, de esas explicaciones repetidas hasta el cansancio, en las que se detenía Jenaro con marcada complacencia, como el único asunto de que se podía hablar.

Al fin Patricio sacó su reloj.

— Yo tengo que irme, dijo levantándose de su asiento.

Campaña se puso también de pie.

— Cuidarse, amigos, cuidarse, les dijo Gordanera como última recomendación. Yo sólo vivo á fuerza de quinina.

Sin dejar su sillón raído, empezaba de nuevo á la-

mentarse de sus males, á envidiarles la salud, « ¡el mayor de los bienes, el mayor de los bienes! » les repetía con acento profético, como anunciándoles una verdad nueva que él acababa de descubrir.

Los jóvenes habían cambiado una mirada de inteligencia. Fuentealba puso de nuevo, terminantemente, la cuestión.

— Antes de retirarnos, señor don Jenaro, tengo absoluta necesidad de que nos diga usted si está todavía dispuesto á honrarme con su cooperación para obtener que don Graciano Canalejas dé una respuesta definitiva sobre mi asunto.

Gordanera hizo un gesto de disgusto. Aquella insistencia le parecía una falta de consideración á sus males, un egoísmo de enamorado que para nada tomaba en cuenta lo que él acababa de explicarles sobre sus achaques.

— Ya ve usted cómo estoy, amigo; si salgo, me expongo á una nueva bronquitis.

— Pero usted, personalmente, ¿qué juzga de las intenciones de don Graciano? insistió Fuentealba.

— ¡Qué se yo! Él no me ha dicho una palabra de lo que piensa hacer, contestó agitándose, doliente, en su poltrona.

Campana intervino para tranquilizarlo :

— Yo me hago cargo de que su salud no le permite á usted acompañarme; pero como Patricio desea salir de la duda en que lo tiene don Graciano, usted puede hacernos un servicio tan eficaz como si fuese en persona á verlo.

— ¿Qué servicio? interrogó inquieto.

Figurábasele que todo servicio podía acabar por una petición de dinero.

— Simplemente darme una carta para su cuñado, que se extrañaría de verme llegar solo y se figuraría que usted tiene alguna razón para no seguir patrocinando á nuestro amigo.

— ¡Ah! si no es más que eso, con mucho gusto. Escriba usted la carta, si quiere; yo la firmaré.

Discutieron los términos en que la carta debía estar concebida, y Campaña escribió :

« Mi querido cuñado :

» El señor Campaña y yo necesitamos conocer la resolución de usted tocante á la petición que personalmente le presentamos, hace ya tiempo, de parte de nuestro amigo el señor don Patricio Fuentealba. No permitiéndome mi salud salir de casa ni ocuparme de ningún asunto, doy la presente al señor Campaña, que irá, á nombre de ambos, á ver á usted mañana, á las dos de la tarde, con el indicado objeto. Ruego á usted que tenga la bondad de esperarlo, y quedo deseando que el resultado de su visita sea del todo favorable á los deseos del señor Fuentealba. »

Los dos jóvenes salieron llevando esa credencial.

— Cuidarse, amigos, cuidarse, les volvió á decir Jenaro al despedirse; ya me ven aquí encerrado por una simple corriente de aire.

Al bajar la escalera, Patricio pensó que él mismo debía ir á dejar la carta al portero de Canalejas.

— Aquí te devuelvo tu libertad, dijo á su amigo; yo voy á entregar en persona la carta al portero, para que don Graciano no tenga el pretexto de decir que no la ha recibido.

Un temblorcillo en la voz hizo comprender al positivista el verdadero motivo de Patricio al encargarse de ir á dejar la carta. Sin ser sentimental, comprendía que se aprovechase de la ocasión para acercarse á Mercedes.

— Como te parezca; pero te voy á pedir un favor: prométeme que aunque don Graciano esté en casa, no tratarás de verlo. Una entrevista tuya con el caballero podría echarlo todo á perder, si hay todavía algo que esperar.

Patricio estrechó con efusión la mano de su amigo.
— Te lo prometo.

Y partieron en direcciones opuestas, preocupados, sintiendo que desde ese momento se encaminaban á la solución del temible problema.

XIII

A medida que avanzaba en su marcha, Patricio sentía crecer su emoción. Pesimista en sus impresiones, como la mayor parte de los que sufren, no iba en alas de la expectativa de nada venturoso. Se acercaba á la casa de la chica con la vaga aprensión del que teme interrogar lo desconocido, porque la duda es siquiera una sombra de esperanza. La rapidez con que había andado lo llevó pronto al tajamar Debilly. La puerta del hotel Canalejas le hizo el efecto de una esfinge. Ahí estaba, imponente y misteriosa, como si guardara el secreto en pos del cual llegaba él, desesperanzado y temblando. « Mercedes pasaba todos los días ese umbral, miraba tal vez antes de entrar en torno suyo acaso con la esperanza de divisarlo. » La trivialidad de los objetos se animaba de una existencia; tenían indicios, ora favorables, ora adversos, sobre el destino futuro de su amor. Por un instante, sin atreverse á oprimir el botón eléctrico, sobrecogido por supersticiones desconocidas, se detuvo. Fué el momento fugaz en que el alma, en las ocasiones graves, cree ponerse en contacto con lo sobrenatural que gobierna los destinos humanos, grandes y pequeños. Luego, con decisión nerviosa, hizo resonar la campanilla.

El retintín llegó distinto á sus oídos por sobre la

pared del patio. Vió al mismo tiempo entreabrirse el postigo de la puerta destinado á dejar entrar la gente de á pie. Pero cuando apoyaba la mano sobre ese postigo para abrirlo, la cara picaresca de Nico le mostró sus ojos centelleantes de malicia y su sonrisa de muchacho travieso.

— ¡Ah, Patricio! ¿Usted por aquí? Entre, entre.

Tomaba al mismo tiempo la mano del joven y lo hacía penetrar en el patio. Ahí, junto á Nico, Benjamina, con un cordel en las manos, para saltar, manifestó al ver al mozo igual extrañeza que su hermanito.

— ¡Qué! ¿Usted por aquí? ¡Esta sí que es buena! ¿Cómo va? Verdad, tengo mucho gusto de verlo.

Le tendía al mismo tiempo una mano pequeña y bien cuidada, con una gracia coqueta de mujercita que entra en la pubertad y tiene ya la intuición de la armonía de las líneas en el donaire de su sexo.

— Y yo también me alegro de verlo, exclamó Nico, apoderándose de la otra mano del joven; usted es un buen *tipo* y me gusta.

La acogida no podía ser más alentadora. Pero Fuentealba no acertaba á explicarse la presencia de los chicuelos en el patio sin que apareciese el portero.

— ¿Y cómo se encuentran ustedes solos aquí? les preguntó.

Ellos respondieron, hablando en francés, arrebatando la palabra ó alternándose en ella, con su verbosidad meridional:

— ¡Ah! usted va á ver, vamos á decirle.

— Al *groñón* del portero le gusta dormir su siestecita á esta hora.

— Cuando estamos solos, porque toda la familia ha salido, y mademoiselle nos deja libres.

— Para encerrarse á escribir sus cartitas.

— Cartas de amor, seguro, dijo Benjamina.

— El correo sentimental de mademoiselle, según dice Juan Gregorio.

— Como nosotros cultivamos la amistad del viejo *groñón*, hemos convenido que él, á esta hora, irá á *picar una cabeza*.

— Y nosotros nos encargamos de tirar el cordón. ¡Es muy divertido!

— ¡Y las farsas que hacemos á las visitas! ¡Es de retorcerse!

— Hay una que no yerra nunca su efecto.

— Cuando tocan la campanilla, Níco tira el cordón, y se asoma á la puerta, como hizo con usted. Si es alguna visita, dice: Yo he venido á abrir porque el portero está con la peste de viruela aquí en su pieza.

— ¡Ninguno se atreve á entrar!

— Y casi todos tienen tal apuro por alejarse, que hasta se olvidan de dejar tarjeta.

Todo esto los hacía reír y saltar en la cuerda, y hacer cabriolas sin poder estarse quietos. Al cabo de algunos instantes, habiendo agotado lo que tenían que contar, se hicieron interrogativos.

— ¡Pero qué milagro es este! ¿Cómo viene usted á casa? ¿Ha hecho usted las paces con papá?

— Desgraciadamente no, dijo Patricio.

En tono confidencial, interrumpiendo sus saltos en la cuerda, Benjamina se acercó á él, diciéndole:

— No haga usted el misterioso con nosotros; nosotros somos sus amigos.

— Y sabemos todo, ¿oye usted? agregó el chico con aire de malicia.

— ¿Qué todo? ¿Qué es lo que ustedes saben?

— Miren qué farsa; todo, pues.

— Que usted quiere casarse con Mercedes, y que papá no quiere.

— Y que nadie quiere aquí: ni mamá, ni Milagritos, ni Dolorcitas.

— No hay sino la señora vieja de allá arriba, la abuelita, que está por usted.

— Á Juan Gregorio no le importa; dice que se *sacude el ojo* con eso. ¡ Juan Gregorio es tan divertido ! ¡ Ese sí que es un *tipo chic* !

Nicolasito terminaba la frase haciendo sonar la lengua contra el paladar, como un catador que prueba un buen vino.

Benjamina se puso seria, y en tono confidencial, con voz en la que se notaba un pesar verdadero :

— Y Mercedes, la pobre, se lleva llorando todo el día, dijo acercándose á Patricio.

— ¡ Cierto ! ¡ La pobrecita es una verdadera fuente de lágrimas ! agregó Nico poniéndose serio también.

— Es la única de nuestras hermanas que yo y Nico queremos, repuso la chica medio enternecida.

— Nunca me niega una pieza de cincuenta céntimos, cuando tiene, repuso el chiquillo con el tono de quien hace justicia á los méritos de alguien.

Patricio había sentido oprimirsele el corazón al oírlos. Era la primera noticia que tenía de su amada desde la carrera del Gran Premio. En su memoria, la luz del recuerdo le retrataba á la chica, vestida como en aquel día, radiante de belleza, con su traje blanco, con su mirada de amor tranquilo, mientras que los rayos del sol de junio hacían brillar reflejos de oro sobre sus cabellos rubios. ¡ Y ahora el suave rostro se cubría de lágrimas ; los labios, contraídos por el dolor, le contaban los largos días de pena, la tortura espantosa de no tener valor sino para sufrir !

— Si ella estuviese aquí yo la iría á llamar, aunque todos se pusiesen después furiosos conmigo, dijo Benjamina con resolución.

— ¡ Eso sí que sería *chic* ! ¡ una buena farsa ! exclamó Nico restregándose las manos.

— Desde el día del Gran Premio, jamás he podido verla, dijo Patricio, ansioso de confidencias, acep-

tando las revelaciones de los chicos sin escrúpulo, dominado por el deseo exclusivo de aprovechar aquella ocasión única para entrar en comunicación con la joven.

— ¡Ya lo creo! ¡Si jamás la dejan salir ahora con mademoiselle! dijo el muchacho. Juan Gregorio le hace bromas á papá y á mamá, y les dice que uno de estos días algún diario publicará un suelto: *La secuestrada del tajamar Debilly*. ¡Lo que nos reímos con la furia de papá! Benjamina y yo nos retorremos con lo que dice Juan Gregorio.

— Yo le he dicho á Mercedes que por qué no le escribe á usted. ¡Á mí me habían de oprimir así! exclamó Benjamina haciendo sonar la cuerda á guisa de látigo.

— ¡Mercedes es tan polla mojada!... observó sentenciosamente Nicolasito.

La chiquilla perseguía su idea de la correspondencia epistolar, mirando de frente á Patricio:

— Pero como ella tiene miedo, usted debía escribirle para consolarla.

— ¡He ahí una buena idea! dijo el chico saltando; ¡chic entonces! Hundido el papá, hundida la mamá. ¡Oh, la buena farsa!

— Yo le llevaría la carta, insistió Benjamina.

Se apiadaba de la tristeza de Mercedes. Era preciso consolarla. Para ella nada era más natural que escribirle.

— ¿Cierto? ¿Usted se atrevería? le preguntó el mozo tentado por aquella inesperada oportunidad.

Benjamina reiteró su oferta. « ¡Tanto peor! ¡Para qué secuestraban así á su hermana! »

Conviniéron en que Patricio iría á escribir al café vecino y volvería con la carta.

— Pronto, ¿no es así? dijole Benjamina; el viejo no tardará en despertarse.

Fuentealba, lleno de emoción, corrió al primer café,

que pudo encontrar en una de las callecitas estrechas que bajan al Sena. Era una especie de fonda-café para cocheros y jornaleros. Ahí, sobre un papel de dudosa frescura, con una pluma que á cada letra se clavaba en el papel, con un tintero al que fué preciso agregar algunas gotas de agua para convertir la borra en tinta, zumbándole los oídos, con un malestar vago de cometer una acción reprensible al admitir la oferta de Benjamina, se puso á escribir. Con palabras de fuego pintó á Mercedes su desesperación, alentándola á resistir, conjurándola de guardarle su fe, á la que él había vinculado su existencia. « Si tus padres quieren disponer de ti y casarte contra tu voluntad, huyamos, Mercedes. En cualquiera parte que estemos, juntos seremos felices, le decía. Que le escribiese una sola palabra y él vendría á esperarla donde ella le indicara. La llevaría á asilarse á alguno de los grandes hoteles de París. Con ese acto le impondrían el consentimiento á don Graciano y podrían casarse. » No le faltaron, para reforzar su proposición, varios *ejemplos de casos análogos en la sociedad hispano-americana de París*. « Y ya lo ves, ahora son felices y han evitado á sus padres el amargo arrepentimiento que habrían tenido más tarde de haberse obstinado en su negativa. » Terminaba con mil protestas de invariable amor, con fervientes súplicas de que supiese ser enérgica y se armase de valor para resistir á su familia.

Benjamina lo esperaba con el postigo entreabierto y recibió la carta. « Ella se encargaría de poner en cualquier buzón la respuesta de Mercedes, en el paseo de la mañana con mademoiselle. »

Poco después, Patricio llamaba de nuevo á la gran puerta del hotel, á la que esta vez había encontrado el aire plácido de una confidente benévola. El portero recibió con solemnidad la misiva de Gordanera, oyó con aire de protección el encargo de entregarla al se-

ñor de Canalejas, en mano propia, apenas llegase, y se abstuvo de corresponder con una inclinación de cabeza al saludo que le hizo Fuentealba para congraciarse su alta protección en lo futuro.

En ese mismo día, las horas habían transcurrido para doña Quiteria y sus dos hijas casadas, en afanosa agitación. La expectativa del baile en casa de la duquesa de Vieille-Roche, las había puesto desde temprano en movimiento. Era menester que diesen la última mano á los complicados preparativos para la noche. Aquel baile, un gran acontecimiento, que iba á abrirlas las puertas de la verdadera aristocracia francesa, las traía inquietas, con el ánimo en suspenso, sin poder quedarse en la casa. Las afiebraba la emoción de estrenar estupendos vestidos, de ponerse alhajas nuevas y resplandecientes.

Instalada desde las tres en casa de Worth con Mercedes, doña Quiteria se hacía mostrar por el gran costurero los trajes de ambas. El suyo era de gruesa seda, con vistosos ramajes bordados de colores, con encajes de fabuloso valor. El de la chica, diáfano y ligero, nebuloso como un sueño de virgen, con ese inexplicable encanto de la sencillez artística que presta en los bailes, á ciertas muchachas bonitas, la apariencia de seres demasiado poéticos para las realidades prosaicas de la vida. Discutidos los pliegues, los prendidos, los *fruncidos*, ensayada, modificada y corregida la altura y la abertura de los descotes; después de dejarlo todo listo para ser inmediatamente enviado á la casa, hicieron que el carruaje las llevase á trote largo donde el florista, donde la *manicure*, donde el peluquero, para recomendarles por última vez la exactitud.

También Milagritos y Dolorcitas, cada una por su lado, habían emprendido igual tarea. Pero para ellas, las operaciones eran más complicadas todavía. La ternura fraternal no podía impedirles llevar consigo,

inspirador de envidias y rivalidades, ese cardumen zumbador de pasioncillas indomables, que vuelan en torno de una mujer joven y mundana, con el ruido incesante de un enjambre de abejas en derredor de una colmena. Un pensamiento análogo había brillado en la mente de una y otra desde que hubieron recibido los convites para el gran baile de la de Vieille-Roche. Fué aquello semejante al estallido de dos piezas pirotécnicas encendidas á un mismo tiempo en una exhibición de fuegos artificiales. Milagritos juró ir al baile con un vestido que no pudiera copiarle Dolorcitas. Ésta resolvió copiar el vestido de Milagritos, aunque le costase *los ojos de la cara*.

Ambas, esta vez, atribuyeron más que nunca una importancia capital á la cuestión de los trajes. Los diarios harían indudablemente la descripción de los vestidos más elegantes al dar cuenta del gran sarao. ¡En letras de molde sus nombres iban á figurar al lado de los grandes títulos de la nobleza de Francia! Milagritos miraba como una calamidad espantable que Dolorcitas apareciese con un vestido como el suyo.

Dolorcitas, segura de superar á su hermana en belleza y en donaire, esperaba que la comparación inclinaria indudablemente de su lado la balanza de la crónica periodística. La primera de estas dos mujercitas tenía el orgullo de la invención y de la originalidad. La segunda pertenecía á esa índole de mujeres que sólo se satisfacen, en materia de atavíos, con aquello que ven llevar á las otras.

— Yo no sé qué me haré; voy á pensar, tenemos tiempo, dijo Milagritos á su hermana el día que recibieron los convites.

— Yo tampoco sé, dijo Milagritos.

Disertaron, naturalmente, sobre proyectos de trajes.

— Tú, que tienes tantas ideas, ¿qué me aconsejarías? dijo la de Cuadrilla.

Milagritos hizo entonces la descripción de un traje ideal, según ella, que sería primoroso para su hermana. Dolorcitas se mostró maravillada de la improvisación, y dijo que iba á consultarla con su costurero. El oráculo declaró que sólo el mayor enemigo de la joven podía haberle aconsejado un vestido tan pobre y de colores que ninguna mujer morena, aunque fuese tan bonita como ella, se atrevería á llevar. La *primera* de la casa, una mujer joven y elegante, con resabios de semimundana retirada, confirmó la declaración del costurero. Era lo que buscaba Dolorcitas para llegar al fin que se había propuesto.

— Pues ese vestido que ustedes encuentran tan disparatado, tan absurdo, para una morena como yo, dijo con aire indiferente, es una idea de mi hermana madama de Palomares. Ella es la que me ha aconsejado. Ustedes no vendrán á decirme que madama de Palomares no es la mujer que tiene mejor gusto en Paris.

— Ciertamente; tiene un gusto exquisito, exclamó el patrón; pero esta vez, permítame usted decirlo, madama de Palomares se ha equivocado.

— Ella no mandaría hacer para sí un vestido semejante, afirmó la *primera*, cerrándose el corpiño, que dejaba ver la blancura de su seno.

Dolorcitas fijó en la que hablaba una mirada interrogadora, diciéndose que alguna razón debía tener para expresarse así. Al mismo tiempo admiraba en la *primera* el desgreño artístico de los cabellos, la gracia del talle flexible y hasta la falta de frescura de su rostro, que le daba un aire misteriosamente voluptuoso.

— Bueno, pues, dijo; si á ustedes les parece tan mal, voy á proponerle á Worth que me lo haga.

Entre el patrón y la *primera* hubo un cambio de miradas y de sonrisitas entendidas. Luego, por lo bajo, algunas palabras, y el patrón salió de la pieza

después de asegurar á la joven que él la consideraba demasiado elegante para ponerse un vestido como el de que hablaba.

La *primera* se acercó entonces á la de Cuadrilla.

— Oiga usted, señora, le dije en tono confidencial; como usted es una de nuestras mejores clientes, voy á cometer una *infidelidad* por usted; pero me prometerá ser discreta.

— ¡Oh! se lo prometo; se lo juro, si usted quiere.

— Pues bien; voy á dar á usted una prueba de que madama de Palomares tiene mucho mejor gusto que el que demuestra con el vestido que ha aconsejado á usted. Voy á mostrarle el vestido que nos^a mandó hacer hace dos días para un baile al que dice va á convidarla la señora duquesa de Vieille-Roche.

— ¡Ah! usted hará eso por mí, usted es un amor, exclamó Dolorcitas, besando con efusión á la *primera* sobre las mejillas.

La *primera* salió entonces de la pieza dejando en la atmósfera una invisible estela de voluptuoso perfume. Dolorcitas, palpitante de emoción, la vió entrar poco después trayendo un gran bulto, ligero de peso, envuelto en una tela oscura.

— Aquí tiene usted, ¿qué le parece?

Desplegaba al mismo tiempo la tela, y extendía ante los maravillosos ojos de la joven un primoroso traje á medio hacer. El «¿qué le parece?» había sido pronunciado como si hubiese dicho: ¡quédese usted pasmada!

— Un traje como éste es lo que necesitaría la señora, agregó disponiendo los pliegues, extendiendo la falda, complementando con encajes y con retazos de género, lo que sería el vestido cuando estuviese acabado.

— ¡Esto es lo que yo necesito! ¡Esto es lo que quiero! exclamaba extasiada Dolorcitas.

— Desgraciadamente, contestó la *primera*, eso no

se puede. Piense usted, madama de Palomares me sacaría los ojos si supiese que he mostrado á usted su vestido.

Ambas entonces, con diplomacia femenina, parlamentaron. La de Cuadrilla se hizo zalamera y adulatora. « Ella no se fijaría en precio. Dejaba al buen gusto de la *primera* algunas modificaciones en el traje para que no fuese la copia idéntica del de madama de Palomares. » De paso, en frases incidentales, habló de una sortija de casa de Boucherón, que se vería lindísima en uno de los dedos de la *primera*. Al fin la *excocotta* se dejó persuadir, tranquilizada, dijo, con las promesas de discreción que multiplicó Dolorcitas.

En la tarde del gran día, Milagritos y Dolorcitas llegaron á distintas horas á dar la última mirada á sus vestidos, á cerciorarse de que nada les faltaba. Á una y otra, la *primera*, maravillándose de su propia creación, envuelta en su invisible nube de voluptuosos perfumes, les había dicho :

— ¡Ah! señora, ¡es simplemente un poema! La señora, con este traje, estará de comérsela.

Pero las horas, en el día del baile, marchaban con una lentitud desesperante para las dos mujercitas. Antes que llegase la noche, su impaciencia medía siglos. En vano habían recorrido las casas amigas que tenían recibo en ese día. Donde las Torrevieja, donde las Fuenteviva, las dos frivolas personitas habían llevado la charla insípida con que se adueñaban de la conversación en todas partes. La elección que habían hecho de esas dos recepciones para matar el tiempo, sacaba su principal motivo del hecho, importantísimo en las rivalidades sociales de aquellos trasplantados de que ni los Fuenteviva, ni los Torrevieja, ni los Altamura, habían sido convidados al baile de la duquesa.

— Deben estar furiosas.

— Ya lo creo, con sus pretensiones de no visitar más que á europeos.

Así habian raciocinado Milagritos y Dolorcitas, hablando de aquellas familias amigas. En una y otra de las dos recepciones, la escena habia sido la misma á la entrada de las dos hermanas. Las dueñas de casa, sus hijas y sus visitas, afectaban ignorar completamente el acontecimiento de la noche, mientras que la de Palomares y la de Cuadrilla, ardiendo en deseos de hablar del baile, y no hallando medio de hacerlo, llegaban á tener la actitud distraida del que, en medio de las conversaciones de un banquete, aísla su pensamiento para repasar de memoria el brindis preparado. Las demás, como una tropa que se ha formado en cuadro á fin de resistir á las embestidas del enemigo, sostenía un fuego nutrido de conversaciones incesantes, que llegaba á derrotar á las jóvenes. Cansadas éstas de esperar el momento propicio, se daban, por medio de algún ligero movimiento de cabeza, la señal de la retirada. Pero al hallarse de pie en el instante de la despedida, y mientras procuraban hacer lucir la elegancia de sus trajes, Milagritos, con estudiada naturalidad, lanzaba la flecha.

— ¿Y á qué hora piensan ir ustedes al baile esta noche? preguntaba á las muchachas de la casa.

— ¿Á qué baile? interrogaba la mamá.

— Al de la duquesa de Vieille-Roche, pues, decía Dolorcitas.

La dueña de casa se sonrojaba ligeramente al par de sus hijas. Las otras visitas, encantadas de asistir á un choque de rivalidades mundanas, cesaban sus conversaciones. Y habia un instante de silencio, semejante al que reina en una sala de espectáculo cuando el acróbata va á lanzarse al vacío, desde lo alto del techo.

— ¿Entonces no están ustedes convidadas? pro-

rumpió Milagritos simulando una simpática extrañeza.

— ¿La duquesa de Vieille-Roche? ¿Esa que está separada de su marido? ¿La que dicen que es muy amiga del marqués de Varielle-Landry? ¡Ah! no la conocemos, hijita, contestaba con desdén la dueña de casa.

— Dicen que irá el príncipe de Gales, exclamaba Dolorcitas, afectando no haber oído á la que acababa de hablar.

— ¡Oh! el príncipe de Gales va á todas partes donde hay mujeres bonitas, exclamaba la mayor de las chicas de la casa.

— Y ahí estarán ustedes, señoras, decía galantemente un joven francés, de los que frecuentan los salones hispano-americanos en busca de una heredera.

Todas se besaban, se cumplimentaban, se lisonjaban y, con promesa de volver á verse pronto, se despedían.

XIV

De las ventanas del antiguo hotel de Vieille-Roche, las luces, como una aureola de constelaciones, iluminaban el espacioso patio y enviaban sus reflejos de fiesta hasta la calle de Varenne, donde la inevitable reunión de curiosos, á uno y otro lado de la gran puerta de entrada, se apiñaba.

En primera fila de esos observadores, que en apretados grupos eran casi un obstáculo para la entrada de los convidados, Patricio Fuentealba se mostraba uno de los más empeñosos. Habíalo llevado ahí la esperanza de divisar al paso á Mercedes, tal vez de poder cambiar con ella una mirada de amor, de recoger así algún consuelo para su soledad y su tristeza. La luz engañosa del deseo le hacía verla en cada mujer joven al fondo del carruaje que entraba. La fila interminable seguía pasando lentamente para ir á vaciarse allá, bajo la marquesina del patio. Poco á poco, á fuerza de engañarse y desengañarse repetidas veces, el mozo empezó á sentirse impaciente. Y pensando en esa situación vulgar de suspirante pobre, perdido entre la turba obscura y burlona, de la que formaba parte; detenido por su nulidad ante esa puerta que sólo podían atravesar los privilegiados; requerido muchas

veces por algún policial de no obstruir el paso, el joven se encontraba ridículo. En su creciente impaciencia, al soplo del mal humor melancólico que lo atormentaba, decíase por momentos que, si llegaba á pasar Mercedes, en vez de arrojarle una mirada de amor, tal vez lo compadecería. Un deseo de irse de ahí, un rubor de humillación discurríale por todo el ser, le turbaba el curso natural de las ideas, sin darle, no obstante, la fuerza de abandonar su dolorosa facción de amante humilde.

Un cupé, detenido bajo la viva claridad de los grandes faroles de luz eléctrica que iluminaban la entrada, suscitó un ruido de exclamaciones en torno de Patricio. En el fondo del carruaje, ricamente tapizado de reluciente raso oscuro, un hombre joven y una mujer vestida con opulenta elegancia, se dejaban mirar y examinar por los curiosos, mirándolos á su vez con la tranquilidad de personas acostumbradas á llamar la atención. Patricio reconoció al instante en aquella pareja al príncipe Stephan y á Rosa de Montestruc. Al mismo tiempo resonaban en sus oídos las observaciones de sus vecinos y vecinas.

— ¡ Ah, esa es lindísima !

— ¡ Qué chic ! mazette.

— ¡ Y bien pintada !

— Mira, esa capa tiene que ser de donde Worth.

— Y los brillantes del peinado, diríanse luces eléctricas.

— Parece un fuego de artificio.

La Montestruc alcanzaba á oír gran parte de esas observaciones y paseaba sobre los *circunstantes* una mirada de soberana que recoge los admirativos sufragios de su pueblo. Luego, sus ojos y los de Patricio se encontraron. La joven mundana, sin mover la cabeza, le sonrió con los labios, con los grandes ojos expresivos, que lo miraron languideciendo, amorosos. La fila de coches siguió su curso en este instante, y pasó la

visión de singular hermosura, dejando en la vista de Fuentealba la sensación de obscuridad con puntos luminosos de una luz demasiado viva.

Pero Mercedes no pasaba. Muchas jóvenes rubias, con aire de flores delicadas de invernáculo; vagas nubes de encajes, de sedas, de flotantes tules, al lado de mamás pretenciosamente ataviadas, al lado de maridos feos, volvían á darle la ilusión, volvían á oprimirle el pecho con la ansiedad de la esperanza fallida. Empezaba otra vez á impacientarse, á sentirse humillado y ridículo, á querer arrancar de ahí, en su desencanto, para ir á perderse por las calles oscuras, á contarle á las estrellas mudas, titilantes, allá en el cielo empañado, su abrumador desaliento. Y en medio de este torbellino de amargas sensaciones, de impulsos desesperados, pensaba también en esa singular aparición del príncipe y de la mundana, entrando en el coche de ésta al hotel aristocrático de la duquesa, cuyos umbrales jamás, sin duda, habría atravesado una criatura como Rosa. «Tal vez, pensó el mozo, ella ha tenido la fantasía de acompañarlo hasta la entrada: un capricho de meretriz insolente, deleitada con la idea de burlarse de una gran señora.»

Cuando hacía esta reflexión sintió un discreto, pero intencional golpecito, sobre un hombro: el golpecito de un abanico que agita una mano de mujer como una vara de mágico. Rosa, á su lado, parecía una de esas estrellas que brillaban en el cielo opaco, radiante de hermosura, envuelta en una amplia *salida de baile*, descubierta la cabecita bien rizada, sobre la que alzaba un rígido penacho blanco de garza, salpicado de brillantes, su imperial plumero. Rosa le sonreía.

— Ya sé lo que ha venido usted á buscar aquí, le dijo hablándole casi al oído; no pierda usted su tiempo: venga conmigo y le contaré algo que le interesará.

Los circunstantes miraban á esa linda mujer que acababan de ver entrar al hotel de la duquesa en so-

berbio carruaje, inclinada ahora al oído de aquel joven, y sonreían maliciosamente.

— ¡Vaya con uno que tiene suerte! cuchicheaban algunos, mirando á Patricio.

— Ah, sí; pero es un guapisimo mozo, observaban, contestando, unas mujeres.

Patricio se apresuró á salir del compacto agrupamiento que lo rodeaba. Por no ser el blanco de todas las miradas, prefería desertar de su puesto.

— Usted me vió entrar con el príncipe, ¿no es así? ¡Ah, la buena farsa! Él estaba furioso, pero no se atrevió á contrariarme. También diré á usted que, con la vanidad que tiene, no dejaba de gustarle que los lacayos de la puerta viesan que una mujer bonita venía á acompañarlo.

— Yo no comprendía lo que significaba esa entrada triunfal, exclamó Patricio con una ligera sonrisa.

— ¡No! Usted no se figuró ciertamente que yo fuese de las convidadas de la duquesa. Como yo iba á la Ópera, y es mi noche de abono, le propuse acompañarlo y él no pudo negarse.

— ¡Ah! ¿Usted va á la Ópera?

— ¡Oh, ya no! Cuando lo vi á usted, cambié de idea. «Toma, me dije, ¡qué encuentro! ¡Magnífica ocasión para hablar con el bello Fuentealba!» Aquí me tiene usted.

— ¡Es grande amabilidad de su parte!

— Pero no vamos á quedarnos aquí, á la luz de las estrellas, como dos enamorados. Suba usted al coche conmigo y hablaremos. ¿Dónde quiere que vaya á dejarlo?

Patricio tuvo un momento de hesitación. Ella repuso:

— ¡Cómo! ¿usted *la* quiere tanto? ¿Qué saca usted con verla entrar? Ese es un gusto de colegial; platonismo puro. Por lo demás, mientras estamos hablan-

do, tal vez *ella* ha pasado ya. Vamos, venga usted, venga usted, yo empiezo á tener frío. ¿Usted no quiere que yo coja un romadizo? Eso no sería galante de parte de usted, cuando he venido á buscarlo por hacerle un servicio, y estoy resuelta á no irme sin usted.

Formulada así la situación por los labios de una mujer, fué para el joven como si una viva luz le mostrase el lado ridículo de su presencia en aquella entrada á una fiesta á la que no le era permitido asistir. «Rosa tenía razón: estaba ahí, por lo menos, perdiendo el tiempo. Además, como la muchacha decía, Mercedes habría pasado ya.»

Mientras tanto, Rosa no le dió tiempo de seguir reflexionando. Hizo una señal á su lacayo, que la esperaba á poca distancia, y el coche llegó á detenerse á un paso de ellos.

— Suba usted, suba usted, exclamó la muchacha tomando á Patricio por el brazo.

El joven obedeció. Ella subió tras él, se sentó á su lado con un crujir de sedas, un flotar de blondas, un perfumar todo el interior del carruaje, que dió por un instante á Patricio la sensación de hallarse soñando: algo de huries, algo de violentamente seductor.

El lacayo, con la portezuela abierta, esperaba órdenes.

— Vayan derecho por los Campos Eliseos: después daré la dirección.

Con gran ruido de herraduras, el carruaje se puso en marcha, rodando muelle y silencioso sobre sus ruedas elásticas.

— Diríase dos enamorados, ¿no es así? exclamó con argentina risa la muchacha.

Y antes que Patricio hubiese tenido tiempo de responderle, repuso:

— Pero empecemos por las cosas serias.

— Me dijo usted que tenía que contarme algo que me interesaría. ¿De qué se trata?

— Sí, sí, algo muy interesante para usted; pero si se lo digo inmediatamente, no tendremos nada de que hablar después; usted no es hombre capaz de hacerme la corte.

— ¡Eh! ¿Y por qué no? dijo riéndose el mozo. ¿Me cree usted tan insensible á la belleza?

— ¡Ah! mi pequeño, usted está demasiado enamorado de otra para eso.

Y con un suspiro, entre alegre y sentimental:

— ¡Después de todo, debe ser delicioso amar de veras!

Como arrepentida en el acto de su exclamación, repuso, cambiando de tono:

— ¿Dónde quiere usted que lo vaya á dejar?

— ¿Y la confidencia? ¿Y lo que usted tiene que contarme?

— Por eso le pregunto, para contárselo en el camino, y que usted no se figure que sólo era un pretexto mío para arrebatarlo á sus amores.

— ¡Oh, mis amores! Dejemos mis amores, ¿quiere usted?

— Desgraciadamente lo que tengo que decir está relacionado con esos amores.

— ¡Ah, entonces no me diga usted nada!

Hablar de Mercedes con la semimundana le parecía profanar un santuario; pero su intención, sin embargo, no había sido el ofenderla. Rosa le contestó con viveza:

— Como usted quiera, mi pequeño; pero respóndame á mi pregunta: ¿Dónde quiere que vaya á dejarlo?

— Usted no está enojada, ¿no es verdad? díjole el joven con acento sincero. ¡Me parece tan ridiculo un hombre que habla de sus amores!

— No es mi culpa, sin embargo, si lo que tengo

que decir está relacionado con ellos. ¿Qué quiere usted?

— Veamos qué tiene usted que contarme. Seamos buenos amigos.

Y tomaba una mano á la muchacha, al decir esto, para hacerse perdonar.

— Primeramente, respóndame, insistió ella, ¿dónde vamos?

— Donde usted quiera.

— Esa no es contestación. ¿Y si yo le digo á mi casa?

— Iremos á casa de usted. ¿Qué habría en ello de particular?

Rosa se quedó un minuto pensativa.

— Bueno, dijo, iremos á casa; me dejará usted en la puerta, y mi coche lo llevará á usted donde quiera, después.

— Convenido, contestó él, prometiéndose no aceptar la oferta del carruaje.

— Rosa llamó al lacayo y le dió la orden:

— A casa.

— En fin, va usted ahora á sacarme de la curiosidad, dijo el joven cuando los caballos empezaban de nuevo á trotar.

Ella no respondió directamente, sino que exclamó, abriéndose la capa, como una persona sofocada:

— ¡Dios mío, qué calor! ¿Usted no siente calor?

Y bajaba al mismo tiempo hasta la mitad el vidrio de la portezuela.

La viva luz de un farol eléctrico iluminó durante algunos segundos el albo seno de la chica con un resplandor de relámpago. En el descote brillaban las pedrerías en profusión.

Deslumbrado por ése repentino fulgor, el joven quiso disimular la impresión de su sorpresa admirativa con una chanza.

— ¿Sabe usted lo que el príncipe Bismarck dijo á

una hermosa que se descubrió el descote, acalorada, mientras conversaban? « ¡Ah!, señora, ¿no es permitido tirar sobre las ambulancias?

— ¡Ah! sí, las ambulancias, donde están los inválidos de la guerra, es bonito; pero usted no es inválido.

— Tanto vale para el caso, puesto que estoy enamorado.

— ¡Ah, ¿ve usted? no soy yo ahora la que habla de sus amores.

Sin recoger la observación, Patricio preguntó:

— Vaya, dígame usted, ¿qué tiene que contarme?

— En efecto, creo que al fin debo decírselo. Oiga, pues.

Esto diciendo, retirábase, incrustándose en el rincón del cupé. Hubo en seguida una pausa, como si la muchacha se recogiese en su pensamiento antes de hablar. Patricio fijaba sobre ella una mirada de curiosa interrogación. Entonces ella, cruzándose la capa sobre el pecho, cual si renunciara á todo intento de seducción:

— Usted sabe que el príncipe Stephan es mi amante.

— Amante muy feliz de tener tan linda mujer.

— ¿Y sabe usted dónde lo acompañaba yo esta noche?

— Al baile de la duquesa de Vieille-Roche, según parece.

— Si, al baile de la duquesa, donde ha ido resuelto á anunciar á la señorita Mercedes de Canalejas, que mañana ó pasado va á pedir su mano á sus padres.

Patricio no acertó á hablar. Era la tempestad, los negros nubarrones que hacía tiempo veía subir amenazadores por el horizonte, que estallaban ahora de inopinada manera sobre su cabeza.

— ¡Eh, qué dice usted de esto? exclamó Rosa.

— ¿Está usted segura?

— Tan segura como que estoy aquí, al lado del buen mozo que es usted.

Un furor de celos rugió en el pecho del pobre enamorado. «¿Por qué Mercedes no había respondido á su carta? ¿Acaso conocía las intenciones del príncipe, y no escribía por no comprometerse? ¡Ah, era tan sumisa á sus padres, tan poco enérgica para defenderse!»

Rosa, viéndolo callado, rompió el silencio :

— Ya ve usted que no era invención mía y que es verdad que tenia algo de interés que comunicarle.

— Pero si es usted la querida del príncipe, si lo ama, ¿cómo consiente en que la abandone?

La Montestruc soltó una carcajada franca, y con su voz melodiosa de entonaciones infantiles :

— Vaya, se ve que usted no conoce la vida de París, mi pequeño. ¿Quién le dice á usted que el príncipe quiera abandonarme?

— Entonces, ¿por qué quiere casarse?

— Toma, porque tiene necesidad de dinero; está *cosido* de deudas.

— ¿Entonces no ama á la señorita de Canalejas?

— ¡Ah! eso yo no lo sé; ella es bastante bonita para que pueda amarla.

Temblándole la voz de indignación y de celos :

— ¿Y eso á usted no le importa? ¿Entonces usted no quiere á *ese señor*?

— Qué sé yo; usted me pregunta más de lo que sé yo misma. Sí, á veces lo he querido. Es un hombre *chic*, un gran señor. Tiene tal confianza en sí mismo, que llega á persuadirme que yo no podría separarme de él. Verdad, no sé si lo quiero. Lo que sí sé es que no le permitiré que me abandone. Yo no quiero que *las demás*, todas *esas damas*, me compadezcan.

El *no le permitiré* habia resonado imperioso; la expresión de una voluntad decidida, una de esas

voluntades de mujer capaces de arrostrarlo todo en un arranque de indomable energía. Á pesar de su intensa preocupación personal, Patricio, ignorante de la psicología femenil, sobre todo cuando ésta se complica con las caprichosas fantasías de la vida galante, sintió en presencia de ese problema de mujer el interés con que tantas veces había perseguido la solución de algún problema científico.

— Es usted muy singular, le dijo; si usted no lo quiere, ¿qué le importa que él se case con otra?

— ¡Oh! eso de que se case, después de todo, no me importa. Tiene necesidad de dinero, y yo no se lo he de dar. Entonces busca una heredera. Nada de más natural. Un príncipe no puede trabajar. Un tunante como él, mucho menos. Pero antes de su mujer estoy yo. Que yo le ame ó no, su corazón me pertenece y lo guardo, á menos que...

Aquí se interrumpió como delante de un obstáculo. Después, como decidida á saltar sobre la dificultad:

— Á menos que yo me enamorese realmente de otro; pero, ¿usted sabe? : que me enamorese hasta ponerme tonta.

« ¡Enamorarse! ¡Rosa Montestruc enamorarse! » Patricio tuvo la incredulidad de los hombres castos que hacen del amor un ídolo sublime, un astro de irradiación divina, hasta el que sólo pueden llegar á bañarse en su luz, á sacudir las miserias de la tierra, las almas puras.

— Vamos á ver, dijo inclinándose con curiosidad hacia la joven mundana; « enamorarse », dice usted; ¿qué llama usted amar? ¿cómo entiende usted ese amor?

— ¡Vaya con una cuestión! exclamó la chica mostrando en su risa los albos y pequeñitos dientes, que brillaron como perlas en la media luz del coche; ¡el amor es el amor! ¡Qué gracia! No hay necesidad de ir por cuatro caminos para amar; usted debe saberlo

mejor que yo. Se ama porque se ama; no se sabe por qué.

— Eso puede también ser un capricho, replicó Fuentealba.

— Un capricho es diferente; se puede tener capricho sin amor, dijo ella pensativa. Y añadió: No, no; yo quiero decir verdadero amor, un amor que llegue á ponerla tonta á una, que le haga perder hasta el gusto por la *toilette*, por las diversiones, por el lujo; una pasión que haga que no le importe á una brillar más que las otras. Una verdadera pasión, ¡qué! Usted sabe lo que es.

Patricio se interesaba en aquel estudio, que distraía, por lo menos momentáneamente, la agitación profunda en que lo había sumido la noticia de los proyectos del príncipe Stephan. Era una especie de morfina que adormecía su sensibilidad, un derivativo del que se apoderaba con avidez, de miedo de volver á su casa, sólo con su tremendo pesar, abismado por la amenaza de la atroz incertidumbre que se cernía sobre sus amores.

— ¿Y usted sería capaz de amar así? preguntó en tono de incredulidad.

Rosa se incorporó abandonando la actitud de perezosa indiferencia que había tomado en su rincón.

— Si, sería capaz; y, ¿quiere usted saberlo? he sentido aún que soy capaz de amar de esa manera, locamente, como tonta, desde que lo conocí á usted, mi pequeño.

— Vamos, vamos, no se burle usted de mí; ¿no debemos ser en adelante buenos amigos?

— ¡No! ¡Verdad, no me burlo! Lo que he dicho es la verdad. Usted debe suponer que no le hablaría con tanta franqueza si no supiera que usted está perdidamente enamorado de la pequeña de Canalejas. No quiero tener el aire de hacerle á usted la corte.

Estamos hablando como amigos, y yo respondo sin hipocresía á lo que usted me pregunta.

Sinceramente se arrepentía el mozo de haber dejado deslizar la conversación sobre ese terreno. Sus falsas ideas de hombre, en punto al trato con las mujeres, lo hacían encontrarse el aire estúpido de no responder á la franqueza de la chica tomándola entre sus brazos, jurándole que se sentía embriagado por el poder fascinador de su confesión.

— Me deja usted confuso, le dijo sintiendo agolparse la sangre á sus mejillas y tendiéndole la mano, por espontáneo impulso de amistad hacia aquella extraña criatura; mil gracias por su lisonjera franqueza; es usted adorable.

Rosa puso su manecita en la del joven.

— ¡Eh! no tiene usted por qué darme las gracias. Después de todo, yo soy una campesina, y soy naturalmente franca. No tema usted nada; no quiero ser rival de la preciosa criatura que usted ama. Pero aun cuando usted estuviese libre, sépase que yo me guardaría bien de dejarme llevar de mi inclinación, y eso, ¿quiere usted que le diga por qué? Por puro egoísmo, mi pequeño. Y esto es claro; ¿no es así? Sé que si me pusiese francamente á querer á usted, la miseria me aguardaría al fin de nuestra novela de amor; porque usted, al fin y al cabo, me querría también; ¿no ve? Nosotras, las semimundanas, adquirimos una gran experiencia de los hombres en poco tiempo, porque los hombres no nos ocultan sus pasiones ni sus defectos. Tratándose de una mujer bonita, los hombres tienen de cera blanda el corazón. Yo sé que usted no tardaría en enamorarse de mí. Y bien; ¿y después? ¿y después? El Sena, ó un brasero de carbón; ¿no es así? ¡Ah, no! Ser amada por usted, eso sería demasiado hermoso. ¡Qué lujo! Y después, será demasiado triste!

Tomando entonces la mano del joven entre las suyas, exclamó con una afectuosa sonrisa :

— ¡ Ah, Dios! ¿ Sabe usted? Siento que el haberle dicho todo esto me alivia. ¡ Vaya, que las mujeres somos bestias!

En esto el coche se detenía delante del hotel de la muchacha. De un salto el lacayo bajaba del pescante y abría la portezuela.

— Cierre usted y espere, le dijo Rosa con voz de enfado.

Volviéndose hacia Patricio :

— No creía que estábamos tan cerca de casa. Entonces, mi pequeño, adiós; ¿ no es así?

— Adiós, repitió el joven sacándose el sombrero y tendiéndole amistosamente la mano.

— ¿ Vendrá usted á verme?

— Tan pronto como pueda.

— Usted lo sabe todo, ¿ no es así? Entonces á sus riesgos y peligros; yo no respondo de nada.

Y como Fuentecalba tomase el mango de la portezuela para abrirla :

— ¡ Cómo! ¿ Usted se va así no más, sin darme un beso?

Echó instantáneamente sus brazos en torno del cuello del joven, y juntando con los de él sus labios en beso precipitado, dijo con apagada voz arrojándolo de sí :

— ¡ Váyase! ¡ váyase! Buenas noches.

Y con un crujir de sedas, con un flotar de blondas, dejando tras sí el suave perfume de que había llenado el interior del carruaje, saltó ligera sobre la vereda, diciendo al lacayo :

— Conduzcan al señor donde él diga.

Patricio dejó que la puerta del hotel se cerrase tras de la muchacha, y despidió el carruaje después de dar una propina al lacayo.

Mientras tanto, allá en el aristocrático hotel de la calle de Varenne, los convidados de la duquesa de Vieille-Roche, en sucesión no interrumpida, habían seguido llegando. Los grandes landós, los estrechos *coupés*, depositaban á la puerta del vestibulo su elegante carga, que se desparramaba ligera en la gran sala, llenando, perfumada turba, el espacio de la pieza en confusa muchedumbre. Despojadas de sus capas, las mujeres, jóvenes y viejas, exponían el descubierto seno y los desnudos brazos á las miradas de caballeros y lacayos, con esa tranquilidad convencional que les permite aventurar en público la desnudez que fuera deshonesta en privado. Los caballeros, con esfuerzos empeñosos, depositaban sus paletós y recibían su número de orden. Los lacayos, encasquetado el sombrero, llevando sobre el brazo los abrigos de las patronas, hendían bruscamente la señorial apertura, dirigiéndose de paso, entre ellos, miradas de burla, para indicar su desprecio por los convidados.

Al mismo tiempo, por la ancha escalera de piedra, cubierta de muelle alfombra, subía hacia el primer piso la corriente humana, balanceando el largo ropaje de sus faldas las mujeres, en su gracioso movimiento

de ascensión entre la masa sombría de los hombres que con ellas, al subir, iban mezclados.

Lacayos con la librea de los Vieille-Roche, gris y rojo, de calzón corto y media de seda, pelo empolvado á la inglesa, distribuidos en el descanso de la escalera, formaban calle mirando con militar inmovilidad el desfile de los descotes, la pausada procesión de carne femenina que iba á detenerse, como en una represa, mezclada con los lustrosos cráneos de los calvos, á la puerta de entrada, donde la sonora voz del anunciador hacía resonar en el espacio los nombres de los convidados.

Al interior, de pie, al lado de la puerta, la hermosa duquesa marcaba, con la sabia gradación del saludo, la importancia de las personas que se adelantaban hacia ella. La diadema de brillantes y rubíes, que parecía sujetar en su profuso desborde la oleada de la abundante cabellera, teñida de rubio casi rojo, hacía valer la majestuosa altanería de su frente, realizaba la curva aristocrática de su nariz pronunciadamente aguileña. Vestida de una tela rosada, á la que una falda de fino punto de Inglaterra y un corpiño del mismo encaje daban un tinte de arrebol que se apaga; cubierto el delgado y alto cuello con un collar ajustado de perlas, *collar de perro*; aprisionadas las muñecas con brazaletes de formas caprichosas sobre los blancos guantes subidos hasta más arriba del codo, la de Vieille-Roche sonreía á los duques y duquesas, á los marqueses y marquesas auténticos, saludaba con estudiada dignidad á los de la nobleza del imperio y hacía solamente una ligera inclinación de cabeza, muy ligera, á los convidados sin título.

Al interior, no lejos de la brillante duquesa, evolucionaba, sin separarse mucho de ella, como un satélite del astro en aquel firmamento de elegancias, el marqués de Varielle-Landry, recibiendo familiares saludos de los íntimos, acercándose de cuando en cuando

á la dueña de casa para presentarle sus convidados personales, paseando sus miradas de hombre debilitado con destellos pálidos de candil que se apaga, sobre los descotes opulentos, aceptado por todos en su carácter de amigo de la duquesa en aquella sociedad que tiene inagotable indulgencia para los descarrios de sus pares. En un rincón, perdida tras de la concurrencia creciente, su mujer, la pequeña marquesa de Varielle-Landry, disimulaba sus celos incuables, tratando de hacerse cortejar por algún mozo novicio en la lucha mundana, mientras que en un grupo de otros, á poca distancia, se hablaba del último chisme:

— ¿Saben ustedes lo que se dice?

— ¿De quién?

— De Arsenio Varielle-Landry.

— ¿Y bien?

— Que él y la duquesa van á divorciar para casarse.

— ¿Y para qué? ¡Qué idea!

— Su mujer no consentiría en el divorcio.

— Ahí está lo curioso, mi querido; Arsenio y su mujer están de acuerdo.

— ¡Ah, bah! ¿Cómo?

— Porque le asegurará por escritura una renta de cuarenta mil francos, que la duquesa promete servirle.

— ¡Ah! si es así, ¡no es tan tonta!

— Muy *chic*. Yo encuentro muy *chic* esa combinación.

— Algo de bueno habia de tener el tal divorcio, esa infecta invención republicana.

En los salones, profusamente iluminados, la circulación empezaba á hacerse trabajosa. El murmullo discreto de las conversaciones con su sordo ruido de colmena en actividad, llenaba los ámbitos de las piezas y de la gran galería, á la que daban todas las

puertas del recibimiento. En los rincones apartados, en algunas salas poco iluminadas, bajo las palmeras que tapaban algunas ventanas, entre las plantas exóticas del vasto invernáculo, las parejas de enamorados en tierno palique, se aislaban. De esa concurrencia ansiosa de placer, de ese roce de seres que quieren dar proporciones fantásticas durante algunas horas á la realidad de la vida, una atmósfera de excitación para el cerebro, un efluvio de embriaguez sutil se desprendía como de las palpitaciones del aire en una tarde de estío.

Lejos, en la gran sala de fiesta, el eco de la música resonaba apagado y cadencioso, con languideces de vibración que muere lentamente.

A esas horas hacían su aparición sobre el gran descanso de la escalera y se adelantaban entre la fila de lacayos empolvados, don Graciano Canalejas, su mujer y Mercedes. De un grupo cercano Guy de Morins se desprendió apresurado y presentó á los que llegaban. Doña Quiteria hizo delante de la duquesa el clásico profundo saludo de corte, que le había enseñado el maestro de baile de sus hijas.

Aérea con su vestido blanco, Mercedes, arreboladas por la emoción las frescas mejillas, hizo también la rendida reverencia. Canalejas, á su vez, inclinó el negro abanico de su barba bien teñida, oprimiéndose la reluciente pechera de la camisa con el sombrero mecánico aplastado, mientras que la altiva dueña de casa, que apenas había correspondido al saludo de la señora y de la chica, levantando con majestad su nariz aguileña, volvía la cabeza hacia atrás sin mirarlo, y decía en voz baja á Varielle-Landry :

— El príncipe tiene buen gusto; la chica es deliciosa.

— Un poco flaca, superficie plana, contestaba el voluptuoso marqués, con su mirada de declaración soñolienta.

La estentórea voz del gran mayordomo continuaba su letanía de nombres aristocráticos legitimistas y orleanistas, de la nobleza del primer imperio, de hombres de guerra ilustrados durante el segundo, un compendio de las convulsiones políticas que han agitado esta tierra generosa y fecunda, como las tormentas cósmicas cambian la faz de los continentes. Y la invasión de convidados, detenida por momentos delante de la duquesa, según el grado de su amistad con los que iban presentándose, seguía derramando por los ardientes salones sus confusos grupos de mujeres jóvenes y viejas, de mozos elegantes y de ancianos en decadencia: todos los tipos de las pretensiones humanas, el cardumen de seres que lleva ocultas bajo sus galas de fiesta, bajo la sonrisa de la urbanidad, sus perennes inquietudes.

Un nombre extraño resonó entonces en medio de aquel continuo anunciar del mayordomo: fué como la repercusión metálica del golpe de platillos que interrumpe las variaciones del tema en una orquesta.

— El señor y la señora de *Cuadrillá*.

La letra *u*, la *a* final, la *ll* convertida en *l*, habían recibido de los labios del mayordomo una completa transformación de sabor afrancesado.

— ¿Qué es *eso*? se preguntaron varios en tono discreto, mirando con impertinente curiosidad á la pareja anunciada.

— Son amigos de nuestros amigos, que son nuestros amigos, respondió un irónico.

— Algunos *rastá* millonarios, sin duda.

— Que tienen el cheque *fácil* para la beneficencia.

De Morins se había adelantado para presentarlos. La duquesa, en vez de contestar al zabullón exagerado de Dolorcitas, paseó su altanera mirada sobre el elegante traje de la joven, contó los hilos de perlas que le bajaban del cuello hasta la cintura, y, sin mirar á Antuco, los dejó pasar, para acoger con una

sonrisa de camaradería á otra pareja que llegaba.

El gordo Termal ofreció entonces, con aire de requiebro, su brazo á la chica, y se perdió con ella en la apretura. Antuco Cuadrilla, á duras penas, con la melancólica rabia de su protesta interna, se puso á seguirlos.

— ¿Y Milagritos, dónde está? preguntó la joven.

Preocupada por ver el traje de su hermana, no sentía la amorosa presión con que su galán le estrechaba el brazo, murmurándole al oído:

— Está usted encantadora. Será usted la más hermosa del baile.

Ella repitió su pregunta:

— ¿Y Milagritos? Lléveme usted donde está Milagritos.

— No ha llegado todavía, contestó Termal, chasqueado en su manifestación amorosa.

Al mismo tiempo, como si respondiese á la pregunta de la de Cuadrilla, la sonora voz del mayordomo hacia resonar el nombre de Milagritos y su esposo:

— El señor y la señora de *Palomares*.

— Vamos, vamos, ligero, exclamó Dolorcitas arrastrando á su galán, en medio de la apretura, por el camino que acababan de recorrer, en busca de su hermana.

A pocos pasos encontraron el angustiado semblante de Antuco.

— No será mucho que vinieses siguiéndome, le dijo indignada su mujer. ¿Me quieres poner en ridículo?

— Pero, ¿qué quieres que haga? No conozco aquí á nadie.

— Vete al club, juega, busca á quien galantear, pero no andes detrás de mí: eso no es *chic*.

Este dialoguillo pasaba en voz baja, en español, mientras que Dolorcitas, sin separarse del gordo

Termal, seguía su marcha, con los esfuerzos de un nadador que brega contra la corriente.

En ese momento un tumulto se agolpaba hacia la puerta de entrada, casi al mismo tiempo que el nombre de la pareja de Palomares resonaba en el pesado ambiente de la sala. Antes que Milagritos, temblorosa de emoción, seguida por Agustín, hubiese podido llegar delante de la duquesa, un lacayo se había deslizado hasta Arsenio Varielle-Landry. Al oír las palabras que el sirviente le dijera al oído, el joven, cruzando ligero los grupos que lo separaban de la de Vieille-Roche:

— ¡El príncipe de Gales! le había dicho en voz baja, con cierta emoción.

Era cuando Milagritos avanzaba para hacer su gran saludo, que alcanzó á diseñar, pero no á concluir. Helada de confusión y de espanto, vió que la duquesa, sin mirarla, le volvía la espalda, y, seguida de Varielle-Landry y de varios hombres de su familia, formando séquito, se lanzó precipitada en dirección de la gran escalera. Una orquesta colocada en un ángulo del descanso, tocó en ese momento el himno real de Inglaterra, *God save the Queen*. El heredero del gran imperio de Gran Bretaña é Indias empezaba entonces á subir, seguido del duque de Cloudgoet (jefe de la gran familia de ese nombre y tío de la duquesa), de dos ayudantes del príncipe y de varios representantes de la nobleza de Francia. Los lacayos del vestibulo habían formado calle para que pasaran el príncipe y su comitiva. Los convidados se apiñaban hacia la puerta de entrada desde el confin de los salones más apartados. Una oleada humana, al resonar del himno regio de Inglaterra, arrastró en ondas de excitada gente á los que, antes de oírse la música, batallaban por abrirse paso hacia el interior.

— ¡Es el príncipe, el príncipe de Gales! se decían unos á otros para explicarse aquel fenómeno de

tumulto en que la elegante concurrencia perdía casi su calma y compostura señoriles.

El primogénito de la reina Victoria llegaba entre tanto al gran descanso de la escalera, con la calma del hombre acostumbrado á despertar la curiosidad y á ser festejado en todas partes. Su plácido semblante, sus ojos azules de reflejo acariciador, se iluminaron con una sonrisa afable al extender su mano á la duquesa, que le hacía un reverente saludo, el saludo del viejo homenaje de rendimiento con que la antigua aristocracia europea prosterna su encumbrado orgullo ante los representantes de la monarquía legítima.

— ¡ Ah, monseñor, qué grande honor para mi casa ! murmuró con dulce voz la duquesa, al levantar, como en una nube de gloriosa satisfacción, la aristocrática curva de su nariz aguileña.

El de Gales le ofreció su brazo, y así entraron á los salones, en una especie de marcha triunfal, escoltados por brillante séquito de damas alhajadas, palpitantes de satisfacción, de hombres estirados y decorados, mientras que desde el descanso de la escalera la orquesta enviaba, como un regocijo de grandeza, las notas graves y cadenciosas, plegaria cotidiana de adoración del pueblo inglés por su reina : « *God save the Queen*. Dios salve á la Reina ». La aristocrática asistencia había por sí sola abierto calle, dejando en primera fila á las señoras, que, ávidas, contemplaban al pasar al presunto heredero de la corona de Inglaterra, admiraban sin reserva su fisonomía de buen vividor, su barba rubia matizada de hilos de plata, su calva frente destinada á llevar una de las diademas más poderosas del mundo.

En la apretura, Dolorcitas y Milagritos se encontraron. La de Cuadrilla palideció al ver á su hermana. No llevaba el traje que ella le había copiado. Dando el brazo á Guy de Morins, y apenas repuesta del desaire que acababa de sufrir al inclinarse delante

de la dueña de casa, la de Palomares buscaba en qué desahogar el enfado que la sofocaba. Dolorcitas, desazonada al ver que su vestido no podía competir en elegancia con el de la otra joven, la besó con afectado cariño, buscando al mismo tiempo algo de desagradable que decirle.

— ¡ Ah! exclamó, examinando el traje de Milagritos. ¡ Qué lástima que sea color rosa! Yo creía que tenías otro vestido.

— Sí, tengo otro igual á ese tuyo; pero me pareció muy poca cosa para un baile como éste.

Los acompañantes de las dos muchachas no habían entendido, porque hablaron en español. Ni una ni otra se mostraban por eso menos risueñas, con sus ademanes y movimientos de infantil coquetería, inclinándose para hablarse, de modo que los jóvenes pudiesen admirar sus apretadas cinturas, la atrevida arrogancia de sus descotes, y que los demás que había por allí cerca pudiesen maravillarse del largo desmedido de sus collares de perlas, del rico aderezo de brillantes que á una y otra les centelleaba en los cabellos, de los variados brazaletes que con movimientos de las manos bien calculados, hacían resplandecer con fosforescencias de estela de buque en los mares tropicales.

Agustín Palomares separó á Cuadrilla del grupo que formaban las dos hermanas con de Morins y Termal.

— Vamos á dar una vuelta por los salones, le dijo. Un hombre *chic* no debe andar al lado de su mujer, como cuidándola.

Agustín estaba radiante. Aquella atmósfera de grandeza y señorío le infundía un sentimiento de orgullo, un creerse superior á su propia esfera, estimulaba su vanidad, le daba impulsos de globo descargado de su lastre, que hiende el espacio, como de salto, hacia arriba.

tumulto en que la elegante concurrencia perdía casi su calma y compostura señoriles.

El primogénito de la reina Victoria llegaba entre tanto al gran descanso de la escalera, con la calma del hombre acostumbrado á despertar la curiosidad y á ser festejado en todas partes. Su plácido semblante, sus ojos azules de reflejo acariciador, se iluminaron con una sonrisa afable al extender su mano á la duquesa, que le hacía un reverente saludo, el saludo del viejo homenaje de rendimiento con que la antigua aristocracia europea prosterna su encumbrado orgullo ante los representantes de la monarquía legítima.

— ¡ Ah, monseñor, qué grande honor para mi casa ! murmuró con dulce voz la duquesa, al levantar, como en una nube de gloriosa satisfacción, la aristocrática curva de su nariz aguileña.

El de Gales le ofreció su brazo, y así entraron á los salones, en una especie de marcha triunfal, escoltados por brillante séquito de damas alhajadas, palpitantes de satisfacción, de hombres estirados y decorados, mientras que desde el descanso de la escalera la orquesta enviaba, como un regocijo de grandeza, las notas graves y cadenciosas, plegaria cotidiana de adoración del pueblo inglés por su reina : « *God save the Queen*. Dios salve á la Reina ». La aristocrática asistencia había por sí sola abierto calle, dejando en primera fila á las señoras, que, ávidas, contemplaban al pasar al presunto heredero de la corona de Inglaterra, admiraban sin reserva su fisonomía de buen vividor, su barba rubia matizada de hilos de plata, su calva frente destinada á llevar una de las diademas más poderosas del mundo.

En la apretura, Dolorcitas y Milagritos se encontraron. La de Cuadrilla palideció al ver á su hermana. No llevaba el traje que ella le había copiado. Dando el brazo á Guy de Morins, y apenas repuesta del desaire que acababa de sufrir al inclinarse delante

de la dueña de casa, la de Palomares buscaba en qué desahogar el enfado que la sofocaba. Dolorcitas, desazonada al ver que su vestido no podía competir en elegancia con el de la otra joven, la besó con afectado cariño, buscando al mismo tiempo algo de desagradable que decirle.

— ¡ Ah! exclamó, examinando el traje de Milagritos. ¡ Qué lástima que sea color rosa! Yo creía que tenías otro vestido.

— Si, tengo otro igual á ese tuyo; pero me pareció muy poca cosa para un baile como éste.

Los acompañantes de las dos muchachas no habían entendido, porque hablaron en español. Ni una ni otra se mostraban por eso menos risueñas, con sus ademanes y movimientos de infantil coquetería, inclinándose para hablarse, de modo que los jóvenes pudiesen admirar sus apretadas cinturas, la atrevida arrogancia de sus descotes, y que los demás que había por allí cerca pudiesen maravillarse del largo desmedido de sus collares de perlas, del rico aderezo de brillantes que á una y otra les centelleaba en los cabellos, de los variados brazaletes que con movimientos de las manos bien calculados, hacían resplandecer con fosforescencias de estela de buque en los mares tropicales.

Agustín Palomares separó á Cuadrilla del grupo que formaban las dos hermanas con de Morins y Termal.

— Vamos á dar una vuelta por los salones, le dijo. Un hombre *chic* no debe andar al lado de su mujer, como cuidándola.

Agustín estaba radiante. Aquella atmósfera de grandeza y señorío le infundía un sentimiento de orgullo, un creerse superior á su propia esfera, estimulaba su vanidad, le daba impulsos de globo descargado de su lastre, que hiende el espacio, como de salto, hacia arriba.

— Pero, ¿dónde quieres ir?

El infeliz Antuco ahogaba un suspiro al alejarse de su mujer: «que Termal y tantos otros podían galantear á mansalva», en medio de la afanosa muchedumbre. Le parecía que hablaban de amor ilícito todas las parejas jóvenes; que los hombres debían ser más atrevidos y las mujeres más débiles, en ese resplandor de luces, en ese ambiente de perfumes, en ese contacto sensual de tantos seres reunidos en nombre del placer, en esa exhibición de torneados hombros, de senos provocantes, de miradas encendidas al calor de la común hoguera humana que atravesaba.

— ¿Dónde? ¿dónde está el príncipe de Gales? Vámonos á ver si conseguimos hacernos presentar. Eso sí que sería *chic*, le contestó Agustín.

— ¿Solos? ¿y para qué? objetó Antuco.

— No, hombre; cuando encontremos quien nos presente, iremos á buscar á las niñas.

Las niñas eran, para Agustín Palomares, su mujer y la de Antuco. Ellas y sus galanes habían tomado la misma dirección, delirantes por hacerse presentar al príncipe, por más que de Morins y Termal les hubiesen declarado que aquello sería muy difícil.

Milagritos se había impacientado ante esa declaración de los dos jóvenes.

— ¡Cómo! ¿Usted no podrá conseguir ese favor para mí? ¡Yo creía que usted me amaba!

De Morins, á quien dirigía esta exclamación en voz baja, con acento de profundo reproche, se deshizo en protestas. «Por ella era capaz de todo. Iba á probarle esta vez que su amor era mucho más serio de lo que ella pensaba. Lo que no haría por él mismo ni por cien mujeres, aunque fuesen las más bellas del mundo, lo haría por conquistar su gratitud.»

— Mi gratitud, usted la tendrá, y muy sincera, exclamó la de Palomares arrebatada por aquella espe-

ranza. ¡Ser presentada al heredero de la corona de Inglaterra! Esto le abriría los más aristocráticos salones de París. Y podría también, en los días de recepción de los Torreveja, de los Terrazábal, de los Altamura, en todas las familias que se daban aires europeos y de despreciar á los hispano-americanos, hablar de esa presentación, de lo que le había dicho el príncipe, de las atenciones que le harían en el *Faubourg*, en ese centro, para ella fantástico, de la antigua nobleza.

— ¿Una gratitud sin restricciones? preguntó en tono tierno Guy.

Milagritos se echó á reír, bien que sonrojándose.

— ¡Ah, qué tonto es usted!

— Pero, ¿por qué? exclamó el conde.

— Todos los días me está diciendo usted que me ama, y, en vez de aspirar á que yo le corresponda, me quiere vender el servicio que le pido.

— ¡Vender! Usted es cruel. Me estimo demasiado para arrancar favores que deben ser la prueba del amor.

El tono de pique sentimental de la respuesta hizo temer á la joven que de Morins no pusiese ya tanto entusiasmo, como había dicho al principio, para conseguir la presentación. Sus ambiciosas esperanzas le parecieron correr el riesgo de caer al suelo y quebrarse como los huevos de la fábala.

— Entonces no muestre esas exigencias, le dijo coquetamente, mordiendo el abanico y dejando sentir al joven que se apoyaba con intención en su brazo.

— Pues bien, no diré nada, y juro á usted que la haré presentar al príncipe.

Alborozada, Milagritos llamó con una seña á su hermana y á Termal, que caminaban á pocos pasos de ellos.

— ¡ De Morins va á hacernos presentar, querida ! dijo á la de Cuadrilla.

— ¡ De Morins, usted es un ángel ! exclamó Doloritas con entusiasmo.

— No le diviso las alas, observó Termal mirando la espalda del conde.

Llegaban en esos momentos á la sala que habia sido reservada para el principe de Gales. Delante de la puerta se apretaba compacta la masa de concurrentes, ansiosos de contemplar la majestad del real huésped de la duquesa.

Mientras tanto, doña Quiteria y su hija, conducidas por un joven de los designados para atender á las señoras, habian tomado asiento en la sala donde se bailaba. Canalejas habia seguido. Sin conocer á nadie, paseaba con cierto desplante su barba color de ala de cuervo en torno de la pieza, y se acercaba de cuando en cuando á hablar con su mujer y Mercedes.

— ¿ Y Juan Gregorio, no ha venido ? preguntaba cada vez con acento de extrañeza.

— ¡ Qué ha de venir ! contestaba la señora con algún ademán de incredulidad.

— Me juró que estaría aquí á las once.

— Sí, espéralo no más. ¡ Tanto caso que te hace !

— ¡ Maldito muchacho ! Jamás obedece, decía impaciente Canalejas.

— Tú tienes la culpa, murmuraba entre dientes la señora.

— Así será, pues, hija ; así será. No nos disputemos aquí.

Y al decir esto con una sonrisa que se perdía en su barba, Canalejas esperaba hacer pensar á los que pudiesen mirarlos, que estaba sosteniendo con la señora una festiva conversación.

Pero en el fondo de su alma reconocía su error de haber descuidado completamente la educación del

nuchacho. Los placeres de su vida de trasplantado rico que ha venido á gozar en *Europa*, no le habían dejado tiempo para velar sobre los suyos. Un pesar vago de hombre que reconoce sus faltas, sin sentir todavía las fuerzas suficientes para la enmienda, le hizo olvidar por un momento el baile, la música, la belleza y elegancia de las mujeres que llenaban la sala. Pronto, sin embargo, impaciente de recobrar su libertad, dejando á Juan Gregorio el cuidado de acompañar á su madre y á su hermana, volvió á su inquietud de no ver llegar al mozo. Quiso entonces, para distraerse, empezar una nueva vuelta de la sala; pero doña Quiteria lo detuvo.

— No te vayas, le dijo; quédate aquí con nosotras. Aquí estamos como tontas, sin tener con quién hablar.

— Pero, hija, no es de buen tono que un caballero se lleve en sociedad hablando con las señoras de su familia.

— No será, pues, dijo ella con fastidio; pero es peor que estemos solas Mercedes y yo, y que nos miren como animales raros. Además, aquí nadie te conoce, y dirán que eres un amigo que está hablando con nosotras.

Ambos se sentían como en un desierto. En la vasta sala, tan llena de gente, una atmósfera de aislamiento los rodeaba. Las miradas curiosas que al soslayo veían dirigirse sobre ellos, les causaban la molestia de rayos de sol sobre los ojos. Por más que los dos, hablando como si sostuviesen una conversación de personas que se tratan con etiqueta, se alentasen mutuamente á mostrar aplomo, afectando la tranquilidad de los que se encuentran en un medio social al que están acostumbrados, una desazón de inferioridad irritante los mortificaba. Sentíanse extranjeros en aquella reunión de gente de otra raza, de otros modales, de otro modo de ser del que les era familiar

en su tierra y que conservaban sin saberlo. Aquella manera de saludar no era la de ellos; aquel mirar á las personas sin verlas, de pasar la mano izquierda con estudiada frialdad, de volverse la espalda inmediatamente después del saludo, evitando toda conversación; aquel besar de los hombres la mano á las señoras con afectación cortesana, juntando violentamente la pierna derecha á la izquierda y haciendo así sonar con un golpecito seco los tacones de las botas; ese estiramiento de convención, esos aires de importancia satisfecha, todo lo que en torno de ellos observaban, les imponía como un respeto supersticioso por la tradición, por esos modos de ser, que les parecían un don de casta, un privilegio de gente superior, un secreto de maneras aristocráticas heredadas de muchas generaciones de antepasados ilustres. ¡Ah, los saludos de su tierra! pensaba Canalejas, con la impresión de recordar una cosa grotesca, de una franqueza de poco tono, de una falta de afectación, tan antielegante. ¡Nadie, por allá, sabía saludar; nadie sabía dar á su brazo, al pasar la mano, esa redondez de arco de círculo con un levantamiento del codo, como trayendo la mano del saludado hacia el pecho; nadie besaba la mano á las señoras con la unción de un homenaje á todo el bello sexo! Todos, se decía, deberían venir á Europa á cubrirse con ese barniz de refinamiento, atributo de los pueblos adelantados, á rozarse con esa civilización de gran tono, con esa cortesía artificial, que le parecía la elegancia suprema.

Mercedes no participaba, entre tanto, de la reverente admiración de sus padres por todo lo que veían. No le eran, por supuesto, indiferentes las miradas con que los hombres rendían homenaje á su belleza, la observación atenta con que las mujeres la analizaban, algunas de ellas sin envidia, muchas con aire de franca simpatía. Pero en medio del calorcito de feme-

nil satisfacción que acariciaba su amor propio, el recuerdo de la carta que había recibido de Patricio, le traía el frío súbito de una corriente de aire helado. « ¡Huir con él! ¡Cómo podía Patricio, si realmente la amaba, proponerle una locura semejante! » Su espíritu de muchacha tranquila, ajena hasta entonces á las violentas complicaciones de la pasión, no era capaz de dejarse arrebatarse por el torbellino, de cerrar los ojos para saltar en el vacío, de atropellar la piadosa costumbre de la sumisión filial. Alma casta de mujercita sin romanticismo, modelada por la religión del deber, la idea de rebelarse contra la moral sencilla que desde la niñez, en las faldas y por boca de su abuelita, le había inculcado sus doctrinas severas, inaccesibles á las contemporizaciones de la casuística mundana, le hacía recular, espantada, con el instinto de conservación pudorosa que hace de ciertas almas de mujer el vaso de elección de la Escritura. Para ella, hasta entonces, la existencia era el ancho camino iluminado por el sol de una conciencia tranquila, con horizontes de oro y de arrebol, por donde ha de llegarse á la felicidad. Los senderos umbrosos, con sus tortuosidades de misterio, le causaban una repulsión invencible, y su corazón de cristiana se sentía fuerte para el sufrimiento, como sienten su vigor latente los músculos de un cuerpo sano.

— ¡Pobre Patricio, está loco! se decía.

Era como un sueño. Las frases inflamadas de la carta la perseguían en medio del esplendor de la fiesta, en el aturdimiento de la música, en el girar de las parejas que se agitaban, algunas trabajosamente con esfuerzos ridículos de malos bailarines, otras deslizándose cadenciosas y ligeras en los metódicos movimientos del *boston*. Pero ni el espectáculo del placer, ni la alegría de la música, bastaban á borrar de su memoria esa idea de la fuga, esa pesadilla de la deshonra, que la hacía estremecerse con la sensa-

ción de una amenaza ominosa de vergüenza y de desdicha. Sin duda que todas esas mujeres jóvenes que se abandonaban en brazos de sus compañeros con inflexiones de languidez, haciendo volar en los giros del vals las ligeras faldas, eran más felices que ella. ¡Ninguna estaría amenazada de esa tremenda desgracia de tener que sacrificarse por su amor! ¡Ella huir, y dejar abandonada á su abuelita! Todo su ser clamaba á grandes gritos contra semejante sacrilegio. Su pensamiento volaba hacia la melancólica anciana, y en una visión de *desdoblamiento*, se veía ella misma saliendo de la estancia familiar, arrojando una mirada de adiós á la abuelita al dejarla sola, inconsciente de la suprema despedida, mirándola también con sus ojos nostálgicos de desterrada que se aferra á la existencia, siempre esperando el día de la vuelta á la patria.

— Señorita, presento á usted mis homenajes.

El príncipe Stephan la saludaba con su aire de gran señor, sin inclinarse casi, diciéndole esas palabras como una simple fórmula de cortesía, de cortesía protectora. Mercedes, despertada así de su alucinación, tuvo un temblorcillo de sobresalto, y medio turbada :

— Mamá, dijo al joven mostrando á doña Quiteria, que se abanicaba con furor, desesperada de no tener con quién hablar, humillada de que hasta entonces nadie se hubiese hecho presentar ni sacado á bailar á su hija. Ésta, mostrando á Stephan, habia añadido :

— El príncipe de Rœspingsbrück.

La señora manifestó su satisfacción de conocer á tan alto personaje en una mezcla de español y francés, de la que sólo resonaron en los oídos del joven las palabras de esta última lengua en cómica incoherencia. Mientras que Stephan, por toda contestación habia inclinado ligeramente los hombros con la cabeza hacia delante, haciendo sonar los tacones de su calzado, doña Quiteria, volviendo á todas partes la

vista, pero dejando siempre su rostro frente al príncipe, preguntaba á Mercedes :

— ¿Y tu padre? ¿Qué se ha hecho tu padre? Ve si lo divisas, y hazle seña para presentarlo á su alteza.

Y agregaba en seguida, entre dientes, agitando su abanico :

— ¡Miren qué trabajo! ¿Dónde habrá ido á meterse ese hombre?

Había ocurrido que Canalejas, impaciente por ver llegar á Juan Gregorio, abandonó su contemplación de los descotes, y concentró toda su atención en las puertas que daban entrada á la sala, con esa especie de superstición del que espera y se figura acelerar la llegada del que aguarda, fijando obstinadamente la vista en los puntos por donde puede aparecer. Pero en vez del raquítico cuerpo de su hijo, vió don Graciano detenerse en una de las puertas la atlética figura del príncipe Stephan, flanqueado de Cucho Palomares y de Antuco Cuadrilla, que le mostraban á doña Quiteria y su hija. Canalejas juzgó entonces oportuno el momento para escaparse y empezó á abrirse paso por entre los apiñados grupos de gente que á esa hora llenaban ya todas las salas. La voz del gran mayordomo continuaba lanzando los nombres al vacío, como invocaciones á alguna divinidad ausente. La duquesa, por hacer los honores de su baile al príncipe de Gales, no había vuelto á la sala de entrada. Canalejas advirtió el descontento pintado en el semblante de los que llegaban, al encontrarse sin la dueña de casa. Saliendo de la pieza, bajó con garbo la gran escalera, haciéndose la ilusión de que los lacayos de cabeza empolvada lo tomaban por algún gran personaje. En el espacioso vestibulo se dirigió al guardarropa, observando que gran número de los lacayos, en posturas de abandono, dormían con los abrigos de sus patrones á los pies, mientras que los

que había despiertos lo miraban despreciativos, como si leyeran en su rostro la inquietud interna que lo sacaba de la fiesta. En la calle se dirigió al punto que había designado para que lo esperase su *coupé*, al que entró bien envuelto en su abrigo; después de decir al cochero, casi al oído, en voz baja, ligeramente turbada:

— Calle de Suresnes, á la entrada, por el boulevard Malesherbes.

Llegado á ese punto, despidió el carruaje y se internó por la calle desierta, evitando hacer ruido al andar, con el cuello del paletó levantado más arriba de las orejas.

XVI

Bien que temiendo que doña Quiteria pudiese, según la expresión de Agustín Palomares, *echarles el garfio* para que la acompañasen, él y Antonio Cuadrilla, por el orgullo de ser vistos en compañía de un príncipe genuino, habían atravesado la sala con Stephan hasta llegar al punto en que divisaron á Mercedes y á su madre.

— Alguno de ustedes va á quedarse con nosotras, dijo la señora á sus dos yernos.

— Se quedará Antuco, dijo vivamente Agustín; yo tengo comprometido el próximo *boston* con la marquesita de Vega Seca, de la embajada de España.

El joven Cuadrilla quiso inventar á su vez alguna excusa, pero doña Quiteria no lo dejó terminar.

— No, no; déjese de disculpas. Alguien me ha de llevar al *buffete* mientras baila Merceditas; ya no puedo aguantar más la sed; tengo la boca como palo.

Se abanicaba imperiosamente, con el rostro apoplético, soplando de calor. Sin atreverse á insistir en su excusa, Antuco formulaba su imprecación entre dientes :

— Si no se apretase tanto, podría respirar y no tendría la boca como palo.

Y también, en sus adentros, maldecía su debilidad. « Aquel era el momento, precisamente, en que emancipado de Agustín, habría podido ir á buscar á Dolorcitas. » La había visto alejarse con Termal, mientras que su cuñado lo arrastraba, á pesar suyo, para hacerse presentar al príncipe de Gales. Doña Quiteria le interrumpió sus reflexiones, cogiéndole el brazo y obligándolo á dirigirse con ella hacia el comedor.

Stephan, entre tanto, había ya dado una vuelta de vals con Mercedes. La esbeltez de la chica, su aire de candor tranquilo, la distinción natural de su persona, llamaron pronto la atención en la aristocrática concurrencia de los que se entretenían en mirar á los danzantes. Algunas señoras, usando el lente con afectada dignidad, preguntaban desdeñosas :

— ¿Quién es esa pequeña ?

— Una *rastá* millonaria, contestábale alguien.

— Cuyos padres tienen la limosna opulenta, agregaban.

— Decididamente, observaba una vieja condesa, nos estamos encanallando. La duquesa, con su hospicio de huérfanos, es capaz de convidar uno de estos días á la familia de algún tendero.

Otros decían que la *pequeña rastá* debía ser prodigiosamente rica para que el príncipe Stephan, que no tenía más recurso para pagar sus deudas que el casarse, emplease su tiempo en bailar con ella.

— Él también es un *rastá* de otra especie, de esos que so color de venir á arruinarse en París, acaban por petardear á toda la calle de la Paix. Yo prefiero á los otros que vienen á dejarnos sus caudales.

Un vizconde viejo, hacía, sonriéndose, esa observación, limpiando con el pañuelo de narices su lente.

— ¡ Eh, querido ! replícale uno de los que le oyeron. Usted se democratiza, palabra de honor. El príncipe es un príncipe y puede reparar sus locuras de juventud con un buen casamiento, mientras que los

otros no son nadie; son gentes que no han nacido.

— Cierto; todos son advenedizos, esos hidalgos bulliciosos, agregó un tercero.

El príncipe y su compañera, mientras así se hablaba sobre ellos, no habían vuelto á bailar. So pretexto de llevar á la joven para que admirase un cuadro famoso, Stephan la había conducido á una salita pequeña, poco frecuentada, que abría su única puerta á la sala de baile.

— Aquí estaremos bien para conversar, dijo mostrando una poltrona á Mercedes y sentándose á su lado.

La chica conoció que el momento del ataque había llegado. Sabía muy bien que sus hermanas hablaban de que el príncipe iba á decidirse á pedirla. Mas como el joven no le había dicho jamás una sola palabra de amor, no lo creía. Naturalmente bondadosa, pensaba, por otra parte, que la simple aseveración de Milagritos y de Dolorcitas no era motivo suficiente para que ella se mostrase terca ó impolítica con un hombre de alto nacimiento, que hasta entonces se había conducido á su respecto con exquisita cortesía. Las palabras de Stephan, al ofrecerle una silla, la pusieron en guardia. Desazonada en presencia de una realidad temible, que hasta entonces no había considerado sino como un deseo sin fundamento alguno de su familia, Mercedes afectó no atribuir particular intención á la frase del príncipe, esforzándose por disimular su turbación.

— Porque tengo que conversar con usted, señorita, repuso Stephan viendo que la chica nada había dicho.

— ¿Conmigo? preguntó ella por contestar algo.

Sentía latirle el corazón apresurado ante la certidumbre del peligro, pero consiguió sonreirse ligeramente como si no tuviera la más lejana idea de lo que el joven quisiese decirle.

— Sí, sí; con usted, señorita.

Y ante la mirada de interrogativa extrañeza con que Mercedes creyó poder seguir ocultando el temblorcillo del miedo :

— ¿Sabe usted, señorita, que yo soy su admirador desde que la conocí?

Esta vez, sin preocuparse ya de disimular, la joven bajó los ojos ruborizada. Él, con su plan de ataque fijado de antemano, no se detuvo á discernir si aquel rubor venía de satisfacción ó de desvío.

— No pido á usted que me diga, continuó tras brevísima pausa, si tal sentimiento de admiración ha despertado en usted esa simpatía que un hombre *de mi clase puede pensar sin fatuidad que ha de cambiarse en amor*. Ese es un secreto de usted, y yo me abstengo de pedirle que me lo revele. Pero como mis intenciones son francas y leales, he de hablar á usted con lealtad y franqueza : señorita, ofrezco á usted un gran nombre, acaso con la cercana probabilidad de ocupar uno de los tronos más antiguos de Europa. Una de mis amigas irá mañana á solicitar de sus padres, á mi nombre, la mano de usted. He querido que se encontrase usted instruída de este paso para darle una prueba de la alta consideración que se une al amor que usted me ha inspirado.

La chica había palidecido en extremo. El príncipe, con voz segura, con acentuaciones de una importancia indiscutible, con cierta sencillez solemne y casi autoritaria de personaje importante, estudiándole el rostro, *buscándole la mirada, le hablaba sin detenerse*. Aquello era más bien una notificación que una solicitud de pretendiente. Stephan daba por sentado que pedir su consentimiento á la joven era empequeñecerse á los ojos de ella; era ponerse al nivel de cualquier enamorado plebeyo que se hace solicitante rendido. Un Rœspingsbrück hacía demasiado honor á una chica *sin nacimiento* al ofrecerle su nombre, y debía suponer que se le aceptaba con júbilo.

À sus últimas palabras siguió un silencio de algunos instantes. Mercedes, aterrada, permanecía inmóvil. Encontraba á cada segundo una duración de tortura, sin atreverse á hablar, con el rumor de la confusión en los oídos. « En realidad el príncipe no le había dirigido una sola interrogación en lo que acababa de hablar, no le había pedido contestación ninguna; ¿qué podía ella decirle? » Las luces le parecían aumentar de intensidad, aumentar también el movimiento de las gentes que divisaba desde su asiento en la sala de baile. Se le figuraba ver un tumulto afanoso de personas que se apresuraban á mirar algo de fenomenal, algo que llegaban también á contemplar, otros y otros grupos de convidados, entrando por todas las puertas de la gran sala de baile. En ese instante, la música volvió á tocar un vals.

— ¿Quiere usted que demos otra vuelta? le preguntó Stephan levantándose de su asiento y ofreciéndole su brazo.

Mercedes lo siguió maquinalmente. La declaración le había embargado los sentidos. En su mente, una especie de paralización del pensamiento dejaba apenas pasar por su cerebro la reflexión empañada y confusa del que despierta de un sueño causado por el cloroformo. La pareja, al entrar en la gran sala, vió adelantarse al príncipe real de Inglaterra, dando el brazo á la duquesa. Seguíalos un séquito de nobles; todos se agolpaban á mirar. Aunque la orquesta había continuado el vals, cuyos preludios acababan de oirse, ninguna pareja bailaba. En el centro de la sala un gran espacio había quedado vacío. El príncipe real y la dueña de casa, detenidos ahí, parecían esperar que *recomenzara la danza*. Stephan y Mercedes entraban en ese instante. Arrastrado por el compás de la música, el joven se lanzó, casi llevando en el aire á Mercedes, en el acompasado girar del *boston*. Otr

parejas siguieron su aéreo remolino. Las faldas flotaban alrededor de los danzantes. Las perfumadas cabezas, los marmóreos bustos, con abandonos lánguidos, cedían al impulso recibido. La fiesta tocaba al apogeo de su animación.

Atraídas como las mariposas por la luz, Milagritos y Dolorcitas llegaban á la sala acompañadas por de Morins y Termal. Por otra puerta entraba Agustín Palomares, buscando todavía la ocasión de hacerse presentar al príncipe real.

De pie ahora, su alteza y la de Vieille-Roche se divertían en contemplar la animación del cuadro, de que ellos parecían el centro luminoso. Animadas por la común ambición de sacar de la fiesta lo que se les figuraba equivaler á una ejecutoria de nobleza, Milagritos y Dolorcitas se habían reunido con sus esposos á deliberar cómo conseguir el insigne honor de ser presentados al real personaje.

— Esta ocasión es la mejor. En el salón privado, donde llevaron al príncipe, no dejaban entrar, dijo Milagritos con angustia.

— Vaya, pues, de Morins, agregó Palomares; usted nos ha prometido...

— Sí, sí; he prometido; tengo la mayor voluntad, pero no es fácil; yo no tengo derecho de hacer presentaciones á su alteza real.

— ¿Quién, entonces, tiene derecho?

— La señora de casa; tal vez alguno de los viejos duques, sus tíos.

Las trabas de la etiqueta desesperaban á las dos hermanas. Una inspiración hizo exclamar á Milagritos:

— Pero, ¿qué cosa más sencilla? Usted, Guy, puede conseguir que Varielle-Landry haga que la duquesa nos presente.

— Haga, haga, dijo de Morins, repitiendo la pala-

bra de la de Palomares; no es tan fácil: la duquesa está siempre á caballo sobre la etiqueta.

— Pero baja de ella por el bello marqués, observó Termal con malicia.

— Al marqués no le niega nada, exclamó ingenuamente Dolorcitas.

— De lo de ella, añadió Termal con sorna.

Ante la excusa del conde, Milagritos había tomado un aire de disgusto. Guy tuvo que resignarse.

— Si usted lo exige, iré á hablar á Arsenio.

— Y trate de tener éxito; sin eso, creeré que usted no se ha empeñado con calor.

En ese momento, furiosa de que la dejaran sola, doña Quiteria hacía señas desesperadas á los jóvenes, llamándolos. Antuco lo advirtió á su mujer y á la de Palomares, deseoso de alejar á Dolorcitas del gordo Termal. Las jóvenes se negaron á responder al llamamiento de la madre.

— No podemos ir á formar un grupo de familia.

— Para que se rían de nosotros.

— Anda tú, dijeron á Cuadrilla.

En realidad, las dos muchachas no querían, en tan aristocrática presencia, mostrarse con la mamá, cuyo traje les parecía, por sus mezclas de vistosos colores, una ofensa al buen gusto parisiense, del que ellas se proclamaban esclavas.

— Todos dirán que es una *rastá*, pensaban entre las dos.

Ninguna de ellas se reprochaba ese vicio de orgullo. Les parecían « del último ridículo » los gustos hispano-americanos de la madre.

Mientras que así, agitados los ánimos por el sueño de la grandeza, las jóvenes evitaban ir á reunirse con doña Quiteria, el príncipe Stephan perseguía su propósito de conquista con un ingenioso arbitrio que habría de cubrirlo de prestigiosa importancia á los ojos de las muchachas y de la señora de Canalejas.

No bien se había detenido después de dar una vuelta de vals, condujo á Mercedes al lado de su madre.

— ¿Me permiten ustedes un momento? dijoles en seguida dirigiéndose hacia el hijo de la reina Victoria, al que hizo un elegante saludo.

El príncipe real reconoció á Røespingsbrück y le pasó la mano con cierta familiaridad.

— ¡Ah, príncipe! ¿Cómo está usted?

— Muy bien, alteza, y muy feliz de presentar mis homenajes á vuestra alteza.

El tono de la respuesta fué como el de quien habla á uno de su clase. Hubo en seguida tres ó cuatro frases más, cambiadas entre los dos. Toda la sala, hasta los danzantes al pasar, fijaba la vista en ellos. Después de esto, Stephan se acercó á Mercedes y la invitó á dar una nueva vuelta. En los ojos de la chica brillaba algo de febril. Aceptó con prisa la oferta, y se lanzó con el joven en el remolino de las parejas.

Milagritos, Dolorcitas y sus maridos se maravillaron de ver la familiaridad con que Stephan había sido tratado por el real heredero. Palomares manifestó su admiración, exclamando:

— ¡Muy *chic*, muy *chic*!

Las dos jóvenes y Antonio Cuadrilla hicieron coro. Ternal, fingiendo igual admiración, sobrepujo el entusiasmo del grupo con la expresión superlativa de ¡*Copourchic*! Cucho se lanzó á buscar en la sala algunas personas conocidas para hacerles saber que la joven con la que bailaba el príncipe Stephan era su hermana.

En esos mismos momentos Guy de Morins explicaba al marqués Arsenio las pretensiones de sus amiguitas. Varielle-Landry fijó sobre él su mirar de hombre indolente.

— ¡Eh, querido, tus pequeñas *rastá* son insoportables, palabra de honor! Tienen la manía de hacerse presentar.

— ¿Á quién se lo dices? exclamó Guy con un movimiento de hombros á guisa de filosófica resignación. He pasado la noche presentándolas á todo el barrio San Germán. Pero si tú no me prestas ese servicio, me harás perder todo mi prestigio, cebo de la adorable pequeña. Es tonta como un ganso; pero no me negarás que es deliciosamente bonita.

— Pero, ¡qué diablos! yo no puedo aconsejar á Florence que se haga cargo de presentar á toda la *banda*: eso sería una broma pesada para su alteza real.

— Una *banda* que es una mina de limosnas para el orfelinato de la duquesa, insinuó de Morins en tono persuasivo. ¡Ah, querido! déjate apiadar.

El marqués Arsenio hizo un esfuerzo para sonreirse.

— Voy á hacer algo por ti. Arreglaré las cosas para que Florence presente á la de Palomares. ¿No es ella la que te interesa? Y mandamos á todos los demás á pasco.

— ¡Eso es hablar! exclamó Guy con entusiasmo, añadiendo:

— Con el marido, se entiende; ¿no es así?

— ¡También! En fin, su alteza ni lo verá.

Convinieron en una *evolución* para realizar ese propósito. Guy de Morins iría á anunciar que toda presentación era imposible, y cuando el príncipe real fuese al comedor, la de Palomares y su marido se encontrarían en la puerta, donde serían presentados.

Dolorcitas creyó la explicación que hizo de Morins. Para consolarse aceptó el brazo de un joven que la invitó á bailar. Entonces Guy de Morins impuso á Milagritos y á su marido del gran honor que les estaba reservado. Transportada de júbilo, la joven se apoderó del brazo del conde en un raptó de tierna gratitud, y se alejó con él, perdiéndose entre la concurrencia.

Agustín se guardó de seguirlos. Bogaba en plena

mar de grandeza con la seguridad de la presentación al heredero presuntivo del trono de Inglaterra. Un enternecimiento de gratitud al noble amigo á quien iba á deber ese favor insigne, lo conmovió dulcemente, al ver alejarse su mujer con de Morins. « ¿Qué importaba que Milagritos se dejase galantear un poco por el conde? » Su filosofía de hombre de mundo le aconsejaba una serena tolerancia. Para ser hombre *chic* y tener relaciones con la nobleza del barrio San Germán, era preciso conducirse con elegancia y no andarse con celos de gente de poca cuenta. En cuanto á la virtud de su mujer, Agustín desdeñaba entrar en un análisis que hubiera podido inquietarlo. Ser celoso, le parecía un defecto de plebeyos.

La vista de su hermana Mercedes, que pasó en ese momento junto á él, lo confirmó en la elevación de sus reflexiones. « ¡Qué ridículo sería representar el papel de un celoso vulgar en circunstancias en que un príncipe de casa reinante podía llegar á ser su cuñado! »

Stephan lo gratificó al pasar con una risita protectora. Al terminar la vuelta de *boston* con Mercedes, el príncipe había notado una extraña animación en los ojos de la chica.

— No nos acerquemos á mamá, para que no me haga quedarme á su lado, dijo al joven con acento nervioso.

— ¡Ah, yo no pido otra cosa! dijo el joven lisonjeado.

— Deseo pasearme, pero donde no haya tanta gente, repuso la chica, con la voz más nerviosa todavía.

Ajeno á todo estudio psicológico, Stephan tuvo una orgullosa ilusión al advertir el cambio repentino que parecía haberse operado en la muchacha. Se le figuró que, fascinada por la elevación de su rango y por la importancia que debía atribuirle al verlo conversar

familiarmente con el príncipe real de Inglaterra, Mercedes se arrepentía de la frialdad que le acababa de mostrar y deseaba hacerle entender que acogía con favor su amorosa declaración. Lo que motivaba la nueva actitud de la chica era un estado de espíritu enteramente opuesto á esa manera de interpretarlo. Vuelta en sí del sobrecogimiento con que había oído las palabras del príncipe, la lealtad de su alma, triunfando de su timidez, la sacó del estupor en que había quedado, con el sacudimiento moral de un violento deseo de rehabilitarse á sus propios ojos. Lejos de querer evitar una nueva conversación, la provocaba al presente. Se sentía en posesión de sí misma. Todo su temor era de que el joven no volviese á darle ocasión de hablar. En su conciencia había surgido la imagen de Patricio como un remordimiento. Se decía que su deber para con él era hablar con franqueza, defender su amor amenazado, destruir toda ilusión en ese hombre que estaba ahí, al lado de ella, y pretendía imponerle su voluntad.

Stephan la había conducido al invernáculo.

— Usted será la reina de todas estas flores, le dijo con una especie de galantería oriental. Ninguna de ellas es tan fresca ni tan bella como usted.

Mostrábale, al hablar, las delicadas orquídeas, las rosas de diversos matices, otras flores raras, reunidas ahí, proclamando el poder del arte, que obliga á las plantas de distintos climas á rendir el tributo de su rica florescencia al capricho de la riqueza.

Con la íntima agitación del propósito que se juraba cumplir, Mercedes sentía oprimírsele el pecho. Al notar su respiración afanosa, al ver encenderse y palidecer sus mejillas, el príncipe se figuró que el amor naciente y el cándido pudor femenino se disputaban el corazón de la chica, sin permitirle hablar, no obstante su deseo. Al mismo tiempo, la fascinación de la pureza virginal que emanaba de la rubia criatura, esa

poesía del esbelto talle, de las delicadas formas, de la cabellera exuberante, empezaban á ejercer su influencia de filtro embriagador en el cerebro del mozo.

Al fin, Mercedes fijó sobre él una mirada resuelta.

— Yo también deseo hablar con usted, le dijo con mal segura voz.

— Me sentiré muy feliz y muy honrado de oír á usted, contestó Stephan, dando á su voz la más cariñosa acentuación que le fué posible.

— Pero, realmente, no sé cómo hacerlo: lo que usted me dijo hace un instante me ha trastornado de tal modo, que por momentos se me figura haber oído mal y que estoy padeciendo alguna alucinación.

— No, señorita, usted no ha oído mal. He ofrecido á usted mi nombre, con la probable expectativa de ocupar á mi lado uno de los tronos más antiguos de Europa. Eso dije á usted, y le anuncié que mañana, una de mis amigas, irá de mi parte á pedir la mano de usted á sus padres.

— Sí, es verdad, eso fué lo que usted me dijo. Mi sorpresa fué tanta, que nada pude contestar á usted. Sólo después, cuando estuve al lado de mamá, vine á despertar y á reprocharme amargamente no haber hablado á usted con toda franqueza. Usted, que ha sido siempre tan atento conmigo, me perdonará, ¿no es así? que le hable como si fuésemos viejos amigos.

¡Oh, ciertamente! dijo el príncipe, inquieto con aquel exordio.

— Pues bien; lo que quiero decir á usted, es que me siento muy honrada con la proposición que usted me hace; pero que no pienso, que no deseo casarme.

— ¡Ah! ¿Y la razón...?

La voz del príncipe resonó destemplada: una voz de altanera inquietud.

— ¡Oh, la razón! ¿Qué sé yo? Me siento muy feliz al lado de mis padres; tengo una vieja abuela, que

adoro, y de la que no puedo separarme... En fin, la idea de casamiento está muy distante de mí.

Stephan tomó su aire de gran señor, convencido de su alta posición; de alguien que no sabe solicitar, sino imponer.

— Esa idea la aproximaremos si está distante, dijo con el acento del que contesta á una objeción pueril; usted verá á sus padres cuando quiera, y si no puede separarse de la anciana abuela... y bien, la llevará usted á vivir con nosotros. El palacio de Røespingsbrück es bastante vasto para que la señora pueda hospedarse con toda comodidad.

Desde ese momento, el diálogo se convertía para Stephan en una conversación de negocios, en la que el triunfo de su interés era lo principal. Esa joven que se excusaba con tan pudorosa timidez, representaba para él la salvación, el pago de sus apremiantes deudas, la calma de la existencia en la abundancia y en el lujo sólido, tantas veces soñado, buscado con tanto afán vanamente.

— Sí, no lo dudo; pero, en fin, créame usted, no deseo casarme, repitió ella con voz de ruego.

— Pero, veamos, ¿por qué razón? ¿Encuentra usted que ser princesa de Røespingsbück, y tal vez muy pronto soberana, no vale la pena de vencer ese obstáculo de la separación de la familia? Al fin de cuentas, es la ley universal. ¡Vamos, señorita, esas no son razones serias!

Las lágrimas asomaban á los ojos de la chica. La insistencia, la argumentación casi desdeñosa con que el príncipe quería convencerla por fuerza, como si tuviese algún derecho sobre su destino, empezaban á exasperarla. Retorciendo entre los dedos su fino pañuelo, bajó los párpados por no mirar al mozo.

— Usted puede tener razón para sí, contestó con cierta terquedad. Sin duda, yo seré la que pierda;

pero permítame usted que insista : no pienso ni deseo casarme.

La impaciencia agolpó la sangre al cerebro de su interlocutor. La tenacidad del rechazo, la idea de la humillación, la rabia de volver á la lucha con los problemáticos expedientes financieros, lo sofocaban. Pero era de esos temperamentos que en presencia de la contradicción, encuentran una calma incommovible, como los valientes, que delante del peligro se serenán.

— Usted no tiene la experiencia de la vida, replicó sin inmutarse. Las muchachas se forjan fantasmas ó se crean ilusiones, tan vanos los unos como las otras. Sabiamente la Naturaleza y las leyes las ponen al abrigo de su inexperiencia. Los padres están ahí, revestidos de esa doble autoridad. Los de usted, estoy seguro, no vacilarán en acceder á mi petición, porque verán que de este modo aseguran la felicidad de su hija.

Y, haciéndose paternal, bajando de lo alto de su encumbrada cuna, concluyó :

— Créame usted ; no discutamos ; siga usted la inspiración de sus padres.

Se había puesto de pie al decir estas últimas palabras, y ofreció su brazo á la joven. Mercedes se levantó maquinalmente. Dió algunos pasos, cuidando de no apoyarse en el brazo del príncipe. Iba rígida, en lucha con su desesperación, no hallando qué replicar, enrojeciéndose ante la sola idea de invocar su razón verdadera, ese secreto de su amor. Revelarlo en su defensa, ofendía su pudor altivo ; temblando, reculaba de bochorno. Así anduvieron sin hablar. La concurrencia era tan compacta, que el silencio entre ellos parecía natural. Stephan, por otra parte, no tenía ningún interés en romper ese silencio. Adivinaba la turbación de la chica, y le parecía mejor, más conforme con sus propósitos, dejar que en el ánimo de Mercedes se evaporase esa primera impre-

sión, como se evapora el líquido que cae sobre un hierro candente. Poco á poco, sin embargo, entraron á la sala de baile. Ahí creyó entonces el joven que no debía dejar prolongarse por más tiempo la mutua reserva, para que no pareciese aquel silencio una querrela declarada.

— ¿Me hará usted el favor de bailar conmigo el cotillón? dijo entonces á la joven.

— Dispénseme usted. ¡Estoy tan cansada...! Voy á pedir á mamá que nos vayamos.

Mercedes dió á su voz la entonación de una excusa sincera, casi de una súplica.

— ¿No se siente usted bien?

— No, un fuerte dolor de cabeza.

Llegaron, mientras cambiaban estas pocas palabras, donde se encontraba la señora. Únicamente había al lado de ella Antuco Cuadrilla, á quien ninguna otra persona de la familia había venido á relevar de su forzada facción. El príncipe dejó á Mercedes en su asiento, al lado de su madre. Saludólas ceremoniosamente, haciendo sonar, al inclinarse, los tacones de su calzado, y desapareció entre la apiñada concurrencia.

— Vámonos, mamá. ¡Estoy muy cansada! dijo la chica á su madre.

La señora la miró como quien oye un despropósito. Ella no veía el semblante demudado de su hija, el profundo desconuelo de su mirada, la nerviosa agitación que revelaban todas sus facciones. Doña Quiteria había contado con ver todo el baile. Á esas altas horas, la actividad de su estómago de mujer robusta que ha pasado ya la edad de las pasiones, la había hecho pensar con apetito en la cena.

— ¡Qué estás diciendo, hija! ¡Cómo habíamos de irnos!

La orquesta hacía oír en ese momento los conocidos compases anunciadores del cotillón. Los jóvenes dis-

ponían las sillas en torno de la sala, amarrándolas de dos en dos con sus pañuelos, para reservarse cada cual su asiento con su compañera. Las mamás y otras matronas, de las que no llevan al baile otro interés que la curiosidad de ver, el prurito de estar en todas partes, llegaban á las puertas de la sala, esforzándose por tomar los mejores sitios de observación. Algunos hombres de edad, despojos de otros tiempos, disimulando sus bostezos, alargaban la cabeza tras de las señoras para mirar lo que pasaba en el interior de la gran sala.

Mientras se hacían esos preparativos, entraban Juan Gregorio Canalejas y sus inseparables amigos el vizconde de Vieux-Pont y el barón de Boisrocheux.

— ¡Ah, allá divisó á mi respetable señora madre! exclamó Juan Gregorio; creo que debemos deslizarnos por la tangente en busca de algo que beber.

Los dos amigos aprobaron la proposición.

— Sabiamente pensado, dijeron.

— Yo les creo. No vengo aquí á representar el papel de *padre noble* y á cuidar á mi hermana.

Pero Antuco Cuadrilla había divisado á Juan Gregorio y lo mostraba á doña Quiteria. La señora se puso á hacerle señas para llamarlo.

— ¡Se hace que no me ve, el mal criado! exclamó con despecho doña Quiteria.

Pero Antuco no entendía dejar así escaparse la ocasión de ser relevado. Ardía en deseos de ir en busca de su mujer y de llevársela. Quería sacarla de esa atmósfera de fiesta que le parecía impregnada de seducciones para las mujeres jóvenes y de tremendas amenazas para los maridos. Sin decir nada á su suegra ni á Mercedes, lanzóse con resuelta presteza en seguimiento del fugitivo. Aunque la densa concurrencia no le permitía avanzar con facilidad, poco tardó en divisar á su cuñado y á sus dos amigos. Los tres muchachos discutían con un lacayo á la entrada

del comedor. El sirviente les decía que la cena se estaba preparando y no podía abrirles.

— Pero nosotros tenemos sed, mi amigo, decía Juan Gregorio pareciéndole decisivo el argumento.

— Una sed de caballo de *fiacre*, agregaba de Vieux-Pont.

— Tome usted un *huis* y denos una botella de coñac por ahí en un rincón, insinuaba Boisrocheux al oído del sirviente.

Y como éste, á pesar de la pieza de veinte francos, se excusase de no poder dejarlos entrar, Juan Gregorio, más ronco que de costumbre, con pronunciación de hombre que ha bebido ya más de lo prudente :

— ¡El desierto de Sahara, entonces! ¡La Arabia Pétrrea, donde el viajero revienta de sed! Y añadía en seguida :

— Yo propongo que nos volvamos donde Maxime en busca de gente más hospitalaria.

Al terminar esta proposición sentía una mano sobre su hombro y encontraba la cara acontecida de Antuco Cuadrilla.

— Te vengo á buscar de parte de tu mamá.

— ¿Y qué me quiere la buena señora? Yo no he venido con ella, contestó de mal humor Juan Gregorio.

Había comido alegremente con sus amigos donde Paillard, en compañía de *Mimi Pata Volante*, alias baronesa de Saint-Mondain; de Adèle Rapu, condesa de Marmende, y de Marie Cauchois, marquesa de Clospierreux.

Antuco le explicó que doña Quiteria y Mercedes necesitaban de alguien que las acompañase.

— Pues que las acompañe el patrón; es su deber de padre de familia, exclamó Juan Gregorio. El deber ante todo; yo no conozco sino eso.

— Tu padre se ha ido; en vano le he buscado por todas partes.

— ¡Ah, se ha ido! ¡Ha abandonado su puesto de

combate! Esa es muy de las tuyas; papá irá lejos; se está haciendo un hombre *chic*.

Volviéndose hacia sus dos amigos, les dijo riéndose:

— ¿No ven ustedes? Eso pasa por traer viejos verdes á pasear á Europa. Y mamá se extraña que á mí me guste divertirme...

— Sin moderación, le dijo Boisrochéux concluyéndole la frase.

— El deber filial te llama, agregó Vieux-Pont con ironía.

Los esfuerzos de Antuco Cuadrilla para persuadirlo fueron vanos. El mocito se lanzó en una argumentación filosófico-social para demostrar que había sonado ya la hora de la completa emancipación de los menores. El deber de los padres, según él, es proveer ampliamente á las necesidades de los hijos sin que éstos estén obligados á sacrificarles ni su libertad ni sus placeres. « ¡La vida corta y buena! Él no reconocía otra regla de vida que esa. »

— Después de todo, mi querido cuñado, concluyó, me están esperando donde Maxime, y ahí no nos faltará una botella de coñac viejo que aquí se nos niega. Usted comprenderá que yo no puedo sustraerme á ese compromiso por servir de acompañante á mamá, á quien cualquiera de ustedes puede ofrecerle el brazo. Buenas noches.

Volvióse hacia sus amigos como un oficial que manda una carga:

— ¡Vamos, muchachos, donde Maxime!

Antuco le lanzó con voz irritada alguna expresión de desprecio y se internó en los salones en busca de su mujer.

Mientras que Antonio Cuadrilla se alejaba en persecución de Juan Gregorio, habíase acercado á doña Quiteria el conde Guy, seguido de un joven que presentó á Mercedes y á la señora.

— Mi amigo el marqués de Flessigny, señorita,

que aspira al honor de bailar con usted el cotillón, ó el más pequeño vals por lo menos.

La belleza y la gracia de Mercedes Canalejas habían causado una viva sensación entre la dorada juventud perseguidora de cuantiosas dotes, á cambio de títulos auténticos. Muchos habían preguntado quién era aquella deliciosa muchacha rubia, de esbelta estatura y de distinguido porte, que parecía llevar con majestad innata, la corona de una larga sucesión de nobles antepasados.

— ¡Ah! ¿Una pequeña rástá? No lo parece, exclamaban aquellos que se habían dirigido, de informes en informes, á Guy de Morins, á Varielle-Landry, ó al gordo Termal.

— Ni más ni menos; ya ven ustedes dónde va á treparse la distinción, decía el gordo, siempre sardónico, siempre dispuesto á manifestar á sus aristócratas amigos el espíritu nivelador de estos tiempos. Y agregaba con maliciosa sonrisa, como si para él esas cuestiones fuesen de muy poca consecuencia :

— Después de todo, no hay español que no descienda del Cid.

— ¿Y es rica?

— ¡Ah! ¡Millonaria, remillonaria!

El marqués, un joven delgado, con la gracia sencilla de modales que prevalece en los salones de la aristocracia francesa, repitió la solicitud hecha á su nombre por Guy de Morins.

Mercedes, contrariada y confusa, buscaba alguna manera amable de excusarse. Doña Quiteria, con lo que á ella le parecía un disimulo maestro, tirándole suavemente de la falda, dijo en español á la chica :

— Acéptale, no seas tonta.

Pero Mercedes se sentía sin fuerzas para sobreponerse á la angustia de su alma. Ante la perspectiva del continuo bailar del cotillón, de responder á todas las invitaciones, de corresponder á las ofertas de los

accessorios que amenizan esa danza, soberanamente favorable al galanteo, su espíritu y su cuerpo desfallecían. Las tristezas de su suerte giraban por su mente en diabólica zarabanda, mezcladas con las frases de la carta de Patricio, con las conminadoras palabras del príncipe Stephan.

La necesidad de encontrarse lejos de esa fiesta, sola, libre de dejar correr las lágrimas que en violenta inundación le subían á los ojos, le infundió cierta entereza para resistir á las imperativas instancias de su madre, á los ruegos galantes de Guy de Morins, á la rendida súplica del joven de Flessigny. Mientras duraba la discusión, nuevos refuerzos venían á unirse en mortificante concierto contra la pobre chica. Los demás de la familia, atraídos por un interés común, iban llegando. *Milagritos acudia con su marido*. Ambos venían radiantes. El marqués de Varielle-Landry los había presentado al hijo de la reina Victoria, cuando éste iba á entrar al comedor, conducido por la dueña de casa. El príncipe real, sin dirigir una sola palabra á los presentados, que se inclinaron profundamente en una especie de adoración idólatra, casi les había hecho un ligero saludo y casi se había sonreído al oír de los labios del marqués aquel nombre español de madame *Palomarès*, monsieur *Palomarès*, que el elegante amigo de la duquesa había dicho entre dientes con su aire soñoliento.

— Nos acaban de presentar al príncipe real, llegó diciendo *Milagritos* en francés y en alta voz, para que pudiesen oírlo cuantos se encontraban cerca de su madre y de Mercedes.

— Y su alteza real estuvo muy amable con nosotros, agregó *Agustín*, mirando en derredor suyo en busca de miradas de admiración.

Dolorcitas, á quien Antuco había al fin encontrado en tierno coloquio con el gordo Termal, se acercaba también al grupo de los que acosaban á Mercedes. To-

dos expresaban su desaprobación de que hubiese rehusado el convite del príncipe Stephan. En presencia de ese concierto de opiniones que dictaminaba sobre sus actos, la triste chica se sentía sin personalidad, un ser abandonado al capricho de las olas, en aquel mar de seres que se agitaba en su derredor, al través del ambiente encendido de la fiesta. Las hermanas, la madre, los cuñados, no disimulaban su desaprobación de que hubiese perdido la oportunidad de mostrarse en el cotillón al lado de tan alto personaje como el príncipe, á quien el hijo de la reina de Inglaterra había saludado tan familiarmente. Eso de querer irse del baile, les parecía un disparate, un capricho de muchacha tonta.

— Ustedes no pueden irse, decía Milagritos á su madre. Dirían que se marchan porque nadie le ha hecho caso á ésta.

Ésta era Mercedes, que empezaba á creerse criminal ante tanta reprobación.

— ¡Y eso qué importa! replicaba con dulzura, casi con voz de súplica.

— ¡Cómo, qué importa! exclamaba Agustín Palomares. ¡Importa muchísimo! Dirán que son ustedes unas *rastá*, que no saben vivir, que no saben apreciar la amabilidad de la duquesa. Y lo que digan de ustedes nos tocará también á nosotros.

Por su parte, Antuco Cuadrilla trataba tímidamente de tomar el partido de Mercedes con la esperanza de poder llevarse á su mujer.

— La pobre está cansada, decía á Dolorcitas; aconséjale á la señora que se la lleve; nosotros las acompañaremos.

— Acompáñalas tú, si quieres, replicaba su esposa. Harás muy bien en irte, añadió; ¿qué haces aquí? Lo pasas persiguiéndome por todas partes como un gendarme. Á la hora que los jóvenes te tomen por un celoso, caerás en ridículo.

Antuco se excusaba. « No era celoso, pero al fin y al cabo ella era su mujer, y nadie tenía que criticarlo porque andaba con ella. »

— Un marido *chic* no anda con su mujer, argüía sentenciosamente Dolorcitas.

El infeliz se callaba. Había para él una especie de temible misterio en ese axioma que su mujer y Milagritos le lanzaban como una amenaza, cada vez que sus veleidades de manifestar voluntad se hacían sentir: « Un marido *chic* no anda con su mujer. »

Las instancias, entretanto, se multiplicaban en torno de Mercedes.

— Vaya, pues, me quedaré; bailaré con quien quieran, acabó por decir la chica, desalentada, incapaz de resistencia.

Se rendía arrebatada por una fuerza superior, flotando exánime, sin voluntad. Una hoja que sobrenada inerte, atraída por los remansos, arrastrada en seguida por el curso de las aguas á perderse en lo desconocido.

Agustín hizo observar que Mercedes no podía bailar con el marqués sin tener el asentimiento del príncipe Stephan, puesto que él le había pedido primero el cotillón.

— No importa, replicó Guy; yo me encargo de arreglar eso.

— Si, si; él se encarga, replicó Milagros. Quería que su hermana fuese vista bailando con un joven de la mejor aristocracia francesa.

El marqués ofreció su brazo á Mercedes y entró con ella al círculo del cotillón. La de Palomares y Guy de Morins se internaron entre la muchedumbre dorada, dejando que Agustín tomase en contraria dirección, hacia otras salas, haciéndose la ilusión de pertenecer á ese « todo Paris », del que hablarían los diarios al describir el baile de la duquesa.

XVII

Ya la vaga luz de la mañana empezaba á disputar el espacio á la del gas, en la vasta escalera del hotel de Canalejas, cuando Mercedes se detenía delante de la habitación que ocupaba en el tercer piso del hotel con doña Regis. Después de despedirse de su madre en el descanso del primer piso, la joven había subido con rapidez, como medrosa en la semiobscuridad, y parándose buscando aliento antes de tomar el picaporte de la puerta. Sólo en aquel instante hería su espíritu el contraste de su situación, comparada con lo que era algunas horas antes, al separarse de la abuelita. Había bajado esa misma escalera contenta de su traje de baile, contenta de su belleza, contenta del apasionado amor que en todas sus líneas reflejaba la carta de Patricio, leída y releída ansiosamente, desde que Benjamina, con aire de malicioso misterio, se la había deslizado entre las manos.

— Adivina lo que te traigo, le había dicho la chiquilla besándola al mismo tiempo.

Y antes que ella hubiese podido responder, Benjamina salía corriendo de la pieza, dejándola turbada, encendidas las mejillas de súbito rubor, como si fuese cómplice de un secreto bochornoso, ajeno á su naturaleza de sencilla y serena rectitud. Pero había leído al

fin. Las frases apasionadas despertaron en su alma el ardiente lirismo que las había dictado. Le acariciaban el corazón, le hacían vibrar todo el ser moral con su música de halago, como presagio de mejores tiempos. Su optimismo de muchacha hasta entonces feliz, le inspiraba confianza en el porvenir: « Todo se arreglaría. Su padre no habría de querer sacrificarla negándole su consentimiento. Ninguno ignoraba en su casa que ella quería á Patricio desde chica y que jamás podría querer á otro hombre. » Luego, una tierna compasión hacia Fuentealba la enternecía. « El pobre debe sufrir horriblemente con esa idea fija de que habrían de tratar de casarla con el príncipe Stephan. Por eso le hablaba de ese proyecto insensato de que se fugase de la casa de sus padres. Ella nada temía, porque el príncipe no le había dicho jamás una palabra de amor, ni aun esos cumplimientos que todos los jóvenes aventuran como un ensayo. »

« Pero ahora, después de ese baile maldecido, la situación cambiaba por completo. » Un sentimiento de abandono le oprimió el corazón en el silencio de la escalera. Sabía que todos estarían contra ella: su padre, su madre, sus hermanas. Envanecidos con las relaciones sociales que iban adquiriendo, se deslumbrarían con la demanda del príncipe. Hasta su hermano Juan Gregorio, indiferente á todo lo que no fuesen sus propios placeres, se haría partidario de Stephan, con la esperanza de nuevas facilidades para contraer deudas, mediante su calidad de cuñado de un gran señor, heredero posible de un trono. En su desolación, Mercedes se dijo que no le quedaba más apoyo que esa señora vieja que dormía ahí á pocos pasos. ¡ Pobre desterrada nostálgica, sin influencia ni autoridad entre los suyos !

Al frío moral que esos presagios de lucha hicieron discurrir por su espíritu, inexperto aún en el sufrimiento, el fresco de la naciente mañana vino á unirse

con su acre mordedura. Despertando á la realidad, abrió suavemente la puerta para atravesar el cuarto de su abuelita sin despertarla. Pero la anciana no dormía. Sentada en la cama, envuelta en un viejo manto de lana, fijó sobre la chica una mirada cariñosa.

— ¡Cómo, mamita! ¡despierta ya á estas horas! Apenas está amaneciendo, ¿sabe?

— La gente vieja poco duerme, hijita.

La señora, con esa respuesta vaga, evitaba decir que había velado la mayor parte de la noche esperando á su nieta. No decía tampoco que la inquietud, á medida que avanzaba la noche, le oprimía el pecho, y que para desechar de su espíritu los mil presagios de desgracias que dormitan inquietos en la imaginación alarmista de los viejos, había pasado el tiempo rezando un rosario tras otro.

— ¡Y tú, que trasnochas así, á riesgo de enfermarte! agregó doña Regis en tono de cariñoso reproche.

— Mamá no quiso venirse antes de la cena; yo deseaba volverme temprano.

— ¿Qué, no te divertías?

— No, mamita, no me divertía.

— Su voz tuvo la inflexión quebrada de la que reprime el llanto próximo á estallar. Pero dominó su turbación con un poderoso esfuerzo, y repuso abrazando y besando á la anciana:

— Después le contaré; pero duérmase, duérmase; es muy temprano: yo voy ligero á acostarme.

La señora la vió desaparecer como una visión aérea, envuelta en la capa de raso blanco, perdido el pequeñito rostro en una nube de tules. En la vecina pieza, su cuarto de dormir, la chica sacó del cajón de un escritorio la carta de Patricio y se acercó á la ventana buscando la luz. Ya las frases tenían otro significado, algo como un alcance profético. Los temores del enamorado no eran una quimera de celoso

visionario. El peligro anunciado se convertía en realidad. Era el primer dolor de su existencia. Herida de pánico, Mercedes se espantó de su soledad y corrió al cuarto de su abuelita. La anciana, sentada todavía en la cama, había vuelto á sus oraciones.

— ¡Ay, mamita, no puedo estar sola; me da miedo!

Y, sollozante, le refirió la escena del baile, su conversación con el príncipe, el anuncio frío, casi autoritario, con que Stephan le había dado á conocer su resolución de pedirla á sus padres. Parecía que, acogándose á ese regazo de ternura, el peligro iba á disiparse. «Su abuelita la protegería. Ella impondría su autoridad de madre para hacer triunfar su voluntad sobre la de su hijo. ¿Qué les importaba á las dos la grandeza ni las probabilidades de subir á un trono de que tanto hablaban sus hermanas? ¿Por qué no la dejaban casarse con Patricio? ¡Serían tan felices! Se irían á su patria con la adorada abuelita. Patricio trabajaría y siempre tendrían lo necesario para vivir contentos.»

Seguía hablando así, acomodando el porvenir á sus deseos, adormeciendo la tribulación presente al arrullo de sus fantasías, aplicando los calmantes de la ilusión sobre el dolor agudo, con la ingenuidad con que se usa algún remedio casero para engañar el sufrimiento físico.

La señora, ante el miraje del pueblo natal, llegó á encontrar verosímil el devaneo de su nieta.

— Yo hablaré con tu padre; no te aflijas, hijita.

Calmó, poco á poco, con cariños, con promesas de hacerse respetar por Canalejas, la aflicción de la muchacha. «Ella no había tomado parte alguna en el casamiento de las dos hermanas mayores, ni siquiera la habían consultado; pero, tratándose de su hijita idolatrada, ella haría oír su voz.»

— ¡Ya verás, ya verás que tendrán que hacer lo que yo diga!

Mutuamente se alentaron así: encontraron probable lo improbable; llegaron á tener confianza, al punto de que doña Regis pudo persuadir á Mercedes que se acostase y tratara de dormir algunas horas. Mientras hablaban, la señora se había vestido para no dejar sola á la chica. Mercedes se durmió al fin, con una mano entre las de la abuelita, confiada, como en los días de la infancia.

Pero al despertar dos horas más tarde, después del pesado sueño que sigue á una velada, Mercedes sintió su pensamiento adolorido, como se siente el cuerpo al siguiente día de algún ejercicio violento. La ilusoria confianza había desaparecido. La fría realidad la asaltaba con su amenaza de cercana zozobra, á la manera que hiere, al despertar, el espíritu de un niño enfermo, la idea de la medicina que le tienen preparada. Y al medroso pensar en el peligro vecino, se unía en su mente el de la necesidad de contestar á Patricio. Al dormirse dos horas antes, ese pensamiento flotaba en su cerebro con la forma indecisa de las imágenes que refleja un espejo empañado. «Debió contestarle, indudablemente; pero, ¿qué le diría?» El sueño, como el apagador sobre una luz, había dejado esa interrogación en las tinieblas. Pero ahora el problema volvía de nuevo más exigente, cuando los sucesos de la noche habían redoblado la dificultad de la respuesta. ¿Cómo revelar á Patricio el peligro real, y rechazar al mismo tiempo la sugestión de fuga, á la que su noción sencilla, pero intransigente, sobre los deberes cristianos, daba las proporciones de un sacrilegio?

Atormentada por esa incertidumbre, Mercedes bajó al comedor con su abuelita, á las doce: la hora en que las personas de la familia empezaban á llegar para el almuerzo. Según la costumbre de la casa, cada uno almorzaba sin esperar á los otros. Aquello, en la mañana, semejaba una fonda en la que los

parroquianos entran á distintas horas y piden cada cual según sus gustos. En el comedor, cuando doña Regis y Mercedes se sentaron, había únicamente el mayordomo y uno de los lacayos. Ambos correctamente vestidos, de pie, en una de las testeras de la sala, esperaban las órdenes de los patrones que irían llegando. La anciana y la joven se pusieron á almorzar en silencio. Con nerviosa aprensión, temían á cada instante ver entrar á alguno de la familia. Un ruido de voces juveniles en el jardín, y la puerta que se abría con estrépito, les anunció la llegada de Benjamina y de Nicolasito, con mademoiselle.

— ¡Cómo! ¿Ustedes tan temprano? ¿Y el baile? ¿Qué, no te quedaste al cotillón?

Benjamina exclamó así, precipitándose sobre su hermana, besándola. Sin esperar la respuesta á la pregunta de su compañera, Nico observó, sentándose al lado de doña Regis:

— ¿No están las autoridades? ¡Chic entonces! Vamos á almorzar en libertad, *gran mamá*. ¿Usted no se quedó al cotillón? ¡Yo tengo un hambre de lobo! Propongo que tomemos champaña.

La señora se sonrió, acariciando al chicuelo, aunque no le había entendido ni una sola palabra.

— Háblame en castellano; tú sabes que no entiendo el francés.

— ¡Ah, *gran mamá*, no puedo hablar el castellano en ayunas! Usted verá después del champaña. ¡Hablaré como un loro!

Benjamina se había sentado junto á Mercedes y le hablaba al oído.

— Yo lo vi. Él no se atrevió á acercarse, de miedo sin duda á mademoiselle, ¡que se ha puesto tan insoportable! Seguro que papá le ha doblado el sueldo; de otro modo no haría la severa esa señorita *Nitouche*.

Mercedes se ponía como grana; pero Benjamina, sin dejar de hablarle en secreto:

— *El* tenía cuidado de caminar tras de nosotras. Así, mademoiselle podía fingir que no le veía. El pobre muchacho me preguntaba, por señas, con un aire muy desgraciado, si no tenía carta para él. Ya sabes, no tienes más que escribirle, y yo echaré tu carta al buzón.

Con las mejillas encendidas, Mercedes quiso hacer callarse á la chicuela.

— ¡Cállate, tú no tienes que ocuparte de esas cosas! Una señorita bien educada no debe prestarse á traer y llevar cartas.

— Como te parezca, querida. Yo lo hacía por serte agradable; no hablaremos más de eso. Yo pensaba que tú querías á Patricio. Si lo quieres, es una tontería el andarte con esos escrúpulos. ¡Querida mía, eres muy *viejo juego*! ¡Ah, cuando yo tenga un enamorado, tú verás! Si mis padres se ponen contra él, ¡tanto peor! ¡Nadie me impedirá que lo vea!

Á la sazón entró Canalejas. Cubría sus facciones una sombra de preocupación, que no escapó á doña Regis ni á Mercedes al recibir su saludo. Acogió con una pálida sonrisa la algazara de Benjamina y de Nicolasito, al divisarlo.

— Papá, ¿bailaste el cotillón? le preguntó la chiquilla en trono de broma.

— ¡Papá bailando el cotillón! exclamó el muchachito aplaudiendo con las manos. Eso sí que se llama *chic*, y, si eres *chic*, debes darme cincuenta centavos.

— Y á mí, que soy mayor que Nico, un franco, dijo Benjamina.

La señora y Mercedes afectaban interesarse en la alegría de los chicos. Ocupándose de ellos, ambas disimulaban su inquietud. Á cada momento les parecía oír de labios de don Graciano alguna alusión al baile, alguna pregunta á Mercedes sobre los jóvenes con

que había bailado, algo que indudablemente sería alusivo á las pretensiones del principe Stephan.

Pero Canalejas se había puesto á comer en silencio. Inclina la frente sobre su plato, en la actitud de quien no quiere hablar, que desea que prescindan de él y lo dejen entregarse á sus reflexiones.

— ¡Papá, hoy no estás alegre! le gritó Nicolasito. ¡Yo que te iba á convidar á tomar champaña!

Don Graciano contestó con una sonrisa forzada, y salió del comedor después de algunas frases insignificantes sobre el tiempo, sobre el esplendor del baile de la duquesa. Toda su suficiencia parecía haberlo abandonado.

— ¡Eh, *allá!* le gritó el chico; te vas sin darme mis cincuenta céntimos.

Y salió precipitadamente tras de su padre.

Al entrar á su escritorio, vió sobre la mesa la carta de Jenaro, que Patricio le había dejado la vispera. La carta le anunciaba la visita de Campaña para las dos de la tarde, y era ya la una y media. El recuerdo de esa cita se había borrado de su memoria. Sin vacilar, decidió al instante que no esperaría al emisario de su cuñado. Las consideraciones que debía á Gordanera, el *tío á herencia*, como decía Juan Gregorio, lo obligaban á demorar, en cuanto fuera posible, su negativa. El modo de ganar tiempo era evitar la visita de Campaña, con cualquier pretexto. Ese interés se armonizaba justamente con el estado de su espíritu en aquel momento. La sombra de preocupación que cubría sus facciones al entrar al comedor, no había desaparecido. Era evidente que alguna grave inquietud turbaba su genial contentamiento de hombre rico, que no tiene más ocupación que divertirse. Apresurado, al ver avanzar la hora fijada por la carta de Jenaro, don Graciano salió de su casa, dejando al portero algunas líneas de excusa para Campaña, por no poder esperarlo.

En aquella misma mañana, después de una penosa noche de insomnio, Patricio llegaba á casa de Campaña. Tenía prisa de referirle la revelación de la Montestruc antes que su amigo fuese á presentarse al hotel Canalejas. Campaña oyó, con su mirada curiosa de hombre inquisitivo, la relación de Fuentealba. Por un sentimiento de modesta lealtad, el joven se abstuvo de hacer mención de las confidencias íntimas de la semimundana.

— Que el príncipe vaya á pedir la mano de Mercedes, dijo Campaña con su tranquila sonrisa de optimista, no quiere decir que los padres de la niña se la otorguen ni que ella consienta.

— ¿Ella...? replicó Patricio con un ademán de desconsuelo. No tendrá fuerzas para resistir á toda su familia. Los padres, por otra parte, son bastante fatuos para no resistir á la tentación de tener una hija princesa.

— ¿Aunque el pretendiente esté arruinado?

— Don Graciano no creerá jamás que un príncipe de familia reinante pueda carecer de fortuna.

— Reinante en un Estado microscópico.

— Sí; pero el pretendiente es alteza serenísima. Tú no te figuras lo que ese relumbrón puede ofuscar á ciertos republicanos de ambas Américas.

— En fin, veremos: yo no pierdo la esperanza.

La mañana pasó para los mozos en estudiar todas las fases del problema. A fuerza de dar vueltas en el reducido círculo de hipótesis que de tan sencilla como angustiada situación podían formarse, llegaron al estado de enervamiento del que haciendo un cálculo numérico, no acierta á encontrar el error que falsea el resultado.

Patricio se pascaba pensativo.

Campaña, con la ingenuidad de los que viven abortos en una idea, se figuró distraer á Fuentealba, llevándolo poco á poco á su tema favorito de las doc-

trinas positivistas. En ese estudio, por el que había abandonado el de la medicina, el mozo tenía el ardor del catequizante. Con su pasión de sectario, colocaba en segundo término, entre los intereses mundanos, las cuestiones de corazón, « que consumen, decía, tantas existencias en padecimientos estériles; que desvían el vuelo de tantas almas capaces de elevarse á las regiones superiores del culto de la humanidad ».

Patricio salió violentamente de la preocupación que lo dominaba.

— ¡Un culto! exclamó con sarcástico acento, del que tu maestro hace depositarios á las dos entidades más volubles, más frágiles, más caprichosas de la humanidad: las mujeres y los proletarios.

Campana recibió gustoso la objeción sin hacer caso del tono con que había sido pronunciada. Lo importante para él era la posibilidad de convertir á su amigo.

— Y, como siempre, el gran maestro tiene razón, replicóle con la calma del pensador metódico que se siente en posesión de las razones que han de hacerlo triunfar. Sí, la mujer, como elemento de educación y de propaganda, como campo donde arrojar y hacer fructificar y propagarse la nueva doctrina, emancipadora de la esclavitud de las religiones existentes. Sí, también el proletario, la masa menos contaminada por la cultura occidental de los « esclavos de Dios », como los llama nuestro maestro. Pero no la mujer como tú la entiendes, como la entienden todos los que rebajan esa divina creación al nivel de sus pasiones, de sus afectos egoístas. No la mujer instrumento de una felicidad exclusiva, esclava en la civilización antigua, convertida por el cristianismo en la compañera sumisa y trabajadora del hombre, pervertida por las ideas contemporáneas, que le van abriendo paso á no sé qué supremacía, á no sé qué funciones ajenas de su sexo, que tienden á crear entre ella y el hom-

bre un antagonismo destructor del concierto universal necesario al progreso indefinido de la humanidad.

À medida que hablaba, su voz iba tomando acentuaciones cadenciosas y graves de convencimiento, sus ojitos perdían la luz escudriñadora, dilatábase la pupila como en la contemplación de vastos horizontes en los que la luz de la fe, aurora al principio, bañaba después con la reverberación de su disco luminoso las dilatadas regiones de la sociedad regenerada por el bautismo lustral del nuevo culto. Eran los servidores prácticos de la humanidad que llegaban á reemplazar « á los perturbadores y á los retrógrados », á los sectarios de las viejas doctrinas, de las filosofías perniciosas acumuladas en el cerebro del hombre como el humus de los siglos, el mantillo que exhala su fermento maléfico en vicios, en rencores, en maldades; la enfermiza anarquía de espíritu que sacude á los pueblos como una sempiterna tormenta de odios devastadores. Acentuando sus palabras, la voz del orador se hacía persuasiva para pintar la nueva *sociocracia* que habrá de hacer concurrir todas las fuerzas humanas á la común regeneración. El mundo oriental, el mundo occidental, buscarían comunión intelectual fuera de toda teología metafísica, en las dos fuentes racionales combinadas de la *realidad* y de la utilidad. Del centro de la nueva fe, crisol intelectual en que los sectarios del maestro conservan la pureza de la doctrina positivista, partirá y se extenderá por su propia fuerza de expansión, en ondas sucesivas de convencimiento, la idea regeneradora del altruismo, así como partiendo de la dinamo inicial se transmite la palabra por la vibración de las ondas eléctricas de la atmósfera, sin necesidad de hilo conductor. Las viejas religiones, á las que el egoísmo universal se ha cansado de pedir la felicidad sobre la tierra, arrojadas á los confines del olvido por el soplo del culto positivo, como las malezas que empañan el cristal de un lago,

irán poco á poco sobrenadando hacia la orilla, impelidas por la suave brisa de una creencia serena y racional.

Campañá entonces se detuvo á contemplar esa obra de desmoronamiento, á oír el eco de desolación, repercutiéndose en los templos abandonados del budismo, del cristianismo, del judaismo, del mahometismo. Patricio lo miraba en silencio. Dábale por momentos esa sorda envidia de los enfermos en presencia de los sanos. La fría tranquilidad con que Campañá, libre de las tormentas del corazón, podía hacer de su proselitismo positivista el único objeto de sus aspiraciones juveniles, se le figuraba un sueño delicioso. Maravillábase de que en ese cerebro de mancebo estudioso, en esa inteligencia sólida, en esa razón de poderosa analítica, una idea dominante, seduciéndole el alma con el miraje de una generosa inspiración, pudiese desvanecer la lucidez de su criterio hasta hacerle creer en la magia de una religión regeneradora, fundada en la completa abstracción de las flaquezas humanas.

Pero Campañá reasumía su exposición. De aquellas ruinas se alzaba el *Gran Ser*, la divinidad positivista, la esencia de las generaciones pasadas, de las presentes y de las futuras. « La humanidad », el ídolo visible, tangible, imperecedero, renovado constantemente por la marea de los que mueren, por los que nacen y viven, por los que habrán que venir. Trabajar por la felicidad común, por el perfeccionamiento de todos, por la unión universal; multiplicar las virtudes, hacer de las prácticas morales el estado normal de la existencia; fundir su alma en el alma del *Gran Ser*, vivir para los demás en un libre concurso de voluntades independientes y llegar así, por ese concierto de común solicitud, por esa unión inalterable, por ese conjunto de fuerzas bien dirigidas, á lo que el maestro llama « la fórmula sagrada del positivismo : El

Amor por principio, el Orden por base, el Progreso por fin ». Así, continuaba Campaña después de pronunciar esta fórmula como si encerrara la panacea universal que había de curar todas las heridas del alma humana, en vez de esas ficciones de dioses invisibles, en vez de esas promesas falaces de futura bienandanza, en vez de la anarquía de las creencias, en vez de los sacrificios estériles, con la esperanza de imaginarias recompensas más allá de la tumba, el positivismo viene á ofrecer á los hombres el culto de una divinidad, de la que todos los buenos forman parte, les señala la vía práctica que conduce á la felicidad presente, les enseña un dogma fundado en las virtudes de que es capaz la raza humana y les asegura el premio de sus merecimientos durante su existencia terrenal.

XVIII

Fuentealba no lo escuchaba ya. Inquieto, á medida que el tiempo transcurría, paseábase á lo largo de la pieza, consultando el reloj con todo el disimulo que le permitía su temor de ver á Campaña olvidarse de la hora. El positivista, sacado violentamente de su visión del *Gran Ser*, por aquel ademán de su amigo, repetido varias veces :

— Veo que se acerca la hora de ponernos en marcha, dijo volviendo á su tono habitual.

Al decir esto, cubría á Patricio con su luminosa mirada de benevolencia.

— Otro día seguiré catequizándote, añadió con su sonrisa tranquila. ¡ Ah, no te figures que renuncio á ello !

Bajando de las regiones elevadas donde su imaginación habia empezado á remontarse, el sacerdote del culto de la Humanidad tornaba á ser el altruista afectuoso y sencillo, dispuesto siempre á servir á los amigos.

Poco después, ambos salían en dirección al hotel del tajamar Debilly. Á corta distancia de éste, Patricio se detuvo y dejó seguir á su amigo. Palpitando de emoción, lo vió llegar á la puerta, apoyar la mano al botón eléctrico de la campana, abrirse el postigo,

desaparecer tras de éste. Mas la ausencia de Campaña fué muy corta. Antes de cinco minutos salía del hotel.

— El portero dice que don Graciano ha salido, encargándole contestarme que un asunto muy urgente le forzaba á salir por todo el día.

Fuentealba se quedó un instante callado. Un sordo rencor contra su destino se despertaba en su pecho: la imprecación desesperada del que se siente sin medios de luchar contra las dificultades de su situación. «Canalejas no se dignaba contestar ni recibir la visita anunciada de su amigo, Mercedes, pudiendo escribirle, pudiendo enviarle al menos una palabra de aliento, no lo hacía.» Era el horizonte obscuro en torno de él, la incertidumbre dolorosa en que se revolvía su espíritu desde tantos días, hecha más intensa ahora con la manifiesta intención de Canalejas de significarle su negativa en la forma insultante en que lo hacía.

— Pero nosotros no podemos contentarnos con ese recado descortés, exclamó al fin con despecho. Si ese hombre no se digna contestar de una manera categórica y comedida, yo sabré llegar hasta él y hacerlo humillarse.

— Tengamos paciencia hasta el fin; agotemos primeramente todos los medios de conciliación antes de llegar á recursos desesperados, arguyó Campaña. La violencia no conduce jamás á nada bueno, añadió viendo brillar la cólera en los ojos de Patricio.

— Pero, ¿dónde están esos medios conciliatorios? Ya ves que hemos empleado la intervención de Gordanera, una de las personas que tienen más influencia con don Graciano.

— Tal vez valiéndonos de Juan Gregorio, consigamos que me reciba. Juan Gregorio, como tú sabes, no tiene el menor respeto á su padre y le hablará con claridad; le dirá que se expone á graves consecuen-

cias si continúa tratándonos con tanta descortesía.

— Como te parezca. Si él consiente en prestarnos un servicio, empezará por hacérselo pagar.

Campaña volvió entonces al hotel á preguntar si Juan Gregorio estaba en casa. El mozo acababa de salir.

— Yo sé dónde podremos encontrarlo, dijo al dar cuenta á Patricio de la respuesta del portero. Á estas horas debe hallarse en el *bar* de la calle de Volney. So pretexto de prepararse el apetito, Juan Gregorio se junta ahí á beber, hasta la hora de la comida, con sus amigos.

Detuvieron una *victoria* que pasaba y dieron las señas al cochero. Poco después bajaban delante de las puertas del *bar*, en la corta y poco frecuentada calle de Volney. Entraron á la primera sala. Los parroquianos, en grupos ó aisladamente, sentados delante de pequeñas mesas, ó de pie, al lado del mostrador, sorbían sus bebidas con el recogimiento contemplativo de sacerdotes que recitan su breviario. El patrón, un alemán de semblante seráfico, destapaba botellas, componía los brevajes, atendía á los clientes que entraban, con aires de presidir un acto de alta importancia. Los criados recibían solícitos las órdenes de los asistentes.

Campaña y Fuentealba pasaron la vista por la sala, sin ver en ninguna parte á Juan Gregorio. Era una pieza larga y angosta, de la que un espejo, colocado al fondo de todo el ancho de ella, prolongaba en apariencia la extensión. Conocedor de la localidad, Campaña no se contentó con esa primera ojeada, sino que cruzó hacia el fondo, diciendo á Patricio:

— Debe estar en la pieza de la derecha.

La sala, en efecto, en vez de prolongarse á lo largo, como lo hacía creer la ilusión producida por el espejo, hacía un recodo á la derecha, en ángulo recto, sobre su dirección primitiva. Al fondo de esta segunda es-

tancia, los dos amigos divisaron un grupo de jóvenes sentados en torno de varias mesas pequeñas cubiertas de botellas, de frascos y de copas llenas ó vacías. Juan Gregorio, de pie, copa en mano, parecía tener la palabra. Al divisar á los dos amigos se adelantó hacia ellos, con aire risueño.

— ¡ Hombre, qué buena idea! ¿ Vienen ustedes á tomar una copa con nosotros? ¿ Qué quieren beber? Yo les recomiendo un *brandy-sling* ó un *gin-fizz*. Pero si ustedes prefieren, pueden tomar un *whisky-sour* ó un *pick-me-up*. Hay de todo esto y mucho más.

— Yo tomaré una limonada, dijo Campaña.

— ¿ Y tú, Patricio?

— Yo, lo que quieras.

— Voy á pedirte un *pousse-l'amour*; tú verás que es una bebídita que corresponde á su nombre.

Todo esto lo había dicho el mocito haciendo esfuerzos para dar un acento de alegre amabilidad á su voz velada.

— Ustedes se conocen con estos caballeros, repuso designando á los otros jóvenes. Y se puso á nombrarlos: Isidro y Vicente Torreveja, Tiburcio Terrazábal, el vizconde de Vieux-Pont, el barón de Boisrocheux, todos jóvenes simpáticos, que no le hacen mal gesto á una docena de *cocktails* ó de *summer drinks*, según la estación.

Y mientras los jóvenes cambiaban saludos indiferentes, Juan Gregorio, mostrando á Campaña y á Fuentealba:

— El altruismo y la ciencia, dijo. Dos amigos excelentes, pero del *viejo juego*, que gastan su tiempo en el estudio.

Una risa discreta, de personas que no quieren hacer ruido, acogió estas palabras. La pronunciación, un poco balbuciente ya, de Juan Gregorio, les daba

un sabor cómico especial. Todos habían levantado sus copas, haciéndose un ceremonioso saludo.

— ¡Al altruismo! brindó Juan Gregorio, levantando su copa.

El vizcondesito de *Vieux-Pont* y el baroncito de Boisrocheux preguntaron, casi al mismo tiempo :

— ¿Qué es eso?

— ¡Ah, mis pequeños! Ustedes no saben lo que es altruismo : es el olvido de sí mismo en favor del prójimo.

— Al prójimo como á ti mismo, dijo entre dientes uno de los Torrevieja.

— Un altruista, prosiguió Juan Gregorio, es un hombre que jamás se niega á prestar plata á un amigo. Aquí está Campaña, que no me dejará mentir. Así, por ejemplo, yo le digo á mi amigo Campaña : ¿ Tienes por ahí doscientos ó trescientos francos para sacarme de un apuro? Él, al momento, me pasa los billetes. ¿ No es así, Campaña?

— Cuando los tengo, contestó riéndose el positivista.

— En tal caso, observó Boisrocheux, no hay necesidad de ser altruista; lo mejor es tener amigos que lo sean.

La conversación empezó entonces á animarse. Hablaban de las próximas carreras de Longchamp, de una partida de *baccara*, en la que Juan Gregorio había recibido un *calzón corto* (*une culotte*). Hablaban de mujeres, de deudas, del modo que cada uno tenía para sacarle dinero á su padre. Discutían distintos arbitrios para beber mucho sin emborracharse.

Patricio tomaba muy poca parte en las conversaciones, y apenas mojaba sus labios con la bebida que le había hecho servir Juan Gregorio. Aquel ruido sordo de voces, aquel oír hablar con gravedad de asuntos que menos la tenían; aquel espectáculo de un grupo de mocitos gastando su salud y su dinero en el

brutal pasatiempo de la bebida, lo habían hecho aislarse en su propia preocupación, sentirse extranjero en ese mundo del ocio y de los vicios reputados elegantes.

Pero Campaña no olvidaba el objeto de su visita al *bar*. Había conseguido separar á Juan Gregorio del grupo de sus amigos, y, llevándolo á la otra extremidad de la sala, hacía señas á Fuentealba para que fuese á reunirse con ellos.

— Patricio y yo hemos venido á pedirte un servicio, dijo al mocito.

— ¡ Hombre, qué casualidad! Yo también tenía un servicio que pedirte. Pero, vamos á ver, habla tú primero.

Campaña lo puso al corriente: la visita que él y Gordanera habían hecho á don Graciano para pedir, á nombre de Fuentealba, la mano de Mercedes; la respuesta evasiva del padre; su silencio y la secuestración de la chica; finalmente, la manera cómo Canalejas evitaba la visita anunciada de Campaña.

— Lo que queremos, prosiguió diciendo el positivista, es que tú hables con tu padre y lo convenzas de que su deber es recibirme y darme una respuesta categórica sobre la petición de Patricio.

— Ya ves que hemos esperado bastante tiempo, demasiado tiempo, dijo Fuentealba. Tu padre no puede seguir cludiendo el dar una contestación, sin ofenderme gravemente.

— ¡ Diabla, diablo! exclamó Juan Gregorio. ¿Cómo hacer? El *padre* Canalejas y yo estamos medio reñidos, porque me ha *cortado los viveres*.

— Es decir, replicó Patricio con visible impaciencia, que no puedes prestarnos el servicio que te pedimos.

— ¡ Eso no! querido. ¿ Tú comprendes, ¿ no es así? que teniendo que congraciarme al ilustre autor de mis días, no puedo irle con lecciones de buena crianza,

cuando me encuentro sin la menor *galleta* y dependo de él completamente?

— ¿Cuánto necesitas? preguntó Campaña con su benévola sonrisa.

— ¡Oh, en cuanto á necesitar, yo necesitaría un millón!

Y se rió con su voz ronca: una especie de risa para acompañar su despropósito. En seguida agregó, tosiendo:

— Pero, por ahora, con unos quinientos francos puedo salir de peladuras. Busca por ahí, en tu altruismo, si encuentras ese óbolo de miseria y me lo pasas.

— Tú comprendes, chico, que yo no soy un richo para andar con semejante cantidad en la cartera; pero, si vienes á casa mañana, trayéndonos la contestación de tu padre, los quinientos estarán esperándote.

Juan Gregorio volvió á su sonrisa de chanza.

— Pero algo debes andar trayendo, farsante, dijo golpeando el hombro al positivista.

— Cien francos, respondió Campaña, echando mano al bolsillo para sacar la cartera.

Pero la satisfacción del mozo Canalejas al ver ese movimiento que anunciaba un préstamo seguro, duró sólo un instante. Patricio hizo señas á su amigo de no sacar el dinero.

— Me ocurre una idea mucho mejor, dijo, y que te evitaria el tener que dirigirte á tu padre.

— ¿Para encontrar dinero? preguntó el mocito.

— Y para hacerme un buen servicio.

— Si las dos cosas se combinan, no es una idea la que se te ocurre: debe ser un rasgo de genio.

Y volviéndose hacia Campaña:

— ¡Oh, los enamorados! Me gusta el amor. ¡Viva el amor! Mozo, un *cocktail de Brandy*, y más ligero que eso; me muero de sed.

— ¿Tú decías, querido...? preguntó en seguida á Fuentealba.

— Yo sé, por Mercedes, que doña Regis aprueba nuestros amores y desea que yo me case con su nieta.

— Deseo natural á su edad, dijo Juan Gregorio.

— ¿Por qué á su edad? preguntó Fuentealba con extrañeza.

Juan Gregorio bebió, y luego, con aire sentencioso:

— Porque á la vejez, chico, el buen criterio se va adelgazando como un hilo gastado que está á punto de cortarse.

— Vamos, Juan, aquí no se trata de bromas, dijole Campaña.

— ¡Eh, querido, lo digo seriamente! Patricio quiere ensayar el juego del cántaro contra la piedra. La vieja señora quiere alentarle en ese contrasentido: eso no es sino un desbarro propio de su edad. Dime tú si hay buen sentido en que nuestro amigo, aquí presente, se obstine en querer casarse con una muchacha que no le han de dar, cuando tiene ahí á esa espléndida Rosa Montestruc, que se muere por él. Nada menos que anoche Mimi me decía, hablando de la pasión de Rosa: «¡Sería capaz, mi palabra de honor, de dejar todos sus amantes ricos por ese buen mozo pobre!»

— Pero, en fin, exclamó Patricio con énfasis, aquí no queremos saber lo que piensa la señorita Mimi, sino que tú digas si estás dispuesto á servirme ó no.

— ¡Ah! querido, por ti lo haré, pero contra mis convicciones, sin olvidar los quinientos consabidos, por supuesto.

— Pues bien, repuso Fuentealba, mi deseo es que ahora mismo te vengas con nosotros; que hables con tu abuelita y con Mercedes; que les digas que yo sé que el príncipe mandará á una señora mañana á pedir la mano de Mercedes, y que no hay que perder mo-

mento; que doña Regis debe hablar con tu padre y hacer cuanto pueda para decidirlo en nuestro favor.

— Eso me parece mejor que el que yo vaya á hablar con papá Canalejas, declaró Juan Gregorio.

— Entonces, vamos andando, dijo Campaña.

Juan Gregorio acabó de beber su *cocktail*, paladeándolo con amor.

— ¿Si pidiese otro, el *cocktail* de la partida?

— No, no, vamos andando, dijeron sus amigos.

— ¡Ustedes tenían un *gusano roedor* á la puerta! observóles Juan Gregorio al subir al coche. ¡Qué lujo!

Siguió pintando su situación financiera, mientras el coche, con el trotecito especial del caballo de *fiacre* á la hora, que, más que avanzar, parece marcar el paso en el mismo punto, se dirigía al tajamar Debilly. « Todos, menos él, decía Juan Gregorio, tenían gran lujo en la familia. » No hablaba de sus hermanas, casadas con dos tontos ricos, que siempre le estaban cobrando lo que solían prestarle. « El padre Canalejas tiene su buen coche de dos caballos, en el que va á hacer sus farsas á casa de las *pequeñas damas*. La madre rueda su lujoso landó con lacayo, y hasta á la vieja señora, á la abuelita, le daba papá Canalejas un *locatis* de un caballo, que la servía para ir á ver el condor macilento del Jardín de Plantas. El caballero, la señora y Mercedes gastan á más y mejor, como si tuviesen la riqueza inagotable de la gallina de los huevos de oro, mientras que á él su padre no le paga coche, le da solamente mil francos al mes para el bolsillo, y pone el grito en el cielo cuando le presenta alguna cuenta de deudas extraordinarias. Para colmo de miserias, el tío Jenaro, del que podría heredar una buena suma, se aferra á la vida como los choros á las rocas. »

— ¡Ah! es deplorable. La vida sin mucho dinero, es una invención ridícula, mi palabra de honor, como

dice Mimi Pata Volante, que tiene el honor en los talones.

Y su voz, enronquecida de bronquitis crónica, modulaba una sonrisa trabajosa al hablar del honor de Mimi.

El *fiacre* llegaba en ese momento delante de la gran puerta del hotel Canalejas. Patricio bajó el primero, y ayudó á Juan Gregorio, que no parecía muy ágil ni muy seguro de sus movimientos.

— Es el aire libre, después de los *cocktails*, que me turba un poco la cabeza, dijo apoyándose en el brazo de Fuentealba al poner el pie sobre el suelo.

Patricio quiso llevarlo á un lado para hacerle nuevas recomendaciones. Al mismo tiempo, vacilaba de entregarle una carta para Mercedes, que había preparado por si se ofrecía la oportunidad de enviársela. Pero antes que hubiese empezado á hablar, el postigo de la gran puerta se entreabría, dejando ver el rostro picaresco de Benjamina.

— ¡Ah! ¿son ustedes? exclamó risueña al ver á los jóvenes. Ustedes llegan así, como los tres anabaptistas en el *Profeta*.

Nicolasito apareció tras de ella.

— ¿Qué buscan ustedes? cabezas de *matanza de feria*, preguntó en francés á los jóvenes, riéndose y saltando.

— Y ustedes, ¿qué hacen aquí? ¿por qué abren sin que nadie haya llamado? dijoles Juan Gregorio.

Benjamina explicó que el tío Fourcade dormía la siesta sobre su poltrona, y que ella, oyendo parar un coche, había abierto para que no lo despertasen con la campanilla. Mientras hablaba, dirigía expresivas miradas á Patricio, haciéndole disimuladas señas con las manos, como preguntándole si tenía alguna carta que entregarle. Fuentealba, disimuladamente también, sacaba su carta del bolsillo y la mostraba á la chica.

— Anda á tomar la carta que tiene Patricio, sin que te vean, y me la traes oculta, dijo al hermanito en voz baja.

Para facilitar la maniobra al chicuelo, la astuta muchachilla distraía la atención de Campaña y de Juan Gregorio, mostrándoles uno de los vapores del Sena, que cruzaba en esos momentos, lleno de gente, á la altura del hotel. Mientras tanto, Níco se apoderaba de la carta y la deslizaba dentro de su bolsillo.

— *Vamos, Benjamina, alcánzame, si puedes,* gritó á su hermana, echando á correr hacia el interior de la casa.

La chica desapareció tras él, corriendo.

Juan Gregorio oyó las recomendaciones de Fuentealba, y, prometiendo que sería muy puntual para cumplirlas, entró al hotel y subió á la habitación de doña Regis.

Al entrar, halló á la señora en compañía de Mercedes. La chica no había querido salir con su madre, temerosa de que, so pretexto de recordar el baile de la duquesa, hiciese alguna alusión á las pretensiones del príncipe. Hacía poco que acababa de volver, con la abuelita, del Jardín de Plantas, una excursión sin atractivo para ella, en la que doña Regis iba á alimentar su nostalgia con la vista de algunas muestras, más ó menos raquíticas, de la flora y de la fauna hispano-americana.

Al ver á la señora, rígida en su poltrona, mirando vagamente en el espacio, mientras Mercedes le leía la vida de algún santo, Juan Gregorio, á pesar de los vapores alcohólicos que hacían agitarse sus ideas en una especie de neblina, la comparó al «conductor macilento» de que había hablado hacia poco en su conversación con Campaña y Fuentealba. Pero el semblante de la señora se iluminó con un pálido rayo de alegría cuando vió entrar á Juan Gregorio. El mozo subía muy raras veces al tercer piso.

— ¡Tú por acá! exclamó la anciana, mientras que su nieto se inclinaba á besarla.

— Buen chico, ¿eh? que viene á ver á la querida abuelita. ¿Qué dice usted de esto? ¿No ve, señora? ¡El diablo no es tan malo como lo pintan!

Juan decia esto en festivo tono, y se sentaba frente á la anciana, restregándose las manos, procurando parecer risueño.

— Nadie te compara con el diablo, hijito, le dijo doña Regis con afectuoso acento.

— Es un modo de hablar, abuelita; lo que en literatura llaman «estilo figurado».

— Y por mi parte, repuso la señora, yo estoy muy contenta de verte aquí, y no te reprocho que vengas poco á verme: los jóvenes, es natural que quieran divertirse.

— Sí, sí, corta y buena, abuelita, corta y buena, esa es la regla de la vida. ¡Ah! por ejemplo, usted no puede hablar de corta, ¿eh? Y lo de buena, usted lo entiende á su modo. ¡Apuesto á que ha ido usted hoy al Jardín de Plantas, á ver al cóndor macilento! ¡Esta buena abuelita! Usted sabe que yo la quiero, ¿no es así? Sabe que yo la quiero mucho.

Se hallaba de pie y golpeando familiarmente el hombro á la señora, tratando de pronunciar con claridad y figurándose que nada revelaba en él los vapores alcohólicos acumulados en su cerebro.

Doña Regis y Mercedes cambiaron una mirada de inteligencia. La anciana dirigió después sus ojos al cielo, con la expresión pesarosa del que implora el favor de lo alto en alguna desgracia. Sin notarlo, el mozo tomó una silla.

— Ahora, dijo, vamos á hablar de cosas serias. ¿Saben ustedes de quién vengo de separarme? De Patricio Fuentealba.

Mercedes pareció turbada. La señora miró con ansiedad á su nieto. Pero ni ella ni Mercedes contestaron.

— Y ustedes, ¿no me preguntan por qué hablo de Patricio? Se los voy á decir. No es difícil adivinarlo, por supuesto. Está furioso con papá, porque no le contesta nada desde que le mandó pedir formalmente la mano de Mercedes.

— Á nosotras nada nos ha dicho, afirmó la señora.

En el suspiro con que acompañó estas palabras iban confundidos el pesar de sentirse siempre anulada en la vida de la familia y el dolor de ver el estado de medio ebriedad en que se le presentaba su nieto.

— Y tiene razón Patricio de estar furioso con papá, repuso el mocito. ¿Por qué no le contesta sí ó no? ¿No le parece, abuelita? ¿No te parece, Mercedes? Es como si, por ejemplo, yo le pidiera un billete de mil francos, digamos, á una de ustedes, y no me diera ninguna contestación. Al que pide, se le contesta. ¡Qué diantres! Lo cortés no quita lo valiente, como dicen ustedes en español. ¿No ve, abuelita? Yo no olvido mi español, la lengua de Cervantes, la lengua de los toreros también.

Doña Quiteria le contestó apenas con una sonrisa de aquiescencia. En su corazón, enlutado de nostalgia, cada nueva impresión evocaba los recuerdos de otros tiempos. Mientras hablaba el muchacho, con su balbuciente pronunciación de bebedor achispado, á la que el acento francés daba en muchas palabras un sonido absolutamente grotesco para oídos hispano-americanos, la señora veía allá, á la luz del sol resplandeciente de su tierra, en la huerta florida de rojas amapolas, de clarines y azucenas, bajo el espeso follaje del parrón, al rubio nietecito de tres años, corriendo con incierto paso y juvenil ardor tras las abejas, que venían á extraer la miel de las fragantes corolas de las flores. Y se ponía á pensar, con la acibarada melancolía de lo irremediable, en tanta promesa de robusto desarrollo perdida para siempre; en ese decaimiento de cuerpo y alma que tenía delante

de sí, con su calvicie prematura, con su escepticismo precoz, su desprecio cinico por todas las virtudes, por todas las convenciones humanas que hubieran podido oponer una barrera al creciente desbordamiento de las pasiones. Aquella ruina juvenil era para ella la planta vivaz que habria crecido vigorosa en su suelo natal, que habria llegado á su florescencia de virtudes en la atmósfera genial de la existencia patria, y que, trasplantada antes de su madurez á un suelo extraño, al clima abrasador de las mundanas tentaciones, se rendía, marchita y deshojada, al infalible destino de una degradación inevitable.

Juan Gregorio seguía hablando. « Patricio lo enviaba para que expusiese la situación á la abuelita y le rogase, á su nombre, encarecidamente, que fuese á defender su causa y la de Mercedes, cerca de papá Canalejas. Patricio colocaba toda su esperanza en la señora. Era de la mayor urgencia que hablase con don Graciano, porque, según tenia noticia Fuentealba, una persona debía presentarse muy pronto á pedir la mano de Mercedes, á nombre del príncipe de Roespingsbrück. »

— Pero, ¿no dicen que ese príncipe es un mozo de malas costumbres y que está arruinado? Se lo he oído muchas veces á Jenaro, dijo doña Regis.

— ¡ Ah, là, là, abuelita! ¿ En dónde vive usted? exclamó Juan Gregorio, dándose una palmada sobre una pierna. Pero es príncipe, mi querida señora, y príncipe que puede reinar de un día á otro. Es cierto que sus Estados serán poco más grandes que el patio de este hotel, y que, según dicen, la pobreza vierte ahí de todas las paredes del *principesco* palacio. ¡ Sea como fuere, el mozo es príncipe auténtico, abuelita querida, emparentado con altas familias reinantes de Europa! Esto le abre aquí todas las puertas del barrio San Germán, de todo lo *chic* que hay en París, y él podrá hacer pasar por esas puertas aristocráticas

á su mujer, y tal vez á papá y mamá de Canalejas, y á las hijitas casadas de estos nobles esposos, y hasta al ilustre vástago de esos advenedizos, que tiene usted aquí presente.

— Sí, todo eso está muy bueno; pero, la conciencia, hijito, ¿dónde la dejas? Aunque sea príncipe, si el joven tiene malas costumbres, yo no consentiré, ni tu padre consentirá, en que sea marido de mi hijita.

— Usted no consentirá, querida abuelita, porque usted está todavía viviendo allá en su tierra, donde, sin duda, florece el *viejo juego*. Pero acá estamos más civilizados. Papá vino á Europa á educar á su familia, y se ha educado él también, el buen hombre, y no se ha de espantar por una ó dos queridas que tenga su alteza.

— ¡Niño! exclamó la anciana con espanto.

— Si, abuelita; no crea que papá se espanta por eso. En estos mundos de nobles tradiciones aristocráticas, toda persona de alta alcurnia tiene carta blanca para infringir los más intolerantes de los Mandamientos, sin que la sociedad tenga nada que decir. Lo que en *monsieur un Tal* ó *madama una Tal* sería anatematizado por inmoral, son pecadillos elegantes cuando los comete un príncipe, un duque, un marqués ó sus altivas consortes. La inmoralidad, como ve usted, querida señora mía, es una idea relativa. Lo único que falta aquí es extender la tolerancia del pecado hasta la democracia. Y ahí se marcha, abuelita, ahí vamos. La igualdad en la inmoralidad: ¡he ahí el progreso!

Contento con su disertación, se echaba para atrás en su silla, encantado con la fórmula social que repetía:

— Igualdad en la inmoralidad: ¡he ahí el progreso!

— No debías hablar de ese modo delante de tu hermana, dijo la señora con acento severo. Si es eso lo que has aprendido en el colegio, ¡valía la pena, en

verdad, de haberte traído á educar en Europa!

Luego, en más blando tono, añadió:

— ¡No vuelvas nunca á hablar así, niño, no vaya á castigarte Dios!

— ¿Qué dios, abuelita? ¿Cuál? dígame cuál. El Dios de los cristianos, en cuyo nombre nos prometen la bienaventuranza para la otra vida, sin garantía del gobierno, como dicen las medicinas de patente. Pero nos hacen esa promesa de bienaventuranza futura, con tal que no nos cansemos de mortificarnos ni de abstenernos de todo en este mundo. ¿Ó acaso habla usted del dios de Mahoma, con su paraíso de huríes, que no hay necesidad de ir á buscar más allá de la muerte, puesto que ese paraíso existe aquí, en París, para todo el que tenga *la fuerte suma*? ¿Ó bien de Brahma, que nació de un huevo de oro y mantiene las almas en eterna mudanza de un cuerpo á otro, para que vayan purgando sus pecados? ¿Ó es alguno de esos dioses asiáticos, en infatigable contemplación umbilical, como para ocultar su risa por la credulidad de los mortales? ¿Ó, tal vez, ha querido usted decir el dios de Confucio, dechado de todas las virtudes de que debe rodearse el hombre, como con un silicio, durante su existencia? ¿Ó del Zeus de los griegos, ó el Júpiter de los romanos? ¿Ó el nuevo dios inventado por Augusto Comte, la Humanidad, el *Gran Ser*, para el cual anda buscando prosélitos nuestro inocente amigo Campaña? ¿De cuál de ellos, abuelita, de cuál de ellos? ¡Dígame, pues! ¿de qué dios se trata? ¡Hay tantísimos!

Felizmente para la señora, el mocito había pronunciado su larga interrogación en una mezcla de francés y de castellano, más de aquél que de éste, ininteligible para ella. Hablaba por farsa, por hacer jarana de toda creencia, por *pasmar al burgés*, como oía decir á los artistas aprendices que solían ir al *bar*.

— ¡Cállate, tonto! le dijo al fin Mercedes. ¿Qué diría mi abuelita si te entendiese tus blasfemias?

— Cierto que me había salido de la cuestión, dijo Juan Gregorio, riéndose. Es necesario pasar el tiempo, ¿no es verdad? Conque, abuelita, añadió, ya lo sabe usted: hay urgencia en hablar con el papá Canalejas. Si usted consigue que consienta en el casamiento con Patricio, habrá un milagro más, sin necesidad de ir á Lourdes, que es el único punto donde ahora se producen, y de paso también habrá hecho usted mi conversión. Pero si no lo consigue, se habrá hecho todo lo posible, y yo, de todos modos, dejaré cumplido el encargo de ese pobre amigo que se está *enflaqueciendo á vista de ojo, lejos de ti, mi Mercedes querida.*

Doña Regis y la joven no contestaron. Á pesar de venir la indicación de la entorpecida lengua de Juan Gregorio, ambas se daban cuenta de la urgencia con que debía procederse. Mas era indispensable dejar toda diligencia para el día siguiente. Don Graciano, que no siempre comía en la casa, salía casi todas las noches; y aun cuando comiera aquel día con la familia, *la hora habría sido inoportuna para acometer la empresa, más que ardua, que tomaba á su cargo la señora.*

Juan Gregorio no se acomodaba de ese silencio que le impedía, terminada su misión, encontrar oportunidad de sacar algún beneficio pecuniario de ella. Mas como ni una ni otra le contestaran, él decidió atacar de frente y sin rodeos.

— Bueno, pues; ya les he dicho todo; ahora espero que ustedes me correspondan con un favor.

— ¿Qué favor? preguntó doña Regis.

— El de prestarme algún dinero; un par de billetes de cien francos siquiera. El patrón me tiene á la cuarta. *Quiere que me limite á la porción congrua,*

siendo así que esa porción apenas me alcanza para diez ó quince días.

— Tú sabes que jamás tengo plata, le declaró su hermana.

— ¿Y qué haces, niño, con tanta plata? Siempre que vienes aquí te quejas de pobreza. ¡Cómo! ¿No te alcanza con mil francos al mes sólo para tus diversiones?

La voz de la señora acusaba una extrañeza extrema.

— Y para mis obligaciones, dijo Juan Gregorio con énfasis.

— ¿Qué obligaciones tienes tú?

— Las de un mozo que vive con gente *chic*. ¿Se figuran ustedes que puedo andar con amigos y no convidarlos á comer, al teatro, á cenar? Y en las carreras, ¿creen ustedes que voy á ser simple espectador? ¿Y el juego en el club, y tantas otras cosas que no hay para qué mencionar? dijo al fin entre dientes, con aires de discreción maliciosa, que hizo enrojecer á Mercedes.

— Si no vivieses en el ocio, *si te ocupases en algo* no tendrías tanto que gastar, observó secamente doña Regis.

— ¡Ocuparme! ¿En qué? Nosotros, los trasplantados de Hispano-América, no tenemos otra función en este organismo de la vida parisiense que la de gastar plata... y divertirnos, si podemos. Somos los seres sin patria. Hemos salido de nuestro país demasiado jóvenes para amarlo, y nos hemos criado en éste como extranjeros, sin penetrarlo. Somos la *espuma de esta* gran corriente que se ilumina con el brillo de la fiesta parisiense y se va desvaneciendo como los globulillos de esa espuma sin dejar rastro de su paso. Los trasplantados suceden á los trasplantados, sin formar parte de la vida francesa en su labor de progreso, sin

asociarse á ella^a más que en su disipación y en sus fiestas. Inútiles aquí, é inútiles para su patria que miran con desdén, ¿dónde quiere usted que vaya un trasplantado á encontrar ocupación en este mundo que no lo toma á lo serio y lo mira sólo como un contribuyente traído á su riqueza? Nuestros padres, al dejar á su país para venir á educarnos á Europa con el ánimo de quedarse las más veces en éstos mundos, nos condenan al ocio perpetuo, nos inutilizan para la vida de Hispano-América. ¿Cómo quiere usted que trabajemos en esas condiciones? No pudiendo trabajar, tenemos que ocupar nuestra actividad en divertirtirnos. Y ahí tiene usted por qué yo ando siempre escaso de dinero, y por qué, abuelita, cuento con que me facilite usted unos doscientos ó trescientos francos.

Á medida que hablaba, su cerebro había ido despejándose. Menos balbuciente, su pronunciación se hacia más inteligible. Con la animación de sus ademanes, con su voz apagada, que él se esforzaba por hacer persuasiva, volvía á despertar en la anciana señora el sentimiento del viejo cariño adormecido, la ternura indulgente de la vejez, que más quiere ser amor y solicitud que autoridad, con los hijos de sus hijos.

— Mira, chiquillo, le dijo acariciándole la cabeza; yo no tengo plata, pero tu padre me debe dos mensualidades del dinero que me tiene. Pídele de mi parte doscientos francos. ¿Pero me prometes que vas á ser juicioso?

— ¡Que le pida á mi padre! ¡Á buen poste me manda usted arrimarme! Vaya usted á golpearle el codo al Júpiter convertido en san Pedro, que está en Roma; y si en lugar de alargarle su dedo de bronce, gastado por el beso de los fieles, le pasa á usted una cartera con billetes de Banco, yo creeré que papá es capaz de darme lo que le pida á nombre de usted.

¡ Vaya, repuso tomando la cosa con su alegre filosofía, veo que ustedes están tan *á secas* como yo! ¡ Será para otra vez!

Risueño, y aclarándose el pecho, bajó la escalera y salió del hotel á continuar las interrumpidas libaciones con sus amigos del *bar*.

FIN DEL TOMO PRIMERO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL